REVOLVE

Fuera del hielo #3



BAL KHABRA

VeRa



El camino hacia la redención no será nada fácil en este apasionante romance entre una patinadora artística y un jugador de hockey.

Sierra Romanova era una prometedora patinadora olímpica hasta que un accidente en la pista de hielo le cambió la vida. Ahora, de vuelta para su último año en la Universidad de Dalton, está lista para que todas las miradas vuelvan a posarse en ella... incluida la del jugador de hockey Dylan Donovan.

Tras ser expulsado de su equipo de hockey, a Dylan apenas le quedan opciones de que lo seleccionen para la NHL. Pero toda su vida gira en torno al hielo y, si el hockey ya no es una posibilidad, siempre le quedará el patinaje artístico.

Mientras todos esperan el gran regreso de Sierra, ella necesita encontrar un nuevo compañero. La única persona con la técnica necesaria para estar a su altura sobre la pista es Dylan. Aunque es arrogante, juntos podrían convertirse en la pareja perfecta sobre el hielo.

BAL KHABRA

Es una escritora canadiense entusiasta del romance y amante de los libros. Antes de adentrarse en el mundo de la narrativa, pasó un tiempo hablando efusivamente de libros en redes sociales. Le encanta leer, ver películas de amor y, ahora, escribir sus propias historias.

Después de los éxitos de *Collide* y *Spiral*, llega *Revolve*, el tercer libro de la serie *Fuera del hielo.*

REVOLVE

Fuera del hielo #3

BAL KHABRA

Ve Ra

PLAYLIST



Ver aquí

SEX, DRUGS, ETC. | Beach Weather
MAKING THE BED | Olivia Rodrigo
IN THE FLESH? | Pink Floyd
I KNOW ? | Travis Scott
THE GREATEST | Billie Eilish
MIRRORBALL | Taylor Swift
BACK TO BLACK | Amy Winehouse
WONDERING WHY | The Red Clay Strays
LAY ALL YOUR LOVE ON ME | ABBA
COLD | Chris Stapleton
THE WALLS | Chase Atlantic
SPORTS CAR | Tate McRae
I WANNA BE YOUR SLAVE | Måneskin
STARRY EYES | The Weeknd
NOTHING'S GONNA HURT YOU BABY | Cigarettes After Sex
THE SPINS | Mac Miller and Empire of the Sun

COMING DOWN | The Weeknd
SOMETHING THAT I WANT | Grace Potter
IMPERFECT FOR YOU | Ariana Grande
BLOOM | The Paper Kites

Para todos los que han tenido que volver a recomponerse, incluso cuando las piezas ya no encajaban.



UNO

DYLAN

—Has dado positivo en el control antidopaje.

«Mierda».

Con el teléfono pegado a la oreja, apoyo la cabeza en el volante y siento la presión del cuero frío en la frente mientras aguanto las ganas de golpearlo hasta olvidar todas las cosas que salieron mal desde que pisé el campus ayer.

En la Universidad de Dalton ya ha empezado oficialmente el nuevo semestre. Bueno, todavía faltan algunos días para que empiecen las clases, pero la temporada de hockey ya ha arrancado. A diferencia de los entrenadores de otras universidades, el entrenador Kilner insiste en quitarnos de encima cuanto antes todo el tema de las presentaciones, para no perder un tiempo de entrenamiento

valiosísimo. Imagino que todas las mañanas se despierta empapado en sudor frío y comprueba de forma obsesiva si sigue ostentando el récord del mayor número de victorias consecutivas en el Frozen Four.

En fin. Escuchar por teléfono esas palabras devastadoras a las seis de la mañana, de boca de Vik Chopra —que está estudiando para entrar en Medicina—, me altera tanto que hasta se me pasa la resaca. Una resaca que, además, ni siquiera debería tener.

Vik es voluntario en el Hospital Universitario de Dalton y siempre es el primero en enterarse de todo lo relacionado con la salud en el mundo del deporte universitario. El año pasado fue uno de los aspirantes de Kappa Sigma Zeta y yo lo ayudé a entrar en la fraternidad. Está claro que esta llamada es su forma de devolverme el favor.

La fiesta de la semana pasada, justo antes del control antidopaje de pretemporada, fue una mezcla de cuerpos sudados, alcohol y nubes de humo de marihuana. La típica fiesta universitaria (aunque las que organizo yo son bastante más desenfrenadas), pero lo único que recuerdo son dos chicas, una morena y otra con el pelo rosa, que insistían en llevarme a su dormitorio. Estuvo genial, como siempre que estoy yo de por medio, y no dormimos nada esa noche. Por eso me desperté a media tarde, con el sol en la cara y marcas de cuerdas en la muñeca.

Tengo los recuerdos difusos, pero creo que es mejor no saber con exactitud cuánto me emborraché ni si me pasé con algo más que *whisky* y cerveza. Mierda, está claro que sí.

Lo que sí recuerdo —vívidamente— es la conversación que tuve con mis padres justo antes de salir de casa. Colgué sin dejarles

terminar, y fue entonces cuando Tyler Sampson, el capitán suplente, me escribió para avisarme de la fiesta. Si aquella llamada no me hubiera hecho enfadar tanto, habría tenido un mínimo de sentido común y habría rechazado la invitación. El primer indicio de que el semestre empezaba con mal pie tendría que haber sido aceptar ir, por voluntad propia, a una fiesta de Yale.

—¿Puedes hacer algo al respecto? —pregunto.

En otras palabras: «Hazlo desaparecer».

Sé que lo que le estoy pidiendo a Vik es mucho, sobre todo teniendo en cuenta que está aquí con una beca y que es el responsable de filantropía de nuestra fraternidad. Organiza recaudaciones de fondos y supervisa las fiestas, de lo buena persona que es. Es el tipo de persona a la que le dejas tu bebida sin pensarlo, y yo soy el tipo de persona que se la bebe. Es un santo. Su hermana, en cambio… bueno, digamos que ella es el motivo por el que estoy en el aparcamiento de Casa Iona a las seis de la mañana. Pero no se lo contéis a Vik.

—Sabes que haría lo que fuera por ti, D —responde Vik con un suspiro de cansancio—. Pero incluso un control no concluyente levantaría sospechas. Y, de todos modos, el director deportivo y tu entrenador recibirían un correo electrónico. —Oigo teclear—. Puedo mantener tus resultados en privado por ahora y ver qué puedo hacer.

—Te lo agradezco, tío. Escríbeme cuando tengas novedades.

Dejo caer el teléfono en la consola central del coche. Si esto llega a saberse, estoy acabado. De nada sirve que me hayan reclutado el mes pasado para jugar en Nueva York si todavía no he firmado

contrato. No hay nada como un positivo en un control antidopaje para devolverte de golpe a la realidad.

El sol apenas está saliendo cuando me marcho de Casa Iona. Anoche, Mehar, la hermana de Vik, que está en el equipo de buceo, me invitó a la fiesta de pretemporada del equipo. Me dijo que le recordaba a Nicolas Vázquez, un futbolista con el que está obsesionada. No me molestó en absoluto que me invitara a ir con ella a su dormitorio. Aunque, al final, no fue el nombre de Nicolas el que dijo mientras recorría mi cuerpo con las manos y me rodeaba la cintura con las piernas.

Cuando entro en la casa de hockey —mi refugio fuera del campus, porque me niego a vivir en la casa de la fraternidad—, me encuentro a Kian boca abajo en el suelo del salón. Sobre la mesita hay un libro de texto abierto y un cuenco de avena pastosa.

Kian Ishida y yo somos amigos desde segundo de primaria. En aquella época, él acababa de llegar de Japón y vivía en Connecticut con su tía, y yo aún lo veía como el chico nuevo y callado. Desde entonces nos han mandado a castigo más veces de las que puedo contar, y entramos en Dalton por los pelos.

Ayer prometimos que aquella fiesta sería la última y que este semestre nos íbamos a dejar de tonterías. El semestre pasado fue horrible. El entrenador Kilner nos machacó toda la temporada porque los de Yale dejaron el campus hecho un desastre después de que los invitáramos a una fiesta. Por eso, aunque anoche Kian estuvo en una terraza cantando canciones de karaoke a pleno pulmón, esta mañana se ha levantado de la cama, con resaca incluida, para ponerse al día con las clases del semestre que empieza ahora.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

—Quiero estar en el suelo un ratito —responde, y la alfombra persa amortigua un poco sus palabras.

—Esa alfombra es asquerosa. —Lleva aquí desde antes de que nos mudáramos a la casa, y las fiestas que hemos montado desde entonces no han ayudado precisamente con lo que sea que esté creciendo ahí.

—Igual que yo —dice. De pronto se incorpora y busca su teléfono —. ¿Me he perdido el grupo de estudio? —pregunta, y suspira aliviado al darse cuenta de que todavía es temprano.

Voy a la cocina y rebusco en la nevera, aunque ya sé que es un cementerio de sobras sospechosas: tarros medio vacíos de condimentos, leche, pan duro y zumo de naranja.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —me pregunta Kian al entrar en la cocina—. El entrenamiento es por la tarde. Sebastian y Cole ya están en la pista. No querían arriesgarse a hacer enfadar a Kilner.

Eso explica por qué nuestros otros dos compañeros de casa y flamantes alumnos de último año no están por ningún lado. Es el primer semestre en que la casa parece vacía al volver, ahora que Aiden Crawford, el excapitán del equipo, y Eli Westbrook, el defensa, se han ido a las grandes ligas. Si Kian y yo no nos hubiéramos pasado los últimos cuatro años holgazaneando, confiados en que nos reclutarían pronto, estaríamos con ellos. En cambio, seguimos aquí, terminando el último semestre porque retrasamos nuestra entrada en la agencia libre por si el reclutamiento no salía como esperábamos. Por suerte, al final todo salió bien, pero aun así

tenemos que acabar la carrera antes de que nos llamen el año que viene.

—Acabo de llegar. —Me bebo medio cartón de zumo de naranja de un trago. Sería una estupidez hacerle saber a Kian que es muy probable que me haya arruinado la vida y que haya perjudicado al equipo. Mi amigo tiende a obsesionarse con solucionar los problemas de los demás, y eso es lo último que necesito ahora mismo.

—¿Estuviste con Crystal? Anoche estabais muy juntos.

No recuerdo absolutamente nada, solo que me he despertado junto a alguien que, desde luego, no se llama Crystal. Aunque, de pronto, me vienen imágenes muy nítidas de Kian arrancándose la camiseta en llamas y de todo el mundo tirándose a la piscina después. Eso explica por qué llevo puesta una camiseta que no es mía. Seguro que yo también me metí.

—¿Estás bien? —me pregunta Kian al ver que no respondo.

Me observa con ojos de halcón, esperando una explicación de por qué he vuelto a casa tan temprano. Después de que Vik me escribiera y me dijera que lo llamara, salí de Casa Iona y me subí al coche.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

—Pregunto sin más. —Kian se encoge de hombros—. Por cierto, te ha llegado esto.

Me entrega un sobre blanco y, en cuanto veo el pretencioso escudo de armas de los Donovan, me dan ganas de estrujarlo.

—Gracias —murmuro.

—Tiene pinta de ser muy elegante. ¿Qué es?

Aprieto la mandíbula al recordar la videollamada de la semana pasada, con mis dos padres muy sonrientes —la sonrisa débil de

mamá y la sonrisa falsa de papá—, tan juntos en la pantalla que parecía que intentaban engañarse a sí mismos. Se pusieron a hablar de empezar de cero, de hacer que la familia volviera a ser como antes, como si no hubiera pasado nada. Colgué antes de que terminaran.

¿Cómo podía mi madre sentarse ahí y olvidar todas las noches sin dormir, los días sin comer, las veces que yo tenía que darles de comer a ella y a mi hermana pequeña, Ada, cuando ella no era capaz ni de mirarla?

—No importa.

Me voy a mi habitación antes de que mi amigo me haga un millón de preguntas. Tiro el sobre en el escritorio y acaba cayendo detrás del marco con una foto de Ada y mía en nuestra última competición de patinaje en pareja. Nos encantaba compartir esos momentos, hasta que nos dimos cuenta de que mamá era la única que iba a vernos competir.

Voy directo a la ducha, ansioso por quitarme la ropa de anoche, manchada de cerveza y con olor a marihuana. Mi habitación no es nada del otro mundo, pero la ducha es mi santuario. Cuando los abuelos de Aiden le regalaron esta casa en segundo año, él no dudó en ofrecernos a todos un sitio donde vivir sin pagar alquiler, aunque yo insistí muchas veces en pagarle. Estoy muy agradecido, sobre todo porque, técnicamente, soy miembro activo de Kappa Sigma Zeta.

No era mi intención emborracharme tanto durante la semana de iniciación como para presentarme sin querer y ser aceptado en el acto. Kian, en cambio, sí intentó entrar, pero lo rechazaron. Se pasó semanas quejándose por ello.

Cuando me meto bajo la ducha, el agua me empapa el pelo y la espuma del jabón resbala por mi cuerpo. El martilleo en la cabeza por la noticia de Vik, la invitación de mis padres y la borrachera de anoche se disuelve con cada remolino de agua que se va por el desagüe. Este es el único lugar donde puedo respirar y fingir que mi vida está bajo control; nunca ha habido nadie aquí conmigo, y me gusta que siga siendo así.

Para cuando termino de vestirme, Kian está golpeando la puerta.

—¡Han adelantado el entrenamiento! —grita—. Te veo en el coche.



El sonido agudo del silbato del entrenador me perfora el cerebro.

—¿A vosotros os parece que así se ve un equipo de primera división? Por el amor de Dios, ¡hasta los de categoría juvenil han jugado mejor que vosotros hoy!

—Siendo justos, los de categoría juvenil son muy buenos —respondo.

—Danos un respiro, entrenador. Acabamos de volver de vacaciones. Ya sabes cómo es. —Kian le guiña el ojo y patina hacia él para darle un golpecito amistoso en el estómago.

Puede que el entrenador sea más lento que antes, pero, en un cuerpo a cuerpo, podría derrotar a cualquiera de nosotros sin esfuerzo. Ignora el gesto de Kian y, por suerte, no le rompe la mano a nuestro ala derecha.

—Tenéis mucho trabajo por delante, así que en el próximo entrenamiento espero que vengáis como si no hubierais estado

holgazaneando todo el verano. El nuevo capitán se asegurará de eso. ¿No es cierto, Dylan?

«¿Qué?».

—¿No querrá decir Sampson?

Tyler Sampson, el capitán suplente ahora que Aiden no está, niega con la cabeza. A pesar de que pasé casi todo el verano con él, nunca hablamos de mucho más que de nuestras hazañas de borrachos. Era sencillo: nos emborrachábamos y luego volvíamos a hacerlo.

—Voy a dar un paso atrás como capitán —dice, y todos nos quedamos en silencio—. Ahora que me estoy preparando para entrar en Derecho, no tengo mucho tiempo y no puedo ser el capitán que este equipo necesita. Y a ti te eligieron capitán en la votación.

¿Votación? ¿Cuándo demonios votamos?

—Si faltaste a la votación, renunciaste a tus derechos —dice el entrenador.

Kian patina de espaldas y se estrella contra mí.

—¿Te acuerdas del cumpleaños de Aiden el semestre pasado? Faltaste al entrenamiento al día siguiente. Ahí votamos.

Al recordar esa noche, se me hace un nudo en el estómago. Fue en febrero, cuando mi madre me llamó llorando por mi padre. Me dijo que él nunca estaba en casa y que ya no podía más.

Me doy la vuelta y veo a los demás mirándome como si aquello fuera lo más normal del mundo. Entonces caigo en la cuenta de que la mayoría de estos idiotas están en fraternidades. En mi intento por implicarme más con el equipo y la fraternidad, tomé a algunos bajo mi ala. Entrenaron conmigo a solas, pero mi idea no era que esto ocurriera. Ahora me he convertido en una especie de mesías para ellos. Mierda.

—Dad la bienvenida al nuevo capitán, Dylan Donovan.

Se oye un coro de vítores y gritos en la pista de hielo, y yo todavía no he procesado lo que acaba de pasar. ¿Capitán? Ni loco.

—Entrenador, dime que es una broma.

—Yo no controlo la votación. Es lo que quieren tus compañeros. Y, teniendo en cuenta que el año que viene te vas a Nueva York, no te vendrá mal aprender un poco de liderazgo y disciplina.

Dios, voy a vomitar. Sus palabras son la gota que colma el vaso.

—¿Y yo no tengo ni voz ni voto?

—Es hora de ponerte los pantalones, Donovan. Basta de perder el tiempo.

Tengo que decirle lo del control antidopaje. Tengo que decirle algo, lo que sea, pero una parte de mí confía en que Vik me ayude y acabe sacándome de este lío.

—Las nuevas formaciones se publicarán antes del próximo entrenamiento. Podéis retiraros —concluye Kilner.

En el vestuario, los chicos corean «¡Doble D!» hasta que siento que voy a perder la cabeza. Cada vez más frustrado, me quito el uniforme y me quedo mirando mi camiseta. Tiempo atrás podía imaginar una C cosida en ella, pero ese sueño se desvaneció cuando todos los comentaristas y árbitros empezaron a tacharme de «imprudente», «impulsivo» y «agresivo».

Kian se me acerca con una sonrisa avergonzada.

—Yo voté por ti en broma.

—Sí, claro. Tu broma es ahora mi realidad.

Mi amigo se deja caer en el banquillo, junto a mi taquilla.

—Es solo un semestre. No puede ser tan terrible.

Cuando ya no aguanto más, me dirijo a la oficina de Kilner, rozando al pasar a los chicos, que me felicitan mientras salen. Pero, cuando estoy a punto de cruzar la puerta, me detengo.

La expresión de decepción de Kilner es el peor castigo de todos. Y no puedo decirle por qué es una mala idea que yo sea capitán, al menos no hasta haber resuelto este asunto del control antidopaje.

Doy un paso atrás, y Kian me choca el hombro y me devuelve a la realidad, donde nadie sabe hasta qué punto la he cagado. Todavía.

—Ya sé que dijimos que nos portaríamos bien —susurra, levantando la vista del teléfono—, pero esta noche hay una fiesta de Beta Phi.

No debería, y menos con todo lo que está en juego, pero a la mierda: será un problema para mi yo del futuro.

—Vamos —le digo.



DOS

SIERRA

Mi cabeza impacta contra el hielo y escucho el crujido de mi cráneo antes de que se me nuble la vista.

El grito aterrorizado de mi madre atraviesa el caos y su voz se funde con la cacofonía de ruidos a mi alrededor. Siento como si los patines pesaran una tonelada mientras permanezco inmóvil sobre el hielo, con todo el cuerpo entumecido. El mundo entra y sale de foco. Escucho el chirrido constante de la sirena de una ambulancia.

—Sierra.

Salgo de la oscuridad de mi pesadilla de un sobresalto, como si hubiera atravesado la superficie de un lago helado. Mi respiración sale entrecortada y superficial, atrapada bajo el peso de recuerdos salpicados de rojo.

—Sierra. —La cadencia conocida de una voz me hace volver, seguida de una sensación fría en el cuello que me ayuda a incorporarme—. Estás bien. Ya pasó. Estás a salvo.

«Estás a salvo».

Las palabras resuenan, amortiguadas por el pitido en mis oídos, aún más fuerte que las sirenas que escuchaba hace un momento. Abro los ojos con esfuerzo, me incorporo en la cama y veo la cálida luz amarilla que proyecta la lámpara de la mesilla en la habitación.

Scarlett está sentada a mi lado, con el cabello de un rojo feroz recogido en dos trenzas flojas, y sujeta una bolsa de hielo contra mi nuca. Por la condensación, una gota de agua helada resbala por mi espalda y me hace reaccionar. Me abrazo las rodillas contra el pecho, y la manta se eleva con el movimiento, hasta que apoyo la cabeza sobre ellas.

—Perdón —susurro, intentando concentrarme en mi respiración.

Respirar. Es algo automático, pero yo necesito que me lo recuerden. Qué patética.

Me despierto así todas las noches desde que nos mudamos al campus, hace tres días. Por lo general, salgo del trance sola, pero hoy Scarlett debió de oírme a través de las paredes de papel de la residencia.

Me ofrece un vaso de agua y, con la mano temblorosa, lo cojo y lo bebo de un trago. El líquido me recorre el cuerpo como un choque helado y me ayuda a relajar la postura rígida.

El brazalete con amuletos de Scarlett tintinea cuando me acaricia la espalda.

—¿Estás estresada por lo de hoy?

Hartford, Connecticut, es la cuna de la Universidad de Dalton, y he vivido en esta ciudad toda mi vida. La primera vez que patiné fue en el estadio de la universidad. Y cuando el programa de patinaje artístico de Dalton fue reconocido por la Unión Internacional de Patinaje sobre Hielo, la ISU, supe que estudiaría allí.

Hoy es mi regreso oficial al hielo desde el accidente. Después de pasar seis semanas en el Hospital General de Hartford el año pasado, siento que ha pasado una eternidad, y en el mundo del patinaje, así es. Colchonetas, gimnasio, pilates, ballet, natación: lo que se os ocurra, lo he hecho. Una parte de mí sabe que toda esta preparación para volver al hielo no es más que una distracción, pero ya no puedo seguir huyendo. Antes de que la pista se volviera un lugar cruel e implacable, era mi hogar. Y llevo demasiado tiempo lejos de casa.

—Debe de ser mi cuerpo preparándose para que Lidia me grite durante dos horas seguidas —le explico.

—Si hay alguien que puede hacerlo, eres tú, Sierra. Pero no me gustaría que te exigieras tanto después de todo lo que pasó. La idea es que también lo disfrutes. Esto no puede ser bueno para tu recuperación.

—Ha pasado más de un año. Estoy bien.

Scarlett alza las cejas y vuelvo a dejarme caer en la cama. Mis agujas de tejer, que había clavado en un ovillo de lana amarilla antes, ruedan hasta quedar junto a mis pies.

—De verdad, me encuentro muy bien. Quiero que las cosas vuelvan a ser como antes. —Cuando podía hacer lo que quisiera sin que mi cerebro me lo impidiera. Cuando no tenía miedo.

—Qué bien, porque las chicas de enfrente han preguntado si queremos ir con ellas a la fiesta.

A duras penas contengo un gruñido. Hoy es la famosa fiesta de bienvenida de la hermandad Beta Phi. La antigua hermandad de Scarlett. Mi mejor amiga, con sus tatuajes y su pelo de colores, es la última persona que uno esperaría ver en la comunidad panhelénica de Dalton, pero era una hermana excelente. Lo sé porque, cuando decidió dejar la hermandad, las otras chicas me escribían para suplicarme que la convenciera de volver.

Scarlett se matriculó en algunas asignaturas en línea este semestre y se quedó conmigo mientras yo miraba sin prestar atención The Weather Channel, el canal del tiempo, en la habitación del hospital. Algunos días le suplicaba que se fuera, que no dejara que la arrastrara conmigo, pero ella nunca me hizo caso. Ni siquiera cuando, presa de la rabia, le dije cosas de las que aún hoy me arrepiento. Scarlett nunca me abandonó. Siempre estaba ahí, esperándome en el coche después de cada sesión de terapia. Fue en uno de esos trayectos de vuelta a casa cuando hablamos de regresar al campus y vivir juntas en la residencia de la universidad durante el último año. Hasta ahora, la experiencia se ha limitado a techos con manchas de humedad y hongos en los pies en los baños comunitarios.

—Es una fiesta neón, y siempre preparan buenos cócteles —dice mi amiga, intentando venderme la idea.

—Solo si me prestas tu falda blanca —cedo.

Se ilumina al instante, y su alegría es contagiosa. Es la primera vez que me mira con un entusiasmo genuino desde que ese manto de tristeza lo cubrió todo el año pasado. Tengo que hacerlo por ella.

—Por supuesto. Pero, para que lo sepas, podrías ponerte unas mallas y una camiseta vieja y estarías guapísima igual. —Scarlett apaga la luz, pero se detiene en la puerta para guiñarme un ojo.

Aunque me río, el nudo de ansiedad que se me forma en la garganta se niega a desaparecer.



—Tú dominas la pista —me repito, con los ojos fijos en el espejo retrovisor del coche.

Mis ejercicios de respiración no me ayudan: sigo aferrada al volante, con los nudillos blancos. Llevo media hora en el coche, observando como una acosadora al equipo de hockey mientras sale del estadio. La música que suena por el altavoz me motiva y, antes de arrepentirme, me cuelgo la bolsa del gimnasio al hombro y salgo.

«Es entrar y salir, Sierra». Una nostalgia oscura como el alquitrán me envuelve en cuanto veo el estadio. Trago saliva para deshacer el nudo en la garganta, doy un paso adelante, dubitativa, y luego dos hacia atrás. Si alguien me viera, pensaría que estoy loca. A veces, siento que es verdad.

Me quedo clavada en el sitio, intentando luchar contra la oleada de recuerdos que me arrastra al año pasado, pero es inútil: siempre encuentran la forma de volver.

Y entonces las puertas se abren con un chirrido. El chico que sale es tan enorme que ocupa toda la entrada. Parece perdido en su propio mundo, pero, cuando me ve, sujeta la puerta. Es alto, de hombros anchos y, a juzgar por su enorme bolsa de material deportivo, es jugador de hockey. Su pelo castaño y ondulado está

despeinado, como si se hubiera pasado la mano por la cabeza mil veces. Es el típico jugador de hockey de la NCAA que aparece por todas las redes, con mil cuentas de fans y un jugoso contrato con la NHL prácticamente asegurado.

Más allá de los nervios, me había quedado en el coche precisamente para evitar este tipo de interacciones, pero al final resulta hasta conveniente, porque ahora estoy obligada a entrar. Después de susurrar un par de afirmaciones, me doy cuenta de que todavía me está mirando; sus ojos castaños siguen el movimiento de mis labios. Me observa como si estuviera recitando un encantamiento.

—¿Vas a pasar? —me pregunta en voz baja, grave. Empuja un poco más la puerta, como si yo no lo hubiera oído bien. Al ver el vestíbulo azul, el corazón me empieza a latir como una bomba de relojería y temo acabar en el suelo, en posición fetal. Dios, eso sería demasiado vergonzoso—. Si suelto la puerta, se cierra —añade con más suavidad. Pestañeo, confundida—. No muerdo, si eso es lo que te preocupa. —Sus labios dibujan una sonrisita burlona—. Te lo prometo.

Lo dice como si quisiera que yo misma lo comprobara. La antigua Sierra habría hecho callar a ese jugador de hockey arrogante con un comentario mordaz, pero hace mucho que ya no soy ella. Paso a su lado y me dirijo a la pista.

—Que te diviertas —me dice con tono despreocupado, y sus palabras resuenan como un eco.

Voy al vestuario, me calzo los patines y me apoyo contra la taquilla, murmurando afirmaciones. No pasa mucho tiempo antes de que mi mente empiece a divagar.

Los recuerdos teñidos de sangre me toman como rehén otra vez. El rostro de mi madre, empapado en lágrimas, y su voz llamándome desesperada una y otra vez…

—*Devushka*.

Vuelvo a la realidad de golpe y me doy con la cabeza contra la taquilla. Una ráfaga de aire frío y el olor a cloro me envuelven de pronto y, al levantar la vista, veo a la entrenadora Lidia Orlov: el cabello castaño oscuro, las cejas arqueadas y los labios fruncidos en una mueca de preocupación.

«Mierda». Está pasando otra vez. Después de lo de esta madrugada, he probado todas mis técnicas de relajación: respirar, contar, *tapping* y tejer. Pero esta última se me ha ido de las manos: ya he tejido suficientes bufandas como para abrigar a una familia entera.

—Si hoy es demasiado para ti, podemos volver a intentarlo la semana que viene —me dice Lidia.

Su lástima es como un cuchillo clavándose en mis entrañas. Es la misma mirada de mierda que me dedica todo el mundo desde el accidente. Como si me hubiera vuelto frágil, demasiado débil para ser lo que una vez fui. Parece que no puedes abrirte la cabeza contra el hielo, caer sobre el patín de tu compañero y sufrir un colapso pulmonar sin que la gente empiece a tratarte de otra manera.

—Estoy lista. Lo que pasa es que no he dormido mucho esta noche —le explico. Ni ninguna noche, pero eso no se lo digo. No soporto la idea de que otra persona pierda la fe en mí.

—¿Y esto cómo va? —pregunta Lidia, dándose golpecitos en la frente sin apartar la mirada de mí.

«¿Mi cerebro? Fatal, es un desastre absoluto. Tranquila».

—Más rápido que un ordenador —respondo. Si el ordenador se cayera al suelo y se hiciera añicos. Y luego esos añicos se desparramaran por todo Connecticut y esperaran a que yo los recogiera y los recompusiera.

Sin decir nada más, me pongo los protectores de los patines y me impulso para levantarme del banco. Me recoloco las mallas y siento el peso familiar de la tobillera. No sé por qué sigo llevándola, si me la regaló mi excompañero. Pero es un amuleto de la suerte, y la única vez que me la dejé olvidada en su mesilla de noche, en el hotel, fue el día que me caí. Ironías de la vida.

«El hielo debería tenerte miedo a ti». La actitud agresiva para el entrenamiento de hoy es cortesía del propranolol. Esa pastillita rosa que he tomado esta mañana es el único motivo por el que no se me han aflojado las piernas. Apenas noto presión en el pecho y no he entrado en crisis. Y no lo haré. Hoy no.

Incluso llamé a la farmacia del campus para pedir un nuevo frasco, ya que solo tomo la medicación cuando la necesito. Y, claramente, la necesito. Pero, por mucho que dependa de la pastilla, no puedo evitar verla como una muleta, algo que la antigua yo jamás habría utilizado.

—Haz solo lo que te haga sentir cómoda —me dice Lidia cuando salgo al hielo. Esta mujer es conocida por ser tan fría como el invierno ruso, pero ahora me trata como a un bebé. «El hielo no te va a morder, Sierra». La antigua voz de Lidia aún resuena con fuerza en mi cabeza. «A este ritmo, la Zamboni te va a pasar por encima».

Doy la primera vuelta con confianza, o al menos finjo que la tengo. Pero en cuanto intento hacer un *toe loop*, todo se viene

abajo. Aterrizo temblorosa, como si fuera una principiante y no una exatleta olímpica. En el siguiente salto apenas logro despegar del hielo, un intento patético que aprieta el nudo en mi estómago y me hace arder los ojos. «No llores».

Pasa más o menos una hora en un torbellino de pasos de principiante e imitaciones de Bambi sobre el hielo, mientras me obligo a no dejar caer las lágrimas de frustración. Es mi primer entrenamiento desde que he vuelto, y todas las promesas que le hice a Lidia ya empiezan a resquebrajarse.

Para mi sorpresa, ella no parece enfadada. Ni un poco.

—Es un buen comienzo. Nada que no se pueda arreglar con un par de entrenamientos. Desde tu pausa —decirlo así suena mejor que «experiencia cercana a la muerte», supongo— he estado trabajando en algunos programas indivi…

—Voy a patinar en pareja —la interrumpo. Lo hago desde que dejé las pruebas individuales a los dieciséis. Hace cuatro años. No pienso dar marcha atrás.

—No sabía que tenías un compañero nuevo —responde Lidia, ladeando la cabeza.

Sí, claro. Lo malo de los accidentes que casi acaban con tu carrera es que nadie quiere emparejarse contigo. Después de que mi excompañero, Justin Petrov, me soltara la mano —literal y figuradamente—, me convertí en una paria dentro de la comunidad del patinaje artístico.

Cuando empecé a patinar en pareja, elegí a Justin porque era talentoso y solo se asociaba con gente que estuviera a su altura. Yo nunca cambié por nadie, pero por él sí.

—No tengo —respondo, y Lidia hace una mueca—. ¡Pero he estado buscando!

Aunque mi búsqueda por internet solo ha dado como resultado a degenerados que quieren que baje al sótano de su casa y a patinadores que quieren salir conmigo, pero no formar pareja deportiva. Sabía que los patinadores eran supersticiosos, pero parece que ahora estoy maldita.

—¿Recuerdas el Campamento de Campeones? Muchos patinadores de allí estaban interesados en ser mi pareja. ¿No puedes ponerte en contacto con sus entrenadores? —le pregunto. A ese campamento solo van los mejores patinadores del país.

Lidia parpadea rápidamente, su tic cuando tiene malas noticias.

—Sierra, encontrar un compañero nuevo a estas alturas es casi imposible. No podemos depender de un par de patinadores de hace seis años. Dalton exige que los patinadores se inscriban con suficiente antelación antes de su primera exhibición para poder clasificar en cualquier prueba de la Asociación de Patinaje Artístico de Estados Unidos, la USFS.

—Créeme, lo sé. Yo también he estado buscando por mi cuenta, pero necesito que me ayudes —le suplico—. No puedo rendirme. Además, no hace falta que sea una pareja permanente. Si consigo la puntuación necesaria para clasificar para el Grand Prix, podemos encontrar a otra persona para el año que viene.

—¿El Grand Prix? ¿Cómo demonios piensas hacerlo? —Lidia abre mucho los ojos—. Apenas tendrías tiempo de entrenar. Las rutinas, las elevaciones, la química… Lleva meses, incluso años, perfeccionar todo eso. Tu compañero tiene que tener la misma disponibilidad que tú para entrenar. Esto no va solo de ti. Va de confiar el uno en el

otro y de entender los movimientos del otro. Crear ese tipo de vínculo en tan poco tiempo ya es bastante difícil.

—Llevo meses pensando en esto, Lidia. En el hospital, en fisioterapia, en las sesiones de terapia EMDR, en el gimnasio. Ni siquiera estaría aquí si no fuera por este sueño. —Mi terapeuta, la doctora Toor, dijo que la mejor manera de superar este obstáculo era saltarlo. Y estoy decidida a hacerlo.

—Esto no va a ser como entrenabas antes. ¿Estás segura de que estás preparada?

—Tengo que estarlo —digo, con la voz quebrada—. Necesito demostrarles que todavía puedo hacer esto. Por favor, Lidia. —Sueno desesperada, pero consigo que asienta. La bandera de la victoria ondea en mi pecho. Esta vez lo voy a lograr; por fin estaré a la altura.

—Si fueras cualquier otra persona, ni me lo plantearía. —Mi entrenadora niega con la cabeza cuando esbozo una sonrisa radiante —. Y no puedes ponerte quisquillosa…

—¡No lo haré! ¡Te lo prometo! —me apresuro a decir—. No te arrepentirás.

—Ya lo sé —responde—. Ahora repite esa rutina. Con más ganas esta vez.

El pequeño triunfo debe de haberme dado algo de energía, porque ahora siento el hielo un poco menos intimidante. Mis movimientos siguen siendo pésimos y el corazón me late como si fuera a estallar, pero la posibilidad de llegar a la final y demostrarles a todos que no estoy maldita cuelga delante de mí como una zanahoria.



TRES

DYLAN

Apenas cruzamos la puerta para entrar en Beta Phi, nos rocían con pistolas de juguete llenas de pintura. Las luces oscuras dentro de la casa hacen que los colores brillen contra mi camiseta blanca y dibujen manchas sobre mis pantalones. Miro con fastidio a Kian, que se olvidó de decirme que era una fiesta neón. Para sorpresa de nadie, se quita la camiseta y les indica a las chicas que le disparen más pintura. Se le ven los tatuajes, y le encanta recibir atención. Para cuando terminan de pintarlo, Kian brilla en fucsia y verde y, cuando las chicas se acercan a mí, no tengo otra opción más que quitarme la camiseta yo también. Al instante, me cubren de pintura.

Las chicas llevan faldas y tops blancos diminutos y tienen la piel expuesta cubierta de pintura. Reconozco vagamente a una de ellas

de una fiesta en la que acabamos los dos metidos en un baño, y ahora me pinta las manos y las apoya sobre su pecho. Las huellas de mis manos grandes le estampan la parte de arriba del bikini, y ella planta las manos en la parte trasera de mi pantalón.

En la cocina hay una hilera de *shots* de gelatina que también brillan. La imprudencia me sigue como un enjambre de abejas. Y sé por qué está presente hoy, y no es solo por lo de ser capitán o por el control antidopaje: es porque abrí el sobre que me mandaron mis padres.

Resulta que es una invitación a su renovación de votos dentro de un par de meses; o sea, que deben llevar tiempo planeándolo. Mi padre sabía que yo habría convencido a mamá de no hacerlo. Habría tenido la oportunidad de hacerle preguntas y de quitarle el velo que él le ha vuelto a poner sobre los ojos. Así que la misma gente que, hace unos meses, yo juraba que por fin se iba a divorciar ahora se va a casar. Otra vez. Increíble, joder.

Alguien grita: «¡Fondo blanco!» y me pasa un trago, pero no me invade ese instinto de beber hasta desmayarme, porque veo a Vik Chopra al otro lado de la habitación. Cuando nuestras miradas se cruzan, pone una expresión que me revuelve el estómago.

—Ya vuelvo —le digo a Kian, que casi ni me presta atención porque está intercambiando brazaletes de amistad con las chicas de Beta Phi.

—¿Alguna novedad? —susurro, llevando a Vik hacia la oscuridad de la fiesta. Tiene corazones verde neón pintados en las mejillas y un collar rosa brillante en el cuello.

—No hubo suerte, amigo —responde, negando con la cabeza—. Es imposible burlar ese sistema. Esperaba que vinieras para poder

advertirte. —Sus palabras son como veneno en mi estómago—. Mañana salen los resultados. Lo siento, D.

Siento en los hombros todo el peso de mi vida cayéndose a pedazos.

—No te preocupes. Gracias por intentarlo.

Jamás en mi vida he tenido miedo de las consecuencias. ¿Por qué habría de tenerlo? Cuando eres el tipo con el que todos quieren estar o el que todos quieren ser, las reglas no se aplican a ti. Los demás hacen la vista gorda, inventan excusas, te allanan el camino. Pero tengo el presentimiento de que esto no va a resolverse tan fácilmente, no sin antes arrebatarme todo lo que pueda.

Mierda, necesito respirar.

Alguien dice mi nombre, pero, sin darme la vuelta, me dirijo hacia el vestíbulo. Que yo desaparezca durante una fiesta no le va a llamar la atención a nadie. Muchas veces me arrastran a un dormitorio o a un baño, y reaparezco horas después, todo desarreglado. Subo los escalones de dos en dos y abro de un tirón la primera puerta. La habitación rosa tiene un póster de *Crepúsculo* sobre la cama y una lámpara de lava con forma fálica atornillada a la pared. Estoy a punto de cerrar la puerta cuando escucho mi nombre.

—¡Dylan! ¡Cielo! —La chica que me pintó pasa volando por la puerta a medio cerrar. Me empuja contra una pared y me busca el cuello con los labios. Es el único lugar al que llega, y eso que lleva tacones—. Esperaba verte aquí.

—¿Sí? —Trato de activar esa parte de mí, la que puede susurrar cosas sucias, levantarla con un solo brazo y sujetarla contra la pared hasta oírla suplicar. Pero necesito salir de aquí, y eso no es lo que

diría el Dylan que ella quiere. Todavía no sé si estoy listo para separarme de él—. Vamos a tomar algo.

—O… —La chica abre una lata rosa con porros recién liados—. La última vez te gustó.

—¿La última vez?

—Sí, en Yale —responde con una risita—. ¿No te acuerdas?

—Cierto —murmuro. Claramente todo fue cuesta abajo después de verla a ella allí. La lata que me sacude en la cara es lo último que necesito ahora mismo. Me la quito de encima y retrocedo poco a poco.

Bajo los escalones y cruzo la casa sin dudar ni un momento. Cuando por fin estoy en el vestíbulo que da a la puerta de entrada, Tyler Sampson me apoya una mano en el pecho y me detiene.

—Un momento. ¿Adónde vas, capitán? —me pregunta. Sabía que ese maldito título me iba a atormentar—. Bebe un poco, tío —añade, dándome una cerveza—. Algunas de las chicas están haciendo *body art*.

Cualquier otra noche me encantaría la idea. Mierda, ayer mismo me habría encantado la idea, pero hoy siento que me están torturando cosas que no puedo recordar.

—Me voy —le digo, y dejo la cerveza sobre una mesa.

—No son ni las doce —responde Sampson después de mirar su reloj—. ¿Qué te pasa?

Antes de poder inventar alguna excusa poco creíble, se abre la puerta y siento que todo se detiene. La música (*In the Flesh?*, de Pink Floyd) se apaga en mis oídos y, momentáneamente, mis ganas de irme se disipan.

Todas las cabezas a mi alrededor giran para verla cuando entra en la fiesta y la luz de la puerta la ilumina. Los tipos del equipo de baloncesto que estaban jugando al ping-pong dejan caer la pelota, que rueda por el suelo de madera y se detiene a los pies de la chica.

Con el cabello negro y sedoso, la piel clara y los labios rojos, todos los rasgos de su rostro resultan atrayentes. La falda blanca acaricia sus curvas y me invita a recorrer con la mirada la piel suave de sus piernas tonificadas. Cuando la miro, sus ojos esmeralda atraviesan los míos. Está buenísima.

Y entonces me doy cuenta de que es la chica que estaba fuera de la pista hace unas horas, la que hablaba para sus adentros mientras yo le sujetaba la puerta. En ese momento parecía muy… perdida. Ahora es una bomba.

Creo que le dije algo, que hice algún comentario sobre morderla. Ella debe de estar pensando lo mismo, porque le relampaguean los ojos, hasta que su amiga pelirroja tira de ella y la lleva a la habitación de al lado.

«Peligro».

Por lo general, esa advertencia en mi cabeza es la señal para ir a buscarla, pero hoy me estoy portando bien.

—Vamos, no te vas a ir. Ya conozco esa mirada —me dice Sampson, cortándome el paso.

Lo ignoro y me alejo, pero no sin antes escucharlo gritar: «¡Buuuu!» en mi dirección. Le hago un gesto a Kian para avisarle de que me voy, porque si lo dejo solo sin decirle nada me va a comer la cabeza durante días.

—¡Nooo! —protesta—. No te vayas. Vamos a jugar al jenga borrachos.

—Juega tú. Te veo en casa. —Kian me abraza y su abdomen pegajoso se frota contra el mío. Si estuviera borracho, no me importaría, pero ahora mismo estoy desesperado por darme una ducha.

Justo cuando pienso que puedo escabullirme por la puerta de atrás sin cruzarme con nadie más, la chica del porro me detiene. Todo muy bonito eso de ser conocido, hasta que la gente no te deja en paz. La chica me tira el humo a la cara y me pone el porro en los labios. Las alarmas en mi cabeza suenan a todo volumen, pero nunca me había molestado en escucharlas hasta este momento.

Es algo nuevo, y muy fastidioso.

Sin dar ni una calada, me lo quito de la boca y se lo devuelvo. Ella me mira, sorprendida de que no acepte. Ni siquiera cuando, de pronto, recuerdo exactamente quién es: venda en los ojos, mordaza y un montón de cuerda. Genial, ahora hasta los buenos recuerdos se están volviendo amargos.

Me abro paso a empujones entre las personas que bloquean las escaleras del porche y empiezo a bajar, con la mirada fija en la valla del lateral. En mi apuro, choco con alguien, pero no reduzco la velocidad. El aire de finales de agosto aún es cálido, así que no me molesta ir sin camiseta, con todo el torso pintarrajeado.

—¡Oye, imbécil! —grita alguien detrás de mí. No me doy la vuelta para ver a qué pobre desgraciado le están diciendo de todo.

¿La valla tiene candado? ¿Tengo que saltar esa verja podrida para que por fin termine esta noche? Estoy a medio camino por el césped, cubierto de vasos desechables, cuando una mano pequeña me agarra del bíceps y me tira hacia atrás.

—¡Oye! Te estoy hablando. —La voz es un poco ronca y demasiado confiada para ese intento patético de detenerme.

Al darme la vuelta, veo cabello oscuro, ojos verdes y labios rojos. Peligro.

—¿A mí?

La chica me lanza una mirada asesina, con las manos clavadas en la cadera, como si pudiera plantarme cara. Como si fuera ella la que mide casi dos metros.

—Te acabas de llevar por delante a mi amiga y le has tirado la bebida encima —me acusa.

—¿Tu amiga? —Miro a mi alrededor con mucho aspaviento—. ¿Eres de esas personas que tienen amigos imaginarios? Perdona, no he bebido tanto como para fingir que tu amiga es real.

Me estoy divirtiendo demasiado con esto, teniendo en cuenta que debería estar largándome de esta fiesta. Sus ojos verdes, furiosos, lanzan un vistazo al porche, pero no encuentran nada más que un grupo de personas bebiendo y una pareja que se está besuqueando demasiado cerca de la hoguera.

—Está bien. —Suspiro y miro el aire junto a ella—. Hola, me llamo…

La chica me da un golpe en la mano extendida antes de que pueda estrechar la de su «amiga».

—No estoy loca. Has chocado con mi amiga de carne y hueso, que está ahí atrás.

—Ah, ¿no con la imaginaria que tienes al lado? Creo que tiene sed. Deberías ir a buscarle algo de beber.

—Parece que no os enseñan modales en la escuela de la fraternidad —replica ella, mirándome impávida.

—Si querías hablar conmigo, no hacía falta que inventaras una excusa —le digo, ladeando la cabeza—. Estás bastante buena. —«Bastante» se queda cortísimo, pero me encanta cómo mi comentario le prende fuego a los ojos.

«Concéntrate. Tienes que irte».

—No he venido aquí a hablar contigo —resopla—. Podría encontrar, como mínimo, a diez de los tuyos ahí dentro.

—¿De los míos? Te recuerdo que tú eres la que me ha perseguido por todo el patio solo para llamar mi atención.

—Para que te disculparas —dice, colocándose el pelo detrás de la oreja—. Pero está claro que eres demasiado egocéntrico para pedir perdón.

Cuando se da la vuelta para marcharse, sin poder contenerme, suelto:

—Lo siento.

Con una mirada escéptica, me recorre de arriba abajo y se detiene un momento en mis abdominales cubiertos de pintura y en el elástico de los calzoncillos, que asoma por encima de los vaqueros. Por algún motivo, el espacio que nos separa me resulta irresistible, así que me acerco hasta que las puntas de nuestros zapatos se tocan. Ella huele dulce, a cereza.

—¿Qué puedo hacer para que me perdone?

—¿Quieres que te perdone? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Más que nada en el mundo.

La chica se pasa la lengua por la parte interior de la mejilla.

—Ya te lo dirá en su momento.

—¿Cómo? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Ahora estás en deuda con ella —me explica—. No viene mal que un machito deportista me deba un favor. Creo que me va a resultar útil.

—¿A ti?

—Le va a resultar útil —se corrige.

—Claro. —Mi sonrisa irónica se ensancha hasta lo imposible. Ni siquiera me molesta que me haya llamado machito deportista—. Avísame cuando «tu amiga» quiera cobrarse el favor.

—Eso haré —responde, con los brazos cruzados con firmeza.

—¿No me vas a decir tu nombre? Después de todo, eres la acreedora de un favor muy valioso —le digo cuando ya está a mitad de camino por el césped, de vuelta al porche.

—Ya quisieras —responde sin volverse.

—¿No quieres saber el mío?

Esta vez se gira para mirarme por encima del hombro.

—Creo que «imbécil» te queda bien.

La chica desaparece tras las puertas correderas de cristal. Cuando por fin salgo por la valla, que no tiene candado, una sonrisa se dibuja en mi rostro, pero se desvanece en cuanto veo mi coche en la entrada, bloqueado por otros vehículos.

Error de principiante.



CUATRO

SIERRA

Una cosa es segura: no echaba de menos las fiestas de Dalton.

Si quisiera que me empujaran un montón de estudiantes borrachos y cachondos, iría a una fiesta de una fraternidad. ¿No se supone que las sororidades son más conservadoras y correctas? Parece que la gente de Beta Phi no se enteró, porque el aire apesta a humo de marihuana y el suelo está pegajoso de alcohol. Por la cantidad de personas sudadas que hay, diría que todo el alumnado de Dalton está en la fiesta.

Y, encima, no puedo encontrar a mi mejor amiga. Scarlett insistió en que venir sería una buena idea después de lo mal que me fue en la pista con Lidia, cuando me quería morir de vergüenza. Estaba allí, compadeciéndome de mí misma y tejiendo en el sofá mientras

escuchaba la voz del presentador de The Weather Channel, Dale Thunderman, hasta que Scarlett me lanzó su falda blanca y me ordenó que me arreglara.

Como una ilusa, he intentado encajar: falda diminuta, top igual de pequeño, labios rojos. Sentí que era una oportunidad para redescubrirme después de que el deporte que he amado toda mi vida me triturara y me escupiera. A veces pienso que todavía estoy inconsciente y ensangrentada en esa pista de hielo.

Lo que no me esperaba esta noche era que ese lado mío saliera a la luz. El lado combativo, respondón y malicioso que sepulté hace mucho tiempo. Pero ese jugador de hockey lo arrancó de mí como si tirara de un hilo suelto.

No fue solo la imagen de sus vaqueros bajos, con el elástico de los calzoncillos de Calvin Klein asomando con descaro contra su piel dorada, ni la forma en que la luz suave de la luna iluminaba el brillo del sudor en su pecho. Fueron las huellas de manos, coloridas, emborronadas, estampadas como recuerdos sobre su piel, como si todo el mundo quisiera dejar su marca en él. Como si ya lo hubieran hecho.

Pero todos esos pensamientos se desvanecieron en cuanto abrió la boca. O en cuanto esbozó una sonrisa burlona y se le marcó un hoyuelo diminuto en la mejilla. Ya conozco a los chicos como él: el tipo alto y popular que es demasiado atractivo como para no saberlo y va de conquista en conquista como si fuera una asignatura extracurricular. El padre de Scarlett nos advirtió que nos mantuviéramos alejadas de ellos. Pero, aunque soy muy consciente de que es el último tipo del planeta con el que estaría, no pude

evitar que se me acelerara el corazón cuando sus ojos color ámbar me recorrieron el cuerpo.

—¡Sierra! —Me doy la vuelta y encuentro a Scarlett frente al fregadero de la cocina, con otro top.

—¿De dónde has sacado jabón para la ropa y una camiseta nueva? —Es una camiseta corta sin tirantes, que deja al descubierto el diseño intrincado de los tatuajes que le cubren los brazos y la cintura.

—Yo vivía aquí antes, ¿recuerdas? —me dice—. ¿Dónde te habías metido? Pensé que venías detrás de mí cuando he entrado.

—Ah, emm. Estaba… —Scarlett odia que me pelee con la gente por ella, pero mi amiga es demasiado complaciente, y yo jamás permitiría que alguien le pasara por encima. En segundo de primaria, cuando un niño le robó su bolígrafo favorito y después mintió al respecto, lo amenacé con contagiarle piojos hasta que confesó.

—Has ido a gritarle al chico que me ha empujado, ¿verdad?

—Puede ser —digo, y ella alza las cejas—. Vale, sí. Pero ha sido grosero y arrogante y se lo merece. Además, ahora nos debe un favor.

—Claro que sí. —Scarlett escurre su top y lo guarda en el bolso. Cuando me da el brazo y tira de mí, vuelvo a sentir el peso de las miradas. «Saben quién eres».

El problema de fracasar en un evento deportivo famoso en todo el mundo es que el accidente queda grabado en vídeo, publicado en todas las redes sociales y portales de noticias, a la vista de todo el mundo. CAÍDA CASI MORTAL DE PATINADORA ARTÍSTICA EN LOS JUEGOS OLÍMPICOS LO FASTIDIA TODO. Vale, ese no fue el titular,

pero es el que se repite constantemente en mi cabeza. Hoy, no obstante, las miradas son más indiferentes, pero es lógico en este tipo de fiestas. La gente viene a ligar y evita los compromisos. Yo nunca lo hice, pero a veces desearía poder hacerlo.

Un rubio que está abrazando a una chica me guiña el ojo.

—Creo que ese tipo está intentando que te sumes a un trío —me susurra Scarlett.

—Qué suerte la mía —replico, retrocediendo.

Scarlett se sirve una copa de una caja bajo la mesa y me ofrece otra. Un ruido fuerte me llama la atención y me vuelvo a mirar. Hay un montón de piezas de jenga desparramadas y un tipo levanta las manos en el aire, frustrado y borracho. Su mal humor no dura mucho y se acerca a susurrarle algo al oído a una chica. A ella le cambia la expresión y, cuando se dirige a las escaleras con paso tranquilo, contoneando las curvas, él se la come con los ojos.

Siento una oleada de celos inesperada. Aunque llevo casi toda mi vida actuando ante el público, nunca tuve tanta seguridad en mí misma fuera de la pista como para que alguien me mirara así.

Quizá sea porque nunca me importó lo que pensaran los chicos. En el instituto se me acercaban, pero luego Scarlett descubrió que era porque habían hecho una apuesta para ver quién lograba acostarse con las más guapas del curso. Asqueroso. Así que me salté la etapa del sexo adolescente. Di mi primer beso a los diecinueve y perdí la virginidad a los veinte, y ninguna de las dos cosas fue memorable. Quería quitármelo de encima para que nadie pudiera decir que había renunciado a mi vida por entrenar, aunque, en el fondo, sabía que era cierto.

Y quizá eso es lo que siempre me hizo sentir distinta, como si no diera la talla para tener las experiencias que todos los demás parecían atesorar. Como si no fuera deseable o atractiva.

Hasta el día de hoy, cuando veo a alguien mirándome el cuerpo, me entra una especie de desesperación por saber qué está pensando.

—¡Sálvame! —Scarlett me agarra del brazo, pero se la llevan a rastras a un juego de *beer pong*. Pierde estrepitosamente. Diez minutos después, una Scarlett bastante alegre vuelve adonde estoy —. Ese juego es una mierda.

Me pone un vaso de plástico en la mano, y lo vacío antes de que mi amiga me arrastre a la pista de baile improvisada. Cuando suena nuestra canción favorita, me quedo con ella y dejo de pensar. Y, durante un momento, me relajo. Ni siquiera me importa el tipo borracho que está invadiendo mi espacio. Pero cuando su mano toca mi cintura y se cuela bajo mi falda, me sobresalto y lo aparto de inmediato.

¿Sabes lo que tienen las lesiones casi mortales? Dejan cicatrices. Esperaba la de la cabeza, por la fractura de cráneo, pero no la del abdomen. El colapso pulmonar, cortesía de la costilla rota tras caer sobre el filo del patín de mi compañero, Justin, dejó marcas. Cuando me duché sola por primera vez en el hospital, vi mi reflejo en el espejo: una línea roja y dentada en el abdomen por su patín y el agujero del tubo torácico. En ese instante comprendí de golpe todo lo que había pasado. Era la primera vez que veía algo tan permanente, tan distinto de mis moratones desvaídos, tan indeseable. Me desplomé en el suelo del baño y empecé a sollozar, temblando y destrozada, hasta que mi madre entró y me abrazó.

Una mano suave tira de mí y, cuando me doy la vuelta, veo a Scarlett fulminando a alguien con la mirada. Hasta su mirada fulminante es educada. Me río, pero cuando ella me hace girar, todos esos sentimientos estallan como una burbuja.

Porque mi excompañero, Justin Petrov, está bailando al otro lado del salón.

El Justin que yo conocía no bebía alcohol y jamás se habría acercado siquiera al humo de un porro. Era muy estricto con mantener su cuerpo en perfecto estado, pero ahora se lo ve bailando con total despreocupación junto a su nueva compañera, Julia Romero. Conmigo nunca habría hecho algo así.

Conozco a Julia desde hace años, no de verdad, sino de la pista. Tiene talento, pero no el suficiente para ganar. Cuando yo quedaba primera, ella quedaba segunda. Siempre me vio como una rival, siempre intentó superarme. Es como si hubiera pasado toda su carrera intentando imitar la mía. Cuando dejé las competiciones individuales tras años de sufrimiento, pensé que estaría contenta. Pero se ve que no, porque ahora, con Justin, tiene una oportunidad real de ganar una competición de parejas.

Se me cierra la garganta por los recuerdos de la traición y por el anhelo de una parte de mí que echo horrores de menos. Luego, como esquirlas de hielo, la mirada azul de Justin se cruza con la mía, y olvido cómo respirar.

—Eh, ¿qué pas…? Ah —dice Scarlett—. ¿Quieres que le tire mi copa a la cara?

—No antes de que yo le tire la mía —murmuro, siguiéndola entre los cuerpos sudados.

—Sierra —dice Justin cuando nos alcanza—. Scarlett. Hace mucho que no os veía. —Ya conozco esa sonrisa. Es la que les dedicaba a nuestros rivales antes de darse la vuelta y hablar mal de ellos. Si hablamos de la cultura tóxica del patinaje artístico, Justin es el ejemplo perfecto.

—¿Sí? ¿Y de quién es la culpa? —replica Scarlett, agarrándome del brazo para alejarme.

—Esperad. Sierra, deberíamos hablar. —Justin me detiene con una mano firme sobre el hombro, y me quedo mirándola con desdén hasta que la aparta como si se hubiera quemado. Ojalá lo hubiera hecho.

—No, no deberíais —interviene Scarlett—. Pero…

—No tengo nada que decirte. —Mis palabras lo obligan a retroceder, y sigo a mi amiga. Me arde la garganta de tragarme las palabras que llevo meses esperando decirle.

En la cocina, Scarlett se pone a preparar unas bebidas.

—¿Vas a estar bien?

Me mira de una forma que me hace sentir frágil, y odio que piense eso de mí. Y odio aún más sentirlo yo también. Ha pasado más de un año; estaba preparada para esto.

Tenía dieciséis años cuando Justin y yo nos emparejamos. Fue justo después de que ganara el oro como patinadora individual. Todo mi entorno (mis padres, mis entrenadores, el equipo de Estados Unidos) estaba eufórico por ese triunfo, pero, para mí, aquella medalla era como una horca. Había llegado a la cima de mi carrera individual y, aun así, no me sentía suficiente. Sentía que me había chocado contra un techo de hormigón. Entonces apareció Justin y resucité. Sería suficiente para él, porque nunca lo fui para mí misma.

—Voy a estar bien —le aseguro, intentando sonreír, aunque no sé si resulta muy convincente. Por suerte, un par de chicas de Casa Iona nos saludan y acabamos charlando todas juntas. La música está alta, pero no silencia los recuerdos. Mucho menos cuando lo que los provoca está en la misma habitación.

No soporto más el calor que me quema el pecho.

—Scar, soy lo peor y lo siento, pero…

—Vámonos —me interrumpe—. La música es horrible y las bebidas ni siquiera están buenas.

Cuando estoy a punto de decirle que se quede, que no quiero arruinarle la única noche que tiene para salir, me corta. Pide un Uber y esperamos en la acera en silencio. No me deja pedirle perdón, no me deja pagar el Uber y no me suelta la mano en ningún momento.



CINCO

DYLAN

El día siguiente siempre es un infierno. Y es todavía peor cuando no bebí ni un trago de alcohol y, aun así, los ojos me palpitan por el dolor de cabeza. ¿Qué karma estaré pagando? Le regalé la mejor noche de su vida a demasiada gente como para merecer este castigo. Levanto la cabeza y veo cómo el sol matutino estampa una sombra con forma de ventana en las puertas de mi armario.

Los recuerdos de anoche están medio desordenados, pero este me golpea con fuerza. No sé si fueron sus ojos verdes penetrantes, sus labios rojos o su falda diminuta, que dejaba al descubierto un par de piernas que con gusto dejaría que me sofocaran, pero esa chica no era lo que esperaba. Cuando derramas una bebida encima de alguien en una fiesta, te manda a la mierda y te hace un gesto

obsceno. No aparece una patinadora artística enfadada a informarte de que le debes un favor sin siquiera decirte su nombre.

Miro la hora en el móvil. Todavía es más temprano de lo que estaría dispuesto a levantarme, pero el calor que emana del otro lado de mi cama me quita la modorra.

«¿Qué demonios?».

Repaso mis recuerdos difusos para ver con quién podría haber venido a casa anoche. «¿Será ella?». Un fuego se enciende en mi estómago, pero se apaga al instante porque recuerdo que, después de ver que mi coche estaba bloqueado en la entrada, volví caminando a casa. El resto de mi noche patética la pasé mirando hockey y, cuando pedí una pizza, tengo el vago recuerdo de haberle preguntado al repartidor si quería ver una película conmigo. Me dijo que sí.

Diablos, ¿será el repartidor?

Con el corazón en la boca, giro hacia el cuerpo acurrucado bajo la manta. Levanto un borde con cautela, pero cuando veo al idiota que duerme profundamente junto a mí, suelto un suspiro de alivio.

—¿Qué haces en mi cama? Destapo a Kian, que todavía está cubierto de pintura. Ni se inmuta, así que lo empujo con tanta fuerza que cae del colchón y aterriza en el suelo con un golpe seco y un grito agudo.

Me mira con incredulidad desde el suelo, despatarrado y derrotado. Al menos lleva puestos los calzoncillos, por más que sean de motivos de Ken.

—Buenos días para ti también —murmura—. ¿Así tratas a todos tus invitados?

—Mis invitados por lo general son mucho más guapos que tú y me despiertan dándome las gracias por lo de la noche anterior.

Kian se lleva la mano al pecho y finge estar ofendido.

—No voy a prostituirme solo porque necesitaba un lugar donde dormir anoche.

—No hace falta que te prostituyas, Ishida —respondo—. ¿Por qué no podías dormir en tu habitación?

Imagino que habrá encontrado a alguien teniendo sexo allí, o alguna otra cosa igual de asquerosa, como para considerar que mi habitación era una opción más segura. Todavía tenemos dos habitaciones libres que son de Aiden y Eli, pero no intentamos dárselas a nadie más porque los chicos dicen que van a venir de visita. O, al menos, nos gusta pensar que van a venir.

Me incorporo contra el respaldo y Kian suspira con dramatismo.

—Estaba demasiado lejos.

Le lanzo una almohada, pero la coge al vuelo y la abraza contra su pecho. Tiene suerte de que no tenga la energía suficiente para hacerle algo peor.

Unas horas después, estoy sacando la caja vacía de pizza que dejé en la sala anoche cuando Kian entra tambaleándose en la cocina, frotándose los ojos para despabilarse.

—¿Qué hay para comer? —pregunta.

Levanto un paquete de pan mohoso, y Kian hace una mueca antes de coger una caja de cereales. Enciende la pequeña radio antigua que compró en un mercadillo la semana pasada y luego se sienta en la encimera, cereales en mano, y me observa mientras limpio. En ese momento, se ilumina la pantalla de mi móvil.

Vik: Atento. Los resultados han salido hace una hora.

Mierda. Ese recuerdo sí que me pega fuerte. El maldito control antidopaje. Pensé que tenía más tiempo. Casi ni registro el sonido de mi teléfono, que se me resbala de las manos y cae al suelo, porque lo ahoga el pitido agudo en mis oídos. «Mierda, mierda, mierda». Camino de un lado a otro y recojo el móvil. Todavía no he recibido ni un mensaje ni un correo de Kilner, y eso me aterra.

—¿Qué pasa? —pregunta Kian, con la boca llena de cereales.

Podría decir que hubo una confusión con unos *brownies* con marihuana y que me comí uno sin querer. Eso es creíble.

—D, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado?

O podría decir que fue por humo de segunda mano, aunque suene raro.

—Dylan.

—¿Qué? —respondo de malas maneras.

Kian se echa hacia atrás ante mi reacción. Todo esto es una cagada monumental, y no puedo culpar a nadie más que a mí.

—Di positivo en THC en el control antidopaje —le digo.

Kian se baja de la encimera de un salto, boquiabierto. Con una sola frase, cometí dos errores fatales. El primero, ir ventilando mis cosas personales. El segundo, contarle a Kian un problema que no puede solucionar. Seguro que ya se le ha activado el complejo de héroe.

—No puede ser. Pediremos que lo repitan —dice sin dudarlo.

Pensé que había sido listo, al menos a la hora de calcular cuándo podía relajarme en una fiesta, pero con todo lo que pasó el semestre pasado y este verano, calculé mal. No se me ocurrió que los controles de pretemporada llegarían tan pronto. Pasaron tantas

cosas la semana de las pruebas que ni siquiera lo pensé antes de hacerme el test. Lo único que tenía en la cabeza era la llamada de mis padres y su maldita renovación de votos.

—Te van a echar del equipo —masculla—. Tenemos que pedir que repitan el control. Esto no está bien.

—No está mal.

El silencio se alarga hasta volverse insoportable, y no me atrevo a mirarlo a la cara.

—Pero tú jamás harías algo así —dice con una voz más débil, temblorosa por la emoción, y sus palabras casi consiguen derribar mi fachada. Pero ¿qué se supone que tengo que decirle? ¿Que llevo tanto tiempo lidiando con la mierda de mis padres que esa llamada fue la gota que colmó el vaso? ¿Que estaba tan desesperado por huir de la realidad que ni me lo pensé antes de dejar que un par de caladas me costaran la carrera?

El teléfono suena y, cuando nuestras miradas se cruzan, intercambiamos un gesto de puro terror. Entonces veo quién me está llamando. El entrenador Kilner.

Trago saliva. Ha llegado el momento.

—Hola.

—A la pista. Ahora —dice. Cuelga, y solo queda el vacío. El mismo que se abre en mi futuro ahora que se ha desvanecido la poca esperanza que me quedaba.



—Espero que esa cara de enfado signifique que tiene buenas noticias —le digo al entrenador Kilner al sentarme a su lado en las

gradas.

—A veces creo que elegí la carrera equivocada —responde, mirando la pista vacía—. Tendría que haber sido maestro de preescolar. Al menos esos niños me harían caso.

—No puedo discutirte esto.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —me pregunta, fulminándome con la mirada.

—¿Qué más da? Te has enterado de todas formas.

Kilner aprieta los puños y me doy cuenta de que de verdad necesita esa pelota antiestrés que no deja de estrujar.

—Me habría gustado enterarme del control antidopaje por ti. Con una explicación. —Me encojo de hombros, sin levantar la vista de mis manos—. Puedes quedarte ahí sentado fingiendo que no te importa, pero a mí no me engañas. —Kilner exhala con pesadez—. No voy a obligarte a decírmelo, Donovan. Pero los dos sabemos que este año estás fuera de control.

—Créeme, entrenador, se me pasó lo del test. Siempre sé lo que hago.

—Claro que sí. Todos vosotros pensáis que sabéis lo que hacéis —dice—. Te van a suspender del equipo, y la NCAA ya ha sido notificada. La NHL va a dejar tu situación en revisión condicional. El director deportivo podría expulsarte del equipo. Y el decano Hutchins quizá tome medidas aún más severas, teniendo en cuenta lo estricto que es con las fiestas. Cuando te gradúes, quedarás como agente libre, sin ningún tipo de consideración por parte de la liga. ¿Qué demonios se te pasó por la cabeza?

No tengo nada que decirle.

—¿Sabes lo grave que es esto? —insiste—. Lo único que quería era que te dieras cuenta del potencial que tienes. Pero lo desperdiciaste en fiestas. ¿Este es el legado que quieres dejar?

—Dejé un legado bastante importante en las fraternidades —bromeo. A ver, es verdad. Nadie va a una fiesta en Dalton sin preguntar si voy a ir. Joder, la mitad de las veces yo soy la fiesta. Pero, aun así, sus palabras me duelen más de lo que estoy dispuesto a mostrar. No me sale disculparme; con todo lo que hice, era obvio que acabaría así. Solo era cuestión de tiempo.

—Aunque no lo creas, hay gente aquí que quiere que te vaya bien, Dylan.

—Claro —resoplo—. Como mi padre, que va a estar encantado de que no pueda jugar al hockey y por fin haga algo que valga la pena, como siempre quiso. El mismo que amenazó con dejar de mandarme dinero después de toda la mierda que nos hizo pasar —digo con amargura—. Esto era lo único que tenía, y lo arruiné, tal como él dijo que haría. Es para lo único que sirvo: para arruinar las cosas buenas.

Kilner me apoya una mano en el hombro.

—No tiene por qué ser así. Puedes forjar tu propio camino, siempre que lo hagas con un poco de respeto por ti mismo.

Hundo la cara entre las manos.

—¿Eso lo has sacado de una pegatina motivacional? —murmuro.

—Lo leí en uno de esos manuales de mierda de «cómo ser mejor entrenador». ¿Ha funcionado?

Por fin lo miro.

—Entrenador, al director deportivo no le va a gustar nada cuando le lleven mi expediente. Ya conoces mi historial sobre el hielo, y no

es precisamente el de un santo. Por mucho que todos quieran que deje de salir de fiesta, es lo único que hace soportable la vida.

—Porque no has probado otra cosa —responde, y suspira—. Yo hablaré con el decano.

Echo la cabeza hacia atrás. No entiendo por qué sigue queriendo ayudarme.

—Pero… —Kilner se incorpora para bajar de las gradas—. Tienes que espabilar. Únete a un club de debate o a uno de costura, me da igual. Haz algo que demuestre que esto no es lo único que eres.

«¿Y si sí?».

Cuando el entrenador se va, me quedo mirando la pista vacía. El teléfono me vibra en el bolsillo, por enésima vez desde que llegué aquí. Tengo treinta notificaciones en la pantalla, todas sobre el mismo tema que quería evitar.

Aiden: Qué mierda es eso de que te fue mal en el control antidopaje? Llámame

Sampson: Joder, te pillaron? No podemos perder a nuestro mejor ala izquierda, tío

Kian: Quizá se me escapó que diste positivo en el control antidopaje. FUE SIN QUERER

Dejo de leer después de eso, porque ninguno va a recibir respuesta. Excepto Kian, a quien voy a patearle el culo por contárselo a todo el mundo. Estoy a punto de ir a hacer exactamente eso cuando empieza a sonar música y el sonido de unos patines sobre el hielo capta mi atención.



SEIS

SIERRA

Las drogas son lo más. Bueno, las drogas recetadas. Es miércoles por la tarde, así que la pista es la gloria: sin niños y sin el equipo de hockey. Lidia anda por ahí intentando encontrarme un compañero, así que he venido a entrenar sola. Después de todos los sueños que destrocé el año pasado (los suyos, los míos, los de todos), tengo que estar lista.

Aunque ya he hecho los mismos saltos seis veces y mi *salchow* está cada vez peor. Siento que estoy fuera de eje. Caigo de golpe, arañando el hielo. Entonces lo intento de nuevo y de nuevo y de…

—Lo estás haciendo mal —dice el eco de una voz detrás de mí.

Me quedo helada. Odio reconocer esa voz: grave, profunda y más arrogante que la mierda. Miro por encima del hombro y,

efectivamente, es el jugador de hockey de la fiesta. Tiene los antebrazos apoyados en la valla y los ojos ámbar clavados en mí.

Me doy la vuelta. «Nada de distracciones». Mucho menos él. Exhalo hondo y me lanzo a hacer algo que siempre me ha salido bien: un triple *toe loop*. Pero un chasquido seco atraviesa el aire justo en medio del salto y me hace perder el equilibrio. Aterrizo sin gracia, y esa es la gota que colma el vaso. Siento un fuego quemándome por dentro. Me deslizo hacia donde está apoyado él y quedamos cara a cara; la puerta de la pista es lo único que nos separa. Incluso con los patines puestos, él sigue siendo mucho más alto que yo, pero me niego a dejar que su altura me intimide.

—¿No deberías estar colocando un barril de cerveza en algún lado? —pregunto.

—Solo era un consejo amistoso, princesa.

—Creo que para eso tendríamos que ser amigos. Además, no acepto consejos de patinaje de jugadores de hockey —respondo—. Ni de chicos de fraternidad que se pasan las noches con el pecho todo pintado.

—A mí me parece que te lo pasaste muy bien mirando mi pecho pintado —dice él, acercándose más, con una sonrisa burlona de lo más irritante—. Puedes mirar, pero vas a tener que ser un poco más amable si quieres tocar.

—¿Por? ¿No puedes conmigo? ¿Nunca has estado con una chica que pudiera ponerte un patín en la garganta?

Entonces se le dibuja un hoyuelo. Un maldito hoyuelo.

—Nunca, pero creo que cualquier cosa que me hicieras tú me gustaría.

Cuando posa sus ojos sobre mi cuerpo, casi me invade esa desesperación por saber qué está pensando. Él es como una montaña rusa a la que sabes que no deberías subirte… pero lo haces igual.

—Me aseguraré de sorprenderte entonces —digo, con una sonrisa falsa.

Él se ríe por lo bajo; es un sonido grave, igual que su voz.

—Dejaré la puerta sin llave.

—Seguro que siempre está así.

Si no estuviera mirándolo tan atentamente, no me habría dado cuenta de que su sonrisa flaquea un poco.

—Quizá sea mejor que no te quites los patines. Parece que te hace falta practicar.

No se equivoca, pero ni loca lo voy a admitir. ¿Darle la razón a un hombre? De ninguna manera.

—Dudo que tengas ni la menor idea sobre patinaje artístico.

—A tu *salchow* le ha faltado rotación y has aterrizado mal. ¿Y ese triple *toe loop*? Muy fuera de eje.

Me quedo pestañeando como una idiota. Sus palabras invalidan cualquier respuesta que podría haberle dado, porque es justamente lo que yo misma me estaba reprochando.

—Te falta confianza —añade, retorciendo el puñal de su crítica.

—Está claro que a ti no te faltan agallas. No he pedido tu opinión. No podrías ni siquiera imitar ninguno de mis movimientos.

Él entrecierra los ojos y, por un momento, parece estar evaluando la idea de demostrarme que me equivoco. Me preocupa que lo haga, y que entonces tenga que pasar el resto de mi vida sabiendo que un

jugador de hockey patina mejor que yo. Pero, al final, se aleja de la valla. Nuestra mirada acalorada se disuelve en el frío hielo.

—Eso pensé —digo, con una sonrisa burlona—. Quizá si lanzo un disco en el hielo, lo puedas perseguir como un buen chico.

—¿Eso es lo que quieres? —me pregunta, otra vez con ese brillo pícaro en la mirada—. ¿Que sea un buen chico?

—Quiero que te vayas de mi pista —mascullo, apretando los puños.

—¿Tu pista?

—Es mi horario —insisto entre dientes—. Puedes golpearte la cabeza contra el suelo todo lo que quieras después.

—Ya no —murmura. Luego se aparta de la valla y se da la vuelta —. Ah, Dalton tiene un programa de patinaje para principiantes. Quizá te venga bien.

Le hago un gesto obsceno.



—¡Pedazo de mierda! —Lanzo mi mochila sobre la mesa de la sala de estudio a la que vamos después de clase. Los miércoles, todos los edificios del campus cierran a las diez, pero hay un salón privado que Scarlett encontró en primer año, y a veces se escabulle allí. Por ejemplo, un día de semana a medianoche, cuando necesita usar la pizarra para estudiar algo. Hoy, el título que escribió en la pizarra caótica es: «Proctología».

—¡Casi! En realidad, es el interior de un colon. —Scarlett señala la imagen de su libro y me mira por encima de las gafas. Se ha recogido el pelo en un par de trenzas desiguales. Siempre se trenza

el pelo cuando está estresada por estudiar—. ¿Te has vuelto a cruzar con Justin o qué pasa?

—Peor.

—¿Hay algo peor que Justin?

—Está bien, no peor, pero igual de irritante —digo—. Ese jugador de hockey de la fiesta.

—¿Al que le dijiste de todo? —Scarlett se ríe cuando la miro con mala cara—. Perdón, es lo que está diciendo todo el mundo. Te peleaste con el más guapo del equipo en la primera fiesta del semestre. Era obvio que se iba a correr la voz.

—Ay, por favor. A la gente no le puede importar tanto.

—Sí que puede. Estamos hablando de Dylan Donovan, el adorado ala izquierda de Dalton. O capitán, mejor dicho. Bueno, por un día, hasta que le dio positivo el control antidopaje. —Scarlett hace una pausa—. Perdón, mi padre ha estado trayendo trabajo a casa, así que hoy por la mañana lo único que he escuchado ha sido cómo es un día en la vida del entrenador Kilner.

«¿Le dio positivo el control antidopaje? ¿Quién diablos es este chico?»

—Eso explicaría por qué tiene tanto tiempo libre para molestarme. Es el hombre más arrogante del planeta.

—Sois tal para cual entonces —responde Scarlett con un resoplido.

Cuando le lanzo una mirada asesina, se ríe en voz alta y se levanta a borrar algo de la pizarra.

—Es que tú eres la mujer más arrogante que conozco. Bueno, últimamente no, pero sabes que tienes talento y no te da miedo mostrarlo. Es una cualidad admirable.

—No soy arrogante. —Solo a Scarlett eso podría parecerle algo positivo. Sepulté todas esas partes de mí estando con Justin, pero eso no bastó para acallar sus comentarios, fríos como el hielo. «Sonríe por una vez en tu vida. Así no les vamos a caer bien al jurado. No seas tú misma, Sierra». Esas palabras calaron hondo en mí; estaban detrás de cada expresión forzada, de cada esfuerzo por resultar agradable.

—No es malo saber que tienes talento.

—Bueno, está bien, soy un poco arrogante —concedo, apretando los labios—. Pero él es arrogancia pura.

—Eso sí que es verdad —responde ella—. Pero al menos ya no te lo cruzarás más en la pista. Estoy bastante segura de que lo van a suspender.

Quizá tenga razón, pero me da la sensación de que Dylan Donovan no sigue las reglas.



SIETE

DYLAN

Oficialmente, estoy expulsado del equipo de hockey.

Yo sabía que iba a pasar, pero hoy por la mañana me llegó un correo electrónico de la junta disciplinaria con el detalle de mis nuevas restricciones: nada de entrenamientos, nada de tiempo en la pista a menos que lo apruebe el director, Alan Reed, nada de asistir a los partidos. La realidad me golpea todavía más fuerte cuando entro en la clínica deportiva de la universidad y veo el titular mirándome de frente.

***IN FRAGANTI:* EL GALÁN DEL EQUIPO DE HOCKEY DE DALTON, EXPULSADO DE LA PISTA POR CONTROL ANTIDOPAJE POSITIVO**

Summer Preston, la novia de Aiden y mi única amiga que no es atleta ni pertenece a una fraternidad, está detrás de la recepción; frunce el ceño al mirar la última edición del *Dalton Royal Press* antes de arrugar el papel y tirarlo a la basura. Summer me escribió de buena mañana y me pidió que me reuniera con ella aquí antes de que nos fuéramos a estudiar en la biblioteca. Fue justo después de que me llegara el correo en el que me notificaban de la suspensión.

—¿Me llaman galán? Creo que le gusto a alguna chica del periódico —bromeo.

—Ojalá me lo hubieras contado, D —dice Summer, negando con la cabeza—. Mi padre conoce al decano. Te podría haber ayudado.

Lo dudo mucho. Lukas Preston me odia. Más de lo que odia a Aiden, y eso es mucho decir, teniendo en cuenta que él es quien se acuesta con su hija. Pero el mes pasado, cuando fuimos a Toronto, me sorprendió lo sexy —lo guapa— que es la madre de Summer. Después de un par de copas, no podía parar de coquetearle. Aiden me pateó por debajo de la mesa un montón de veces, pero cuando la hacía reír me sentía como cuando me ganaba una de esas estrellas doradas que repartía mi maestra de la guardería. Así que pedirle ayuda a Lukas Preston, la leyenda de la NHL, no era una opción.

—Ya no hay mucho que hacer —respondo, señalando el periódico que acaba de tirar.

—No te preocupes, me los he llevado todos. —Summer señala con el pulgar la montaña de periódicos que se tambalea sobre un estante.

El gesto me arranca una sonrisa.

—Gracias, pero estoy seguro de que el bocazas de Kian ya se lo contó a todo el mundo.

Se escucha un gruñido. Es Kian, que está llevando otra tanda de periódicos.

—He soportado una clase de dos horas de filosofía y después he recorrido todo el campus buscando estos periódicos. Por favor, no me grites —me dice, y los deja caer pesadamente junto a la papelera de reciclaje.

Summer se ríe y después me mira.

—Bueno, buena suerte con Aiden, que viene mañana.

Mierda. Cuando Aiden todavía estaba en Dalton, no me sermoneaba solo como capitán del equipo; se preocupaba por mí como amigo, y notar que lo había decepcionado me afectaba mucho más que sus palabras. Ahora que su lesión en la pantorrilla lo dejó fuera de la pista, va a volver aquí a descansar y a estar con Summer.

A Kian se le ilumina la mirada.

—¡Uy, viene el capitán! Tenemos que limpiar su habitación y la casa.

—Su habitación está limpia. Yo he estado durmiendo allí —dice Summer.

—Cierto. Me encanta escuchar tus «conversaciones» con Aiden al otro lado del pasillo. Son mis cuentos favoritos para antes de dormir —responde Kian con tono burlón—. Pero será como en los viejos tiempos. Sobre todo si se queda para vuestros cumpleaños.

Al recordar que ya se acerca la fecha, se me hace un nudo en el estómago. Este año, Summer y yo vamos a celebrarlo juntos, ya que los dos cumplimos años en Halloween. Todos están entusiasmados.

Todos menos yo.

Después de la semana de bienvenida, las fiestas no son más que recordatorios estridentes del control antidopaje fallido. Y, ahora que Kilner insiste en que encuentre algo que valga la pena para demostrar que no soy un vago, planeo portarme mejor que nunca. Porque le entregué todo al hockey, convencido de que me ayudaría a llegar a alguna parte, y al final todo desapareció tan rápido como el humo al salir de mis labios.

—¿Ya nos podemos ir? —pregunta Kian, que está junto a la puerta —. Tengo que estudiar.

El tipo que está sentado en la sala de espera parece muy enfermo, y le murmura a Kian que cierre la puerta porque tiene frío.

—Un segundo. Primero tengo que hablar con el doctor Müller —dice Summer, y se va deprisa, mientras Kian dice que tiene que ir al baño. Justo en ese momento me suena el móvil. La noticia del control antidopaje se esparció como la peste. Seguro que mis padres ya lo saben y están tratando de contactarme. Pero esta vez, es el nombre de Ada el que aparece en la pantalla.

—De repente, me he convertido en la chica más popular de la escuela —dice mi hermana.

—¿Te has enterado?

«Qué buen ejemplo le estás dando, Dylan». Aunque no es nada de qué preocuparse, porque Ada Donovan es brillante. Tiene dieciséis años y está estudiando biología en una academia STEM de Boston.

Ada se ríe, y suena tan parecido a la risa de mi madre que el sonido se me clava como un puñal.

—¿Si me enteré de que a mi hermano lo están tildando de drogadicto? Sí. Hasta me llamó mamá, y traté de convencerla de que

todo está bien. Pero no te veo desde hace mil años, Dyl. ¿Qué te está pasando?

—Estoy bien. Fue un error estúpido. No va a volver a pasar.

—¿Tuvo algo que ver con las últimas muestras de cariño falsas de papá? —pregunta.

¿Veis? Es demasiado lista.

—Parece que mamá se lo cree. Igual no importa. No voy a ir. —Si mamá quiere seguir con él, yo ya no me voy a interponer—. Pero nos vemos en las vacaciones, Ada, te lo prometo. Solo tengo que resolver este lío.

—Está bien —dice con tristeza—. ¿Sabes? A veces echo de menos patinar contigo porque pasábamos mucho tiempo juntos durante los entrenamientos y las competiciones. Aunque preferiría olvidar esa vez que un reclutador te preguntó si querías dejarme y patinar solo.

—Tú patinabas bien. Ese tipo era un idiota —respondo con una mueca. Ada y yo hicimos patinaje en pareja. Éramos bastante buenos, pero cuando yo descubrí el hockey y ella descubrió los libros, el patinaje quedó en segundo plano.

—Mentiroso. Era malísima, y tú eras tan bueno que me daba rabia. Yo odiaba patinar. Solo lo hacía por mamá —dice, riendo—. ¿Todavía patinas? Ya sé que vives y respiras hockey, pero ¿patinas?

—No tengo tiempo —respondo. Patinar siempre me resultó fácil, y creo que nunca lo superé del todo. El entrenador Kilner siempre me mira con mala cara cuando empiezo a hacer tonterías sobre el hielo y a darle un pequeño espectáculo al público.

—Bueno, ahora tienes tiempo de sobra —dice mi hermana—. Quizá hasta te sobre para llamarme de vez en cuando. Sabes que

estoy aquí si quieres hablar o contarme cosas de las fiestas de la universidad.

—Buen intento.

—No perdía nada con intentarlo —murmura—. Ah, y dile a Kian que no me he olvidado de él. Me mandó un mensaje para decirme que estaba escogiendo favorito entre mis hermanos.

—Está sensible, nada más.

—O sea, ¿como siempre?

—Exacto —digo riendo.

Justo cuando Ada corta la llamada, mi brazo se roza con el de una persona que se detiene a mi lado.

—A nombre de Sierra —dice, y la farmacéutica del fondo sonríe y la saluda con la mano. Pero yo no habría notado nada de eso si no fuera por la patinadora artística de cabello oscuro que está anotando su nombre en la hoja de registro.

Se me empieza a dibujar una sonrisa irónica.

—Sierra, ¿eh?

Ella se queda helada y abre mucho los ojos. No obstante, cuando me mira, se enciende un fuego diminuto.

—Dylan, ¿eh?

No pensé que me gustaría tanto escuchar mi nombre en sus labios.

—Veo que hiciste los deberes. ¿Fuiste a tu casa y me buscaste en internet? —le pregunto, inclinándome sobre el escritorio de la recepción—. ¿Encontraste alguna foto buena?

—Sí, tengo la foto perfecta pegada en la diana.

¿Está mal que eso me excite? Desde que me hizo ese comentario sobre ponerme el patín en la garganta, creo que soñé con eso más

veces de las que estoy dispuesto a admitir. Pero quizá sea porque tengo una mala racha.

—¿Sabes? Estoy seguro de que te saldrían bien los saltos si pasaras un poco menos de tiempo mirándome.

Ella aprieta la mandíbula y mira con impaciencia a la farmacéutica.

—Gran charla, entrenador. Ojalá sea la última.

—Me gusta un poco que me digas entrenador.

—Ah, ¿sí? —me pregunta con tono burlón—. ¿Eso es lo que te excita? ¿Que te llamen como a un hombre de cuarenta y cinco años?

—Kilner no tiene cuarenta y cinco.

—Yo no he dicho Kilner. Pero es bueno saber con quién fantaseas —dice, arqueando una ceja perfecta.

—Tú dices eso porque no lo has visto levantar pesas.

—Basta. Es como un padre para mí.

—Un papi, querrás decir.

Sierra hace una mueca de asco.

—Es el padre de mi mejor amiga. Así que no, nada de papi.

Me quedo callado un minuto. No tenía ni idea de que Kilner tuviera una hija que estudia en Dalton. Pero descarto el pensamiento y dedico toda mi atención al rostro de Sierra.

—Eso no tiene por qué ser un impedimento. Estoy bastante seguro de que así es más divertido.

—¿Lo dices por experiencia propia? ¿Te has acostado con muchos padres de amigos tuyos? —pregunta, y sonríe como si se creyera muy graciosa.

Me quedo mirándole la boca una cantidad indecente de tiempo. Demasiado indecente, incluso para mí.

—Estás sonriendo, Sierra. ¿Disfrutas de mi compañía?

—Era esto o sentarme al lado del chico que está esparciendo la peste negra por toda la sala de espera. —El tipo enfermo gruñe en voz alta cuando le echo un vistazo.

—Me siento halagado.

—No deberías —dice ella—. Voy a herir tu frágil ego.

—Vas a hacer mucho más que solo herir mi ego, cielo.

—¿Estás coqueteando conmigo? —me pregunta, arqueando una ceja.

—Sí —respondo sonriente—. ¿Está funcionando?

—Señorita Romanova, ya tengo sus medicamentos. —La voz de la mujer me distrae del fuego verde de la mirada de Sierra. Ella coge el frasco y, sin mirarme a los ojos, lo guarda en su bolso.

—Nos vemos, Romanova.

—Ojalá te atropelle un coche, Donovan —responde en tono cantarín y me lanza una sonrisa asesina por encima del hombro.

Todavía me estoy riendo cuando la puerta se cierra tras ella. Summer vuelve a la recepción, con los brazos repletos de libros, que deja caer en los míos como si nada. Luego me mira con curiosidad.

—¿Por qué sonríes tanto?



OCHO

SIERRA

—No deberías ir a patinar sola, *dochen'ka* —me dice papá nada más regresar de la pista, que queda a unas manzanas de la casa de mis padres. Antes, en invierno, solía patinar en el estanque helado del patio trasero, pero después de mi accidente nunca volvieron a dejar que se congelara. Fue su manera de lidiar con lo que pasó, pero a veces lo echo de menos. El silencio, patinar de noche, la sensación de salir de casa e ir a un lugar que se sentía como mi hogar.

Anoche dormí como un pájaro enjaulado en mi antigua habitación y no pude evitar preguntarme por qué me molesto en volver a casa. Pero es porque no me queda otra. Hace un par de meses, cuando saqué el tema de volver al campus con Scarlett, mis padres no estaban seguros. Me costó mucho convencerlos y tuve que

prometerles que iría a visitarlos una vez por semana. Promesa de la que ahora me arrepiento.

Papá me libera de sus brazos solo para que mamá pueda estrecharme en los suyos. Desde el accidente, tuve que acostumbrarme a esta invasión de mi espacio personal. Ya ni me resisto, no después de que me contaran lo difícil que fue para ellos no poder abrazarme. Mamá me dijo que, cuando me estaban operando, se puso a caminar por otra ala del hospital, sin saber que era la de maternidad. Cada vez que nacía un bebé sonaba música; mamá contó dieciséis melodías. Dieciséis vidas vinieron al mundo mientras ella pensaba que estaba perdiendo la suya.

—Lidia no está disponible siempre —le explico—. Tengo que practicar, papá. Vosotros dos lo sabéis mejor que nadie.

Uno pensaría que tener padres patinadores haría que mi regreso a la pista fuera más fácil, pero se han ablandado. Mis padres entrenan a patinadores júnior, así que se van días sueltos durante la semana escolar. Solo fui a un par de exhibiciones suyas; una de ellas fue en Aspen, cuando tenía cuatro años. Fue en ese viaje cuando me obsesioné con el patinaje. No fueron los patinadores los que provocaron esa reacción, sino ver a mis padres patinar juntos en la pista vacía después de la competición. La pasión entre ellos era palpable, casi sofocante.

Cuando nací, arruiné la pelvis de mamá de un modo irreparable. Patinar le resultaba muy doloroso, así que se retiró, y papá no dudó en seguirla. Por eso me prometí que, si habían tenido que renunciar al patinaje artístico por mí, yo haría que valiera la pena. Y que valiera la pena tenerme.

—No deberías estar sobre el hielo sin ella, Sierra. Al menos, no sin casco —dice mamá. Hace siglos que no uso casco, así que hacerlo ahora sería darles la razón.

Voy a la mesa de la cocina y dejo que papá me sirva sopa. La temperatura baja un grado y mamá ya se pone en modo «prevención de resfriados».

—Aunque nos gustaría envolverte en papel de burbujas, te conozco —dice mamá, dándome la mano—. Eres mi hija y, como yo, quieres demostrarle a todo el mundo que se equivoca. —Me da una punzada de culpa—. Pero tienes que cuidarte. No te pongas tanta presión.

—No me estoy poniendo presión. —Solo me levanto gritando algunos días. Cero presión.

Se me revuelve el estómago. La expectativa cada vez mayor, y mi cuerpo, que no puede rendir bien, o mi cerebro, que no me deja, me preocupa. Tengo que confiar en mi cuerpo, pero no puedo ni mirarlo. El estrés postraumático y la ansiedad me siguen a todas partes, llenándome de etiquetas. No puedo ser yo misma sin que me acechen estas palabras, como si sirvieran para que quien esté a mi lado determine si soy demasiado o si soy tolerable.

—¡Ah! —Mamá se anima de repente—. Me olvidé de contarte que ayer me crucé con Justin.

Mi cuchara se detiene a medio camino de la boca. Una bola de ansiedad, dura como una roca, se instala en mi estómago. Hay muchas formas de arruinar una visita, pero esto me hunde el ánimo.

Justin Petrov tiene hechizada a mi madre. Pero no es culpa suya, porque yo nunca les conté lo rápido que me abandonó. Todavía estaba recuperándome de la operación y él ya estaba patinando con

el entrenador de Julia. Así fue como se enteró Lidia. Luego me dijo que conocía a gente que podía hacerlo desaparecer, pero le respondí que prefería limitarme a leer sobre la mafia rusa, no hacer negocios con ellos. En fin, nunca les conté a mis padres que Justin me traicionó. No podía romperles el corazón a ellos también.

—Se enteró de que has vuelto a la pista y quiere ayudar. Ya sé que para ti no ha sido fácil que cambiara de compañera, pero todos sabemos que el patinaje es despiadado. Creo que deberías escucharlo.

—Estoy bien, mamá. No necesito ayuda —digo.

Papá le lanza una mirada. Está claro que han hablado de esto. Seguro que él trató de impedirle que me lo contara. Mamá siempre decía que nuestra historia le recordaba a cuando ella conoció a papá: él empezó a patinar en pareja y necesitaba una compañera, y ella acababa de mudarse a Connecticut. Fue el destino, y yo pensaba que Justin era el mío.

—Necesita un compañero. La pobre Lidia ha revuelto cielo y tierra —le dice a papá—. Él la conoce mejor que nadie. Sería tan fácil…

—Basta, Mila. Ella no necesita recordar aquella noche a través de él. Hay que dejar el pasado atrás. —Quiero darle la razón, pero me da vergüenza no poder ni siquiera escuchar el nombre de Justin sin que mi cerebro piense que es una bala.

—Me tengo que ir —los interrumpo, y me levanto de la silla—. Tengo que entregar un trabajo y no he traído el portátil.

Mis padres no tratan de detenerme cuando me dirijo a la puerta; sus voces en susurros se van desvaneciendo a medida que me alejo. En el camino de regreso al campus no logro quitarme de encima la sensación de que, por más que me aleje de Justin, él siempre estará

en un lugar al que no puedo llegar, pero lo bastante cerca como para atormentarme.



A la mañana siguiente, al despertar, lo primero que veo es un mensaje de Lidia. Me ordena que entrene fuera del hielo porque ella está hasta arriba de reuniones intentando conseguirme un compañero. Así que, lógicamente, voy a la pista, pero resulta que tengo un talento especial para los encuentros indeseados, porque Justin y Julia están allí.

¿Qué haces cuando ves a la persona que desprecias deslizándose como una gacela sobre el hielo, cuando debería estar enterrada bajo él?

Es la primera vez que los veo patinar juntos, y algo se rompe en mi pecho. Odio fijarme en los pequeños detalles, como que él siempre ha sido muy quisquilloso con el hielo, pero ahora está patinando en una pista irregular con ella. O que se quitó las iniciales que grabamos en los tobillos de nuestros patines. Yo tapé las mías con esmalte de uñas.

Todavía los estoy observando cuando un cuerpo se pega al mío en el espacio entre el pasillo y las gradas.

—¿A quién estamos odiando?

Me pongo alerta.

—A nadie —murmuro.

La voz grave de Dylan suena demasiado cerca de mí.

—Mejor. No me gusta que le prestes atención a nadie más.

Reprimo las ganas de hacer una mueca y lo miro. Va vestido informal, con un pantalón y una chaqueta de deporte que se amoldan a la forma de su cuerpo.

—¿No te prohibieron venir a la pista?

—Lo prohibido siempre es más divertido —responde, encogiéndose de hombros.

Otra vez me dan ganas de poner los ojos en blanco.

—Hay al menos treinta personas aquí. ¿No crees que alguien te va a delatar? —Apenas termino de decirlo, unas chicas que están saliendo del estadio lo saludan. A nadie parece importarle que esté rompiendo las normas.

Dylan me mira la boca.

—¿Por qué lo dices? ¿Quieres algo a cambio de tu silencio?

—Sí, una orden de alejamiento.

—Tú eres la que siempre aparece donde estoy, Romanova. Si te gusto, dímelo y ya está. Así se acaba este jueguecito del gato y el ratón.

—¿Se supone que yo soy el ratón en esa analogía?

—Eres el gato, claramente. Pero me gustas así. Con uñas y todo. —Y entonces me guiña el ojo. Tiene el descaro de guiñarme el ojo.

—Eres…

—Vas muy bien, Jules. Créeme, ya nos va a salir. —La voz de Justin recorre el pasillo. Sin pensarlo, agarro a Dylan por la pechera de la chaqueta y lo arrastro debajo de las gradas. Él se agacha a trompicones y quedamos peligrosamente cerca en el espacio reducido.

—Ya no sé si tengo ganas. Me trataste un poco mal.

—¡Cállate! —Le tapo la boca con la mano.

—No puedo. Soy ruidoso. —Sus palabras salen ahogadas, pero siento esa maldita sonrisa burlona contra la palma de mi mano. Tan cerca, rodeada por el aroma embriagador de su ropa limpia, me siento un poco mareada. Dylan es enorme y ocupa todo el espacio sin pedir permiso; me invade por completo, obliga a que mi pecho roce el suyo cada vez que respiro. Mi corazón late desbocado, mientras que el suyo está tranquilo, seguro, porque estar apretado contra una chica en un lugar pequeño y oscuro no es nada nuevo para él.

—No te preocupes. Nosotros podemos. Te has tomado lo que te di, ¿no? —La voz de Justin se apaga, y alcanzo a ver de reojo cómo le frota la espalda a Julia. A mí nunca me habló con tanta dulzura. Y con eso, inevitablemente, termino regresando a aquella noche en su habitación de hotel. Cuando pensé que por fin era suficiente.

Me sobresalto cuando Dylan me pasa el pulgar por la comisura del ojo y seca una lágrima. Muerta de vergüenza, dejo caer la mano que tengo sobre su boca. Él frunce el ceño y, cuando echa un vistazo hacia donde Justin acaba de irse, parece estar encajando las piezas de un rompecabezas. Espero que aparezcan la lástima o la compasión, pero Dylan no me mira así. Solo parece sentir curiosidad.

Prácticamente me tropiezo con mis propios pies con las prisas por salir de allí.

—Deberías irte antes de que alguien te vea —le digo.

Él parece darse cuenta de que estoy intentando desviar la atención hacia otra cosa.

—¿No sabes guardar un secreto, princesa?

La presión en mi pecho no cede ni un poco.

—Llámame princesa una vez más y lo averiguarás. —Me giro y me dirijo al baño; los protectores de mis patines repiquetean contra el suelo. Con ayuda de un par de afirmaciones murmuradas, un ejercicio de respiración y el propranolol que he tomado antes, evito que me dé un ataque de pánico.

Pero, cuando por fin vuelvo a salir, ya hay alguien patinando. En mi pista.

Al ver el aterrizaje sincronizado, un giro veloz y otra serie de movimientos avanzados, me quedo boquiabierta. Durante los tres minutos que dura su rutina, me pregunto si esto es real.

Dylan Donovan está haciendo patinaje artístico. Y no solo bien: de forma excelente. ¿Qué demonios?

—¿Hay algo que ese chico no sepa hacer? —pregunta una de las últimas en irse al pasar junto a mí.

—No lo sé, pero ojalá quiera hacer cosas conmigo. —Sus amigas se ríen mientras salen del estadio.

Vale, mucha gente puede entrar en la pista y hacer un par de giros, pero él no se ha limitado a eso. Acaba de hacer un *lutz* y un *axel,* y además los ha hecho como si nada. Se me revuelve un poco el estómago.

Dylan Donovan es un patinador espectacular.

Jamás lo diría en voz alta. No pienso alimentar su ego. Dylan está concentrado, preparándose para saltar y dar otro giro. La reacción inmediata de mi cuerpo parece peligrosa y totalmente indeseada. Me retumba un pulso en los oídos y noto un calor que me recorre el cuerpo. «No».

—El juego de pies es descuidado —lo provoco desde la valla cuando ya no puedo tragarme más la amargura—. Y ese triple ha

parecido un doble.

Genial. Ahora parezco celosa.

«No lo pareces, lo estás».

Cuando Dylan se da la vuelta, me deslizo sobre el hielo y me pongo los guantes que terminé de tejer anoche.

—Sigues aquí. —Me guiña el ojo y se queda mirando fijamente los míos, enrojecidos.

—¿De verdad pensaste que iba a renunciar a la pista para que pudieras ensuciarla con tus trucos baratos? —No eran simples trucos. Yo lo sé. Él sabe que yo lo sé.

Al verlo deslizarse hacia mí, me concentro en elegir una canción en el móvil. Pero entonces se acerca tanto que su altura se impone sobre mí. Se baja la cremallera de la chaqueta y el suave roce metálico rompe el silencio.

—Te quedan bien los celos, Sierra. Pero quizá deberías canalizar ese enfado para intentar que te salga bien un salto —dice, inclinándose—. O, si no, puedo darte clases particulares.

Sigue demasiado cerca cuando se quita la chaqueta y la lanza sobre la valla. Su camiseta, raída y demasiado corta, con una inscripción que dice «Hartford Whalers», se le pega al pecho y deja ver el músculo en forma de V que desaparece bajo su pantalón deportivo.

Trago saliva.

—No creo que me ayude mucho tomar clases con un tipo que todavía usa la ropa de su equipo del instituto. ¿Ahí aprendiste a patinar así?

Dylan me mira como si me faltaran un par de neuronas.

—Bueno, existe un deporte llamado hockey que practico desde que era niño.

—Eso era patinaje artístico. Jugando al hockey no aprendes a patinar así.

—¿Impresionada?

—Indiferente.

—Celosa —dictamina Dylan con una sonrisa satisfecha.

La paciencia es un recurso limitado, y yo no voy precisamente sobrada. Paso de largo junto a él, intentando no prestar atención al roce de un patín que me sigue.

—Competí en pareja con mi hermana un par de años —me cuenta —. Pero después volví al hockey.

Eso hace que me detenga.

—¿Por qué?

—Era más fácil ligar. —Dylan observa cada una de mis reacciones, como si las estuviera analizando—. ¿Y tú? ¿O solo dices que eres patinadora para poder colarte en el estadio y espiar a la gente desde detrás de las gradas?

Me doy cuenta de que esta es la primera conversación de verdad que tenemos. Aunque acabe de dejarme como una acosadora.

—Mis padres eran patinadores profesionales. Básicamente nací para hacer esto.

—¿Pero querías?

Por algún motivo, la pregunta me resulta invasiva, y caigo en la cuenta de que es la primera vez que alguien me la hace. Creo que a nadie le ha importado nunca saber si yo quería dedicar mi vida al hielo. Una sensación extraña me tensa el estómago, pero asiento,

porque siempre he querido patinar. Solo que ahora empiezo a preguntarme si de verdad puedo hacerlo.

Me alejo para calentar con un par de *walleys,* pero es difícil concentrarme con él presumiendo como un pavo real.

Debe de ser mi espíritu competitivo, pero verlo ejecutar sin esfuerzo saltos que yo solía hacer me empuja a exigirme más. Por algún milagro, mi primer doble sale bien, y suelto un gritito de sorpresa. Increíble.

En el patinaje, lo ideal es terminar en un buen momento, pero yo siempre me exijo hasta no poder más. En mi móvil suena *Back to Black*, de Amy Winehouse. Empiezo la rutina que preparé para un torneo de *Fire & Ice* al que me invitaron cuando todavía competía como patinadora individual. «Oscura, intensa y artística», así la describieron, y aún ahora me transformo en otra persona. Una versión más descuidada, pero distinta al fin y al cabo.

Me impulso para girar en el centro de la pista y caigo en una pirueta baja, con el ardor de tres *axel* seguidos —y no tan malos— que todavía me quema las piernas. Tengo la respiración agitada, pero un calor se expande en mi pecho. Orgullo, quizá. Aprieto los labios para no mostrarlo. «No ha sido impresionante».

—Impresionante —dice Dylan, y a continuación ejecuta otro *lutz* perfecto. «Maldito presumido».

—Deberías trabajar en eso. Aún te falta —lo pincho.

Esta vez, cuando sonríe, es pura arrogancia.

—¿Crees que puedes seguirme el ritmo, chispita?

Levanto una ceja al oír el apodo.

—¿Estás intentando engatusarme para que patine contigo? No soy tan fácil.

—Ya lo sé, pero siempre me han gustado los desafíos.

—No voy a ser parte del fetiche que estés intentando satisfacer.

Él sonríe y se acerca un poco.

—Verte con esas mallas ya me satisface bastante.

Cuando me alejo, él me sigue. Quedamos cara a cara, y patina hacia mí cada vez que yo retrocedo.

—¿Esta actitud de perrito faldero suele darte resultado, o estás probando algo nuevo?

—Estoy probando algo nuevo —responde.

—¡Donovan! —ladra alguien antes de que pueda decir nada más.

Miro hacia la valla y me encuentro con el director deportivo, con gesto airado. Dylan maldice por lo bajo.

—No se puede patinar fuera de horario, señorita Romanova. Pero por esta vez se lo voy a dejar pasar, ya que es una norma nueva —me advierte.

—Lo siento —respondo avergonzada, y salgo de la pista patinando, mientras Dylan se dirige de mala gana hacia Alan Reed.

No oigo lo que dicen, pero el ambiente es muy tenso. Discuten, y después Dylan adopta una expresión indescifrable antes de salir por la puerta. Con una mueca satisfecha, el director deportivo va tras él.

Por primera vez, me siento mal por Dylan. Sé lo que se siente al no poder estar en la pista. Cuando amas el hielo desde la infancia, es prácticamente una tortura, y que tu cuerpo no te lo permita, o que te digan que no puedes, es aún peor.



NUEVE

DYLAN

¿Cuánto más me complicaría la vida si le lanzara huevos al coche del director deportivo?

El muy insoportable estaba patrullando la pista, así que, cuando me vio, se plantó junto a la valla con ese palo metido en el culo. Por lo general, Kilner es quien se encarga de hacer cumplir las normas, pero cuando me vio pasar delante de su despacho no dijo nada. No sé si me lo dejó pasar o si está molesto porque, por mi culpa, tiene que quedarse hasta tarde para ver cómo resolver lo de la suspensión.

Lo otro que, al parecer, no consigo sacarme de la cabeza es a Sierra. En cualquier otra situación, estaríamos en el asiento trasero de mi coche en cinco segundos exactos. Pero ella me mira como si

quisiera verme muerto. Es un poco perturbador lo mucho que eso me excita. Sierra es terca como una mula y tiene mucha actitud, pero debajo de las gradas, sus ojos esmeralda se suavizaron y dejaron escapar una lágrima. Estaba mirando a una pareja de patinadores, y la expresión que puso me dio ganas de salir corriendo detrás del tipo para averiguar por qué esta chica que parece fría como el hielo estaba llorando por él.

La vi patinar. Fue distinto a la primera vez que la vi sobre el hielo. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, la ropa ajustada —salvo por su falda vaporosa—, y se movía más rápido. El filo de sus patines se clavaba en el hielo con fuerza, con rabia. No le salió el triple *lutz* que intentó hacer, pero logró ejecutar un *axel* superficial. El dolor seguía visible en sus ojos enrojecidos, pero estaba decidida, sedienta de venganza, y daba un poco de miedo. Fue increíblemente sexy.

De repente, un manojo de llaves aterriza con fuerza en mi abdomen. Todavía estoy dolorido del gimnasio, porque como me han echado de la pista a los veinte minutos de empezar, no he hecho suficiente cardio. Kian se planta delante del televisor después de agredirme con las llaves de su coche.

Estaba viendo un programa que me recomendó Summer. Por suerte, no es una telenovela turca, porque, si no, me haría traducírselo todo. Al parecer, soy mal amigo por no haberle contado que mi madre es turca y que yo también hablo el idioma. Ahora, cada vez que paso por allí cuando está viendo la serie, me engancha para comprobar si los subtítulos están bien o no. Y cuando está en videollamada con Aiden es todavía peor, porque él espera que se lo traduzca todo a Summer, palabra por palabra. Cada episodio dura tres horas.

Le lanzo las llaves de vuelta a Kian.

—Vale, yo conduzco, pero ve a vestirte. Tenemos que ir a buscar al capitán —dice.

Mierda. Casi me había olvidado de que Aiden va a venir a casa a descansar hasta que se le cure la distensión en la pantorrilla y pueda volver a jugar.

—Pensé que Summer iba a ir contigo.

No es que no me alegre de que venga Aiden, pero sé que va a estar pegado a mí como mi propia sombra. Tengo la esperanza de que se distraiga con otra cosa y se olvide de mi racha imprudente de fiestas del semestre pasado. Y de este verano. Y de la semana pasada.

—Sí, viene, pero no quiero estar allí metido entre una pareja que no se ve desde hace más de un mes.

—Si tienes suerte, seguro que se pasan todo el camino discutiendo.

—Eso es peor. Es como el juego previo para ellos —gruñe Kian—. Vas a venir —me ordena, y se dirige al porche a tapar con una sábana blanca la sorpresa que le preparamos a Aiden. Ya casi nos habíamos olvidado, pero llegó en un camión de reparto la semana pasada.

Fuera, el estruendo de un coche llena la calle vacía. Summer está sentada en el asiento del copiloto, tocando el claxon como una loca.

—Por Dios, estaba siendo considerado y buscándole algo de comer a tu novio. —Kian se sube al asiento del conductor y lanza la caja al regazo de Summer.

—No creo que una caja de… —Summer sujeta la caja para inspeccionarla— Twinkies de doble crema sea lo que más le apetezca

ahora mismo.

Kian se la arranca de las manos y murmura que él conoce a su mejor amigo. Por fin salimos y cogemos la autopista, y cuando pasamos junto al estadio no puedo evitar echar un vistazo. La angustia se me instala en el estómago, y en el fondo siento que quizá no vuelva a jugar al hockey allí jamás.

—¿Estás bien, Dylan? —me pregunta Summer, bajando el volumen de la radio.

Asiento, pero eso no consigue disipar el ceño fruncido que se le forma. Aunque me pongo a mirar por la ventana, no se me escapa la mirada que me lanza Kian por el retrovisor.

De pronto, me entran unas ganas enormes de cambiar de energía. Cojo el teléfono y le mando un mensaje a Sampson antes de tener tiempo de pensarlo mejor.

Dylan: Alguna fiesta hoy?

Sampson: Una de Yale, pero ya sabes cómo terminan esas. No es buena idea

Sampson: Además hoy no vuelve Aiden?

Dylan: No importa. A qué hora salimos?

Sampson: Te voy a buscar dentro de una hora

Por lo general, ni loco pisaría el campus de Yale, pero esta semana hay sequía de fiestas en Dalton. Quizá sea porque a todos los equipos de la NCAA de Dalton les hicieron controles antidopaje sorpresa.

Diez minutos más tarde, llegamos a la zona de llegadas del aeropuerto. Guardo el teléfono en el bolsillo mientras Summer y Kian

discuten sobre dónde aparcar. Sigo sus miradas y me encuentro con Aiden Crawford, que camina hacia el coche. Kian es el primero en reaccionar. Aparca en un sitio donde claramente no se puede aparcar y sale corriendo del coche. Rodea a Aiden con los brazos y lo aprieta con fuerza. Yo voy detrás de Summer, que no tiene ojos para nadie más que para su novio. Ella todavía no reacciona, así que aparto a Kian de un empujón y le doy un abrazo rápido a Aiden.

—No sé por qué actúa así. Te vimos hace nada.

—Hace dos meses, idiota. Ocho semanas enteras —responde Kian.

Summer sigue allí plantada, y Aiden sonríe.

—¿A qué esperas, Preston? —le pregunta, dejando caer la bolsa al suelo.

Eso es lo único que hace falta para que ella se lance directa a sus brazos. Kian los observa maravillado, y yo pongo los ojos en blanco y recojo la bolsa de Aiden para meterla en el maletero del coche. Las relaciones no son lo mío, pero la expresión de mi mejor amigo mirando a su novia así, con tanto amor en los ojos, se me clava en el pecho como un dardo en la diana. No me detengo en ese sentimiento; lo ahuyento enseguida.

Esta vez viajo delante y, cuando arrancamos de nuevo, Kian le lanza la caja de Twinkies a Aiden, que suelta un gruñido de satisfacción y la abre al instante. Kian le sonríe con sorna a Summer por el retrovisor.

Durante el camino de vuelta, espero la bronca que seguro se me viene encima. Aunque, si tengo suerte, ya estaré de camino a Yale antes de que Aiden tenga ocasión de acorralarme.

Sebastian y Cole salen de sus habitaciones para recibirlo cuando llegamos a casa.

—Tenemos una sorpresa para ti —dice Kian.

Aiden nos lanza una mirada recelosa y luego mira a Summer, buscando una explicación. Ella se encoge de hombros. No fue fácil conseguir que Kian se callara, sobre todo teniendo en cuenta lo a menudo que llama a Aiden por teléfono.

—Seguidme —continúa Kian, prácticamente dando saltitos de emoción mientras nos guía por el salón hasta la puerta corredera que da al patio trasero—. Cierra los ojos.

—Ni loco —responde Aiden.

—Vamos, hazlo. Será divertido. Confía en mí.

—Jamás confiaría en ti cuando tienes esa sonrisa siniestra en la cara, Ishida.

Summer le da un codazo a Aiden.

—Cuanto antes los cierres, antes podrás pegarle por lo que está a punto de enseñarte. —Ahora es Summer quien sonríe, y Kian pone mala cara.

Con un gruñido, Aiden obedece.

—Si es algo asqueroso, te juro que…

—¡Ábrelos!

Aiden se queda con la cara en blanco, mirando el *jacuzzi* gigante que tiene delante, en el porche. Es enorme, tan grande que caben ocho personas sin problema. Tuvimos que hacer una hoja de cálculo detallada para decidir si los beneficios compensaban los costes. Nuestro intento de ser responsables duró apenas un par de minutos, hasta que decidimos que lo necesitábamos.

Aiden parpadea rápidamente, y yo aguanto la risa mientras Cole graba su reacción desde lejos.

—¿Qué estoy mirando? —pregunta despacio.

—Un *jacuzzi*. Lo ganamos en la competición de beber de Slink. Convencimos a todas las sororidades y a la fraternidad de Dylan para que participaran y nos ayudaran a ganar, con la promesa de dejarles usarlo. Está guay, ¿no?

—Está bien, pero ¿por qué coño tiene mi cara?

El *jacuzzi* es mejor de lo que parecía en la página web. Es enorme, negro, y está decorado con la antigua publicidad de Slink en la que aparece Aiden. Su sonrisa artificial de segundo año y la bebida energética que sujeta con aire despreocupado cubren toda la circunferencia.

—¿Un *jacuzzi* comunitario? —pregunta Summer, asqueada—. Pensaba que era solo para la casa.

—Kian les prometió a los demás que podían usarlo. Él mismo lo va a desinfectar.

—A sus órdenes, capitán —bromea Kian con tono juguetón, pero el chiste no le hace gracia a nadie y todos me miran—. Digo… ya no. Da igual, yo…

—Cariño, vamos arriba. Tienes que descansar —lo interrumpe Summer, cambiando de tema con maestría.

Aiden nos mira mientras Summer lo empuja hacia dentro.

—Tenemos que hablar —me dice.

—Me muero de ganas —murmuro. El teléfono me vibra, pero antes de que pueda mirar la pantalla, oigo un coche fuera. Ya ha llegado Sampson. Gracias a Dios.

Nada más llegar a Yale, me doy cuenta de que he sobrestimado mis ganas de salir de fiesta. Los de Yale nos traen bebidas y nos ofrecen hierba como si no acabara de dar positivo en un control antidopaje. Paso el resto de la noche en el sofá, bebiendo una sola

cerveza que ni siquiera me termino. Y así me cae la maldición de ser el conductor designado. Dejo en sus casas a estudiantes borrachos e insoportables y me pregunto por qué demonios me pareció buena idea venir aquí.

Cuando por fin llego a casa, me doy una ducha rápida. Al salir, sin querer toco la notificación en la pantalla del móvil y empieza a reproducirse el mensaje de voz.

«Tu padre quiere disculparse por su comportamiento. Y yo también quiero disculparme, *kuzum*. No debería haberte contado lo de la fiesta por teléfono. Por favor, ven a casa este fin de semana. Prepararé la comida que…».

De pronto, se abre la puerta de mi habitación y corto el mensaje; la voz de mi madre todavía resuena en mis oídos. Cojo la toalla del borde de la cama y me la ato a la cintura.

Uno pensaría que, después de convivir durante cuatro años, estos tíos habrían aprendido a llamar antes de entrar en mi habitación. Sin embargo, cuando entra Aiden, no me sorprendo. Me ha visto en situaciones mucho peores que en toalla, pero al darse cuenta de que estoy solo, suspira.

«¿Qué hace despierto?». Pensaba que podría aplazar esto al menos hasta mañana. La última vez que hablamos, me preguntó si estaba todo bien y me dijo que se lo contara si no lo estaba. Entonces no me atreví. No quería añadirle más problemas.

Aiden se apoya en mi escritorio y tamborilea con los dedos sobre la madera, como si estuviera conteniéndose para no soltarme todo de golpe. Todavía no ha dicho ni una palabra y ya me está haciendo replantearme la vida entera.

—He hablado con Kilner.

Me siento en el borde de la cama y miro cualquier cosa menos a mi mejor amigo.

—¿Sobre qué?

—Ya sé que no me contaste por qué fumaste aquella noche —dice —. Y no sé si alguna vez me lo contarás, pero aun así creo que no harías algo así a propósito. Y menos con todo lo que está en juego.

«Díselo». Las palabras se me atascan en la boca, desesperadas por salir y liberar a mi pecho del peso que arrastra desde hace años. Que mis padres no aceptan que mi familia nunca volverá a ser la misma, que mi padre arruinó su matrimonio y que la renovación de votos es una farsa. Fumar me ayudó a aliviar el dolor de todo eso. Durante diez segundos, más o menos.

Al no conseguir que me salgan las palabras, Aiden asiente para sí.

—Kilner está hablando con Reed para que te dejen volver al equipo. No será fácil, pero yo también he hablado con el decano.

—¿En serio?

La cara de Aiden deja claro que está cansado de mis estupideces, pero que, por alguna razón, sigue dispuesto a aguantarme.

—No mereces que te echen a la primera de cambio por cometer un error. No voy a dejar de decirle al decano que hay mucha gente que cree en ti.

Sus palabras me provocan una sensación extraña en el pecho.

—¿Harías eso por mí?

—No —dice Aiden—. Lo voy a hacer por la otra versión de ti. Porque es mi mejor amigo.



DIEZ

SIERRA

—Hola, reina del hielo —me saluda Justin.

Tendría que haber sabido que este día iba a ser una mierda cuando, sin darme cuenta, me puse esta mañana mi cortavientos del equipo olímpico. Aprieto el paso, pero Justin me alcanza. Se ha peinado con gel y lleva vaqueros y una sudadera. Verlo así, con las mejillas sonrosadas y esa sonrisa despreocupada, me provoca una nostalgia extraña. Me recuerda a las veces que me alcanzaba fuera de la pista antes del entrenamiento.

—Fuiste a la fiesta el otro día —dice, y esboza una sonrisa—. Me alegra que estés saliendo otra vez, Sierra. Te lo mereces.

«Sé mejor persona que él».

—Gracias, Justin.

El silencio no es solo la ausencia de sonido. Es un ser vivo, cargado del peso de sollozos bajos ahogados por una almohada empapada en lágrimas y de palabras que resuenan en mi cabeza desde hace meses.

—He estado practicando lo que te diría si volvía a verte —continúa —. Pero ahora que estás aquí, nada de lo que pensé me parece suficiente.

«Di que lo sientes, nada más».

Me había convencido de que no necesitaba oír esas palabras. Porque ¿cómo podía enfadarme con Justin por pensar en él? ¿Por qué esperaba que arruinara su vida solo porque la mía estaba destrozada? No tenía derecho a pensar que se quedaría a mi lado y creería que yo podía sanar cuando ni yo misma lo creía.

Justin me mira con esos ojos que antes me dejaban embelesada, pero que ahora iluminan mi rabia como un faro.

—Sierra, no tuve otra opción.

Las palabras se las lleva el viento, así de inútiles son. Como si yo sí hubiera tenido opción. Como si el hielo despiadado, sólido bajo mi cuerpo mientras mis huesos se hacían trizas bajo la piel, me hubiera pedido permiso. Desde esa caída, no tengo control sobre nada: ni sobre esta vida hecha pedazos, ni sobre la ira, ni siquiera sobre la tensión que me invade el pecho cada vez que miro mis patines.

—No necesito que me des explicaciones. Éramos solo compañeros —digo con la voz despojada de emoción, y la mentira queda flotando entre los dos.

Justin me mira como si acabara de golpearlo, y sé que está recordando aquel día. Horas antes de la final, entró en mi habitación del hotel y dijo que necesitaba confesarme lo que sentía por mí.

Luego me besó y, aunque no le correspondí de inmediato, me relajé. Por fin, después de cuatro años, lo había conseguido, lo había hecho feliz. Me dijo que para él no había nadie más, que quería celebrarlo conmigo después de ganar.

—¿Solo compañeros? —repite, y parece herido, como si no hubiera imaginado que me convertiría en esta versión de mí misma, tan fría y cruel—. ¿Cómo puedes decir eso? Tú no eras así, Sierra. Pensé que ya lo habrías superado a estas alturas.

Me detengo tan de golpe que Justin no se da cuenta de que me he quedado quieta hasta que ya está unos pasos por delante.

—¿Superado qué?

—¿Eh? —pregunta, frunciendo el ceño.

—¿Superado qué? —repito—. ¿Qué tendría que haber superado, Justin?

Jamás le había hablado así. En todos los años que fuimos compañeros, él daba las órdenes y yo lo seguía a ciegas. Pero después del accidente, una fuerza implacable me abrió el pecho y se instaló ahí. Le dejé tomar el mando porque elijo mil veces el enfado antes que las lágrimas.

—Sabes a qué me refiero. Ya ha pasado un año, Sierra. Me duele que actúes como si no hubiéramos sido nada.

Se le quiebra la voz y las cejas se le arquean hacia arriba, como pequeños apóstrofos tristes. Quizá hace un año habría funcionado, pero ahora solo me dan ganas de arrancárselas de la cara.

Después de todo este tiempo, no se le ha pasado por la cabeza ni una sola vez que mi dolor es diez veces peor que el que le causó a él mi silencio. Él fue quien decidió dejarme y buscarse otra compañera. Su sueño de ganar el oro era mucho más grande que lo que fuera

que hubiéramos construido en nuestros cuatro años juntos. Todo era mentira.

«Para mí no hay nadie más, reina del hielo».

—Creo que se te olvida que fuiste tú quien me dejó, Justin. Yo jamás te habría hecho eso.

Me lanza una mirada intensa que luego se suaviza, como cuando sabe que está equivocado, pero no quiere admitirlo.

—Echo de menos patinar contigo.

—Estás con Julia —le recuerdo. Es evidente que no lo dice en serio.

—Por ahora.

La forma en que me mira me hace hervir la sangre.

—Solo quiero que sepas que estoy aquí si me necesitas, Sierra. Siempre.

Quiero estamparle la palabra «mentiroso» en la frente. «¿Dónde estabas cuando lloraba en la habitación del hospital hasta que la garganta no me daba más? ¿Dónde estabas cuando deseaba que todo se acabara? ¿Dónde estabas?».

Encierro esos pensamientos furiosos tras las rejas de mi expresión tranquila y le muestro solo lo que quiero que vea. Aunque esté recogiendo los pedazos de la persona que solía ser, no pienso dejar que vea que me rompió.

Así que asiento, entro en el estadio y me pongo los patines para entrenar sola otra vez. Pero debería haber sabido lo que venía en cuanto pisé la pista. «Dios, no otra vez».

—Cien, noventa y siete, noventa y cuatro, noventa y uno… —empiezo a contar. Me cosquillean los dedos y siento un hormigueo en el cuerpo mientras los pensamientos se me descarrilan. La

respiración se me acelera y otro peso se instala sobre mi pecho, asfixiándome—. Mierda —susurro, y apenas consigo articular la palabra. Con las manos temblorosas, intento coger el móvil… que dejé en el banco.

—No, no, no.

Hoy me sentía segura y decidí no tomar la pastilla. Me convencí de que no necesitaba la muleta.

La pista está desierta porque aún falta para que empiecen los entrenamientos, y me preocupa cuánto tiempo va a durar este dolor. Tiro desesperada de la tela de mi jersey, lo separo del pecho y lo mantengo ahí para poder respirar antes de desmayarme. El sudor forma gotitas en mi frente y cubre hasta el último centímetro de mi piel, como si estuviera en el mismísimo infierno.

Solo cuando cierro los ojos e intento concentrarme en algo, lo que sea, escucho el chirrido de la puerta y el sonido del hielo bajo unos zapatos, antes de que unas manos cálidas me sujeten el rostro.

—Oye. Eh, ¿qué pasa?

Dylan.

Debo de tener la cara pálida, sudorosa y contraída. Y es Dylan Donovan, ni más ni menos, quien me encuentra así. Si pudiera abrir un agujero en el hielo y meterme dentro, lo haría.

—Respira. Dime algo, Sierra —me dice con mucha dulzura, con cuidado, como si pensara que voy a romperme.

Siento aún más calor, y la vergüenza me cubre por completo, como el sudor que me empapa la piel. Podría haber sido cualquiera, cualquiera menos él. «Y además, ¿qué hace aquí?».

Llevo meses lidiando sola con mis ataques de pánico —salvo por Scarlett, que ha presenciado más de los que me gustaría—. Siempre

me ocurre en lugares que parecen grandes y luego se encogen. Como mi habitación, donde las paredes prácticamente me aprisionan y tengo que obligarme a recordar que no me estoy muriendo. O aquella vez en un banco del parque, tejiendo, cuando el pánico me comprimió tanto las costillas que estuve a punto de clavarme la aguja en el pecho por la desesperación de abrir los pulmones.

—Sierra —me dice otra vez.

—Es… Es…

Las palabras se pierden en una sucesión de jadeos entrecortados y lágrimas que me queman los ojos cuando me obligo a abrirlos. Esto no puede estar pasando. Una cosa es hiperventilar; llorar es mucho peor.

—Tranquila. No hace falta que digas nada. Solo respira.

Sus ojos castaños tienen una dulzura que no le había visto nunca. Casi consiguen distraerme.

Dylan echa un vistazo a la pista vacía y, cuando va a moverse, le agarro la muñeca con más fuerza. Si tuviera control sobre mí misma, me moriría de vergüenza por lo frenética que estoy, pero, de algún modo, Dylan entiende las palabras no dichas; sus manos permanecen firmes en mi rostro, justo donde las necesito.

Incluso ahora que me está tocando, los pensamientos me atraviesan como esquirlas de cristal. «Tendrías que haberte quedado en casa. Todos tenían razón. Ahora eres débil».

Cuando Dylan apoya las manos en mis hombros, me sobresalto, pero no me suelta. Avanzamos patinando hacia la valla. Estoy segura de que se arrepiente de haber venido. Estoy segura de que tiene cosas mejores que hacer, como estar con las chicas que sí le gustan.

«Es una ola, va a pasar. Es temporal».

Repito las palabras de la doctora Toor una y otra vez. En cuanto llegamos a la puerta, un sollozo entrecortado se me escapa del pecho. Pierdo el equilibrio y tropiezo en el borde de la pista y, al instante, el brazo de Dylan me rodea la cintura y me atrae contra su pecho.

Ahí es cuando me rindo y me dejo caer, arrastrándolo conmigo. Aterrizo sobre el suelo de goma con un golpe sordo, y Dylan cae detrás de mí con un gruñido. El gancho metálico de la puerta debe de clavársele en la espalda, pero aun así no me suelta. No me permite sentir la ausencia de su contacto; al contrario, me acerca más, sus piernas rodean las mías formando un capullo protector. Luego me atrae hacia él, de modo que mi espalda queda apoyada contra su pecho.

—Concéntrate en el movimiento de mi pecho. Respira conmigo, Sierra —dice con esa voz grave que me ancla como la gravedad.

Cuando me rodea los hombros con los brazos, me permito aferrarme a sus antebrazos musculosos y hundirme un poco más en él. Inhala de forma exagerada y yo lo imito, conteniendo la respiración cuatro segundos igual que él, y luego exhalo. Siento el latido de su corazón contra mi espalda y, con cada respiración, intento sincronizar el mío con el suyo de manera inconsciente.

—Así. Muy bien —me susurra al oído—. Lo estás haciendo muy bien.

Su respiración cálida envuelve mi piel como una manta.

—¿Puedes abrir los ojos y decirme cinco cosas que veas?

Su voz melodiosa me obliga a abrir de nuevo los párpados, pesados. Está usando una de las técnicas de anclaje que aprendí en

terapia. En medio del caos de mi mente, se cuela un pensamiento fugaz y me pregunto cómo la conoce.

—La vitrina de trofeos, tu bolsa deportiva —digo sin aire. La bolsa azul oscuro con el logo de Dalton y el número veinte quedó olvidada en el suelo, cerca de las gradas, como si Dylan hubiera salido corriendo sin pensar—. Las gradas, una lata vacía de refresco, tus zapatos —continúo, un poco más rápido.

—Muy bien —susurra, y se me eriza la piel—. ¿Ahora puedes decirme cuatro cosas que sientas?

No escucho la voz de mi cabeza, que intenta hundirme de nuevo. Escucho a Dylan.

—El suelo de goma, mi tobillera —digo, notando cómo me presiona el tobillo dentro del patín—. Tus brazos y… el latido de tu corazón.

También siento el sudor que me recorre el cuerpo, pero eso me lo guardo.

—¿Tres cosas que oigas?

—El zumbido de las luces. —Me concentro para encontrar algo más, pero lo único que quiero oír es su voz—. Tu voz y… no… No oigo nada más —digo, y Dylan se ríe. Esta vez, la piel de gallina no tiene nada que ver con el ataque de pánico.

—Está bien. Dime qué hueles.

—A ti —respondo demasiado deprisa.

Siento su sonrisa apoyarse en mi sien. Estamos demasiado cerca, y hasta el último rincón de mi mente y de mi cuerpo se centra en eso. El resto de sensaciones se retiran para dejar sitio a esta, que no sé ni qué es: algo familiar y ajeno a la vez. La oscuridad de mi pecho va menguando cuanto más me quedo en el momento, aquí, en el

suelo húmedo, con él. Pero sigue siendo él, y nosotros no hacemos estas cosas.

—Creo que ya estoy bien —digo.

El silencio me resulta casi asfixiante cuando vuelvo a replegarme sobre mí misma. Nadie quiere tener que arreglar a una persona que no rompió. Y menos una estrella del hockey. Dylan no ha venido a pasar el día lidiando con mi ansiedad, cuando yo apenas puedo hacerlo.

Pero cuando intento moverme, me sujeta con más fuerza, y odio lo mucho que mi cuerpo lo disfruta.

—Aún falta algo. Dime una cosa de la que te sientas orgullosa hoy.

La pregunta me pilla desprevenida. Me giro hacia él, pero me observa en silencio, paciente.

—Estoy orgullosa de… ¿haberme levantado temprano?

Dylan me mira impasible.

—No. Otra cosa.

—Pero es de lo que estoy orgullosa —protesto.

—Es una salida fácil. Tu alarma te ha despertado esta mañana. Dime otra cosa.

En realidad, fueron esos recuerdos horribles de las Olimpiadas, pero no se lo digo.

—Está bien —murmuro—. Estoy orgullosa de…

Las palabras tardan en salir, y Dylan resopla. Cuando lo miro, está negando con la cabeza.

—No seas ridícula.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿No puedes nombrar una sola cosa valiosa?

—¡Estaba pensando!

—¿Dos minutos pensando? No debería llevarte tanto tiempo. —Se remueve en su sitio; estoy segura de que el suelo de goma le resulta tan incómodo como a mí—. Sierra, estoy orgulloso de ti por haber venido a patinar hoy, incluso por venir por la noche, aunque no deberías. Y estoy orgulloso de ti por aceptar mi ayuda.

No puedo hablar. Dylan debe notarlo porque, tras escrutarme el rostro con atención, se inclina hasta tocar mis patines. Me echo hacia atrás para no rozarle la mejilla con la nariz. Sus dedos largos me desatan los cordones y me quita el primer patín. Y ya no sé si tengo calor por el ataque de pánico o por mis calcetines verdes con dibujos de camaleones.

—Bonitos calcetines —susurra.

—Son de la buena suerte —me defiendo.

Él suelta una risita, divertido, y me aprieta el tobillo antes de apoyar mi pie en el suelo de goma. Sin poder evitarlo, suspiro aliviada y me apoyo en él mientras me quita el segundo patín. Luego también me aprieta ese pie y observa cómo tintinea mi tobillera.

—¿Esto también es de la buena suerte? —me pregunta, tocando el diminuto colgante.

—Solía serlo. Me la regaló mi antiguo compañero.

Asiente sin decir nada, y nos quedamos sentados un minuto —o quizá una hora—, que aun así me parece demasiado poco cuando se levanta y me ayuda a incorporarme. Me giro para mirarlo, todavía acunada entre sus brazos; ahora se alza ante mí como una torre. Intento mantenerme firme porque no quiero obligarlo a quedarse más tiempo conmigo.

«Estoy orgulloso de ti por aceptar mi ayuda».

Los ojos de Dylan se detienen en mi mano, que sujeta la tela del jersey. Sus dedos quedan suspendidos en el aire, como pidiéndome permiso. Asiento. Con cuidado, baja la cremallera y me ayuda a quitármelo, dejando al descubierto la camiseta escotada que llevo debajo.

—Gracias —le digo, y la palabra apenas es un susurro.

—No creí que conocieras esa palabra —responde con una sonrisa ladeada.

—Cállate —replico, torciendo el gesto.

Esta vez se ríe en voz alta, y casi se me escapa una sonrisa.

—Has vuelto.

Cuando levanto la mano para darle un golpe en el pecho, me sujeta la muñeca con suavidad. Su expresión cambia; la ligereza juguetona se transforma en algo más intenso.

—¿Vas a estar bien? —me pregunta en voz baja.

La vulnerabilidad que hay en esa pregunta cae con peso sobre mi pecho, tanto que no consigo tragar el nudo que se me forma en la garganta. Bajo la mirada, porque es cuestión de tiempo que vea esa expresión en sus ojos. Lástima.

Dylan nunca me ha mirado así, y quizá por eso, por mucho que me haya entrenado para encogerme ante los demás, con él nunca me sale. Siempre redoblo la apuesta. Por eso ahora, si me está mirando como lo hace el resto, sé que no voy a soportarlo.

Intento controlarme, pero acabo respondiendo con brusquedad.

—Estoy bien. No hacía falta que hicieras eso.

El silencio, largo e incómodo, se prolonga durante tres latidos. Sigo sin mirarlo.

—¿Es una broma? Parecía que lo estabas pasando mal.

Todavía lo estoy.

—Yo no soy tu responsabilidad, Dylan.

—Nunca he dicho que lo fueras —responde en voz baja, con un matiz que no logro identificar.

Entonces, el eco de unas voces acercándose nos llama la atención y Dylan da un paso atrás.

—Será mejor que me vaya.

Sin añadir nada más, desaparece por el pasillo. Me dejo caer de nuevo en el suelo, sintiéndome la peor basura del mundo. Y esta vez no es por el ataque de pánico.



ONCE

DYLAN

Sospecho que Summer Preston es la parca disfrazada de estudiante de Psicología Deportiva.

—No es para tanto. Deja de quejarte —me regaña.

Se refiere a la caminata de diez kilómetros por Metacomet a la que me arrastró esta mañana de septiembre, inusualmente fría, nada más amanecer. Desde que se enteró de que me suspendieron, está empeñada en convencerme de hacer alguna actividad todos los días. Dice que es para que no me acostumbre a mi situación actual. Está siendo bastante difícil no hacerlo, teniendo en cuenta que lo único para lo que tenía talento se me escapó de entre los dedos por una mala decisión. Es agotador intentar llevar este nuevo estilo de vida y, además, prestar atención en clase.

Ayer, Summer me dijo que había una emergencia para llevarme engañado a la camioneta de Aiden. Pero, cuando aparcó delante del Centro Acuático de Dalton, me negué a entrar. Tuvo que arrastrarme por las puertas automáticas para que fuéramos a una clase de gimnasia acuática en la que nos había apuntado. Debe pensar que somos jubilados. Las señoras parecían encantadas con mi presencia, pero, pese a mi historial, lo de coquetear con mujeres mayores no es mucho lo mío. He estado evitando a Summer, pero esta mañana entró en mi habitación sin llamar, tapándose los ojos, y me hizo sentir culpable hasta que accedí a venir. Todavía pienso que esta es su venganza por no decirle que soy turco.

—Me parece que eres sádica —le digo.

—Me halagas —responde ella, y casi se tuerce el tobillo al pisar una roca irregular, pero la ayudo a recuperar el equilibrio—. Y ahora deja de quejarte. Después de esto te invito a Lola's.

—No puedes sobornarme con comida, Sunny. No soy Kian —replico.

—Ya sé que no eres Kian. Él no se queja cuando sale a caminar conmigo.

—Es porque es incapaz de decir que no —respondo, riendo.

—No tiene nada que ver con su complejo de héroe. Le gusta estar al aire libre.

Lo único positivo de esta caminata es que, esta vez, no tengo resaca. Pero ni siquiera los ejercicios de respiración ni los estiramientos que hacemos consiguen distraerme del vacío que siento.

Si no juego, ¿qué demonios hago? La medalla de honor al más mujeriego y fiestero del campus perdió su brillo con bastante

rapidez. Ahora que no tengo el hockey, es como si se hubiera caído un velo. Ya no soy Dylan, el ala izquierda con el que seguro que te lo pasas bien. Soy el tipo al que le tienen lástima.

¿Qué haces cuando pierdes lo único que siempre has amado?

La respuesta no es una caminata agotadora ni una vista decepcionante (después de la lluvia, está todo húmedo y triste, como cabía esperar). No hay mucho que ver en Hartford.

El silencio del camino solo me hace revivir lo que pasó ayer por la mañana, cuando fui a la pista a buscar a Kilner y me encontré a Sierra paralizada en mitad del hielo. Estaba teniendo un ataque de pánico. Solo me di cuenta porque, en primero, cuando Kian se enteró de que había muerto su padre, lo encontré en el baño sin poder respirar. Cuando lo llevé a urgencias, nos dijeron que era un ataque de pánico y nos enseñaron técnicas de anclaje. Pero, mientras Kian necesitaba espacio para respirar cuando tenía ataques, Sierra no quería soltarme.

—¿Ha valido la pena? —le pregunto a Summer, que está ocupada haciendo fotos del paisaje aburrido.

—Verte así siempre vale la pena. —Me hace una foto y suelta una risita, y yo miro el borde de la colina y me pregunto si debería saltar para ahorrarme otra hora de sufrimiento.

Kilner: Nos vemos en mi despacho mañana

Dylan: No puedes decirme ahora de qué se trata?
El suspense me mata

Kilner: Qué bien. Nos vemos en tu funeral

He recibido ese mismo mensaje suyo tantas veces que ya estoy planteándome bordarlo en un cojín. Esta mañana, cuando volvimos de la caminata, decidí que tenía que ponerme a estudiar. Ahora estoy sentado en la Pecera —la sala de estudio acristalada a la derecha del patio central— intentando hacer precisamente eso, cuando una chica de pelo rosa se sienta en el brazo de mi silla y me distrae de mis apuntes sobre capital riesgo y capital privado.

—¡Me ha parecido que eras tú! Cuánto tiempo.

Rebusco en mis recuerdos ese pelo rosa y lo que parecen ser dos *piercings* en los pezones que se marcan contra su camiseta. Hace mucho que no tengo sexo —bueno, mucho para mí— y parece que tengo el cerebro algo espeso.

—Hola… ¿Becca?

Su sonrisa no se reduce ni un milímetro.

—Carly.

—Cierto —digo, y me recuesto de nuevo en la silla.

—El equipo de fútbol va a hacer su primera fiesta de la temporada. ¿Vas a ir? Yo voy con mi amiga de Harvard.

Ah. Pelo rosa. Piercings en los pezones. «Trío». Recuerdo perfectamente aquella noche, y ahora me está ofreciendo repetirla, y el hecho de que esté dudándolo me hace replantearme toda mi vida. Pero no me acuesto más de una vez con la misma persona. Hay demasiado riesgo de generar dependencia. Siempre dejo clara esa norma, y no la rompo por nadie.

—Ya veré —respondo. Sampson me escribió antes por lo de la fiesta y no le contesté.

—Si cambias de idea, ya sabes dónde encontrarnos. —Carly se inclina para darme un abrazo y me aprieta sus pechos contra mi

cuerpo—. Llevaré cuerda.

—Donovan —me llama una voz profunda y seductora, con tono aburrido.

La chica del pelo rosa se aparta y esquiva a Sierra, que está plantada con los brazos cruzados y los ojos verdes clavados en mí. Ni siquiera mira a… ¿cómo se llamaba? Dios, de verdad estoy muy espeso.

Sierra lleva el pelo oscuro recogido en un moño, y dos mechones sueltos le enmarcan el rostro. Su bolsa rosa de patinaje cuelga del brazo, y lleva una falda negra y un jersey de manga larga.

—¿Yo? —pregunto, parpadeando con inocencia.

—No lo hagas más difícil de lo que ya es —murmura Sierra con sequedad. Aun así, alguien la manda callar, y ella aprieta los labios —. He venido a decir…

Otro «shh» la interrumpe; su intento de susurro se pierde entre la irritación de su voz. De repente, me agarra de la muñeca y me obliga a levantarme del sofá. Mi libro cae al suelo, pero la dejo arrastrarme adonde quiera. No sentía esta descarga desde la vez que me gritó en aquella fiesta.

Sierra me mete entre dos estanterías llenas de ordenadores que están cargándose. Sin los patines, recuerdo que es bastante más baja que yo. Estamos tan cerca que, si me inclinara unos centímetros, podría notar el aroma a cereza de su brillo de labios.

Tiene los ojos verdes enormes, casi eléctricos, y el labio inferior, brillante, atrapado entre los dientes, como si estuviera nerviosa. Culpable, casi.

—¿Te excita la claustrofobia? Es la segunda vez que me arrastras a un sitio pequeño.

—Mira, ayer en la pista no estaba muy bien, y te traté mal cuando solo intentabas ayudarme. Mi mejor amiga cree que podría haberme hecho daño si no fuera por ti. Así que quería… disculparme. No debería haberte hablado así cuando fuiste amable conmigo.

Vaya, parece que este día va a ir mucho mejor de lo que esperaba.

—Continúa.

—Eso es todo. Solo he venido a disculparme por ser grosera.

Niego con la cabeza.

—Se te da fatal esto, Romanova. Pero hablar es fácil. Te perdonaré, con una condición.

—¿Sabes qué? Ahora que lo pienso, puedo vivir con esta pequeña carga de conciencia. —Sierra intenta marcharse, pero le bloqueo el paso. Hay tan poco espacio que apenas caben mis hombros aquí.

—Yo no tengo nada de pequeño. Tendrás una carga enorme en la conciencia. Gigantesca, dirían algunos. No vas a poder dormir sin ver esta cara inocente —digo, haciendo un puchero.

Sierra cambia el peso de un pie a otro y mira el reloj que hay en la pared más alejada. Cuando termina el entrenamiento de hockey, queda poco tiempo libre en la pista; es decir, esta conversación le está robando tiempo en el hielo y, aun así, sigue aquí.

—Bueno, ¿qué quieres? —pregunta.

—Un beso.

Sierra da un respingo hacia atrás y casi se golpea con la estantería. Abre y cierra la boca, buscando las palabras adecuadas.

Dios, cómo lo estoy disfrutando.

—No te emociones tanto. En la mejilla, digo yo. —Me doy un golpecito en la cara—. Y asunto arreglado.

Ella suelta una carcajada.

—Ni loca me acerco a tu cara.

—¿Por qué no? Me han dicho que es bastante agradable.

—O sea, ¿así consigues a tantas chicas? ¿Hablando de lo bonita que es tu cara?

—Yo no he dicho «bonita» —replico, sonriendo—. Eso lo has dicho tú.

Suspira y vuelve a mirar a su alrededor, con los hombros tensos, cargados de incertidumbre, mientras da un paso hacia mí. Me quedo quieto y, tras dudar un instante, Sierra se pone de puntillas y roza la comisura de mis labios con un beso rápido, casi temeroso. Sin darme tiempo a reaccionar, salta hacia atrás como si se hubiera quemado.

—De verdad lo sien… —empieza, pero se distrae cuando una alumna coge un libro de un estante inferior.

—No me pidas perdón, Sierra. No lo necesito.

—¿Entonces para qué me hiciste darte un beso?

—Me gusta ponerte nerviosa —respondo, encogiéndome de hombros.

—Imbécil —murmura, y sale del espacio estrecho.

—Malcriada —replico.

Me lanza una mirada asesina por encima del hombro antes de salir de la Pecera. Con la sonrisa intacta, vuelvo a mi silla, pero me cuesta concentrarme ahora que todavía siento la presión de sus labios en la piel. Así que recojo mis cosas y vuelvo a casa.



Lo último que espero ver al cruzar la puerta es a todos mis amigos sentados a la mesa, esperándome. Hay una tensión enorme en el aire, como si hubieran estado conteniendo la respiración desde que entré. Se me forma un nudo de terror en el estómago al darme cuenta de que pasa algo raro. Todos me miran, pero no con sus sonrisas despreocupadas de siempre, sino con preocupación, incluso con decepción, y la sensación es como un puñetazo.

Summer está sentada en el regazo de Aiden, en una silla; Kian está detrás de ellos, con el portátil girado hacia mí; Eli y Sage llevan puestas unas de esas mascarillas para debajo de los ojos y se ven más serios que nunca en la pantalla del ordenador; y Cole y Sebastian están medio dormidos, pero presentes al fin y al cabo.

—¿Qué demonios es esto? ¿Una intervención? —Suelto una risita, pero incluso a mí me suena falsa. Voy a la cocina con la esperanza de que moverme me distraiga de esa tensión sofocante. Vuelvo con una bebida deportiva, pero cuando levanto la vista siguen todos ahí, mirándome. Es como si estuviera en un juicio.

—Así es —dice Summer en voz baja, pero sus palabras me caen como una bofetada.

Antes de que pueda preguntarle de qué está hablando, Aiden añade:

—Estamos preocupados por ti, D.

—La vida que estás llevando no es sostenible —dice Eli.

—Queremos que sepas que estamos aquí para ti. Para ayudarte en lo que necesites, porque tu salud es importante —dice Kian. Suena a una frase sacada de un folleto.

Esto es una emboscada, eso es lo que es.

Lo fulmino con la mirada. Está sentado ahí, con gafas de sol y una bolsa de hielo en la cabeza. Es el menos indicado para hablar.

—El hockey no es lo mismo sin ti —apunta Cole.

—El entrenador no ha sonreído ni una sola vez desde que te suspendieron —añade Sebastian.

—El entrenador no ha sonreído jamás en su vida —resoplo—. No entiendo por qué perdéis el tiempo, pero yo no necesito esto. No he bebido más de una cerveza desde que me enteré del resultado del control, y lo del porro fue solo una vez. Además, Kian estaba igual de borracho que yo, y nadie tiene problema con eso.

Sus expresiones sombrías no cambian ni un ápice. «¿Qué coño está pasando?».

—No estamos aquí por la bebida ni por la marihuana. Vemos lo mucho que te afecta no jugar al hockey y no queremos que te hundas ni que te aísles —dice Summer.

Sé que está preocupada por mí. Todos lo están. Pero nuestra amistad es importante para mí, y no quiero echarla a perder sacando a la luz todas esas partes jodidas de mí ahora que ya es demasiado tarde. Nadie quiere estar con una persona rota. Por eso el alcohol me ayudaba a recomponerme: así siempre podía ser el Dylan que ellos querían, el que no les añade más peso del que ya cargan. Siempre intenté ser un buen amigo, un escape para los demás, aunque eso significara no poder escapar nunca de mí mismo. Quería ocupar ese lugar en sus vidas para siempre, porque eso es lo que la gente necesita. No otro motivo para deprimirse. No otra carga.

Aprieto la mandíbula y una presión cada vez mayor se instala en mi pecho. No puedo permitir que me vean así.

—Bueno, todo muy bonito, pero no me interesa escuchar esto. —Sabía que iba a pasar. Lo sabía, joder. En cuanto dejé de fingir, todo se vino abajo.

—Vas a tener que escuchar igualmente —replica Aiden—. El entrenador cree que puede volver a meterte en el equipo, pero esta vez no puedes correr ningún riesgo.

Siento que la habitación empieza a cerrarse sobre mí bajo el peso de sus expectativas. Trago saliva e intento mantener la calma, pero no sé cuánto tiempo más voy a poder fingir que todo va bien.

—No lo haré —digo.

—Ya lo hiciste —responde él, más seco esta vez—. Tienes que poner tu vida en orden de una vez por todas.

Summer se aparta de Aiden, que está visiblemente alterado, para entregarme una tarjeta blanca con el nombre de una terapeuta que trabaja en la clínica deportiva de la universidad.

—Si no puedes hablar con nosotros, habla con alguien más. Con alguien que te ayude. Sin presión.

Acepto la tarjeta y murmuro un agradecimiento que no suena nada sincero. Al menos no me obligan a quedarme. Me dejan marcharme y voy directo a la ducha.

Aquí no tengo que fingir que tengo la vida bajo control.

Cuando era pequeño, cada vez que mi padre volvía de un viaje de negocios, mi madre me llevaba deprisa al baño y abría la ducha.

—El vapor es bueno para la piel —me decía, con una voz a medio camino entre la urgencia y la calma—. Aquí puedes hacer todo el ruido que quieras o quedarte en silencio.

Luego me prometía que volvía enseguida y cerraba la puerta al salir. Con el tiempo, entendí lo que hacía. Cada vez me mandaba a la

ducha con más frecuencia. Para cuando yo salía, mi padre ya se había ido y mi madre estaba en el salón, llorando con la cara entre las manos.

No sé si la tarjeta que he dejado sobre el escritorio pueda ayudarme a lidiar con todo eso, sobre todo porque no creo que haya terminado. Pero lo que sí sé es que no voy a permitir que mis amigos se preocupen por mí. Voy a hacer lo que haga falta para reincorporarme al equipo.



DOCE

SIERRA

Cuando Lidia me pidió que nos reuniéramos esa mañana, pensé que iba a presentarme a mi nuevo compañero. No que acabaría sentada en el despacho del entrenador Kilner, viéndolo hurgar entre papeles y atender llamadas a base de «sí» y «no».

Pero entonces llaman a la puerta, Kilner deja caer la pila de documentos y se levanta. Estoy intentando conservar la paciencia para demostrarle a Lidia lo decidida que estoy a seguir con disciplina nuestro riguroso entrenamiento. Sin embargo, al mirarla, parpadea rápido, y eso me desconcierta.

Estoy contando las pelotas antiestrés que hay en el despacho de Kilner cuando escucho una voz que me hace estremecer.

—¿Ya te he dicho lo joven que te ves últimamente? —Percibo la sonrisa burlona en su tono.

Espío por encima del hombro y veo a Dylan, apoyado con una mano en el marco de la puerta.

—Siéntate de una vez, Donovan —le ordena Kilner, y mis esperanzas de que esto sea solo una alucinación se desvanecen.

Debo de estar teniendo una pesadilla, y Dylan Donovan es un demonio fruto de mi parálisis del sueño.

Aunque, en lugar de un monstruo de dedos largos y aterradores y silueta esquelética, quien entra en el despacho con actitud confiada es un chico de bíceps musculosos y hombros anchos, vestido con un pantalón deportivo gris y una camiseta negra que se le ajusta a los brazos, y con el pelo algo más ondulado de lo habitual, como si acabara de levantarse de la cama.

«¡Despierta, Sierra!».

—¿Sierra? —Cuando sus ojos ámbar se cruzan con los míos, Dylan se detiene—. Lo que te dije antes sobre el acoso era una broma, pero esto ya empieza a ser raro.

—¿Os conocéis? —pregunta Kilner.

—Sí…

—No —decimos al mismo tiempo. Aprieto los puños a los lados del cuerpo, incapaz de apartar la mirada de ese idiota, que me observa como si la situación le pareciera divertidísima.

Cuando Dylan se deja caer en la silla a mi lado, noto su aroma limpio, a jabón y ropa recién lavada. Ya he percibido antes ese olor tan suyo, bajo las gradas y en la Pecera. Abre las piernas e invade mi espacio personal, muy propio de él, y cuando su rodilla choca con la mía, me aparto por puro instinto. Él acompaña el movimiento con

una sonrisa ladeada, como si estuviera conteniendo la risa. ¿Cómo puede parecerle gracioso?

—Perfecto —dice Lidia—. Porque vais a patinar juntos.

Esto no me puede estar pasando a mí. Me giro de golpe hacia ella.

—¿Es una broma?

—Entrenador, creía que íbamos a hablar de mi reincorporación al equipo —dice Dylan.

—Así es —responde Kilner con firmeza—. Han aceptado levantar las restricciones que te habían impuesto, pero con una condición: que formes parte de un programa oficial.

Dylan frunce el ceño, y el escepticismo se refleja en todo su rostro. Los miro a ambos, confusa, pero cuando Lidia empieza a hablar, lo entiendo de golpe: no es una broma de mal gusto ni una pesadilla. Tal y como venía la cosa, debería haberlo imaginado.

—Sierra necesita un compañero de patinaje antes de la fecha límite —explica Lidia con tono seco—. Y, a estas alturas de la temporada, no hay nadie disponible. Necesitamos a alguien que la ayude a clasificarse para el año que viene y, dado que ella ha dado tantos reconocimientos a Dalton, han hecho una excepción.

En otras palabras, la USFS no ha encontrado a ningún compañero para mí. O, peor aún, nadie ha querido serlo. La última pizca de esperanza se me escapa como el agua por un desagüe.

—Y —continúa el entrenador Kilner—, como estás suspendido y debes demostrar disciplina, el decano lo ha aprobado. Patinarás con Sierra para ayudarla a clasificarse y, a cambio, trabajarás en tu reincorporación al equipo y se te permitirá usar la pista. Te harán controles antidopaje periódicos y, en función de tu conducta, se

determinará tu elegibilidad para la NCAA y se eliminará la revisión condicional de la NHL antes de la graduación.

Dylan se recuesta en la silla, como si fuera lo último que esperaba oír.

No quiero montar un espectáculo delante de Kilner ni que piense que no valoro su ayuda, pero esto es una locura. No puedo estar tan desesperada.

—¡Pero es jugador de hockey! —suelto. Por el rabillo del ojo veo que Dylan me está mirando.

—En realidad, estoy suspendido —responde con resignación.

—Ya sabes a qué me refiero. No podrías seguirme el ritmo.

—¿Ah, no? ¿Quieres comprobar cuánta energía tengo, princesa?

—Dylan —lo reprende el entrenador, y él se calla. Cuando miro a Kilner y a Lidia, noto que tengo las mejillas ardiendo.

—No tenemos mucho tiempo. ¿Sí o no? —pregunta mi entrenadora, sorprendentemente directa.

—Ni loca.

—Acepto —dice Dylan.

Me vuelvo hacia él. Tiene los labios apretados, intentando contener la risa, pero el brillo divertido de sus ojos lo delata.

Lidia me lanza una mirada aterradora. La última vez que me miró así fue porque estaba entrenando en mi día libre.

—No es momento de ponerte exquisita, Sierra. Dijiste que no lo harías.

—Ya lo sé, pero…

—Sierra —interviene Kilner con calma—. Entiendo lo importante que es esto para ti, y Lidia conoce bien la experiencia de Dylan. Pero, si quieres, puedes pedir una prueba y decidir después.

Kilner me dedica esa mirada paternal que me ha dirigido tantas veces, y no me queda otra que asentir. Luego se gira hacia Dylan con una expresión tan afilada que podría cortar vidrio; un silencioso «no arruines esto».

Él alza las manos en señal de rendición, pero su sonrisa no desaparece.

Miro a uno y luego al otro. No consigo descifrar el rostro de Dylan ni encontrar fisuras en su actitud, segura de sí misma como la de un dios.

—Mañana a las seis de la mañana en punto. A ver qué sabes hacer.

—Trato hecho —responde Dylan, lanzándome una mirada fugaz.

—Pero, Lidia, ¿qué pasó con la gente con la que hablaste? —Necesito saberlo.

—Hice llamadas, publiqué en foros y contacté con varios colegas. Hasta ahora, nadie ha mostrado interés, y se nos acaba el tiempo. Si lo alargamos más, puede que se te pase la fecha para clasificarte y tengamos que posponer toda la temporada.

Así que es verdad: nadie quiere patinar conmigo.

Lidia debe interpretar correctamente mi expresión.

—No hay nadie disponible para la fecha que necesitas. A menos que no te importe perderte esta temporada.

Parpadeo para ahuyentar el escozor de los ojos.

—Haced la prueba y luego tómate un día para pensarlo —sugiere Kilner.

Asiento y, cuando salimos del despacho, Dylan se dirige hacia las puertas dobles del estadio. Tengo que salir corriendo tras él; ya va por la mitad del camino hacia su coche.

—¡Donovan! —lo llamo, y se detiene justo cuando apoya la mano en el tirador. Se gira, ladea la cabeza y sonríe.

—Ni se te ocurra aparecer mañana en la pista —le suelto sin rodeos. La sutileza no es lo mío. Lo suspendieron por consumir drogas y conozco su reputación—. Esto no es un juego y no voy a dejar que nadie me lo arruine.

Da un paso hacia mí.

—Necesitas un compañero, Sierra. Y yo estoy suspendido. No es que tenga algo mejor que hacer.

—Cielos, gracias. Desde luego sabes cómo hacer sentir especial a una chica —replico—. Aunque necesite un compañero, no vas a ser tú.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, afiladas y directas, pero él no retrocede. Su expresión se endurece y un destello competitivo le cruza la mirada. Ahí veo al jugador de hockey que lleva dentro, el peligroso, el que tiene fama de meterse en peleas sobre el hielo.

—Mira, los dos sabemos que sé patinar muy bien…

—Aceptable —lo interrumpo.

—Y necesitas un compañero con una agenda que permita entrenar de forma intensiva.

Odio admitir que tiene razón.

—¿Pretendes que crea que de verdad quieres hacer esto?

Dylan suspira, como si yo fuera insoportable.

—Tú estabas allí conmigo, Sierra. ¿De verdad crees que tengo otra opción?

Se me oprime el pecho. Lo último que quiero es un compañero que esté conmigo por obligación. Después de Justin, siento que

confiar de nuevo va a ser casi imposible, sobre todo en alguien con un estilo de vida tan distinto al mío. Dylan juega al hockey, pero su vida no gira en torno a eso. El patinaje es toda mi vida, y él nunca lo va a entender.

—No vengas mañana —insisto.

—¿Me estás amenazando? —pregunta, alzando las cejas.

—Sí.

—No deberías haber dicho eso, Sierra. Me muero por saber cuál será mi castigo.

—No te conviene averiguarlo —respondo.

Durante un instante, Dylan me observa con una expresión indescifrable en los ojos castaños. Me preparo para un comentario mordaz, irritante, algo que me haga hervir la sangre, pero se limita a dar un paso atrás con una confianza que me envenena y abre la puerta de su Range Rover negro.

Antes de subir, apoya una mano en la puerta y se inclina lo justo para mirarme a los ojos.

—Nos vemos mañana, princesa.

Luego se marcha. El rugido del motor se pierde en la distancia y yo me quedo allí plantada, con los puños apretados y un calor cosquilleándome en la nuca.



TRECE

DYLAN

El desayuno fue tenso. Supongo que es esa incomodidad que se queda flotando cuando tus amigos intentan hacerte una intervención en el salón. Después de eso, en la casa se instaló un silencio ensordecedor, solo interrumpido por esa vieja radio destartalada que compró Kian la semana pasada. Solo pone música *country,* pero estoy convencido de que es su manera de quedar bien con Aiden. Al parecer, yo no fui el único en recibir un sermón. Idiota.

Pero, después de mi reunión con el entrenador Kilner y Lidia Orlov, sé que esta es la única forma de demostrar lo que valgo. Aun así, tienen que estar mal de la cabeza si creen que Sierra y yo haríamos buen equipo. Aunque debo admitir que me encantó verla nerviosa. Joder, hasta me hizo preguntarme qué haría ella si tuviera mis

manos encima y mi mirada sobre ella, separados por solo unos centímetros sobre el hielo.

—¡Aquí está! —grita Kian cuando entra en la casa—. Nuestro patinador artístico.

Por fin me había sentado a estudiar cuando mis amigos irrumpen por la puerta. Llevan puestas unas gafas de plástico con ruedecitas diminutas a los lados; una está decorada con una D brillante y la otra con una S.

«Genial, ya han empezado».

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Tengo informantes por todas partes, amigo. Y nos lo ha contado Aiden. —Kian deja caer una caja gigantesca de cartón, que aterriza sobre la mesa con un golpe sordo, justo al lado de donde estoy yo, intentando estudiar, y me dedica una sonrisa de oreja a oreja.

Lleva puesta una camiseta con mi cara y la de Summer.

—¿Y esa camiseta? ¿Vas a fundar una secta?

—Más bien un club de fans —responde, sin dejar de sonreír—. ¡Tenemos las invitaciones!

Summer deja caer otra caja sobre la mesa.

—Pero Kian no prestó atención. Le dije que necesitábamos quinientas y mandó a imprimir mil quinientas. —Se dirige hacia la puerta de entrada, seguramente a por otra caja, pero Aiden entra con dos de ellas enormes en brazos.

Deja una y se gira hacia su novia.

—Cariño, te dije que lo hacía yo.

—Estás lesionado y soy más fuerte que tú, Crawford. Ahora hago pilates —sonríe ella.

—Lo sé —responde Aiden, recorriéndole el cuerpo con la mirada.

—Puaj. Ya tuve bastante en el coche. Habría preferido que me gritarais por lo de las invitaciones —dice Kian—. Al menos ahora va a ser una fiesta caótica, y sabemos que a Dylan le encanta eso.

El comentario me parece bastante fuera de lugar, teniendo en cuenta que acaban de hacerme una intervención y que estoy aquí estudiando, no en una fiesta.

Kian cree que me encantan las fiestas salvajes y, durante un tiempo, fue así. Pero la última vez fui solo por él. Ahora que los chicos están en la liga profesional, no vienen mucho por casa. Para el cumpleaños de Kian, estábamos solo nosotros dos y quería que pasara un buen día. Organicé esa fiesta para demostrarle que las cosas aún podían ser como antes.

—Ese era el Dylan de hace unas semanas. El nuevo Dylan lee… —Summer se estira para coger mi libro— *Anatomía de las fusiones* en su tiempo libre.

—Estaría leyendo si no me distrajerais tanto —replico, acusador. Aiden me observa con atención, como preguntándose si esta nueva versión mía es real.

—Tener esta cara conlleva consecuencias con las que todos tenemos que aprender a vivir —dice Kian con un bufido—. Pero todo esto es por tu cumpleaños, así que da las gracias.

Me cuesta sentirme agradecido por algo que no pedí, pero jamás lo admitiría. No solo porque también es el cumpleaños de Summer, sino porque llevan semanas planeando esto. Es la primera vez en meses que vamos a estar todos juntos, y me prometí que no lo estropearía. Voy a ser el Dylan que todos quieren que sea.

De pronto, la habitación me parece más sofocante de lo normal. Cole se sienta a la mesa, saca el móvil y nos enseña la pantalla.

—¿Habéis visto lo que le hicieron los de Yale a nuestra mascota? El pobre recibió una paliza de su mascota bulldog. No se lo vamos a dejar pasar, ¿no?

—Podríamos secuestrar a su mascota. Así aprenderán —propone Sebastian.

—Dylan y yo ya hicimos eso en segundo —resopla Kian—. Yo este año…

—No vamos a hacer nada —lo interrumpo. Aiden nos está mirando con atención.

—Exacto, eso mismo iba a decir —responde Kian, cruzando miradas conmigo.

Sebastian y Cole me miran como si me hubiera vuelto loco.

Aiden se ríe y rodea a Summer con los brazos, y ella le coloca las gafas de sol.

—¿De verdad pensáis que me voy a creer esto? Os conozco, imbéciles. Hacedlo bien para que no os pillen.

Los chicos celebran la ocurrencia y, durante un momento, todo parece normal. Pero luego vuelve, pesado y persistente, el pensamiento que me carcome casi todas las noches cuando no puedo dormir. Este ya no es mi equipo. Al parecer, hacer patinaje artístico es la única oportunidad que tengo de recuperar mi puesto. Si no lo consigo, el hockey no será más que un recuerdo lejano.

Me levanto de la mesa y cojo las llaves.

—Nos vemos luego —digo, ignorando la mirada fija de Aiden.

Kian me agarra de la muñeca y frunce el ceño.

—¿Y lo de la mascota?

—Podéis hacerlo sin mí. —Me suelto y sigo caminando. El peso de sus miradas me acompaña hasta la puerta, pero no me giro.

—¿No me vas a invitar? —grita Kian cuando cierro la puerta.

Subo al coche sin saber adónde ir, pero mientras sea lejos de esta casa, cualquier sitio me vale.

Quince minutos después, me sorprendo al verme frente a la casa de la fraternidad. Los hermanos de Kappa Sigma Zeta me reciben con los brazos abiertos. Al parecer, el resultado del control antidopaje no afecta a mi membresía. Tanta adoración empieza a salirse de control. ¿Y sabéis qué más se está yendo de las manos? La fiesta que han montado. Acababa de quedarme dormido en mi habitación, en la planta de arriba, cuando la música ha empezado a sonar a todo volumen.

No tardo en darme cuenta de que las fiestas de fraternidad son aburridísimas cuando estás sobrio. Ya es la tercera vez que alguien intenta sobornarme para que haga el pino y beba cerveza del barril. La segunda vez, Kian —sí, me siguió hasta aquí— me preguntó si podía sujetarle el pelo mientras vomitaba en el váter. El pelo apenas le llega por debajo de las orejas. Y la primera vez, deseé que las fiestas acabaran a las diez de la noche.

El alcohol hace que todo sea mejor o, al menos, más fácil de ignorar. Estoy sentado en un taburete de la cocina, observando a parejas borrachas manoseándose contra todas las paredes libres. Esquivarlos es prácticamente un deporte de contacto. No los juzgo, claro. Yo también he estado ahí.

Estoy mirando las notificaciones del móvil cuando me llega un correo de la asistente de mi padre, pidiéndome que confirme mi asistencia a la renovación de votos. Vuelvo a guardar el teléfono en el bolsillo, me bajo del taburete y voy hacia el salón.

Antes de llegar, Mehar Chopra se planta delante de mí. Me roza el pecho con la mano e intento cambiar el chip, ser el tipo con el que estuvo aquella noche. Solo para mantener esa versión de mí, aunque solo nos acostáramos una vez. Siempre es así. Pero su voz suena lejana, su risa como un eco que llega desde un túnel.

Mehar sacude la cabeza y me da una lata de combinado alcohólico antes de alejarse. Mientras me dirijo a la puerta trasera, me queman los dedos por las ganas de abrirla, pero la dejo sobre la mesa.

Entonces, de repente, todo a mi alrededor se vuelve borroso y ella aparece nítida. Pelo negro, ojos verdes, labios de un rojo furioso. Sierra está sentada en una silla mientras el grupito que la rodea brinda con vasos de chupito y se ríe tan fuerte que parece que van a hacer temblar las paredes. Su amiga pelirroja —Scarlett, creo— le da una palmada en la pierna, muerta de risa, pero la sonrisa de Sierra se desvanece en cuanto Scarlett aparta la mirada.

No sé por qué camino hacia ella, pero ya he dejado de intentar entender las cosas que hago cuando la veo. «Como aceptar ser su compañero de patinaje».

—¡Doble D! —me grita un tipo. No aparto la vista de la chica que, de pronto, se ha puesto tensa. Scarlett le da un codazo, pero Sierra se limita a terminar su bebida.

Inclino la cabeza y esbozo una sonrisa burlona cuando Scarlett me mira con curiosidad.

—Mis amigos de Waterfell no quedaron muy contentos después del último partido contra vosotros —dice el rubio que está delante de Sierra, y me obliga a desviar la atención. No tengo ni idea de qué habla. El último semestre es una nebulosa, y no me apetece nada revivir esos partidos. Yo estaba fuera de mí, irritable y demasiado

ansioso por repartir puñetazos sobre el hielo. Los comentaristas decían que era el jugador más agresivo de Dalton. Me sacaba de quicio.

—¿Qué amigos? —pregunto, apagado, sin interés.

—El defensa al que le hiciste un choque frontal, por ejemplo.

Ah. Ese partido. Fue después de que mi madre me llamara otra vez para decirme que mi padre llevaba días sin volver a casa. No fue mi mejor momento, es cierto, pero no lo choqué de frente. Su defensa enorme, con esos ojos brillantes como oro fundido, vino hacia mí con tanta fuerza como yo hacia él. Volaron los cascos, acabamos con la nariz y la boca ensangrentadas, y hasta le rompí el jersey, dejando al descubierto un tatuaje que parecía sacado de una de esas obras de Van Gogh llenas de remolinos.

—Lo que pasa en la pista se queda en la pista, tío. Creo que después fuimos a una fiesta en su casa. —Solo lo recuerdo porque bebí tanto que desperté en una habitación sin saber de quién era.

Sacudo la cabeza para apartar el recuerdo y veo a Sierra dejar su segunda lata vacía sobre la mesa para excusarse escuetamente. Un leve aroma a cereza queda flotando en el aire cuando pasa a mi lado.

Como un perro tras un rastro, la sigo hasta la segunda sala de estar. Encuentra un sofá vacío junto a la ventana y se deja caer, aliviada.

Cuando me siento a su lado, se tensa. Aprieta otra lata; no sé en qué momento la ha cogido. No puedo evitar preguntarme por qué está bebiendo tanto y si tiene que ver con lo de esta mañana.

Gruñe en voz baja y hace esa mueca a la que ya me he acostumbrado demasiado. Murmura algo sobre quedarse en la fiesta

por Scarlett.

—¿No puedes dejarme en paz? —pregunta, irritada.

—Soy incapaz de hacerlo —respondo.

Aprieta los labios rojos hasta que se convierten en una línea fina.

—Primero quieres ser mi compañero y ahora me sigues a todas partes. Me parece que tú eres el obsesionado.

—Nah —digo, recostándome en el sofá—. Solo me gusta tener primera fila para el espectáculo.

—Qué gracioso. Pensaba que tú eras el telonero, capitán.

—Veo que has estado preguntando por mí. ¿Intentas conocer a tu nuevo compañero o solo te gusta llamarme «capitán»?

—Lo que oí no me impresionó en absoluto. Los que te elogian son las chicas de las sororidades o tus hermanos de fraternidad. —Juega con la lata medio vacía cuando un grupo de chicas irrumpe en la sala —. Han venido tus fans —se burla.

Me giro y veo que una me saluda, así que devuelvo el gesto con la mano.

—¿Esa es tu batseñal o algo así? ¿Ahora van a salir volando tus pantalones?

—Solo la he saludado. Parece que eres tú la que quiere que me quite los pantalones.

Sierra señala a la chica con la lata.

—Entonces, ¿ella no es tu próxima conquista?

—«Conquista» implicaría que tengo que ganarme su afecto. Estoy bastante seguro de que ya lo tengo.

Sierra vuelve a mirar a la chica antes de clavar de nuevo los ojos en mí, dudosa.

—¿Por qué ella? ¿Qué la hace digna del gran Dylan Donovan?

—Parece divertida —respondo, encogiéndome de hombros.

Sus ojos verdes se suavizan un poco; imagino que por el alcohol.

—¿Y cómo lo sabes?

—No es algo tangible. Es cuestión de energías —digo—. ¿Quieres saber qué dice tu energía?

La mayor parte del tiempo ni siquiera yo consigo descifrarla, pero ahora es puro fuego, chisporroteando como hielo fino resquebrajándose bajo el peso de unos patines.

—No. Pero quizá te convenga ir a buscarla antes de que se le salgan los ojos de las órbitas.

—No, creo que no lo haré.

—¿Pero no es lo tuyo?

—¿Lo mío? Hablas como si fuera un mujeriego. Es solo sexo, totalmente consensuado, y todos lo pasamos bien. Sin compromiso, sin conversaciones incómodas. —Mi mirada se posa en su labio, atrapado entre los dientes—. Y sin sentimientos, eso seguro.

—Tengo bastante claro cómo funciona el sexo en la universidad. No hace falta que te pongas a la defensiva.

—No es eso —digo, aunque mi tono suena mucho más defensivo de lo que pretendía.

Sin decir nada más, Sierra se incorpora para recolocarse la falda, pero pisa mal y vuelve a caer… prácticamente sobre mi regazo.

—Ups —murmura, moviéndose para sentarse bien—. Me he levantado demasiado rápido.

—O has bebido demasiado rápido. ¿Soy tan insoportable que te empujo a beber?

Me mira con una intensidad que me obliga a tragar saliva. Se gira hacia mí y el aire se electriza cuando apoya la mano en mi muslo y

siento el calor de su palma a través de los vaqueros. Joder, estoy demasiado sobrio para esto.

—Algo así —dice.

Sin pensarlo, le aparto un mechón de pelo de la cara y se lo coloco detrás de la oreja. Ella traga saliva; la línea delicada de su garganta se mueve antes de que aquello que siempre la frena parece deshacerse con ayuda del alcohol.

—¿Por qué quieres ayudarme? —susurra, presionando un poco más la mano. Cada roce de sus dedos cálidos y suaves me provoca una descarga eléctrica.

—Ya te lo he dicho, Sierra. Esto nos conviene a los dos.

El aire entre nosotros vibra como un desafío. Cuando se levanta para marcharse, estiro la mano por puro instinto y le rodeo la muñeca. No sé por qué, pero la idea de que se vaya me clava un dolor agudo en el pecho.

Sierra se queda de pie entre mis piernas. Luego sube la mano y me aparta el pelo de la frente, despacio, casi hipnótica, con la cabeza ladeada y esos ojos verdes evaluando mi reacción. Casi cierro los ojos y, cuando me roza los labios con el pulgar, le muerdo el dedo con suavidad. La oigo respirar agitada antes de retirar la mano. El aire chisporrotea. Me observa con atención y luego me ofrece su bebida.

—Hoy no estoy bebiendo —respondo.

Ella sigue pasando los dedos por mi pelo, y lucho contra el impulso de hacerla sentarse en mi regazo y dejar que continúe así toda la noche. Se acerca un poco más y, cuando sus muslos rozan mis vaqueros, algo salvaje se enciende dentro de mí.

—¿Ni siquiera así? —pregunta. Da un trago y el alcohol se acumula en su boca. Se me para el corazón cuando se inclina y hunde los dedos en mi pelo; un latigazo me cruza el abdomen cuando me tira de la cabeza hacia atrás. Contengo un gruñido y la miro.

Sabía que ella sería así, que le gustaría duro. Podría darle exactamente lo que quiere: mis manos a su espalda, su cuerpo pegado al mío, mis dientes marcándole la piel hasta hacerla perder el control.

Sierra alza una ceja; el desafío flota en el aire mientras espera mi respuesta.

Parpadeo. Luego asiento una vez, dos, y otra más, hasta que se muerde el labio rojo para contener la sonrisa.

—Sí —digo por fin.

Deja que el alcohol tibio caiga de su boca a la mía, y el sabor agridulce me invade la lengua. En ese instante sé que no volvería a beber por mi cuenta si siempre pudiera hacerlo de esta manera.

Inclina la cabeza y nuestras narices se rozan.

—Traga.

Obedezco.

Sierra es suave como la seda y preciosa como el pecado. Me cuesta ignorarlo mientras pienso que me dejaría ahogar en cualquier cosa que quisiera darme a probar de sus labios.

Se queda muy cerca, su aliento acariciándome la piel, y permanecemos así, incapaces de decidir si separarnos o cerrar la distancia.

—¡Ahí estás! —grita Kian, entrando tambaleante en el salón—. Seb y Cole preguntan si los puedes llevar a casa. Los chicos dicen

que hoy puedo dormir en tu habitación.

Sierra se aparta, pero no le suelto la muñeca. Cuando va a beber de nuevo, le quito la lata y la dejo en el suelo. Lo que acaba de pasar entre nosotros ha sido cosa del alcohol, y prefiero que no pruebe esa confianza temeraria con cualquier imbécil de la fiesta.

—A menos que estés bebiendo. —Kian me mira a mí, luego a Sierra, y entrecierra los ojos.

—Estoy bien —digo, poniéndome en pie. Aunque ese sorbo mínimo de sus labios rojos bastaría para hacerme sentir borracho.

Kian levanta los pulgares y se va. Sierra permanece en silencio. No sé qué está pensando ni qué acaba de ocurrir, pero no quiero que termine.

—¿Quieres…?

—No vengas mañana —dice de pronto, y prácticamente sale corriendo del salón.

Me cuesta pensar con claridad, pero cuando Cole y Sebastian me llaman, no tengo más remedio que irme en lugar de seguirla. Ser el conductor designado es lo más irritante del mundo. Cuando se niegan a bajarse del coche, los dejo allí. Que entren solos.

En la cocina, me muero por beber algo, pero el alcohol ha perdido toda la gracia después de lo de hoy. Aun así, noto que la botella de Absolut que tenía en el congelador ha desaparecido. Voy a matar a Sebastian por robármela otra vez. Aunque quizá sea mejor así.

—Joder, Dylan. Al menos enciende la luz —dice Summer.

Giro la cabeza y la veo en el umbral, con una camiseta holgada de los Toronto Thunder.

—Hola, Sunny.

—Ay, casi se me olvida preguntarte. ¿Qué tal te fue con Kilner? ¿Ahora vas a hacer patinaje artístico?

—Sí, va a ser genial. Me van a reincorporar al equipo —respondo, aunque no sé si es verdad.

Summer cierra la nevera con un gesto decidido y se coloca frente a mí.

—Toda esta pantomima no me engaña. Sé que estás sufriendo, Dylan. Háblame cuando lo necesites.

—Lo haré.

Suspira, pero me da un apretón en el hombro antes de coger una lata de nata montada del fondo del frigorífico y salir deprisa de la cocina, evitando mirarme.

Sí. Una noche de lo más rara.



CATORCE

SIERRA

¿Ya he mencionado que hago cosas estúpidas cuando estoy borracha?

Tan estúpidas que, incluso con todo el alcohol que tomé anoche, no conseguí dormirme cuando Scarlett y yo volvimos tambaleándonos a la residencia universitaria. Me metí en la cama y empecé a revivir la noche en flashes vívidos: sus dedos largos rodeándome la muñeca, su voz ronca, el movimiento de su nuez cuando tragó el alcohol de mi boca.

No tengo ni la menor idea de de dónde salió esa versión de mí, pero la energía de Dylan es contagiosa. Todo me recordaba a mi yo más valiente, a la que no tenía tanto que perder. Por eso anoche me sentía inquieta bajo las mantas, con los dedos jugueteando bajo la

goma del pijama. Desde el accidente, no he sido capaz de darme placer a mí misma. Nunca me interesó hacerlo, nunca me apeteció. Pero, con apenas un roce suave de mis dedos, la presión empezó a crecer, ronroneando como el motor de un coche viejo que vuelve a la vida. No podía oír ni sentir nada más que su voz y sus manos, sus piernas y sus brazos encerrándome. Y luego, con la misma rapidez con la que esa sensación eléctrica empezó a expandirse por todo mi cuerpo y pensé que por fin lo había conseguido, el orgasmo inminente murió. La euforia desapareció al instante, víctima de mis pensamientos atronadores y restrictivos. Se apagó como una llama.

Será vergüenza o culpa, no lo sé, pero me impidió alcanzar un orgasmo que, con toda seguridad, me habría hecho gemir un nombre que no debería.

Por eso, esta mañana me desperté un poco frustrada y con la sensación de que otra vez iba a darme una cefalea tensional. Ahora estoy sentada en las gradas; faltan exactamente tres minutos para las seis y sigo revisando foros en busca de posibles compañeros. Quizá Lidia pasó por alto a alguien. Quizá yo misma dejé escapar alguna joya oculta.

Me detengo en un perfil, me pongo a mirar las fotos del patinador y leo su biografía.

—¿Un último intento para deshacerte de mi? —La voz grave de Dylan interrumpe mis pensamientos y me devuelve al presente—. Dicen que tiene gonorrea.

—Lo tendré en cuenta cuando esté teniendo sexo con él durante el programa libre.

—Dudo que dure tanto —replica con sorna.

Por el rabillo del ojo, lo observo con atención, sentado ahí, a las seis en punto, ignorando por completo mi amenaza.

—Debería haber sabido que no sigues órdenes.

—¿Qué te voy a decir? Me gusta que me castiguen.

—Muy sumiso por tu parte —replico, seca.

—¿Ah, sí? ¿Te gusta eso? Porque podría ser sumiso si hay una buena recompensa.

Dios, cómo me distrae este hombre. Intento ignorar las reacciones de mi cuerpo y concentrarme en el móvil.

Dylan espía por encima de mi hombro.

—¿Las Olimpiadas y Harvard? Vaya forma de intentar impresionar.

Me giro hacia él, pero me aparto al instante cuando mi nariz casi roza su mejilla.

—Yo fui a las Olimpiadas y estudio en Dalton. ¿Crees que también intento impresionar?

—No, tú eres impresionante de verdad. Él solo lo intenta.

—Solo estás celoso porque tengo mejores opciones que tú.

—Tienes que elegir a uno solo, Sierra. Y yo siempre gano.

Nos quedamos mirándonos durante tanto tiempo que casi puedo verle pensando en lo de anoche. Gracias a Dios, no saca el tema. No menciona que hundí las manos en su pelo, que recorrí sus rizos como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. Tampoco menciona el momento en que vertí la bebida de mi boca a la suya, como si fuera algo habitual entre nosotros.

—Piensa en los niños, Sierra.

—¿En los que seguro se fueron por el retrete cuando tiraste de la cadena hoy? —le pregunto, impasible.

—¡Dylan! —grita Lidia—. He dicho en la pista a las seis. No te veo listo para empezar.

—¿Siempre es así? —me pregunta Dylan, mirándome.

Me encojo de hombros con aire inocente. Él niega con la cabeza y patina hacia el centro de la pista. Lleva una camiseta de manga larga entallada que le marca los brazos. Intercambia unas palabras en voz baja con Lidia y, créase o no, ella se ríe. No oigo nada, así que bajo las gradas y me acerco más al hielo, sin dejar de mirarlo.

—Encontré vídeos de presentaciones antiguas que hiciste con tu hermana. No tenía ni idea de que os habíais clasificado dos veces para el campeonato de la ISU. Muy impresionante —dice Lidia.

Por fin Dylan se coloca en posición y ella empieza a darle órdenes.

—Empieza con una entrada limpia a una estocada —le indica, observándolo con atención—. Ahora pasa a un giro combinado.

Me quedo sentada, con la pierna temblándome, esperando que Dylan haga algo mal.

Su triple *axel* me obliga a sujetar el móvil con más fuerza. Es demasiado perfecto para alguien que no se dedica a esto de forma profesional. No es justo.

Lidia se gira hacia mí y nuestras miradas se cruzan. Vuelvo a clavar los ojos en la pantalla y finjo que estoy revisando las redes sociales.

Quiero que Dylan se equivoque, aunque sea un poco. Que haga algo, lo que sea, que me recuerde por qué no lo quiero como compañero. Pero, durante dieciséis minutos, hace todo lo que Lidia le pide casi demasiado bien. Sin embargo, cuando llega al último *salchow*, no consigue aterrizarlo correctamente y la pifia por completo.

¡Ja! Me estoy regodeando hasta que, cuando Lidia le dice que se detenga, veo que está sonriendo.

—Bueno, sin duda me has sorprendido, hijo. Tenemos mucho trabajo por delante si vamos a competir, pero es un comienzo excelente.

—Pero ese salto ha sido horrible. Con razón prefiere jugar al hockey —intervengo, acercándome deprisa.

—¿Tuviste suerte con la búsqueda? —me pregunta Lidia.

—No —respondo, y toda mi altivez se desvanece.

—A mí me parece que la decisión es bastante sencilla. Siempre que los dos estéis de acuerdo, claro, y Dylan supere el examen físico y el control antidopaje. Totalmente limpio —remarca, mirándolo. Él mantiene esa expresión arrogante que me dan ganas de borrarle de un puñetazo—. Confirmadme vuestra decisión esta noche. No hay tiempo que perder.

—¿Te ha dicho «hijo»? —susurro cuando ya no puede oírnos.

—Hijo. El mejor patinador que ha visto en su vida. Increíblemente atractivo. Perdí la cuenta de todo lo que me ha dicho.

Mi réplica muere en los labios cuando veo quién está en la pista. Entre los demás patinadores hay uno que siempre me anuda la garganta. Justin está hablando con su entrenador, al otro lado del hielo.

—Tú eres mejor que él —comenta Dylan.

Casi se me escapa una carcajada. Lo único en lo que Justin siempre insistió fue en lo mucho más fuerte y capaz que era él. Cada fallo, cada error, siempre era culpa mía. Eso me ayudó a mejorar con los años, pero nunca era suficiente. «Tú no podrías hacer lo que hago yo, Sierra».

—Lo sé —miento.

No sé si Dylan percibe mi falta de entusiasmo o si simplemente disfruta oyéndose hablar, pero añade:

—Sí, él es rápido, pero tú tienes más talento. No memorizas los movimientos, los encarnas. Y esa es la diferencia entre un buen patinador y uno excepcional.

—¿Y tú qué vas a saber?

—Teniendo en cuenta que me miras hipnotizada cada vez que patino, diría que bastante.

—Te estaba imaginando cubierto de tierra, nada más —replico, cruzándome de brazos—. Y esto era un entrenamiento sin importancia. No eres tan bueno como un profesional.

—Puede ser, pero tus opciones son… ¿cuáles? ¿Escasas o inexistentes?

—Inexistentes no —lo contradigo, a la defensiva—. Si se lo pidiera a él, estoy segura de que diría que sí sin pensarlo. —Señalo a Justin con el pulgar antes de ser consciente de lo que acabo de decir—. ¿De verdad he dicho eso en voz alta?

Dylan alza las cejas y se me revuelve el estómago.

—¿Ah, sí? Acepto el desafío —responde, con los ojos brillantes, provocadores.

—¿Qué? —pregunto, molesta.

—Ve a preguntárselo —dice—. Si estás tan segura. De verdad, restriégame por la cara lo poco que me necesitas y, encantado, te dejo tranquila y les digo a Kilner y a Lidia que tenías razón.

El pulso se me dispara. Mierda, mierda, mierda.

—Está bien —digo.

—¿Está bien? —Dylan alza una ceja, sorprendido.

—Está bien —repito entre dientes. Luego recojo todo el amor propio que me queda y lo entierro muy, muy dentro. Cada paso que doy es como caminar por arena movediza; el peso de lo que estoy a punto de hacer se aferra a mis tobillos e intenta detenerme.

Arrastro los pies hasta el borde de la pista, donde está él.

—Justin.

Se gira, y esa sonrisa familiar, sorprendida y relajada a la vez, se dibuja en su rostro.

—Reina del hielo —me dice. El apodo me crispa. Durante mucho tiempo dejé que me definiera. Yo era la patinadora rabiosa, arisca, fría. Así gané el oro a los dieciséis y así llegamos a las Olimpiadas. Pero estoy cansada de eso. Por una vez, quiero darle calor a alguien.

—Como sabrás, he vuelto a patinar.

Justin asiente con un entusiasmo excesivo. Echo un vistazo rápido hacia atrás buscando valor, pero el banquillo está vacío. Dylan ya se ha ido. Cuando vuelvo a mirar a Justin, todo regresa de golpe: el «te quiero» murmurado contra mis labios, el «pase lo que pase» antes de empezar nuestra rutina, el «¿nos han descalificado por culpa de ella?» después de mi caída.

En lugar de seguir adelante con el desafío, mascullo un «no, nada» atropellado y salgo corriendo.

En los vestuarios sigo revisando los foros, pero es inútil. Ninguno de los patinadores disponibles tiene horarios compatibles con los míos, ni estaría dispuesto a entrenar ni la mitad de duro que yo. Yo tengo algo que demostrar; ellos no.

Levanto la vista del teléfono a la taquilla, que tiene pegada una foto mía y de Scarlett cuando teníamos cuatro años, en nuestra primera clase de patinaje para principiantes. Mi sonrisa es enorme,

llena de entusiasmo. Quiero volver a ser esa niña. Sé que tendré que tragarme el orgullo durante los próximos tres meses, porque solo hay otra persona que tenga algo que demostrar.

Y, casualmente, resulta ser un jugador de hockey suspendido.



Apenas entro en la casa de hockey, ya tengo ganas de dar media vuelta y salir de nuevo. Fuera está oscuro porque he tenido que ir andando hasta el supermercado a comprar un paquete de chocolatinas con mantequilla de cacahuete para armarme de valor. Nunca me permito darme ningún capricho porque mi cuerpo tiene que ganárselos, pero llevar las golosinas encima es como una recompensa. Uno de los compañeros de equipo de Dylan, Kian Ishida, me deja pasar. Tiene el pelo y los ojos oscuros, y por su camiseta corta asoman tatuajes que se extienden por su abdomen musculoso, sus muslos y su cuello. De no ser por la diadema de unicornio que lleva puesta, resultaría bastante intimidante.

Pero el motivo de mi repentina cobardía es otro: Dylan Donovan está de pie, sin camiseta, vestido solo con un pantalón de pijama a cuadros con el tiro tan bajo que puedo ver el músculo en forma de V que desciende hasta su… no. Para colmo, lleva unas gafas cuadradas de montura negra, irresistibles. ¿Qué clase de óptico degenerado aprobaría algo así?

Apoyado en el marco de la puerta, Dylan mira la televisión con un cuenco de cereales en una mano y una cuchara en la otra. Su mandíbula se mueve despacio, y cada bocado capta toda mi atención. La luz del salón proyecta un brillo cálido sobre su piel

bronceada. Es puro músculo y piel tersa. Me imagino cómo se sentiría su cuerpo bajo mis palmas. Caliente, firme, suave…

—Tienes visita, D —le dice Kian, sacándome de mis pensamientos. Una pelota de golf extraviada rueda hasta mis pies. Parpadeo, desconcertada, y veo a otros dos chicos jugando al minigolf en el vestíbulo. Me saludan con la mano.

La interrupción hace que Dylan aparte la vista de la televisión. Sus ojos se cruzan con los míos, y en ellos hay un destello que me pone nerviosa. Picardía, decido.

Uno de sus compañeros pasa a mi lado para recuperar la pelota que se ha ido hacia el pasillo, y Dylan y yo nos quedamos solos, con la voz del comentarista deportivo como única distracción.

Si está intentando incomodarme, lo está consiguiendo. Me recorre con la mirada de arriba abajo, lenta y deliberadamente, como si trazara un mapa de cada centímetro de mi cuerpo de un modo extrañamente íntimo. Quizá tenga que ver con las cosas sucias que pensé anoche. Voy completamente tapada —pantalones anchos, camiseta negra de manga larga y el jersey de cuadros blancos y azules que tejí con tanto esfuerzo durante el verano—, pero, aun así, sus ojos parecen atravesar las capas y quemarme la piel. Es perturbador. Y a mí nadie me perturba.

—¿Podemos hablar? —pregunto por fin, rompiendo el silencio, porque está claro que él se conformaría con mirarme hasta el fin de los tiempos—. ¿En tu habitación o algo así?

Dylan sigue observándome mientras se termina los cereales y deja caer la cuchara en el cuenco con un golpe exagerado.

—No sé si me sentiría seguro a solas con una chica que me ha amenazado de muerte.

—Era una broma amistosa —respondo.

—¿Sueles decirles a tus amigos que te gustaría verlos cubiertos de tierra?

—Entonces hablemos aquí. —Respiro hondo—. Acepto.

Dylan se queda inmóvil y se toma su tiempo para procesar mis palabras con una lentitud exasperante. Deliberadamente, coge la caja de cereales, se sirve más y da otro bocado.

—¿Aceptar qué? —pregunta, con la boca llena de trigo a medio masticar.

—Que seas mi compañero.

Alza una ceja, divertido.

—Si no recuerdo mal, me dijiste que podías elegir a quien quisieras como compañero. Incluido tu exnovio perfecto, que parecía encantado con el puesto —dice, con la voz tranquila pero la mandíbula tensa—. ¿Y ahora me quieres a mí? ¿Al jugador de hockey que no sabe patinar? Yo no soy la segunda opción de nadie, princesa.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire, cargadas de desafío.

—Primero, Justin es mi excompañero. Segundo, técnicamente este semestre no eres jugador de hockey. Tercero, patinas bien, y lo sabes.

—¿Bien?

—Muy bien —me corrijo.

—¿Muy bien?

Entrecierro los ojos; no pienso entrar al juego.

—Si estás buscando más halagos, conmigo no los vas a encontrar. Pero que esté aquí plantada pidiéndote que seas mi compañero debería bastarte.

Echa la cabeza hacia atrás y sonríe como un crío.

—La verdad es que heriste mi frágil ego con el numerito que montaste en el despacho de Kilner. Aun así, podría dejarme convencer.

—En realidad, creo que eres tú quien debería compensarme a mí —resoplo—. ¿O ya se te ha olvidado que me debes un favor? Me lo estoy cobrando.

Niega con la cabeza, como si yo estuviera completamente equivocada.

—El favor era para tu amiga, no para ti.

—A ella no le importaría cedérmelo. —Está tan arrogante ahora mismo que me encantaría largarme. Pero lo necesito, y él lo sabe—. Kilner y Lidia quieren una respuesta. Si eres mi compañero, puedo ayudarte a volver al hielo. Puedes demostrarle al director deportivo que te estás portando bien y que te reincorporen al equipo —digo—. Así que respóndeme: ¿sí o no? Me está dando urticaria solo de pasar tanto tiempo en esta casa.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa, eres alérgica a los jugadores de hockey o algo así? —se burla.

—Soy alérgica a tu actitud de soberbia.

—Créeme, todavía no sabes lo que es la soberbia —replica, y luego se reclina—. No me gusta tu hostilidad. Pregúntamelo otra vez.

—¿En serio me vas a obligar a suplicarte? Como si tuvieras otra opción. —Tengo su carrera en mis manos, ¿cómo es posible que él lleve la ventaja?

—Sigo pensando que es una actitud bastante frígida.

El muy imbécil acaba de llamarme frígida.

—Sé mi compañero —mascullo.

—Pídemelo bien, Sierra.

—Sé mi compañero… —Me trago el nudo que me aprieta la garganta—. Por favor.

Se queda quieto, como valorando la idea de torturarme un poco más, pero luego se fija en mis puños apretados, deja el cuenco sobre la mesa y se dirige al pasillo oscuro, hacia su habitación, supongo. No me atrevo a seguirlo.

Me quedo allí, mirando los músculos definidos de su espalda, cuando dice:

—Nos vemos en el hielo, princesa.

Cómo me irrita ese apodo.

—Imbécil —murmuro.

—Malcriada —responde él, antes de cerrar la puerta de su habitación.



QUINCE

SIERRA

Química.

Creo que nunca he odiado tanto una palabra.

—Como en cualquier tipo de baile, la pareja necesita tener química —continúa Lidia desde la valla, y su discurso se alarga más de lo que logro recordar. Aunque probablemente sea porque piensa que Dylan y yo no nos lo estamos tomando en serio.

Y es comprensible, teniendo en cuenta que pasamos los primeros cinco minutos del entrenamiento empujándonos para intentar atravesar la puerta y ser el primero en llegar al hielo. Gané yo, obviamente.

Tampoco ayudó que Lidia se pasara observándome todo el tiempo. Eso es porque, desde que Dylan ha llegado a la pista esta mañana,

no he podido apartar los ojos de él. Su camiseta se ciñe a todos sus músculos y esos pantalones deportivos de tela fina dejan poco a la imaginación. Estoy bastante segura de que Lidia me ha pillado mirándole el trasero sin ningún disimulo. Y ahora, con la fragancia fresca de Dylan flotando en el aire que nos separa, me cuesta bastante concentrarme en el discurso de la entrenadora.

Con Justin no fue así. Nuestro primer entrenamiento fue estrictamente profesional, todo formal y correcto. Ninguna de sus miradas me hizo sonrojar. Justin es fuerte y esbelto, sí, pero Dylan es… enorme. Más robusto, con hombros más anchos, y creo que sus brazos quizá sean más grandes que mis muslos, lo cual es mucho decir, porque tengo muslos fuertes. Pero, además de todo eso, también es más irritante.

—Pareces nerviosa, Romanova —susurra, acercándose a mí mientras Lidia sigue con su perorata.

—Estoy nerviosa por ti. Espero no cortarte sin querer, capitán. —Me encanta cómo se le tensa la mandíbula cuando menciono su título pasajero.

—…aprenderéis los tiempos y las señales del otro. Deberéis leer los movimientos del otro para estar sincronizados. Fluidos. Unidos —continúa Lidia.

—Suena a condena —murmura Dylan.

—Estoy segura de que ya te han esposado antes.

—Solo a mi cama —responde él con una risita.

—Escuchad con los oídos, no con la boca —nos regaña Lidia, levantando la vista de su carpeta—. Sierra, si no te incomoda, deberíamos hablar de tu lesión, para que Dylan pueda adaptarse.

Me siento como la chica nueva del colegio, obligada a contar tres cosas sobre sí misma. Solo que las mías son todas traumas.

—No es ningún secreto, Lidia. Él sabe que me caí. No retiraron el vídeo, así que puede buscarlo, igual que los demás. —Siento un nudo de angustia en el estómago.

—¿Cómo te caíste? —me pregunta Dylan.

«¿No vio el vídeo?». Sin mirarlo, respondo:

—Me equivoqué en un *reverse lasso lift*.

Siento su mirada sobre mí, pero Lidia debe notar mi incomodidad, porque da dos palmadas y dice:

—Bueno, basta de charla. Muéstrame tu técnica de filos.

Creía que ya habíamos terminado. Pasamos dos horas sobre el hielo, patinando cada uno por su cuenta. En poco tiempo se convierte en una competición y, cuando me doy cuenta de que Dylan quizá es más rápido que yo, doy todo de mí para aumentar la velocidad. Lidia sigue gritando «¡Más técnica de filos!» por enésima vez cuando siento que parte de la energía que tenía años atrás regresa a mi cuerpo. No sirve de nada; Dylan sigue llevándome dos vueltas de ventaja.

Así que la segunda vez empiezo a patinar sin esperar la señal.

—¡En pareja! —grita Lidia—. Uno al lado del otro, y daos la mano.

Me quedo ahí, con la cabeza alta, decidida a no retroceder. Levanto la mano, con la palma hacia arriba, y se la ofrezco. Escucho el filo de sus patines detrás de mí antes de que su mano se deslice en la mía; el frío de su piel atraviesa la calidez de mi guante.

—No llevas guantes —observo—. Tienes las manos frías.

—¿Sí? No suelo dar la mano a nadie en los entrenamientos de hockey.

—Deberías usar guantes cuando no hacemos elevaciones —replico con una mueca.

—¿Te resulta incómodo, princesa? —me pregunta, con la voz cargada de falsa preocupación.

Empiezo a patinar y él hace lo mismo, en perfecta sincronía. Hoy la pista está en silencio, sin más música que el roce rítmico de nuestros patines sobre el hielo. Incluso con simples cruces, nuestros movimientos se combinan con una fluidez sorprendente. La ausencia de gritos de Lidia me indica que vamos por buen camino.

Mientras damos otra vuelta, veo a Lidia hablando con alguien en el pasillo. Le doy un codazo a Dylan, que está a punto de devolvérmelo cuando se lo señalo.

—¿Ese no es Reed? ¿El que te echó de la pista la semana pasada? —pregunto.

—Seguro que ha venido a comprobar que no estoy incumpliendo la suspensión —responde Dylan, echándoles un vistazo. La angustia en su voz es casi imperceptible, y me irrita darme cuenta de ello. Acelero y lo dejo atrás, pero me alcanza como si nada.

—¿Estás intentando escapar de mí?

Jamás admitiría que dudo poder superarlo.

—Algo así.

—Entonces no deberías haberme suplicado que fuera tu compañero, Romanova.

—Yo no te supliqué nada. Te trataría mucho mejor si lo hubiera hecho. Pero aquí no llevas ventaja, Dylan. Me necesitas tanto como yo te necesito a ti.

—Repítelo —dice—. Lo de que me necesitas. Pero esta vez más despacio, y con énfasis en «necesitas».

—Te repito que no te supliqué nada.

—Ahora que lo dices, creo que me gustaría eso. Mucho.

—¿Crees que me importa lo que quieres?

—Lo que necesito —me corrige—. Y creo que debería importarte bastante.

—¿Por qué? ¿Piensas dejarme caer? No sería nada nuevo para mí —bromeo, aunque la voz me sale un poco ronca.

—¿Qué? —Dylan inclina ligeramente la cabeza hacia atrás; está claro que no le hace ninguna gracia. Su actitud relajada desaparece —. ¿De verdad crees que te dejaría caer? Después de todo lo que has pasado, ¿piensas que permitiría que tocaras el hielo antes de atraparte, aunque fuera un segundo?

Nunca había bromeado con lo de la caída. Es la primera vez que hablo de mis traumas con tanta ligereza en una conversación. Pero en cuanto lo digo, siento que es demasiado pronto. Probablemente siempre me sentiré así.

—Sierra —insiste.

—No, no pienso eso. —Ahora no lo pienso. Dylan se lo toma tan en serio que es imposible malinterpretar su sinceridad. Hasta este momento no me había dado cuenta de cuánto dejé que la caída con Justin afectara nuestra relación sobre el hielo.

—Mejor, porque no va a pasar.

El silbato de Lidia vuelve a sonar.

—Ya es suficiente calentamiento. Vamos a las colchonetas.

Suelto un gruñido.



La habitación es del tamaño de esos dormitorios de Casa Iona que no quiere nadie. Resulta que, como Lidia está tan negada con la tecnología, se confundió al reservar la sala de entrenamiento. Pasamos delante de la sala ocupada —que también hace las veces de estudio de yoga— y ya está llena de otros estudiantes.

Ahora estamos atrapados en una sala tan pequeña que, si entrara alguien más, nos sofocaríamos. Para colmo, hace un calor tremendo por culpa del termo eléctrico que hay en la esquina. Solo hay una ventana, y Lidia le preguntó a Dylan si llegaba a abrirla, pero está atascada. Ni siquiera estoy segura de que tengamos permiso para estar aquí, pero como el resto del edificio está reservado, no tenemos otra opción.

Las colchonetas me recuerdan todas las veces que caí de bruces sobre ellas. Hice esto con Justin incontables veces, pero ninguna fue mínimamente memorable. Lo de hoy parece intenso. O supongo que lo será, teniendo en cuenta que mi compañero es ni más ni menos que Dylan Donovan.

Una gota de sudor me resbala por la espalda mientras Lidia intenta hacer funcionar el viejo ventilador de sobremesa. Dylan se quita la sudadera y la camiseta blanca que lleva debajo se le sube un poco, dejando al descubierto un fragmento de piel tersa, pero aparto la mirada al instante. Yo también me muero por quitarme el jersey, pero debajo solo llevo un sujetador deportivo, y, sabiendo que las manos de Dylan van a recorrerme todo el abdomen, prefiero que no se vean mis cicatrices.

—Acercaos más —nos ordena Lidia, tras rendirse con el aparato—. Más cerca, Sierra.

Intento mantener la calma, aunque sé que Dylan está sonriendo de oreja a oreja en este momento.

—Bien, hoy haremos elevaciones básicas. Empecemos con una elevación al hombro.

Me coloco delante, dándole la espalda a Dylan. Él me rodea la cintura con el brazo y apoya la mano con firmeza en mi abdomen para levantarme y sujetar todo el peso de mi cuerpo sobre su hombro.

—Ahora gira antes de apoyarla otra vez, y miraos.

La mano de Dylan me cubre todo el torso y me eleva como si fuera una pluma. No esperaba que fuera tan distinto, pero lo es. Dylan no se esfuerza ni necesita ajustar el agarre: simplemente me sujeta, como si no le costara nada. Como si yo no fuera difícil.

—De nuevo. Más delicado esta vez —dice Lidia cuando ya estoy otra vez de pie.

Y lo repetimos. Una y otra vez. Solo en la novena elevación Dylan empieza a respirar algo más agitado, pero no se queja.

—Usa la fuerza abdominal. Activa tu energía positiva.

—Dejad que el contacto guíe cada uno de vuestros movimientos. Una más, esta vez sincronizados.

—Brazos relajados. ¡Relajados! ¡He dicho relajados!

Su último grito rebosa frustración; la furia es nítida en su voz. Pero su irritación no se acerca ni de lejos a la que siento yo, burbujeando bajo mi piel. Me oprime el pecho con cada respiración entrecortada y el jersey se me pega al cuerpo, empapado en sudor. Ya sé que mañana tendré el abdomen cubierto de moratones.

La intensidad de los ojos de Dylan atraviesa los míos como un rayo de sol, y ni siquiera esa sensación abrasadora consigue que

aparte la mirada. Lidia nos grita instrucciones mientras las manos de él se afirman en mi cintura y recorren mi cuerpo al levantarme sobre la cadera y girar conmigo. Tiene un ritmo perfecto, fluido como el agua. Cuando me eleva apenas por encima de su cabeza, siento un chispazo en la parte baja del vientre, que decido ignorar. Espero que se me acelere el corazón, o que se me corte la respiración, pero me siento normal.

—¿Cómo te has sentido, Sierra? —me pregunta Lidia. Parece mucho más satisfecha que antes.

Me hace sentir como una niña, pero entiendo su preocupación.

—Cómoda. Y sofocada. La contradicción me perturba.

Son movimientos simples, y sé que Lidia no quiere forzarme a hacer elevaciones de verdad, pero así no vamos a ganar nada. A los jueces no les gustan los programas que juegan sobre seguro.

—¡Otra vez! —grita Lidia—. Miraos. No perdáis la sincronización.

Sus palabras se diluyen cuando la música vuelve a sonar y las manos de Dylan se deslizan por mi cuerpo: desde el rostro, bajando por la curva del cuello hasta los brazos, donde el pulgar roza el lateral de mis pechos. Se me acelera la respiración y aparto la mirada.

—Mírame, Sierra —me reprende.

Todo parece caliente y peligroso, y tener que mirarlo a los ojos solo intensifica la sensación. Sus dedos largos recorren la tela de mi jersey hasta la cintura, donde el borde se levanta, dejando al descubierto un fragmento de piel de mi espalda, y siguen más abajo hasta apoyarse en la cadera. Cada roce me atraviesa con un calor intenso, y no consigo apartar los ojos de los suyos, firmes, implacables.

Lo único que oigo, lo único que siento, es el latido desbocado de mi corazón bajo la piel electrizada. La habitación se vuelve irrespirable cuando Lidia corrige la postura y nos obliga a acercarnos más, a cogernos de la mano.

Esta vez, cuando Dylan me devuelve al suelo, tropiezo con su pie y caigo de bruces. Sí, la colchoneta sigue teniendo el mismo sabor.

—Gracias, pedazo de torpe —murmuro.

—Te has caído tú sola —replica—. Seguro que por lo rígida que estás.

—Tu agarre es demasiado flojo —respondo entre dientes—. Así nunca podrás levantarme mucho tiempo sobre el hielo.

La entrenadora asiente y se queda mirando las colchonetas durante un instante eterno.

—Bien. Las críticas constructivas son positivas.

Por el tono ya sé que no lo son.

—Pero son problemas menores. Problemas que las parejas resuelven porque confían el uno en el otro.

Dylan resopla y, sin querer, giro la cabeza hacia él, lo que solo consigue irritarme más.

Su cabello castaño ondulado cae perfectamente sobre la frente, y ni siquiera está sudando, como si lanzarme por los aires durante la última media hora formara parte de su rutina diaria. Yo, en cambio, estoy empapada, con los músculos doloridos, y lo único que puedo pensar es en lo fácil que lo hace parecer. Me enerva.

—Dylan, ponle las manos en la cintura. Tú, Sierra, apóyate en sus hombros cuando te levante. Tenéis que centraros en controlar los movimientos y en mantener el contacto visual.

De pronto, le suena el móvil.

—Tengo que contestar. No os matéis.

Bajo la mirada y suspiro.

—Voy a controlar el movimiento.

—Justo como a mí me gusta —responde Dylan.

Lo ignoro y, a propósito, evito mirarlo. Cuando me rodea el abdomen con las manos, me duele, pero no digo nada.

—Lidia ha dicho explícitamente que mantengamos contacto visual. ¿Por qué no me miras? —pregunta Dylan, rompiendo el silencio.

—Te estoy mirando —respondo, inexpresiva.

—No me miras a mí. Miras a través de mí.

Se me tensa el pecho y me obligo a levantar la vista.

—¿Contento?

Él me recorre el rostro despacio, se detiene en mis labios, traza la curva de mis mejillas.

—Mucho.

—¿Podemos terminar con esto de una vez?

—¿Estás segura? Para eso tendrías que seguir mirándome. No quiero incomodarte, Sierra. Quizá debería ponerme una bolsa en la cabeza.

—Sí, por favor —respondo, con los labios temblorosos—. Eso resolvería la mitad de mis problemas.

—¿Ah, sí? ¿Has estado pensando en mi cara? ¿O soñando con ella, quizá?

—Ajá. He soñado contigo muchas veces, de hecho.

Dylan arquea una ceja.

—¿Ah, sí? ¿Y qué hacemos en tus sueños? Debería saberlo, teniendo en cuenta que estás fantaseando conmigo. Podría ser ilegal.

Lo miro fijamente, sin vacilar.

—Hay mucha tierra y palas, sobre todo.

La sonrisa desaparece de su rostro. Sin previo aviso, me hace girar bruscamente y me acerca contra su pecho. La maniobra me deja sin aire y, gruñendo, recupero el equilibrio a duras penas, aferrándome con más fuerza a sus bíceps.

Mis ojos se detienen en las venas de sus antebrazos, pero los aparto, intentando disipar el calor de mis mejillas.

—Casi te comes la colchoneta otra vez. ¿Estás bien? —pregunta—. Pareces distraída.

—Sí, estoy bien —respondo, aunque no suena muy convincente.

—¿Seguro? —insiste, fingiendo preocupación, y apoya el dorso de la mano en mi frente—. Me parece que estás caliente.

Lo aparto de un manotazo.

—Es mi cuerpo rechazando tu contacto.

Una sonrisa arrogante se dibuja en su rostro y su pulgar recorre la curva de mi mandíbula. El contacto provoca una explosión de calor.

—No me parece un rechazo. Más bien, una reacción.

—Sí, una reacción alérgica.

—No sabía que sentías cosas tan intensas por mí, Sierra.

Frunzo el ceño, tratando de recomponerme.

—No siento nada por ti.

—¿Nada? —sonríe, atrapándome con la mirada.

Ahí cometo el primer error.

Le doy un leve empujón. Pero pierde el equilibrio y tropieza hacia atrás mientras mi peso se inclina hacia él. Suelta un gruñido cuando caigo encima de él. Me aparto deprisa, sobresaltada por el latido tranquilo de su corazón.

—¿Estás bien? —me pregunta, mirándome con tanta ternura que algo se rompe dentro de mí.

Mi pelo se suelta del broche y me cae alrededor del rostro. Mis manos, aún apoyadas en sus hombros, se aferran a la tela de su camiseta. La expresión de Dylan se suaviza cuando baja la mirada y se da cuenta de que estoy a horcajadas encima de él. El calor ya era insoportable, pero tan cerca creo que directamente voy a arder.

Dylan levanta una mano fría y, al apartarme con cuidado un mechón de pelo tras la oreja, me roza el mentón con los dedos. Me paso la lengua por los labios y el gesto capta su atención, intensa, concentrada.

De modo que así se siente que un hombre te mire con tanta atención que roza lo depredador. No sé por qué, pero tengo clarísimo que esto no se sentiría así con nadie más. Tan inflamable, tan imprudente, que lo deseo con todo.

Y ahí cometo el segundo error.

Estrello mi boca contra la suya y, contra todo pronóstico, Dylan vacila. Estoy a punto de apartarme, pero entonces, como si se decidiera, me sujeta por la nuca y me acerca hasta que mi pecho queda pegado al suyo.

Me aferra la cadera con más fuerza y, cuando separa los labios, deslizo la lengua entre ellos. Él no duda en hacer lo mismo; primero succiona la mía y luego me entrega la suya. Suave, húmeda, muy Dylan.

Besa tan bien que un temblor me recorre entera. Me deja besarlo como si me fuera la vida en ello. Después se vuelve brusco, desesperado, roza mi labio con los dientes y se aparta, dejándome

jadeando. Sus labios descienden por mi cuello, mordisquean mi mandíbula, y de su garganta brotan sonidos graves.

Cuando encuentra un punto sensible detrás de la oreja, gimo en voz alta, pero él captura mi boca para ahogar cualquier sonido.

Mis caderas se arquean contra su contacto firme y no puedo controlar la reacción de mi cuerpo. Dylan es músculo y piel suave, y su boca no deja lugar a dudas. Un gemido profundo le vibra en el pecho y no consigo contener el suspiro que se me escapa. El fuego se extiende desde mis manos hasta los pies. Es casi insoportable.

Entonces sube la mano por encima de mi cintura e intenta deslizarla bajo la camiseta. La neblina se disipa de golpe y el calor se apaga poco a poco. Le sujeto la muñeca y él se aparta enseguida. Se recuesta, con los párpados pesados y el ceño fruncido. Luego, de pronto, su expresión cambia.

—Sierra, no…

La puerta se abre de golpe y salgo disparada de encima de él. Aterrizo sobre la colchoneta justo cuando Lidia vuelve a entrar.

—Discul…

Sus ojos van de mí a Dylan antes de carraspear.

—Caerse es bueno. Para eso están las colchonetas. Ahora, levantaos.

Nos ponemos en pie con torpeza y nos quedamos a medio metro el uno del otro, rígidos. Cualquiera diría que somos desconocidos, no dos personas que casi acaban teniendo sexo vestidos.

Lidia percibe la tensión y da dos palmadas.

—Bien, suficiente por hoy. Las paredes están al rojo vivo.

«Igual que yo».

Suspiro y dejo caer los hombros, pero no protesto. Siento la mirada de Dylan clavada en mi perfil, pero no me atrevo a devolverla. La vergüenza me recorre la piel como un cosquilleo incómodo. No sé qué iba a decir antes de que entrara Lidia, pero tenía toda la pinta de ser un rechazo.

Trago saliva pese a la sequedad de la garganta; el top empapado se me pega al cuerpo de forma desagradable. Salgo por la puerta antes de ceder a la tentación de mirarlo. Una vez fuera, una lluvia fría chisporrotea sobre mi piel hirviendo.



DIECISÉIS

DYLAN

Creo que necesito que me revisen el cerebro. Porque tengo que estar loco para alejarme de una chica que besa mejor de lo que folla la mayoría de la gente, y creedme, eso no es poca cosa. Después de que Sierra saliera corriendo, no supe qué hacer. Lidia se quedó mirándome con mala cara hasta que recogí mis cosas y me fui.

El caso es que, cuando Sierra se apartó de mí y esos ojos verdes se clavaron en los míos, me di cuenta de que no es una chica con la que pueda acostarme una vez y no volver a hablar. Es Sierra. Mi compañera.

No puedo estropear esto, ni siquiera por esos labios rosados y carnosos, entreabiertos por los gemidos que escuché en sueños.

Nunca me había sentido así. Nunca había deseado tanto a alguien, y mucho menos estando completamente sobrio.

—¡Esta es perfecta! —exclama Kian, señalando una caja de cartón en la estantería.

¿Cómo he acabado en una tienda eligiendo una estantería con Kian? No tengo ni idea. Lo único que sé es que todavía siento el vaivén de las caderas de Sierra contra las mías. Se sentía tan bien tenerla enredada a mi alrededor, encima de mí, moviéndose así. Juraría que incluso noté el pulso desbocado entre sus piernas. Y tenía esa mirada. La mirada que he visto en mujeres más veces de las que me gustaría admitir. Puro calor e impulsividad, esa clase de desesperación silenciosa que te empuja a hacer cosas imprudentes. Si hubiera sido cualquier otra persona, le habría devuelto la boca a la suya y habría dejado que el calor dulce y húmedo de sus labios me consumiera hasta que a ninguno de los dos nos importara dónde acabáramos: en mi coche, en el suyo, contra una pared.

Pero Sierra Romanova no es cualquiera. Es la chica más decidida, trabajadora e impresionante que conozco, y jamás le arrebataría esta oportunidad. No voy a estropearle las cosas solo porque yo no sepa contenerme.

—¿Necesitáis ayuda? —nos pregunta la dependienta. Tiene los ojos fijos en mí y sonríe como si me conociera—. Hola, Dylan.

Está claro que sí me conoce.

—Hola —respondo, aunque no recuerdo su nombre.

Kian empieza a hacerle mil preguntas sobre la estantería y me alejo, porque de pronto recuerdo quién es. Una chica de Beta Phi. Me vienen a la cabeza escenas de la noche en que me «casé» con ella en nuestra boda de fraternidad. Nadie recuerda gran cosa de

aquella noche, y mejor así, porque los detalles que sí recuerdo —el *striptease* que hice en la recepción y haber consumado el matrimonio con la chica equivocada— conviene dejarlos enterrados.

Las chicas del campus me saludan con sonrisas empalagosas, les susurran mi nombre a sus amigas o coquetean conmigo en las fiestas, con los ojos brillantes y hambrientos. Es halagador, supongo. Pero no significa nada. Aunque ocupó una parte importante de mi experiencia universitaria, después de cuatro años me doy cuenta de que nada de eso fue real. No hay ni una sola chica con la que haya estado más de una vez, ni una que se haya quedado a dormir —no es que yo lo quisiera tampoco—, ni una con la que haya tenido una conversación estando sobrio.

Incluso cuando veo a mis amigos en relaciones felices y estables, no siento envidia. Veo el esfuerzo que supone, la búsqueda constante de equilibrio, y me parece agotador. El amor es complicado —eso lo tengo claro por mis padres— y exige más de lo que estoy dispuesto a dar. ¿La lujuria, en cambio? La lujuria es sencilla. No pide compromiso. No exige nada más que el momento. No persiste ni se aferra. Es justo lo que necesito que sea. O eso creía.

—¿Vas a redecorar? —La mujer del mostrador de pintura empieza a hablarme de ofertas, pero lo único en lo que puedo pensar es en el sabor de Sierra. Mi mente vuelve una y otra vez a la expresión que tenía justo antes de que todo ocurriera: la duda, el calor, su respiración agitada. ¿Vio al verdadero yo en ese instante? ¿O solo al tipo encantador y arrogante que puede llevarse a una chica a la cama sin mover un dedo?

El peso que me oprime el pecho me dice que fue lo segundo. Sierra solo puede querer estar con el Dylan que le mostré a ella y a todo el mundo. El otro ni siquiera existe.



No sé qué bicho me picó, pero, después de dejar a Kian en el entrenamiento de hockey, conduje hasta Manhattan. Ahora ya no hay escapatoria; el ascensor me está llevando a la última planta.

Por primera vez en meses, algo me ha dicho que vaya a visitar a mamá. Quizá ha sido la pequeña crisis existencial que estoy teniendo, pero necesitaba despejar la cabeza.

Las puertas del ascensor apenas se han abierto cuando oigo la voz de mamá.

—¡Has venido! —Mi madre es alta, pero, cuando me abraza, apenas me llega al cuello. Su fragancia familiar a rosas me envuelve y me recuerda a cuando percibía ese aroma de niño.

—Hola, mamá. Cuánto tiempo.

—Demasiado —dice ella, haciéndome pasar—. He preparado *halva*. Cuando eras niño te encantaba.

El aroma a mantequilla derretida y dátiles del postre turco endulza el aire. Mi madre hace todo lo posible porque este ático frío y estéril imite la calidez de nuestra casa en Connecticut, pero este nunca fue el lugar donde ella debía terminar. Ni así era como se suponía que debía ser nuestra familia.

—¿Dónde está papá? —pregunto.

Ella se pone tensa mientras sirve el postre.

—Trabajando. Pero vendrá en cuanto se libere.

Quiero creerla, pero nuestra realidad flota en el aire como una neblina densa. Los dos sabemos que papá no puede estar haciendo nada productivo en la oficina un viernes a las siete de la tarde, pero me lo guardo para mí. Cada vez que saco el tema, lo único que consigo es hacerle daño.

—Tenemos mucho de qué hablar —me dice mamá, pasándome un plato—. ¿Quieres contarme algo tú primero?

Dedico toda mi atención a la *halva*.

—No, la verdad es que no. Pero esto está riquísimo.

Mamá deja la carta de Dalton delante de mi plato. Me preparo para la reprimenda, pero ella solo apoya la mano sobre la mía.

—Puedes hablar conmigo, *kuzum*. No estoy enfadada. Pero necesito saber si estás bien.

La calidez de su voz y de sus ojos me devuelve a una época en la que mamá me consolaba cuando me iba mal en un entrenamiento o me castigaban en el colegio. Ella siempre estaba ahí; papá, nunca.

—Estoy bien, mamá. En serio. Me equivoqué, pero ya lo estoy solucionando.

Por la expresión de su rostro, me doy cuenta de que está preocupada, pero no insiste. Me cuenta que Ada la llama todos los días. No como yo. Pero, cuanto más habla, más pendiente estoy del reloj. Los bocados de *halva* se vuelven cada vez más amargos a medida que pasan los minutos y seguimos esperando alguna señal de que papá vaya a unirse a nosotros. Cuando mamá menciona que echa de menos el jardín de nuestra antigua casa, no lo aguanto más.

Mi silla rechina contra el suelo encerado, interrumpiendo su relato del día en que papá la sorprendió con el invernadero.

—¿*Ne oldu*? ¿No te gusta? —pregunta mamá, mirando mi postre a medio terminar.

—Me tengo que ir. —Busco las llaves del coche, que dejé en la encimera—. Tengo que estudiar mucho.

—Pero tu padre…

—Papá no va a venir. Y, a juzgar por el eco deprimente que hay en este apartamento, hace tiempo que no viene a casa. —Se me quiebra la voz, llena de frustración.

Mamá viene deprisa detrás de mí.

—No es así. Se le ha hecho tarde, nada más. Quiere pedirte disculpas por haberte sorprendido con lo de la renovación de votos. Quiere que entiendas su punto de vista.

—No es conmigo con quien tiene que disculparse. —Estoy desesperado por irme. Siento que los secretos que guardan estas paredes se ríen de mí—. Te supliqué que lo dejaras, mamá. Cuando me dijiste que lo harías, te creí. Creí que por fin ibas a defenderte, porque ya sabemos lo que pasa cuando intento defenderte yo. Así que perdóname si la llamada para contarme lo de la renovación de votos no era la buena noticia que yo estaba esperando.

El año pasado empecé a buscar pisos. Kilner incluso me consiguió un trabajo en Porter's después de hablar con el encargado del bar, que aceptó contratarme aunque fuera menor de edad. Tenía todo cubierto, y mamá seguramente habría tenido una buena situación económica con la mitad de la fortuna de papá. Pero no quería que tuviera que pasar por un divorcio largo solo por el dinero. En mi cabeza, era sencillo: ella lo dejaría y volvería a ser feliz. ¿Qué más podía pedir?

—Él ha cambiado —insiste mamá con voz temblorosa.

—Quizá no te merezcas las cosas que te estoy diciendo, mamá, pero seguro que tampoco te mereces lo que está haciendo él. No me hagas sentir que soy el malo por ser el único que te dice la verdad.

Por lo general, me sentiría un mierda por hacerla llorar, pero me liberé de todo eso cuando ella lo eligió a él. Otra vez. Estoy cansado de intentar arreglar algo que siempre estuvo roto.

Ella se coloca delante del ascensor.

—Quédate. Hace muchísimo que no estás en casa.

—Tú tampoco.

Subo al ascensor y escucho un leve susurro: «*seni seviyorum*» («te quiero»), justo antes de que las puertas se cierren. Luego conduzco hacia el único lugar que se acerca a ser un hogar para mí.



Resulta que me excedí bastante en la tienda. Me di cuenta al descargar las cosas del maletero del coche al regresar del piso de mis padres. Dos cubos de pintura, todos los pinceles que la vendedora me dijo que necesitaba, una mesilla de noche, un escritorio y una planta que ya ha empezado a marchitarse.

Ya he pintado la mitad de mi habitación cuando me suena el teléfono y aparece MAMÁ en la pantalla.

Es tarde y ella sigue despierta. Pensar eso solo me hace sentir peor por las cosas que le dije. Tendría que haber dejado el tema ahí. Tendría que haber fingido que no me afectaba. A veces pienso que mi madre solo sigue con mi padre para demostrarme que me equivoco, que, si yo no le hubiera dicho que él era un mierda, ella

sola lo habría dejado. Yo prolongué la situación. Cuanto más cavas, más posibilidades hay de que des con una tubería.

—¡Por el amor de Dios, abre la ventana! —exclama Kian, irrumpiendo en mi habitación. Guardo el teléfono en el bolsillo justo cuando él abre la ventana para sacar la cabeza y tomar aire como si se estuviera muriendo.

—He encendido el ventilador. Relájate —le digo, y me limpio la pintura de la mejilla con el dorso de la mano. Todas mis cosas viejas están en el pasillo, incluida mi cama, porque compré una nueva. Los únicos recuerdos que construí en esta habitación duraron una sola noche. En mi cama, contra la pared, en mi escritorio, y sentía que todo estaba contaminado con la persona que solía ser y con personas que ni siquiera conozco.

—¿Cómo puedes tener energía para hacer esto después de patinar?

Me encojo de hombros.

—Desde que Kilner nos castigó una temporada entera aquella vez que corriste desnudo por todo el campus, puedo soportar cualquier cosa.

—¿Eso te pareció duro? La temporada pasada me hizo lavar la ropa sucia de todo el equipo, con suspensorios y todo. A veces todavía siento el hedor —replica, estremeciéndose.

—Creo que tendrías que hablar de ese trauma con un profesional, Ishida.

Kian me hace un gesto obsceno.

—Bueno, nunca me contaste por qué tuvimos que arrastrar dos cubos de pintura y todos esos muebles. ¿Y por qué elegiste este color? Parece la habitación de un bebé.

Echo un vistazo a la tapa del cubo.

—No es de bebé. Se llama Bruma Caribeña.

Kian se deja caer sobre una silla y hace un montón de ruidos innecesarios mientras intenta ponerse cómodo encima del plástico con el que cubrí todas mis cosas.

—Me encanta esta energía de Van Gogh deprimido que tienes, en cueros y cubierto de pintura. Pero ¿qué te está carcomiendo la cabeza como para que te den ganas de redecorar? Estoy muy preocupado por ti.

—Puedes leer lo que escribí en mi diario.

—¿De verdad? —pregunta Kian, de pronto muy interesado.

—Sal de aquí antes de que te dé un motivo real para preocuparte.

De pronto, suelta un grito ahogado.

—¿Es una chica?

—Ya te he dicho que no es de habitación de bebé.

—No, digo que te gusta una chica. Cielos, ¿cómo no me he dado cuenta? No te acuestas con nadie, no sales de fiesta, pero siempre tienes una excusa para salir de casa. Claramente está pasando algo.

—No tengo ni idea de dónde sacas eso. Además, no traigo chicas aquí siempre.

—Vaya, Dylan se ha vuelto monógamo —comenta Kian, ignorándome por completo.

—¿Dylan se ha vuelto monógamo? —Summer entra en mi habitación tapándose los ojos con las manos.

—Ya no tienes que taparte los ojos, Sunny —le dice Kian con una risita—. Dylan ha vuelto a ser virgen.

—¿Aprendiste de Kian? —bromea ella.

Esta vez me río yo, y Kian me mira enfadado.

—¿Vais a quedaros mirando o pensáis ayudarme?

Summer coge un pincel, pero Kian retrocede.

—Mira, estos vaqueros son nuevos, así que… —Sin más, sale corriendo.

—Voy a ser la primera en decir que me gusta el nuevo Dylan. Parece más auténtico.

—Creo que la palabra que buscas es «sobrio».

—No, eres tú mismo —insiste ella, negando con la cabeza—. No estás buscando una escapatoria.

—¿Otra vez psicoanalizándome, Sunny? —le digo riendo.

—Perdón. —Hace una mueca—. No sé qué o quién te habrá llevado a redecorar, pero creo que te ayudaría hablar del tema. Las cosas nunca son tan complicadas como creemos.

—Nos besamos —digo sin mirarla. Las palabras salen solas—. Después interrumpí el beso para decirle que no era buena idea, pero justo entró su entrenadora y… no sé.

Summer se queda callada un momento. El único sonido es el de la pintura que cae de su pincel al suelo cubierto de plástico.

—¿Sierra te besó y tú te apartaste? ¿Porque no querías arriesgar tu reincorporación al equipo o…? —Escucho la sonrisa en su voz, pero cuando la miro, la disimula.

Ella sabe que yo no hago esto. Confiar en alguien es como retirar el barniz protector de una pintura que todos admiran, solo para descubrir que ese acabado brillante era lo único que ocultaba las feas grietas.

—Todos confiaron en mí para hacer esto, y no voy a arruinarlo. No soy el tipo que ella merece. —Nunca lo fui para nadie. Y prefiero que siga siendo así.

—Quizá no te corresponde a ti decidir qué merece Sierra —repone Summer, y empieza a pintar—. Pero creo que deberías hablar con ella. Ver qué estaba pensando cuando te besó. Es difícil saber la respuesta si evitas la pregunta.

Hablar lo único que hace es complicar las cosas, pero Sierra es mi compañera, así que haré lo que haga falta.



DIECISIETE

SIERRA

¿Cómo haces para mirar a los ojos a tu compañero de patinaje ahora que sabes a qué saben sus labios? Todavía no lo he descifrado, pero, hasta ahora, huir a casa de mis padres ha funcionado. Apenas.

Las últimas veinticuatro horas no lo he pasado muy bien.

Scarlett necesitaba mi coche para ir a una reunión de última hora sobre la que no me dio ningún detalle, así que anoche me dejó en casa de mis padres porque me dio una cefalea tensional y no había manera de sobrellevarla en la residencia. Los baños comunitarios ya son un castigo en un día normal. Así que pasé la noche metida bajo las mantas, con el antifaz puesto y una bolsa de hielo que papá me apoyó en la cabeza. Solo quedaba un analgésico, y no quise pedirles que fueran a comprar más.

Los pensamientos sobre Dylan Donovan me subieron la temperatura tan rápido que tuve que destaparme. Cuando Scarlett me preguntó cómo había ido mi primer día entrenando de nuevo con Lidia, no pude admitir que había sido tan estúpida como para lanzarme sobre él.

Dylan manejó mi cuerpo como si supiera exactamente qué hacer con él, dónde quería tenerme, cómo quería tocarme. Cada contacto era firme, decidido, y desbordaba un ansia que solo puede nacer de fantasear con alguien una y otra vez. Como si hubiera estado pensando en mí.

Todavía siento los movimientos de su lengua contra la mía. Escucho el gemido que murió en mis labios cuando él se apartó. Y después, el rechazo.

Pero, más allá de las malas decisiones que haya tomado, patinar siempre es la prioridad. Por eso ya he preparado el bolso para el entrenamiento de hoy. Me pongo unas mallas y un jersey antes de bajar las escaleras. Un aroma dulce flota en el aire, pero se vuelve amargo cuando escucho una voz conocida.

—Señora Romanova, creo que estoy enamorado de sus blinis —dice Dylan, llevándose otro bocado a la boca. El sonido grave de su voz es como una caricia para mi cuerpo.

—Ay, qué dulce —dice mamá con una risita—. Y ya te he dicho que me llames Mila.

—¿Mamá? —pregunto, mirándolos incrédula.

Los dos se vuelven hacia mí, de pie en la entrada de la cocina. Ignoro la mirada que parece un láser, la que proviene del tipo que está sentado en mi sitio en la mesa.

—Ah, ahí estás. Sierra, nunca me dijiste que Dylan era tan amigo tuyo. Hasta te ha traído tu trabajo práctico.

El papel que está señalando sobre la isla de la cocina no es mi trabajo. Estoy bastante segura de que Dylan cogió una hoja cualquiera de su montón de tareas.

—Sí —digo, con una sonrisa forzada—. Es un encanto.

—Y me ha contado que él también es patinador artístico.

—Ah, ¿sí? —respondo entre dientes—. Qué bien.

No les conté a mis padres que Dylan es mi compañero ni que he vuelto a la pista. No porque me estrese pensar en las llamadas inevitables después de cada entrenamiento, sino porque sabrán que nadie quiere ser mi compañero y que el único motivo por el que estoy con Dylan es que no le quedaba otra. No soy la primera opción de nadie; ni siquiera soy la última opción de nadie.

—Dylan, ¿podemos hablar? A solas.

Él me mira como siempre, con una mezcla de picardía y calma. Por un segundo, me pregunto si lo de ayer fue solo un sueño. Pero esa fantasía se desvanece enseguida porque todavía siento la leve presión de sus dientes sobre mis labios.

—Creo que estoy en un aprieto, Mila —le dice a mi madre, y termina su plato antes de llevarlo al fregadero—. Pero creo que por tu comida merece la pena soportar la furia de tu hija.

—No te preocupes, Sierra no es de enfadarse.

Dylan suelta una carcajada, pero cuando ve la expresión confundida de mamá, disimula y finge que le da un ataque de tos. Me mira, pero yo aparto la vista y voy a mi dormitorio. Entonces me llega un mensaje de Scarlett.

Scarlett: Te ha llegado mi sorpresa?

Sierra: Qué sorpresa?

Scarlett: Mide 1,95, tiene el pelo castaño, muy arrogante y demasiado persuasivo para su propio bien

Sierra: Tú le has pasado mi dirección? Qué demonios, Scar?

Scarlett: Ahora sois compañeros! Y me dijo que le gustaba mi pelo antes de ofrecerse a hablar con alguien del hospital de la universidad para que me den más horas. Me pareció justo darle lo que necesitaba

Sierra: Eres una mujer débil, muy débil

Scarlett: O soy una mujer completamente normal y tú solo estás en negación

Dejo caer el teléfono sobre la cama y, al oír el chirrido de mi silla de escritorio, me doy la vuelta. Dylan está sentado en ella, sus manos en la tira de fotos que Justin y yo nos hicimos en la cabina de fotos en nuestro último Grand Prix.

—Qué bonitas —dice con amargura.

Me abalanzo sobre él para quitárselas, pero es más rápido que yo y se levanta tan deprisa que la silla rechina sobre el suelo. Vuelvo a intentarlo, pero retrocede otra vez y termino chocando contra su pecho. Sus labios amenazan con dibujar una sonrisa soberbia.

—Solo la tengo porque salí bien.

—Eso no te lo puedo discutir —responde.

Lo que no digo es que la foto me recuerda a la época en la que todo estaba bien entre Justin y yo. Me ayuda a creer que no todo era malo. Dylan se acerca un poco más, y sus ojos permanecen fijos en mi rostro, como si estuviera deduciendo algo que yo no voy a

decir. Me falta el aire; estar tan cerca de él me trae el eco de un beso que no puedo olvidar. Pero, de pronto, se aparta y la silla cruje cuando se deja caer sobre ella. Me quedo de pie, incómoda y vacilante, entre sus piernas.

—No esperaba que huyeras después de nuestro primer entrenamiento —me dice, mirándome desde donde está sentado. Apenas cabe en la silla, pero se apoltrona de tal manera que parece hecha expresamente para él. Supongo que es lo que hace siempre. Dylan entra en todos lados como si fuera el dueño del lugar, como si hubiera estado allí un millón de veces.

—No hui. Vengo a visitar a mis padres entre semana porque los fines de semana tengo que estudiar.

Me lanza una mirada curiosa.

—Cuéntame, ¿por qué tu madre piensa que eres un dulce angelito?

Me roza el muslo con los dedos y me echo hacia atrás antes de carraspear.

—Porque lo soy.

—Lo único dulce que tienes es el alcohol que probé de tu boca, Sierra —dice como si nada—. Todo lo demás es puro fuego.

—¿Como el sol?

—Como el infierno.

—Seguro que tú sabes mucho de eso —replico, mirándolo a los ojos.

La tensión en mi habitación es densa, casi asfixiante. Caigo de espaldas sobre el colchón y me quedo mirando las estrellas fluorescentes del techo.

—A nadie le gustan las chicas enfadadas.

—A mí sí.

—Viniendo del jugador de hockey más agresivo de Dalton, no sé si tomármelo como un cumplido —intento bromear, pero él ni siquiera esboza una sonrisa—. Si tanto te interesa, no puedes ser combativa ni dar tu opinión si quieres caerles bien a los jueces. Además, a mi compañero no le gustaba mucho mi actitud.

Se me para el corazón cuando los dedos de Dylan se deslizan sobre el escritorio y se detienen sobre el diario rosa donde escribí todos los pensamientos oscuros que tuve el año pasado.

—Tener mala actitud y tener una opinión sobre algo a lo que te dedicas de forma profesional son cosas muy distintas. Creo que has estado rodeada de personas débiles que no pueden escuchar a una mujer inteligente sin convertirlo en una competición para ver quién la tiene más larga. —Lo miro atónita—. Cuando estás conmigo, no quiero que seas la persona que todos creen que eres. Quiero que seas la chica que me señala cuando hago las cosas mal y dice lo que piensa. ¿Puedes hacerlo? —me pregunta, y asiento—. Qué bien. —Dylan sonríe, pero solo con la boca, no con los ojos—. Ahora vámonos antes de que Lidia piense que me mataste mientras dormía. Y toma esto. —Apoya un frasco de analgésicos sobre mi escritorio.

—¿Cómo lo supiste? —pregunto, mirando el frasco. Nunca le conté que sufro migrañas.

—Tu mejor amiga me comentó algo —responde antes de dirigirse hacia las escaleras.

Por supuesto que Scarlett se lo iba a decir. Cojo el cargador del ordenador, lo guardo en la bolsa y me pongo el abrigo que está

sobre la silla. Me detengo un momento en la foto con Justin que está en la papelera, debajo del escritorio.

Bajo, pero mamá no me deja irme sin comer algo, y Dylan aprovecha ese rato para ganársela. Dejo el desayuno a medio terminar y me cuelgo la bolsa al hombro. Ya no aguanto más.

—Vámonos. —Tiro de Dylan del brazo y lo obligo a seguirme. Él saluda con la mano a mi madre, que me pide que vaya más despacio.

—Me gusta cuando me llevas a tu antojo, Romanova.

Genial, ahora encima hace bromas con esto. Está claro que el beso no significó nada para él. Hasta donde yo sé, habrá sido un miércoles más en su vida: otra chica, otro beso, otra habitación calurosa y sofocante donde ella se queda ardiendo y con ganas de más.

—Abre el coche de una vez —le espeto.

—¿En el asiento de atrás? —me pregunta con tono alegre—. Hace tiempo que no lo hago, pero tú eres bastante pequeña…

—Limítate a conducir —le digo, dándole un empujoncito. Pero, incluso cuando bromea, no puedo evitar notar que tiene la mirada apagada. Voy hacia el asiento del acompañante, pero antes de llegar a coger la manilla, Dylan abre desde dentro y me dedica una sonrisa traviesa cuando esquivo la puerta.

—Gracias —murmuro.

Siento la calidez del cuero al sentarme. Dylan me quita la bolsa y la lanza al asiento de atrás. Entonces lo observo, en la calma del ronroneo del coche, mientras apoya la mano en el respaldo de mi asiento para dar marcha atrás.

Cuando ya estamos en la calle, me mira.

—No te has terminado el desayuno. Te va a doler más la cabeza si tienes el estómago vacío.

—No terminé porque estaba intentando sacarte de allí antes de que tú y mi madre os hicierais mejores amigos y le contaras todo.

—Ya somos mejores amigos. Acaba de mandarme la receta de sus blinis. —Me mira—. ¿Por qué no se lo has contado? ¿Te da vergüenza?

—Si se enteran de que Kilner y Lidia nos hicieron trabajar juntos, sabrán que nadie quería ser mi compañero.

El silencio se alarga, incómodo y espeso. Dylan ni siquiera pone música, y me pregunto si será porque me duele la cabeza.

Nos quedamos así un rato, hasta que me pregunta:

—¿Puedes coger mi bolsa del asiento de atrás?

—¿Tu bolsa? —pregunto con desconfianza, pero obedezco. Me estiro hacia atrás y la cojo. Luego la apoyo sobre mi regazo y él rebusca dentro, saca una bolsa de papel marrón y me la señala.

—Hay dos bocadillos ahí. Coge uno.

—¿Un bocadillo? —Siento el latido pausado de mi corazón. Nunca me llevo nada para comer durante el entrenamiento porque mi cuerpo aún no se la ha ganado. Justin y yo nunca teníamos permitido hacerlo; él seguía una dieta escrita, y yo también. Unas pocas miles de calorías al día, según lo que necesitáramos. Ni más ni menos.

—¿Tengo que preocuparme por ti? —me pregunta Dylan sin apartar la vista de la carretera.

—¿Por qué?

—Porque parece que no me oyes.

Suelto un resoplido.

—Solo me ha sorprendido que tengas un bocadillo de más. Y de mantequilla de cacahuete, encima.

—¿Y eso importa porque…?

—Me encanta la mantequilla de cacahuete —digo, mirándolo con recelo.

—Qué mona —dice él—. Eres como uno de esos perros.

—Qué gracioso —murmuro.

—¿Por eso también elegiste justo ayer para huir a casa de tus padres? —me pregunta de reojo, apretando el volante.

—Ya te he dicho que no huí.

—¿O sea que no tuvo nada que ver con lo que pasó en el entrenamiento?

Genial, vamos a hablar del tema. Yo sigo esperando que podamos olvidarlo todo, como si hubiera sido una pesadilla, así que decido ir por ahí.

—No tengo ni idea de qué estás hablando.

—Ah, ¿así va a ser? —me pregunta—. Pensaba que eras más valiente, Sierra. Al menos eso me pareció cuando estabas encima de mí.

—Mira, no…

—¿Por qué me besaste? —me pregunta, y algo en sus palabras suena más intenso de lo que debería.

—T-tú también me besaste —respondo a la defensiva, pero él solo me mira en silencio. Suspiro—. No lo pensé, y hace tiempo que no estoy con nadie. Pero no te preocupes, ya sé que somos compañeros y que no es buena idea.

—¿No?

—Sí, o sea, por lo general no hago ese tipo de cosas. No soy así. Y ya sé que te parecerá una estupidez porque, ya sabes… —Hago un gesto hacia él. Es tan seguro, está tan cómodo con todo lo sexual. Hace que parezca la cosa más sencilla del mundo.

—Sí —responde con sequedad—. Ya lo sé.

No digo nada más y él tampoco, pero no puedo evitar notar la tensión en sus hombros y la forma en que traga saliva.

El resto del camino hasta la pista transcurre en silencio, y esta vez, cuando llegamos al estadio, Lidia nos lleva a una sala de entrenamiento de verdad. Pero no se parece en nada a la de ayer. Dylan casi ni me mira.



DIECIOCHO

DYLAN

No hagas preguntas si no quieres escuchar la respuesta. Ahora me queda bastante claro cómo me ve Sierra. Tendría que haberme quedado callado, dejar que el recuerdo del beso siguiera flotando entre nosotros hasta que la tensión fuera tan insoportable que ella terminara besándome otra vez. Y, si eso pasaba, no me habría apartado; no me habría importado lo que pensara de mí y le habría dado exactamente lo mismo que le doy a cualquiera.

Sierra conoce mi reputación, y me alegra que no espere nada de mí. El único modelo de relación que tengo es el de mis padres, y estoy bastante seguro de que ser infiel no figura entre los requisitos. Lo que más me irrita es que, cada vez que ignoro una llamada de mi

madre, la siguiente tarda más en llegar, y al final solo me siento más culpable.

Oigo un golpe en la puerta y, acto seguido, entra Kian.

—¿Puedo usar tu baño? —Lleva una bata rosa, una toalla sobre el hombro y sujeta cuatro botellas de champú y acondicionador en el pliegue del brazo.

—No.

Hoy es el primer día que me pongo a estudiar de verdad. Mis profesores mandaron mil trabajos y casi no he tenido tiempo ni de echarles un vistazo de lo exhausto que quedo después de los entrenamientos con Sierra.

—¡Por favor! Mi ducha no funciona y ningún fontanero quiere venir con este clima —se queja Kian.

Vuelvo a concentrarme en mi lectura de Derecho Mercantil.

—Usa el de Aiden.

—Prefiero que no me atormenten las cosas que él y Summer han hecho ahí.

—¿El de Eli?

—Demasiado lejos.

Hago una mueca.

—Ni loco te dejo usar mi baño. Ya lo sabes.

—Eres muy obsesivo con tu ducha. Pensé que ya se te había pasado eso de considerarlo tu «santuario».

Esta es una de esas veces en las que no me siento culpable por todas las bromas pesadas que le he hecho a Kian.

—Refugio —lo corrijo—. Y la respuesta sigue siendo no.

Kian hace pucheros y sigue observándome, pero no dejo que la intensidad de su mirada me afecte. Tengo que leer sesenta y tres

páginas, y ya he leído la primera tres veces.

Cuando la molesta sensación de estar siendo observado empieza a perturbarme, me levanto de la cama. Aún falta un poco para que empiece la segunda mitad del entrenamiento, pero prefiero no aguantar miradas fijas durante treinta minutos. Cojo mi bolsa del gimnasio y me la cuelgo al hombro, al tiempo que le señalo la puerta a Kian. Él resopla y sale. Me preparo un bocadillo rápido y me aseguro de advertirle a mi amigo que no use mi ducha antes de marcharme.

En la pista, Lidia nos da un descanso de diez minutos después de dos horas de elevaciones. Se toma muy en serio lo de ceñirnos solo a lo básico, y se nota que a Sierra se le está agotando la paciencia. Camina cojeando hacia el banco, y no puedo evitar fijarme en su mueca de dolor. Sé que es por los moratones que le dejaron mis manos en el abdomen.

Ella saca el móvil y se pone a revisar las redes sociales; se detiene un momento en unos vídeos del festival de los faroles. Mi mirada se fija en ella y luego en la pantalla, tratando de entender qué le resulta tan fascinante. Son vídeos de la gente que asiste al festival, que se prolonga durante un par de semanas. Cuando era niño, solía ir con mis padres, pero hace años que no voy. Ahora que lo pienso, ni siquiera recuerdo si mi padre estaba allí o si le sonó el teléfono justo cuando encendíamos los faroles.

Rebusco en mi bolsa.

—Toma —le digo, ofreciéndole uno de los sándwiches que preparé.

Sierra se queda mirándolo tanto tiempo que acabo dejándolo caer sobre su regazo. Luego murmura «gracias» y no dice ni una palabra

más antes de darle un bocado. Las cosas entre nosotros están bastante tensas. A ella se le nota a la legua que está incómoda, y lo siento al tocarla. Está más callada de lo habitual y prácticamente no hablamos durante las primeras cuatro horas de entrenamiento ni durante las últimas cuatro, cuando volvimos después de clase.

El entrenamiento va fatal y Lidia está más irritable que nunca. Para colmo, he visto al entrenador Kilner pasar junto a nosotros un montón de veces; algunas se detiene a mirar y otras se marcha antes de que pueda hablar con él. No sé si valora mi esfuerzo o si solo busca recordarme lo mucho que le he jodido la temporada.

Lidia da dos palmadas y, sin más, volvemos al ruedo.

En un momento coloco mal la mano, y Sierra me la sujeta y corrige la posición. A veces me pregunto si lo echa de menos. La semana pasada, Justin y su compañera, Julia, estaban practicando a un lado de la pista mientras nosotros estábamos al otro. Lidia se aseguró de que no volviera a pasar.

Levanto a Sierra y ella gruñe, así que la vuelvo a dejar en el suelo.

—¿Qué haces? —masculla.

—Está dolorida —digo, mirando a Lidia—. No voy a levantarla hasta que mejoren los moratones.

—¿Estás bien, Sierra? —le pregunta la entrenadora. Es la décima vez que se lo pregunta, y Sierra siempre da la misma respuesta. La misma mentira. Ya me está sacando de quicio.

—Estoy bien —murmura.

Suelto una risita y vuelvo a la posición inicial.

—Hazlo —dice Sierra con voz firme, desafiante, aunque hay algo vulnerable debajo. No me mira a los ojos, como si se estuviera preparando para lo que viene.

—¿El qué?

—Di lo que quieres decir —suelta de mala manera, pero cruza los brazos sobre el pecho, como protegiéndose.

Hay algo en la forma en que está ahí, tan cerrada, que me empuja hacia ella. Siento la distancia entre nosotros.

—Tienes miedo —le digo, mirándola con atención.

—Llevo toda la vida haciendo esto —responde, con un destello en los ojos—. No tengo miedo.

Pero lo noto en la forma en que su cuerpo se tensa cuando me dispongo a levantarla, en la rigidez de su postura, que la delata.

—Sí, Sierra, tienes miedo —insisto—. Me doy cuenta por cómo tiemblas cuando te levanto. Y todavía ni siquiera hemos hecho elevaciones de verdad.

—Eso no te incumbe —replica, pero se le quiebra ligeramente la voz.

—Claro que me incumbe —respondo, incapaz de disimular la frustración—. Soy yo quien te está levantando, quien podría ponerte en la misma posición en la que estabas cuando te caíste, y lo entiendo, ¿vale? Seguro que estás aterrada porque piensas que podría dejarte caer como hizo él.

La veo cambiar de expresión, contener la respiración, y el pánico aparece de golpe, como una ola que la derriba. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para contener las ganas de abrazarla, de ser su apoyo como antes.

La entrenadora sigue observándonos y noto cómo ella se cierra cada vez más, como si estuviera atrapada.

—E-es cosa mía —balbucea—. Lo voy a resolver.

En ese momento interviene Lidia, con un tono que no admite réplica.

—Lo vamos a resolver.

Cuando vuelvo a centrarme en Sierra, nuestras miradas se cruzan. El peso de la tensión entre nosotros es demasiado grande para ignorarlo. La veo luchar contra ella misma, pero algo ha cambiado; hay algo en la forma en que su mirada se suaviza apenas un poco, en cómo separa los labios, como si estuviera buscando las palabras sin saber encontrarlas. Me entran ganas de decirle que no hace falta.

—Dime qué necesitas que sea, y lo seré para ti —susurro.

Sierra se queda helada y, antes de que pueda decirle nada más, se da media vuelta y se aleja patinando sin decir una sola palabra.



El timbre suena sin parar y el ruido retumba por toda la casa. Por más que me apriete la almohada contra los oídos, sigo oyéndolo. Entre insultos y con los ojos entrecerrados, me levanto de la cama y abro la puerta del dormitorio.

—¡Atended al timbre, joder! —grito, pero mi voz apenas resuena antes de que el sonido implacable continúe. No hay nadie en casa; lo sé porque la música que siempre llega desde abajo no suena, y el persistente olor a desayuno quemado no flota en el aire. Hasta la televisión, que suele estar a todo volumen a cualquier hora, permanece en silencio.

Sin molestarme en ponerme una camiseta, salgo en calzoncillos. Si alguien viene a interrumpir mi sueño, no le debo ninguna consideración.

Todavía tengo la cabeza embotada, exhausta. Derecho Mercantil me hace dormir mejor que un somnífero. Mi profesor, que debería haberse jubilado hace tiempo, parece más interesado en alimentar su ego que en enseñar: la nota de nuestros trabajos depende de la cantidad de veces que mencionemos alguno de sus viejos casos. Desde que descubrí eso, la asignatura va viento en popa, y retener lo que aprendo no está siendo mi prioridad.

Hablando de egos descomunales, cuando abro la puerta de un tirón me encuentro con el azul oscuro familiar de un traje Tom Ford impecable y con la frialdad de esos ojos azules que me alegro de no haber heredado. Mi padre se queda plantado en la entrada con expresión indescifrable, hasta que me dedica una mirada despectiva de pies a cabeza.

—¿Duermes en vez de estudiar? Qué manera de desperdiciar tu vida —dice.

Aprieto la mandíbula.

—No sabría decirte. Tú eres el experto en estropear las cosas —replico, ya harto de su presencia. Este es el único lugar que siento como mío, y que esté aquí no me parece bien. Tuvo cuatro años para venir a visitarme. Empiezo a cerrar la puerta, pero me lo impide.

Sujeta la caja que trae con una sola mano y utiliza la otra para mantener la puerta abierta.

—Espera. He venido a disculparme.

—Menudo comienzo para una disculpa.

—¿Vas a invitarme a pasar? —pregunta, imperturbable.

De mala gana, hago un gesto hacia el salón y entra; examina el espacio con esa mirada crítica que lleva a todas partes.

—¿Y tus compañeros?

—Mis amigos están entrenando, así que estoy solo. —No dice nada sobre la carta que envió la universidad acerca de mi suspensión. Me pregunto si mamá se lo habrá contado. Sea como sea, seguro que está contento de que ya no me dedique a «ese deporte de bárbaros». Aunque odiaba todavía más el patinaje artístico.

No se sienta en el sofá (probablemente mejor), así que nos quedamos de pie en el salón, él con traje y yo en ropa interior. Le saqué varios centímetros pocos años después de llegar a la pubertad, y ese pequeño desequilibrio fue como un presagio del catalizador que alteró nuestra relación. Es un recordatorio físico de lo mucho que crecí en comparación con él.

—Entiendo que la última conversación que tuvimos te cogiera por sorpresa. Deberíamos haberlo hablado en familia antes. —Sus palabras son como un puñal en mi férrea determinación, pero no se lo dejo ver—. Después de todo lo que hemos pasado como familia, sé que esto no es una solución mágica para nuestros problemas. Pero tu madre está muy ilusionada con la renovación de votos.

«Tu madre está muy ilusionada». Es decir, él no. Las palabras me dejan un sabor amargo. Espero a que continúe, pero se limita a mirarme, como si ahora me tocara a mí hablar.

—¿Eso es todo?

Suspira.

—Tu madre agradecería que dejaras a un lado nuestras diferencias y vinieras a la renovación de votos. He hecho cosas en el pasado de las que no me siento orgulloso y quiero empezar de cero. La amo, Dylan. Y a ti también.

—Enhorabuena —digo—. Tengo que consultar mi agenda.

Mi padre me mira como si quisiera añadir algo más, pero decide que no es buena idea.

—Te he traído algo —dice por fin, señalando la caja blanca y grande que lleva en las manos. La deja sobre la mesa baja y veo el sobre color lavanda que hay encima—. Es tu esmoquin para la ceremonia. Lo eligió tu madre, y también te escribió esta carta.

Miro el sobre y, en ese instante, decido que nunca lo abriré.

—Tus amigos están invitados. Enviaremos las invitaciones dentro de poco.

Saber que es mi madre quien va de un lado a otro, ultimando los detalles de la ceremonia, me hace hervir la sangre. Mientras él sale hasta tarde, ella lo espera en su casa de cristal, aferrada a la misma esperanza que tiene desde que él fundó su empresa.

—No hace falta que invitéis a mis amigos —digo.

No responde; se limita a mirarme durante tanto tiempo que, al final, le hago un gesto para que se marche.

—Preferiría que confirmaras tu asistencia.

—Y yo preferiría que no volvieras a venir aquí con esa disculpa de mierda.

—No voy a tolerar tus faltas de respeto —dice, apretando la mandíbula—. Piensas que puedes hablarle así a tu madre porque ella te lo permite, pero conmigo las cosas son distintas.

—Claro. Tú eres el único que puede faltarle el respeto a mamá.

—Dylan…

—La próxima vez que quieras disculparte, prueba a usar la palabra «perdón» —mascullo—. Vete de mi casa.

Sus ojos brillan de rabia, y sé que, en este punto, en este momento de nuestra relación, no queda nada más que cenizas.

—Vete. Ya —añado, preparándome para la frialdad de su respuesta. Pero él simplemente se marcha sin mirar atrás. Su presencia permanece en el aire como algo que no te puedes quitar de encima.

Apenas un minuto después, la puerta vuelve a abrirse de par en par, y estoy a punto de alzar la voz cuando Kian entra a toda prisa:

—¿Ese era tu padre?



DIECINUEVE

SIERRA

—Vosotros dos vais a tener una cita —dice Lidia.

Escupo el agua y, al instante, me tapo la boca con la mano. Observo a Lidia de reojo mientras siento la mirada de Dylan quemándome la mejilla. Me limpio el agua del jersey rosa que me he puesto para hacerle creer a Lidia que he activado mi «energía positiva». Es algo que me decía todos los años, porque el lenguaje corporal y la apariencia son muy importantes, y los míos le decían a todo el mundo que se fuera a la mierda.

No se equivocaba.

—Los chistes no son lo tuyo, Lidia —le digo.

—¿Alguna vez me has oído hacer un chiste? —replica, entornando los ojos.

—Pero deberíamos usar todo el tiempo que tenemos para patinar. No puede ser que esta sea tu solución.

Dylan no ha dicho ni una palabra, y el silencio me está poniendo nerviosa. Él debería oponerse a esto tanto como yo. Lo último que necesitamos es pasar más tiempo juntos.

He pasado la mayor parte del entrenamiento evitando hacer contacto visual con él, así que me cuesta un poco mirarlo a los ojos. Él se da cuenta de que quiero que se ponga de mi lado, pero debe de ser pésimo leyendo expresiones faciales, porque dice:

—Me parece una idea estupenda.

Lo miro boquiabierta, y Lidia también parece sorprendida.

—No lo de la cita —aclara, y me relajo, aunque no sin antes sentir un pequeño pinchazo en el pecho—. Podemos probar nuestra química otra vez mientras entrenamos. Sobre el hielo.

—La química no es el problema. Eso quedó muy claro durante las sesiones en la colchoneta —dice Lidia, y parece contener las ganas de hacer una mueca—. Ahora que ya he escuchado vuestras excusas patéticas… vestíos, nos vamos de excursión.

Después del entrenamiento tan tenso de la semana pasada, Lidia se puso como objetivo lograr que Dylan y yo estuviéramos en la misma sintonía. En el hielo trabajamos bien juntos, pero hay una incomodidad que sigue latente en nuestra rutina, y desde que Dylan señaló que yo soy la culpable, los entrenamientos están siendo espantosos.

Estoy acostumbrada a caerme, pero cuando Dylan me levanta por encima de su cabeza, me invade el pánico. Lo que me preocupa no es el dolor, porque aquella noche casi ni lo sentí. Lo único que podía pensar era que había dejado una carrera individual brillante para

entrenar con Justin durante años y, al final, había acabado tirada en el puto suelo. Estaba furiosa. Antes, me obsesionaban los vídeos de caídas en el patinaje: estudiaba los errores, practicaba los movimientos y sabía que eso jamás podría pasarme a mí. No se suponía que me pasara a mí.

Me quedo mirando los patines que he atado con cuidado antes del entrenamiento y después patino detrás de Dylan hacia la puerta. Él se pone las protecciones, me alcanza las mías sin decir una palabra y me sostiene la puerta antes de dirigirse al vestuario.

Salimos del estadio y nos subimos al asiento trasero del Toyota Yaris rojo de Lidia. Intento sentarme en el asiento del acompañante, pero no me abre. Dylan se queda de pie con la puerta trasera abierta para mí. Trato de sentarme lo más alejada posible, pero el asiento está lleno de cajas y cajas de patines de repuesto, vestuarios y rodillos de espuma. A mis pies hay un botiquín de primeros auxilios y los conos naranjas que usamos para los ejercicios. Por la falta de espacio, el cuerpo enorme de Dylan está apretado contra el mío, y estamos pegados como con cola.

Cuando separa las piernas como si el asiento fuera todo suyo, choco mi rodilla contra la suya, pero, en lugar de moverse, él me devuelve el golpe. Pongo los ojos en blanco y veo a Lidia mirándonos por el retrovisor, con un leve movimiento de cabeza que me hace enderezarme.

La entrenadora conduce durante tanto tiempo que empiezo a sentir el peso de todas las horas de sueño que he perdido esta semana, y la calefacción al máximo tampoco ayuda. La sensación del cuerpo de Dylan, el calor, la melodía suave de la música clásica rusa

que suena en la radio… todo se combina para hacerme cerrar los ojos.

Siento que han pasado horas cuando despierto, con la cabeza apoyada en un hombro calentito y el coche aparcado en algún lugar desierto al borde de la carretera. Me incorporo de golpe y veo que Lidia está hablando por teléfono, gritándole a alguien, cuando nuestras miradas se cruzan en el espejo.

—Qué amable por tu parte acompañarnos, señorita Romanova —me dice con un tono engañosamente dulce, y lanza el teléfono al asiento sin prestarle la menor atención—. Los pasajeros que estaban despiertos saben que hemos estado lidiando con un par de inconvenientes.

Miro a Dylan de reojo y, al instante, me maldigo por haberlo hecho. Está tan callado que mi cerebro decide que eso lo hace todavía más atractivo. Debe de ser que me seduce verlo cerrar la boca por una vez en su vida.

—¿Qué clase de inconvenientes? —pregunto.

—Uno que me ha reventado las ruedas y otro que ha cancelado vuestra clase de cocina.

Dylan resopla, divertido.

—¿Clase de cocina? —le pregunto—. ¿Te pareció buena idea que estuviéramos rodeados de cuchillos y fuego?

—Qué atrevida —susurra Dylan, hablando por primera vez desde que lo he adoptado como almohada.

—Si hubierais tenido la opción de usarlos y no lo hubierais hecho, lo habría considerado una victoria. Pero ha habido una fuga de gas en el local —dice Lidia—. Así que vamos a tener que posponerla.

Aunque hay muy mala cobertura, conseguí llamar a una grúa, así que…

En ese momento, una grúa roja se detiene delante de nosotros.

El conductor se acerca a la ventanilla de Lidia y ella baja el cristal.

—Ya podéis ir bajando. Pero solo tengo sitio para uno en la grúa, así que no puedo llevaros a todos.

—Por teléfono le dije que éramos tres —protesta Lidia.

El hombre se rasca la barba espesa y se tira del cuello del mono manchado.

—Hay mala cobertura, señora. Apenas conseguimos entender dónde estaba.

—Voy a pedir un Uber —propone Dylan.

El conductor de la grúa se echa a reír.

—Aquí no vais a tener cobertura para eso. Bastante hemos hecho con recibir la llamada. Pero hay una parada de autobús a menos de un kilómetro.

Lidia niega con la cabeza, y el hombre parece encogerse de hombros. Entonces, sus ojos azules se iluminan con algo nuevo. Una idea. «Ay, no».

—Perfecto —dice Lidia, sonriendo—. Bajad del coche.

—¿Qué? —preguntamos Dylan y yo al unísono.

Lidia se limita a señalar la puerta.

Parece que Dylan quiere decir algo más, pero, para ahorrarnos el mal momento que inevitablemente vendrá después, lo empujo para que baje del coche. Me mira a los ojos y debe de ver el miedo en mi expresión, porque, a regañadientes, abre la puerta y salimos los dos.

A lo largo de los años ha habido momentos en los que pensé que Lidia se había vuelto loca, pero este los supera a todos. El hombre

remolca el coche y lo asegura bien antes de abrir la puerta del acompañante.

—Lidia, no sabemos ni dónde estamos. Ni siquiera hay cobertura —intento hacerla entrar en razón, mientras ella se envuelve con más fuerza en el abrigo y trata de domar el pelo que el viento agita.

Me da una palmadita en la mejilla, como si fuera idiota.

—Para eso sirve el trabajo en equipo, *devushka*.

«Ya está».

Dylan se mueve detrás de mí y deja escapar un suspiro suave mientras alza la vista al cielo. Como si yo quisiera estar aquí.

—¡*Kysh*! Nos vemos el viernes —dice Lidia, y se sube a la grúa. El conductor parece compadecerse de nosotros, y me pregunto si nos dejaría viajar agarrados al guardabarros.

—¡Lidia! —la llamamos a la vez, pero lo único que conseguimos es que su sonrisa falsa se transforme en una mueca enfadada que nos lanza a través de la ventanilla; es la clase de mirada que nunca me he atrevido a desafiar.

Las piedras del camino de tierra crujen bajo el giro de las ruedas, y observo cómo la grúa roja se aleja llevándose el coche con la pegatina de la Federación Rusa de Patinaje Artístico en la ventanilla trasera. Había imaginado mil formas en las que podía acabar este día, pero quedarme tirada en medio de la nada con Dylan Donovan no era una de ellas. Los arbustos y los árboles que rodean la zona se sacuden con el viento, y me abrazo un poco más fuerte. Me olvidé de mirar la previsión meteorológica de hoy. Dale Thunderman estaría muy decepcionado.

—¿Y ahora qué? —pregunto, girándome hacia Dylan, que me mira de reojo un momento antes de echar a andar—. ¡Eh!

—¿Qué?

—Ni siquiera sabes si es por ahí.

—Bueno, como fui yo el que se quedó despierto todo el viaje, presté atención al camino.

Sus palabras me cierran la boca, así que dejo que nos guíe.

Después de caminar lo que parecen kilómetros, empiezo a preocuparme pensando que quizá tenga que buscar un trozo de hierba seca para dormir hoy. Por el tiempo que pasamos en el coche, deduzco que estamos en Andover o en Georgetown.

Justo cuando pienso que esta caminata no puede ser peor, una gota de lluvia aterriza con un chapoteo en la punta de mi nariz. Mis mallas finas y mi jersey apenas me protegen del viento cortante, y ahora la lluvia empapa mi piel fría.

—Qué pesadilla —murmuro.

Parece que a Dylan le hace gracia, porque suelta una risita y niega con la cabeza mientras acelera el paso. Me apresuro para seguirle.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada.

Su tono mordaz me hace detenerme y tirar de la manga de su sudadera.

—Dímelo.

—Basta —responde con esa voz grave y profunda. Dejo caer la mano, pero, por algún motivo retorcido, su negativa solo me hace estar más decidida a sacarle lo que sea que se esté callando.

—No finjas que te importan mis sentimientos, Dylan. Dime lo que estás pensando.

Niega con la cabeza otra vez, con esa sonrisa sardónica intacta. El viento sopla a nuestro alrededor y el sol empieza a descender en el

horizonte. Algunos mechones de pelo empapados se me pegan a la cara, y estoy segura de que también tengo hojas enredadas ahí.

—Dímelo.

—Sierra —me advierte.

—¡Dios, eres insufrible!

Eso lo hace detenerse tan bruscamente que choco contra él y me tambaleo hacia atrás. La tierra de este camino improvisado mancha mis zapatillas blancas (o eso espero), pero no puedo concentrarme en eso. La forma en que el hombre irritado que tengo delante se gira despacio debería darme miedo, pero hay algo en su mirada oscura que me hace enderezarme y levantar el mentón. Por muy intensa que sea su mirada, no voy a mostrar debilidad.

—Quizá si dejaras de actuar como si fueras la única del equipo no estaríamos en esta situación.

—¿Yo? ¿Es una broma? —grito, esforzándome por hacerme oír por encima de la lluvia torrencial que nos azota—. No hiciste el menor esfuerzo por hacerme sentir que éramos compañeros.

—¿Y tú sí? —replica.

—Actúas como si no quisieras estar aquí, y yo no suelo rogarle a nadie que se quede. —Nada podría obligarme a hacer eso otra vez.

—Solo ves lo que quieres ver, Sierra —responde, resoplando, frustrado—. Si no quisiera estar aquí, no lo estaría.

Tengo la respiración entrecortada y las pestañas empapadas de lluvia dejan caer sobre mis mejillas una cascada de gotas, como lágrimas. Las palabras se me enredan en la garganta. Dylan cierra los ojos, respira hondo y luego me clava la mirada con una intensidad que me descoloca.

—Te niegas a decirme cómo arreglar esto —dice con tono seco—. Lo estás pasando mal y me doy cuenta, pero eres tan terca que no me dejas ayudarte. Si me contaras qué es lo que te impide confiar en mí del todo, no estaríamos en este lío.

Aprieto los labios con fuerza mientras la lluvia cae sobre ellos. Sus palabras son como puñales clavándose en mi pecho. Siento una presión en la garganta que intenta obligarme a hablar, pero no sale nada. Se quedan ahí, atadas en un nudo que se formó hace tanto tiempo que ya no sé cómo deshacerlo. Quiero decirle que lo estoy intentando, que esto no es fácil para mí, pero estoy paralizada.

Cierro los puños y me maldigo por mi silencio y por hacerle creer que no me importa. Justo cuando reúno el valor para hablar, Dylan niega con la cabeza y aparta la mirada. Mis ojos siguen cada uno de sus movimientos cuando se quita la sudadera. Debajo lleva una camiseta verde de manga larga, de esas ajustadas que suele usar para entrenar.

—Póntela —me dice.

Si antes ya estaba muda, ahora estoy bastante segura de que la garganta se me ha cerrado por completo. La sudadera azul marino del equipo de hockey de Dalton, con su apellido bordado en la manga y su número en la espalda, cuelga de su mano como si fuera algo sagrado. Me quedo mirándola. Me la ofrece otra vez, y siento el peso de su súplica silenciosa.

—Te castañetean los dientes. Póntela, Sierra.

—¿Y tú? —pregunto apenas en un susurro.

No responde, así que, cuando un escalofrío me recorre el cuerpo, cojo la sudadera y me la paso por encima de la cabeza. El calor de su cuerpo aún permanece en el algodón, y dejo que se impregne en

mi piel fría y mojada, mezclándose con el aroma fresco de su jabón. La sudadera me envuelve como un abrazo, y un dolor se instala en mi pecho y se intensifica cuando lo descubro mirándome de reojo para comprobar que me la he puesto.

Con las manos heladas hundidas en los bolsillos de su sudadera, camino junto a él hacia una larga hilera de luces que se extiende delante de nosotros. El silencio suena más fuerte que el silbido del viento.

—Lo estoy intentando —digo por fin. Una parte de mí espera que el ruido de los coches que pasan de vez en cuando y de los árboles mecidos por el viento ahogue mis palabras, pero cuando Dylan se tensa, sé que me ha oído.

Me preparo mentalmente para escucharlo decir algo como «inténtalo con más ganas» o «con eso no basta», pero se gira hacia mí y veo el perfil de su rostro iluminado por los faroles temblorosos de la calle. En voz baja, dice:

—Es lo único que necesito.

Mi mente intenta convencerme de que he oído mal. Después de todo lo que le he dicho, ¿cómo puede mostrarse tan comprensivo?

Esos pensamientos se desvanecen cuando el claxon estridente de un coche y sus luces deslumbrantes me sobresaltan, y tropiezo hacia los brazos de Dylan. Me sujeta por el hombro y me acerca hasta que quedo prácticamente cobijada bajo su brazo.

—¡Apartaos de la puta carretera! ¡Estamos en West Hartford, no en medio del campo! —grita el conductor por la ventanilla.

¿West Hartford? ¡Hemos llegado a la carretera principal! No puedo contener una sonrisa de pura alegría mientras me giro para mirar a Dylan, que me devuelve una sonrisa cansada de medio lado.

—Ya sé dónde estamos. Vamos —me dice. Esta vez, cuando retomamos el camino, casi se me para el corazón al sentir unos dedos cálidos, húmedos por la lluvia, entrelazarse con los míos e invitarme a seguir avanzando.

Un cartel rosa con brillantes luces amarillas alrededor ilumina la entrada de Lola's.

—No tengo dinero —le digo.

—Yo invito —responde Dylan antes de que llegue la camarera para guiarnos hasta una mesa. Parece que lo conoce y a él le gusta la atención, porque le susurra algo que la hace reír y apretarle el brazo. Durante demasiado tiempo, en mi opinión. Teniendo en cuenta que nos ha visto de la mano. Hasta donde ella sabe, podríamos ser pareja.

«No lo somos».

Me deslizo en el reservado y, cuando estoy a punto de soltarle la mano, en parte porque estoy irritada y en parte porque creo que va a sentarse frente a mí, Dylan me la sujeta con más fuerza y consigue meter su cuerpo enorme junto al mío en el sillón. Estamos cerca, demasiado cerca.

Entonces me fijo en el círculo oscuro alrededor de su iris. Mientras él es todo ojos marrones, pelo castaño y piel dorada, yo soy pelo oscuro, labios rojos, ojos verdes. No hay nada en mí que no sea frío y afilado, como mis patines. Se nota cuando estamos tan cerca.

Intento apartarme.

—No creo que ser compañeros signifique que no puedas despegarte de mí.

—¿Y si no quiero?

—¿Otra vez con lo mismo? —pregunto, lanzándole una mirada aburrida—. ¿Vas a empezar a coquetear conmigo?

—No estaba coqueteando —responde, acercándose—. Si estuviera coqueteando, tu culo estaría sobre mi regazo, no sobre este cuero barato.

—Menos mal que no estás coqueteando entonces —replico, molesta.

—¿Quieres que lo haga? —me susurra, con la nariz a centímetros de la mía—. Podemos pedir algo de beber. Sé que te gusta compartir la bebida.

El pulso se me acelera. Es la primera vez que Dylan menciona aquella noche en la fiesta, cuando me emborraché y le dejé beber alcohol de mi boca. Ahora está muy cerca y sus labios parecen muy cálidos. Sin darme cuenta, me acerco un poco más; estoy segura de que, si presionara su cuerpo mojado contra el mío, me encendería. Su lengua sería cálida y hábil y…

—Parece que necesitas una toalla, Sierra —nos interrumpe una voz y, al apartar la mirada de los ojos oscuros de Dylan, veo a un hombre con una chaqueta de chef arrugada.

—Hola, Ajay. —Intento salir del sillón, pero Dylan es como una roca en mi camino. Le hago un gesto para que me deje pasar y él se limita a mirarme, impasible. Al final me rindo y me deslizo, incómoda, por el otro lado. Ajay me abraza, algo que no esperaba.

No soy de dar abrazos, y aunque me estrecha con fuerza, no le devuelvo el gesto. Cuando me aparto, Ajay me suelta y empieza a decirme algo, pero antes de que pueda escucharlo, alguien me tapa la vista. Dylan Donovan, por supuesto.



VEINTE

DYLAN

Lo primero que me fastidia de esta cafetería es la canción que suena en la gramola. Lo segundo es que el cocinero abrace a mi compañera.

Siguen fundidos en un abrazo de novios mientras, de fondo, suena la melodía de uno de esos vinilos deprimentes que siempre escucha Kian. Sierra es la primera en apartarse, y contengo las ganas de sonreír. Sus ojos se posan en los míos un instante y luego se desvían hacia algún punto de la pared. Si se sonrojara, se notaría a la legua, y la idea me pone de muy mal humor. Ajay, el cocinero, empieza a preguntarle algo, pero, sin pensarlo, me estiro y me interpongo entre los dos.

—Dylan —me presento.

Ajay baja la vista a mi mano. Solo es unos centímetros más bajo que yo y, cuando por fin me la estrecha, aprieta con más fuerza de la que esperaba.

—Ya sé quién eres, Donovan —dice con un tonillo peculiar—. Soy Ajay.

No sé por qué, pero parece querer proteger a Sierra.

—¿De dónde conoces a mi compañera?

Hay cierta insinuación en mis palabras que no me molesto en corregir. El hecho de que Sierra esté a mi lado, empapada y con mi sudadera puesta, las vuelve más cortantes. El impulso posesivo que envuelve mi irritación se siente peligroso.

Sierra da un paso adelante y nuestros brazos chocan, pero mantiene la mirada fija en Ajay mientras sonríe.

—Sierra solía venir aquí en las raras ocasiones en las que quería darse un capricho. Aunque su capricho siempre era una hamburguesa vegetariana con lechuga en lugar de pan.

Sierra se ríe.

—Pero él siempre se las arreglaba para mandarme unas patatas con queso «por accidente».

Hay un recuerdo tácito entre ellos, y me entran ganas de pulverizarlo con las manos.

—Mucho más rico que los sándwiches que te preparo para el entrenamiento, ¿no? —digo.

Ajay nos mira a los dos.

—¿Entrenáis juntos? —pregunta, y las palabras le salen despacio, dubitativas, como si estuviera valorando si quiere conocer la respuesta.

—Sí, es mi nuevo compañero.

—¿Eso es lo único que somos?

Espero que la sonrisa burlona que se me dibuja en la cara sugiera mucho más, porque, por la mirada fulminante que me lanza Sierra, luego me va a tocar pagarlo caro. Pero no me importa lo más mínimo. Aprovecho para rodearla con el brazo.

—¿Y qué hacéis aquí? —pregunta Ajay.

—El coche de nuestra entrenadora se averió y no teníamos cobertura. Nos hemos quedado medio tirados —le explica Sierra.

Ajay asiente, aún confuso, y observa nuestra ropa empapada. Es decir, mi sudadera, que ahora lleva puesta Sierra.

—Podéis usar el teléfono de la cocina. Es por ese pasillo.

Sierra sonríe, agradecida, y se vuelve hacia mí.

—Puedo intentar llamar a Scarlett, pero seguro que está estudiando con el móvil apagado.

—Ahora llamo a Kian —me ofrezco.

Ajay señala el pasillo sin mirarme siquiera. Le sonríe a Sierra, y siento la necesidad de atraerla hacia mí, pero reprimo ese arrebato de celos que se apodera de mí. No entiendo ni por qué me importa.

El teléfono de la cocina está anclado a la pared; es uno de esos antiguos con disco giratorio. Kian contesta al último timbrazo, con voz adormilada.

—Oye, necesito que vengas a buscarme a Lola’s.

—¿Dylan?

—¿Quién si no, Ishida? —resoplo.

—Ah, bueno, te juro que iría, tío, lo sabes, pero acabo de volver de una cita con Aiden y Summer y estoy bastante mareado de todo el vino que he bebido.

—¿Qué hacías tú en la cita? —pregunto.

—Les dio pena dejarme solo en casa. Pero habría sido mejor no ir. Hubo gritos, fuego y muchos insultos. —Kian parece estremecerse al recordarlo.

—No pasa nada. Voy a pedir un taxi —digo.

Oigo movimiento al otro lado.

—¿Quieres que le pregunte a alguien que esté sobrio? Seguro que Aiden no tiene problema en pasar a recogerte.

—No —respondo deprisa—. No le…

—¡Aiden! —Oigo la puerta abrirse y luego sus pasos por el pasillo —. ¿Estás vestido? Voy a entrar.

Me pellizco el puente de la nariz. Hay más voces de fondo y, preso de la impaciencia, me pongo a mirar las máquinas expendedoras de juguetes. Hay una con anillos de plástico y figuritas. De pronto, se me ocurre una idea.

Hace meses que no le hago una broma pesada a Kian haciéndome pasar por Tabitha, su exnovia acosadora. Aquella chica era una pesadilla: nos hackeó el teléfono, durmió en nuestra cama, nos vació el depósito de gasolina. Después de eso, Kian se sintió culpable por habernos hecho pasar por todo aquello y estuvo deprimido durante semanas. Fue entonces cuando empecé a gastarle bromas. Sí, se asustó un poco, pero cuanto más lo acosaba «Tabitha», menos se culpaba él. Ahora lo hago solo porque es divertido.

Escucho un grito, un gruñido y más movimiento.

—¿Hola? —dice la voz molesta de Aiden al otro lado del teléfono —. ¿Qué pasa?

—Hola, capitán. No pasa nada. Solo llamaba para ver si Kian podía venir a buscarnos, pero no te preocupes, ya hemos pedido un taxi —miento.

—¿Estás seguro? Puedo ir ahora mismo —dice, y suena sincero. Kian masculla algo de fondo. Se va a arrepentir cuando esté sobrio —. ¿Y cómo que «hemos»?

—¿Hemos? —Kian debe de haberle arrebatado el teléfono.

«Mierda, ¿he dicho eso?».

—He pedido —me corrijo tras carraspear—. Vuelvo pronto.

Cuelgo y, al darme la vuelta, veo a Sierra detrás de mí.

—¿No ha habido suerte? —pregunta. Tiene el pelo mojado y revuelto, pero se ve tan bien como siempre. Mierda, quizá incluso mejor. Tiene la nariz roja por el frío, igual que las mejillas. Apostaría a que, si la besara, sus labios estarían helados.

La idea me devuelve a la realidad, donde eso claramente no es una opción. Carraspeo otra vez.

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Has colgado el teléfono con bastante fuerza —dice—. Pero no pasa nada. Ajay termina de trabajar en diez minutos, así que nos puede llevar.

Genial.

—¿Cuánto cobra? —pregunto con sequedad.

—No es un Uber. Me está haciendo un favor, nada más.

—¿Y cómo piensas devolvérselo?

—A veces la gente hace favores sin esperar nada a cambio —responde de mala manera.

—He visto cómo te miraba. Esto no es solo un favor, Sierra.

—No todo gira en torno al sexo. Es mi amigo —dice—. Y aunque fuera algo más, no es asunto tuyo.

—Los amigos no te preparan comida porque sí, no te llevan a casa desviándose del camino ni miden al tipo con el que estás.

—Tú me has dado comida muchas veces —replica.

—Nosotros no somos amigos.

El sonido de una campana atraviesa el silencio cargado que nos mantiene unidos. Ninguno se mueve, pero cuando Ajay interrumpe nuestro duelo de miradas, Sierra es la primera en apartar la vista.

—Acabo de fichar —dice—. Mi coche está fuera.

Al salir, Ajay abre la puerta del coche y, casi sin querer, empujo a Sierra y anuncio que yo voy delante. Ella maldice en voz baja y se sienta atrás, pero eso no impide que Ajay no deje de mirarla por el retrovisor para hablar con ella durante todo el trayecto. Tampoco le impide dejarme a mí primero, de modo que Sierra pueda pasar al asiento delantero cuando bajo. Pero, antes de que llegue a sentarse, le agarro la muñeca. Sus ojos verdes me miran con curiosidad y no sé por qué lo hago; quizá porque lleva puesta mi sudadera, o porque lo que dijo antes sobre estar intentándolo me afectó. La atraigo hacia mí.

—¿Qué haces? —pregunta antes de chocar contra mi pecho—. No me gustan los abrazos.

—Lo sé —digo, acercándola más.

—Dylan.

—No te resistas, Romanova.

Sierra suspira y un calor me nace en el centro del pecho.

—Pero Ajay…

—Él puede esperar. Yo no.

—Pero…

—Shh —susurro contra su pelo—. Disfrutemos de un momento en silencio.

Ni siquiera necesito mirarla para saber que está poniendo los ojos en blanco. Le paso la mano por la espalda, la estrecho un poco más y la siento relajarse. Baja los hombros y se abandona en mis brazos. Esa rendición silenciosa casi me hace estallar el pecho.

Nos quedamos así un instante y me olvido del coche en marcha y del cocinero que sigue ahí dentro. Creo que ella también se olvida, hasta que él dice su nombre y entonces se aparta. Con una última mirada, sube al coche y cierra la puerta.

Cuando entro en casa, todos están dormidos. Sebastian se ha quedado frito en el salón, con la televisión encendida. Busco un sobre y, cuando lo encuentro, paso de largo delante de mi habitación y subo, hasta la de la derecha.

Saco el anillo de «diamante» que cogí de la máquina expendedora de la cafetería y lo meto en el sobre. Con mi mejor letra cursiva, escribo «Tabitha» y lo deslizo por debajo de la puerta de Kian.

Cuando despierte con resaca, su cerebro va a montar una fiesta con esto.



VEINTIUNO

SIERRA

Dylan tenía razón.

Me duele muchísimo admitirlo. El mero hecho de pensar esas palabras me deja un sabor amargo en la boca. Anoche, después de aparcar fuera de Casa Iona, Ajay me invitó a salir.

Le dije que tenía que comprobar mi agenda, pero incluso ese rechazo sutil me dejó dando vueltas en la cama. Ni siquiera entendía por qué lo había rechazado, pero muy en lo profundo de mi ser sabía que esa chispa de atracción que se encendió en mi estómago desapareció en cuanto Dylan Donovan se bajó del coche. No podía dejar de pensar en ese abrazo, en lo delicado que fue, en las palabras que me susurró al oído. Yo no abrazo a nadie. Cada vez

que lo hago, me resulta desagradable, pero con él no fue así. Ni un poquito.

He pasado casi toda la noche tejiendo. Me sentía desconectada; mi mente alternaba entre la sudadera enorme de hockey que se estaba secando en la silla de mi escritorio y el recuerdo de la mirada intensa que me dedicó Dylan antes de sentarme en el asiento del acompañante. Y, cuando por fin me quedé dormida, soñé con él. Por primera vez desde que me mudé a Casa Iona, dormí del tirón hasta la mañana.

—¿Me vas a contar qué está pasando entre tú y Dylan Donovan o tengo que adivinarlo? —me pregunta Scarlett, que está sentada en el suelo cuando salgo de mi habitación—. Porque mis suposiciones incluyen cuerdas, más cuerdas y una venda para los ojos. Y una mordaza, quizá.

Me dejo caer junto a sus libros y me aferro a la bolsa de regalo violeta que tengo en la mano.

—Nada de eso. Pero… —casi no me salen las palabras— lo besé.

—¿Estuvo bien? Es una pregunta retórica. —Scarlett no parece sorprendida en absoluto, y me siento un poco atacada—. ¿Qué? Es Dylan Donovan, por el amor de Dios. Y hace más de un año que no estás con nadie. Era inevitable.

—¡Oye! No estoy necesitada. —Scarlett me lanza una mirada—. Bueno, un poco, pero no pasó nada más. Somos compañeros.

Mi amiga resopla y echa un vistazo a mi abrigo.

—¿Y adónde vas un domingo por la noche? ¿A echar un polvo de compañeros? ¿Llevas juguetes en la bolsa? ¿Un látigo?

—Sí, todo lo que necesito para mi mazmorra BDSM —le digo, inexpresiva—. Tengo que hacer una cosita de última hora, nada más.

Además, ni siquiera tengo un vibrador, Scar, ya lo sabes.

—Eso tiene que cambiar. Creo que yo me volvería loca si, encima de todo el estrés, no tuviera una forma de liberar tensiones.

—Estoy bien. No necesito liberar nada. —Dejando a un lado el hecho de que quizá empiece a silbar como una olla a presión en cualquier momento. Cuando me estoy yendo, Scarlett me dice que use protección.

Al llegar a la casa de hockey, me pongo a juguetear con el asa de la bolsa de regalo mientras espero a que alguien me abra la puerta. El viento me roza las orejas y espero que ayude a disimular lo mucho que me tiembla el cuerpo por la ansiedad.

Kian Ishida abre la puerta y escucho la música *country* que sale de una radio en la mesa del recibidor. Inclina la cabeza y me observa con atención.

—Sierra —dice.

—¿Sabes quién soy? —pregunto. No me imaginé que Dylan hablara de mí.

—Claro que sí. Ya casi no vienen chicas por aquí. Las que vienen a vernos a nosotros por lo general mandan un mensaje en vez de llamar al timbre, y últimamente Dylan se pasa el día ocupado patinando. Y, viendo que tú estás aquí, vestida así —echa un vistazo a mis mallas negras ajustadas y a mi jersey de Dalton Athletics como si fueran una prueba irrefutable—, todo encaja.

—Bueno, Nancy Drew, ¿puedes llamar a tu amigo? Tengo que darle algo.

Su sonrisa radiante me arranca otra a mí también.

—¿Sabes? Si alguna vez quieres hablar de lo molesto que es Dyl…

Lo apartan de la puerta de un tirón, que se abre de golpe, y aparece Dylan, bastante molesto. Al verme, cambia de actitud por completo. Se endereza y se acerca a cerrar la puerta, y nos quedamos envueltos en la oscuridad que cubre el porche de la entrada.

—Hola —lo saludo. De pronto, me siento expuesta.

—Perdón por eso —dice él, señalando la puerta con el pulgar.

Se enciende la luz del porche y por fin veo el rostro de Dylan. Debería ser ilegal verse tan bien a todas horas. La camiseta negra que lleva es ceñida y resalta sus bíceps, y los pantalones deportivos grises tratan de hipnotizarme y hacer que baje la mirada. Pero no lo hago.

—Quería darte esto —añado deprisa, y le entrego la bolsa.

—¿Qué es?

—¿Cuál es la gracia de darte un regalo si te lo digo?

Dylan me mira como si le hiciera gracia.

—Siempre te gusta complicar las cosas, ¿no?

Aunque sé que el comentario no va con mala intención, me duele. Nunca he sido una persona fácil, algo que me han recordado constantemente. De pronto, me siento estúpida por estar aquí y apenas lograr pronunciar las palabras que practiqué mientras venía. Por más que me esfuerce, siempre doy la impresión de ser fría, y no sé cómo cambiar eso.

Dylan no me quita los ojos de encima, ni siquiera cuando retira el papel de la bolsa. Saca los guantes rojos y se queda mirándolos durante un momento que se me hace eterno.

—Guantes —dice.

—Nunca usas en el hielo, así que he pensado que te vendrían bien —le explico. Doy un paso atrás; me da claustrofobia tenerlo tan cerca—. He calculado la talla a ojo, así que, si te quedan pequeños, puedo volver a hacerlos.

—Vaya, ¿a alguien le preocupa que pase frío? —me pregunta con tono cantarín, como si fuera una niña que le regaló a su madre un marco espantoso pintado a mano para el Día de la Madre.

—¿Sabes qué? Olvídalo. —Intento arrebatarle los guantes, pero Dylan me sujeta la mano. Le lanzo una mirada asesina y él sonríe. Es como mirar uno de esos anuncios de tiras blanqueadoras dentales que hay en las paradas de autobús.

Luego parpadea, como si acabara de caer en la cuenta de algo.

—Espera, espera. ¿Los has hecho tú? —Asiento—. ¿Con tus propias manos?

—No, con los pies —respondo secamente—. Sí, los he tejido. No es para tanto.

Me mira como si pensara que sí es para tanto, y me entran ganas de quitarle los guantes y fingir que esto nunca pasó. Quizá prenderles fuego aquí cerca, porque la cara de Dylan se ilumina con la sonrisa más arrogante que he visto en mi vida. Cierro los ojos un breve instante, sabiendo que va a regodearse como un loco con esto.

—Me has tejido unos guantes —dice, con una fascinación que me hace sentir tonta.

Miro a cualquier parte menos a él.

—Nunca usas guantes en los entrenamientos, y sé que es muy difícil hacer las elevaciones si tienes las manos heladas —le explico.

—Te preocupa que tenga frío en las manos.

—Dylan…

—Te preocupas por mí. —Dylan se pone los guantes—. Aunque es un poco inquietante que hayas memorizado el tamaño de mis manos.

Contengo las ganas de hacer una mueca.

—Es bastante estándar.

—Seguro que sí. —Ni siquiera intenta reprimir la risa. Pero sé que, detrás de esa sonrisa insoportable, ve los guantes por lo que son: una ofrenda de paz—. ¿Tienes unos a juego? Vamos a ser la pareja más adorable de la pista.

—¿No puedes dar las gracias sin más, en vez de hacer que sea raro? —murmuro.

—Ni loco. Me has tejido guantes, ¿te crees que te lo voy a dejar pasar así sin más? —responde—. La señorita «vete al diablo, pero usa guantes para que no se te enfríen las manos».

De pronto, un hombre con una chaqueta de la pizzería sube los escalones del porche y nos interrumpe.

—¿Habíais pedido unas pizzas?

Dylan parece confundido, pero saca la cartera y le paga. La puerta de la casa se abre otra vez, y la luz brillante que llega desde dentro me hace parpadear. El resto del equipo y sus amigos están en el salón. Están poniendo el último episodio de un *reality show*, y la mitad de la universidad se ha vuelto fanática, así que organizan quedadas para verlo. La semana pasada, Scarlett fue a ver la primera parte de la final a Porter's; allí hicieron un trivial y pusieron el programa en un proyector. Me invitó, pero preferí quedarme un rato más en la pista.

—¡Gracias, Jesse! ¡Eres el mejor! —grita Kian, que claramente llama tanto al repartidor de pizza que ya sabe su nombre, mientras coge las seis cajas. El aroma a pepperoni envuelve el patio—. ¿Te quedas? —me pregunta, y dudo.

La cara de Dylan no dice nada. ¿Querrá que me quede?

—Debería irme ya —digo sin mucha convicción, pero Kian no insiste.

—¿Estás segura? —me pregunta Dylan, justo cuando una ráfaga de risas del interior capta mi atención. La casa desprende una calidez que no esperaba de un lugar donde hay fiestas constantes y hombres sudados. Distingo una cabeza gigante de bulldog, como la de uno de esos disfraces de mascota, apoyada en el suelo del salón.

—¿Eso es un disfraz de bulldog? —pregunto.

—Es una larga historia —responde Dylan, frotándose la nuca—, pero te la cuento si te quedas.

—Son tus amigos. No quiero imponerles mi presencia.

—Estoy bastante seguro de que conoces a varios. Y, aunque no los conozcas, me conoces a mí —dice, y su sonrisa es casi convincente. Casi.

Por un momento, me permito imaginar cómo sería tener un grupo grande de amigos como el suyo. Estoy más que contenta con Scarlett, y somos más hermanas que amigas, pero a veces me pregunto si no estaré impidiéndole conocer a otras personas. Este año me he esforzado por salir con ella, pero nunca he tenido con nadie la conexión que tiene Dylan con sus amigos. Ellos son familia.

El problema es que, cuando dejas entrar a la gente, les permites verte por completo. Todas tus partes intensas, complicadas e inadecuadas.

Con ese pensamiento gélido colándose en mis huesos, me alejo de Dylan sin permitirme detenerme en cómo se le desvanece la sonrisa.

—Nos vemos en el entrenamiento —le digo.

—Ni lo sueñes, Romanova. —Dylan deja la bolsa de regalo a sus pies y me ofrece la mano.

Lo miro, parpadeando, y se me escapa una risita desconcertada.

—¿Qué haces?

—Vamos a bailar.

Miro a mi alrededor y me pregunto si se ha vuelto completamente loco. Quizá todos esos golpes en la pista por fin le están pasando factura.

—¿En el porche de tu casa?

—Sí. Si esta es tu forma de declarar una tregua, tiene que ser creíble.

Frunzo el ceño, intentando entenderlo.

—¡Si hasta te he hecho guantes! ¡Me ha llevado toda la noche y toda la mañana!

—Y te lo agradezco mucho, pero quiero más.

—La avaricia es un pecado, Donovan.

—Entonces eres mi tentación, Sierra —replica—. Ven a bailar conmigo.

—Yo no bailo.

—En el hielo bailas todo el tiempo.

—Bailo para ganar medallas de oro.

—¿Te basta con una estrella dorada? Tengo dos. Las pondré donde tú quieras.

Imagino que mi cara de pocos amigos transmite la respuesta. Lo miro, con un silencio denso entre nosotros, y ese tirón en el pecho

se hace más fuerte.

—Esta vez, baila por ti —me dice con suavidad.

Es una frase sencilla, y no entiendo por qué me hace latir el corazón de esta manera.

Doy un paso adelante, dubitativa.

—No hay música.

De pronto, se enciende la radio y *Wondering Why*, de The Red Clay Strays, empieza a sonar. Se mueve la cortina y veo una mata de pelo negro, y luego la radio aparece junto a la ventana abierta.

El rasgueo suave de la guitarra va subiendo de volumen poco a poco y, esta vez, en lugar de quedarme mirando la mano de Dylan, la tomo. Su sonrisa es inolvidable. La forma en que su mano tibia envuelve la mía por completo; el movimiento delicado con el que me atrae a la firmeza de su cuerpo; y su fragancia limpia, embriagadora, que me envuelve como la letra de la canción.

Dylan se balancea, con mis manos sobre sus hombros y las suyas en mi cintura. Se mueve con total naturalidad, pura fluidez, y yo me derrito contra él como mantequilla sobre una tostada. El ritmo de la canción se ralentiza y la letra del estribillo no ayuda a acallar el latido de mi corazón contra el suyo. Dylan se aparta y sus ojos recorren mi rostro con tanta ternura que casi me duele físicamente quedarme ahí, dejándole mirarme.

Sus dedos trazan un camino delicado por mi mandíbula y su pulgar se posa sobre mis labios.

Me imagino cómo se sentirá la pequeña curva de su boca sobre la mía. Dylan parece necesitar esto, como si yo le estuviera dando algo que nunca tuvo. Luego, con la música sonando cada vez más fuerte en mis oídos, me envuelve con sus brazos grandes y se inclina, de

modo que su cabeza queda enterrada en la curva de mi cuello. Cuando inhala, yo hago lo mismo sin poder evitarlo. Estamos bailando en su porche y el aire fresco del otoño ni siquiera nos roza. El ronroneo de una guitarra y una voz grave nos dan una serenata mientras nos abrazamos como si no fuéramos dos personas complicadas y con mala suerte. Como si fuéramos solo dos estudiantes bailando en un porche.



VEINTIDÓS

DYLAN

Sierra: Por qué todos los de tu equipo de hockey me empezaron a seguir en redes?

Dylan: Porque son unos cotillas de mierda

Sierra: Ay, hablas de mí?

Dylan: No. Pienso en ti

Sierra: Piensas? Te felicito

Dylan: Malcriada

Sierra: Imbécil

Vivo con tres niños. Desde esa noche en el porche, los chicos no paran de hablar de Sierra. Al parecer, espiarnos por la ventana les

resultó más interesante que ver ese *reality show*. Llevo intentando evitarlos desde entonces y, por eso, llego temprano a la pista y veo a Kilner en la sala de equipamiento, regañando a algún novato. Cuando me ve, le hace un gesto para que se marche. Estoy casi seguro de que el pobre estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Asustar a los novatos no es trabajo del capitán?

Kilner garabatea algo en su libreta.

—El capitán está demasiado ocupado consiguiendo que lo suspendan.

—Hablando de eso, nunca pedí disculpas. Confiabas en mí, todos confiaban en mí, y os he defraudado. Nunca fue mi intención dejar que mis problemas personales afectaran al equipo, y me odio por ello mucho más de lo que podrías odiarme.

—¿Odiarte? ¿Cómo voy a odiarte? —Kilner suelta un suspiro profundo—. Ya te lo dije: yo no me doy por vencido con mis jugadores. Podrías estar en la NHL, en otro deporte o en otra profesión, y te apoyaría igual. Pero, por suerte para ti, hay novedades sobre tu suspensión. Solo hace falta que Reed y el decano Hutchins aprueben que juegues en algunos partidos.

—¿De verdad? —Últimamente estoy tan centrado en patinar que ni siquiera había pensado en por qué lo hago.

—Hemos contactado con la NCAA y, cuando te reincorpores por completo, volverán a evaluarte los de Nueva York. Así por fin vosotros, panda de idiotas, me dejáis en paz y consigo un capitán normal.

—Nos va a echar de menos —bromeo—. Pero, como Sampson no puede y yo no estoy en el equipo, ¿quién es el capitán suplente?

Kilner aprieta los dientes. Coge su pelota antiestrés y la aprieta con todas sus fuerzas. Mi cerebro empieza a ir a toda velocidad hasta que la respuesta me golpea como un disco en la cara. No puede ser. No. Puede. Ser.

—Es Kian, ¿verdad? —adivino. Él no responde; solo emite un sonido a medio camino entre un gruñido y un rugido—. Esto es magnífico. Me encanta. Me vuelve loco.

—¿Sabes qué? Estoy enfadado contigo.

—No puede ser. Voy a organizar una fiesta para el nuevo capitán. —No puedo parar de reírme. Saber que Kian es el capitán suplente es, sin duda, la mejor noticia que he recibido en toda la semana.

Kilner se pasa la mano por la barbilla.

—No sé ni por qué me molesto con vosotros.

Me llevo la mano al estómago e intento dejar de reír.

—Va a pasar mucho tiempo de calidad con su jugador favorito. ¿Puedo decírselo yo?

—Será mejor aplazar darle a Ishida una noticia que le va a hacer explotar la cabeza —dice él.

—Muy considerado por su parte.

—Lárgate de aquí, Donovan —resopla.

De camino de vuelta a la pista, veo que todavía falta para que empiece el entrenamiento, así que cojo un palo suelto, hago un par de ejercicios y empiezo a mover el disco, deslizándolo suavemente hacia delante y hacia atrás. Mi palo raspa el hielo y hago girar el disco sobre el canto plano, manteniéndolo en equilibrio, cuando oigo el sonido familiar de unos patines.

—Llegas tarde —digo, sin apartar los ojos del disco.

—Y tú estás… jugando al hockey. —Sierra se desliza hasta ponerse a mi lado; lleva un vestido color lavanda.

Normalmente va con mallas y un jersey de Dalton, la ropa que se pone cuando duerme hasta tarde después de obsesionarse viendo nuestros vídeos de los entrenamientos. A veces se pone ese conjunto rosa que usa para convencer a Lidia de que está de buen humor. También tiene un vestido negro que lleva cuando está más rápida, más decidida y más enfadada que nunca. Es como si la ropa la ayudara a meterse en el personaje que quiere ser ese día.

—¿Patinar te está resultando demasiado difícil? —me pregunta.

—¿Crees que jugar al hockey es fácil?

—Solo hay que perseguir un disco. No hace falta ser muy inteligente.

—¿Ah, no? Enséñame. —Le lanzo mi palo y, tal como esperaba, se sobresalta, pero lo atrapa sin esfuerzo.

El palo está pensado para alguien de mi altura y, además, lo sujeta mal. Se inclina hacia delante, se echa hacia atrás y casi falla el tiro. Cuando por fin le da, apenas lo mueve medio metro.

—Listo. Superfácil —tiene el descaro de decir.

—Ni siquiera estás sujetando bien el palo.

—Claro que lo estoy sujetando bien.

—Dios, qué terca eres —mascullo, negando con la cabeza.

Mientras Sierra se concentra en recolocar las manos, me deslizo detrás de ella. Quedo pegado a su espalda y me envuelve su aroma a cereza. Se pone tensa cuando la rodeo con los brazos y acorto la distancia entre nosotros.

—No te he pedido ayuda —dice.

—Pero te ayudo igual. —Avanzo un poco más, hasta que prácticamente compartimos el mismo aire, y mi nariz le roza la mejilla. Coloco mis manos sobre las suyas, las deslizo un poco más abajo y le ajusto los codos. Luego dejo que se acomode.

—¿Así? —pregunta en un hilo de voz.

—Sí —susurro—. Así.

Mi voz suena más grave de lo que esperaba y no me aparto. Todavía no. El calor de su piel contra la mía es casi demasiado, pero mantengo las manos firmes y la guío para ejecutar un golpe de revés.

—Ahora intenta darle al disco.

Sierra golpea con fuerza y lo manda volando por encima de la valla. Contiene un grito de sorpresa.

—Te dije que era fácil. Mi obsesión con Sidney Crosby cuando era pequeña debe de estar dando frutos. Aunque soy buena en todo —dice, con su sonrisa a centímetros de la mía. Sí, claro que es buena en todo. Y ahora solo puedo pensar en que conozco su sabor y me pregunto si siempre será así. Dulce. Suave. Enloquecedor.

Se oyen dos palmadas y Sierra se aparta de mí con rapidez.

—¡*Davai*! Se supone que tenéis que calentar antes de que llegue yo —grita Lidia.

Y, como si nada, empezamos una larga jornada de entrenamiento.

Horas después, estoy terminando una secuencia intensa de giros y saltos cuando Lidia me regaña:

—Eso no se parece en nada a un cuádruple Lutz, Dylan.

—Ha sido un triple. Bastante bien.

Sierra, sentada en el borde de la valla con los pies colgando, no consigue disimular lo mucho que está disfrutando de esto.

—Hacer las cosas «bastante bien» no te hace ganar competiciones, Donovan.

—No tener pareja tampoco, Romanova.

Eso consigue cerrarle la boca.

—Bien, bebed agua y, cuando volváis, repasamos todo el programa. La primera competición es el próximo fin de semana. Tenemos que estar lo mejor posible.

Vamos patinando hacia el banco y Sierra está abstraída, seguramente pensando en la competición. Le ofrezco una barrita de cereales. La coge despacio, como si dudara, y el crujido del envoltorio suena demasiado fuerte en el silencio que nos rodea.

—¿Tú no vas a comer? —me pregunta.

Bajo la mirada a sus labios y, durante un instante, pierdo el hilo de mis pensamientos.

—¿Me estás invitando?

—Es tuya —responde, inexpresiva.

—¿Ah, sí? —Mis labios dibujan una sonrisa. Me acerco, con los ojos clavados en los suyos, y doy un bocado a la barrita que aún sostiene en la mano.

Sierra se tensa.

Mastico.

Ella mira mi boca y deja que el silencio se estire como un hilo demasiado tenso entre nosotros. Con los ojos verdes fijos en los míos, muerde también, como aceptando un desafío tácito.

Cuando volvemos a la pista y pasamos a la segunda posición, intento hacer la elevación simple que Lidia nos permite, pero Sierra parece molesta.

—No me estás sujetando bien. No me dejas estirarme.

—Si te sujeto más abajo, se me resbala la mano —replico.

Sierra me lanza una mirada y Lidia nos observa con curiosidad. Y, como si nada, Sierra pasa de fuego crepitante a llama moribunda. Se encoge y noto que aprieta los puños.

—Sí. No tendría que haber dicho nada. Lo siento.

Giro la cabeza mientras ella vuelve a la posición inicial.

—¿Qué? —pregunto, incrédulo.

—He dicho que lo siento —murmura, con un destello de rabia en la mirada.

Ahí está la frustración que esperaba ver, pero reprimida, encerrada tras no sé qué pensamientos tumultuosos que forman remolinos en su mente compleja.

—¿Eso es todo? ¿No vas a desafiarme ni nada? Joder, Romanova, pensaba que tú me harías pedir perdón a mí.

Sierra siente tanta presión por complacer a los demás que deja que ese peso la aplaste.

—¿Quieres pelear por esto?

—Quiero saber qué opinas. No deberías seguir ciegamente todo lo que digo.

Sierra me mira como si me hubiera vuelto loco.

—Vamos. Discute conmigo.

—No puedes hablar en serio.

Me deslizo hasta ella, invadiendo su espacio.

—Pelea conmigo, Sierra.

—No seas ridículo —dice, resoplando.

Me inclino sobre ella, muy por encima de su altura; la tensión entre nosotros es palpable. Algo se enciende en su interior y

entonces le doy un pequeño empujón y la veo deslizarse hacia atrás, con la boca entreabierta por la sorpresa.

—¿Me acabas de empujar?

—Totalmente. ¿Qué ha pasado con la chica que me mandó a la mierda sin pensarlo dos veces?

—Nadie quiere una compañera así —responde, con la mirada fija en el hielo.

—Yo sí —afirmo con seguridad—. De hecho, ya la tengo. Dime cómo tengo que sujetarte.

Con cierta desconfianza, Sierra me coge las manos y las coloca justo encima de sus caderas.

—¿Así? —pregunto, sintiendo el peso de mis palmas contra su cuerpo.

Ella asiente una sola vez antes de que suene el silbato de Lidia.

—Practicad la elevación con ese ajuste y luego pasamos a los dobles —nos indica.

Después de terminar en un giro, los dos estamos jadeando. Cuando Sierra me mira, sus ojos se detienen en mis manos, enfundadas en los guantes rojos que me tejió, y se le curvan los labios.

De reojo veo que un par de chicas que no reconozco me saludan desde la valla. Les devuelvo el saludo y noto la mirada de Sierra sobre mí.

—¿Qué?

—¿No vas a acercarte? Parecen… insistentes.

—Por desgracia para ellas, no estoy disponible.

—¿Desde cuándo? —pregunta Sierra, frunciendo el ceño.

—Me estoy reservando para el matrimonio.

Al oírme, suelta un sonido a medio camino entre una risa y un bufido.

—No podrías reservarte para el matrimonio ni aunque lo intentaras.

Pero tengo la sensación de que eso es exactamente lo que estoy haciendo.

—¿Estás intentando tentarme?

—Si estuviera intentando tentarte, lo sabrías —responde—. Y no durarías ni un segundo.

—¿Quieres apostar?

Sierra niega con la cabeza.

—Me gustan las apuestas que requieren esfuerzo.

—Yo puedo hacer que te esfuerces, Sierra. Todo el tiempo que quieras. Todo lo difícil que quieras.

Una nueva energía despierta entre nosotros, como si alguien hubiera encendido una cerilla. Esta vez, cuando nos giramos, no dejamos de mirarnos a los ojos. Ahí noto el cambio que se produce en ella. Es como un fuego artificial que brota del suelo y estalla dentro de mí. Sierra asiente una vez y yo la agarro por la cintura y la lanzo hacia delante. Uno, dos, tres, cuatro giros, y aterriza con una postura tan perfecta que me quedo parpadeando, completamente maravillado. Acaba de hacer un giro cuádruple.

Cuando termina, deja escapar un grito ahogado y me mira. Los dos tenemos los ojos como platos.

—Joder —susurra al mismo tiempo que yo.

Y entonces vuelve a estar entre mis brazos, abrazándome con más fuerza que nunca. Me deja alzarla mientras me rodea la cintura con las piernas y apoya las manos en mis hombros. Una risa fuerte,

descarada, brota de ella antes de que entierre el rostro en la curva de mi cuello. Su dulce aroma a cereza me nubla los sentidos y me obligo a contener el gruñido de satisfacción que amenaza con escaparse de mi pecho.

—Lo has hecho —le digo.

—Lo hemos hecho —me corrige, vibrando de entusiasmo. La siento soltar una risita incrédula antes de apoyar su mejilla fría contra la mía. Sus brazos me rodean con fuerza y sus uñas cortas se clavan levemente en la tela de mi camiseta de algodón. La sensación de que quiera abrazarme así, tan fuerte, me hace subir la temperatura.

Mis labios rozan su oreja, fría contra mi boca.

—Estoy muy orgulloso de ti, cielo.

—Yo también —susurra, con un ligero temblor.

Despacio, vuelvo patinando hasta Lidia sin soltarla, para tenerla un poco más entre mis brazos.

—*Krasivo*. ¿Qué os he dicho? —grita Lidia—. Despacio y con calma.

—Despacio y con calma —repito, porque Sierra sigue aferrada a mí y no estoy preparado para soltarla.

La sonrisa de Lidia se desvanece un instante. No sé qué habrá visto, pero sea lo que sea la hace carraspear y dar dos palmadas.

—Lo dejamos aquí, con la energía bien arriba. Nos vemos mañana.

—Deberíamos celebrarlo —le susurro a Sierra, dejando que las palabras resbalen por la caracola fría de su oreja.

Ella se aparta y la dejo en el suelo.

—¿Tú y yo?

—Sí, ¿quién si no? —respondo, mirándola.

—¿Como una cita? —Arruga la nariz, como si la idea le produjera rechazo, sin mirarme a los ojos.

—Como amigos.

—Ah, ¿ahora somos amigos? —Sus labios se curvan ligeramente. Está peleándose con un nudo del patín, así que le levanto la pierna, la coloco entre mis rodillas y le desato los cordones. Ella me observa con atención, con una expresión indescifrable en la mirada—. ¿Puedo invitar a alguien?

—Claro —respondo, encogiéndome de hombros.

Ella sonríe con rigidez, y no sé si me gusta lo que eso me hace sentir.



VEINTITRÉS

DYLAN

«Le hundiría los dientes en el trasero».

Sé que no está bien pensar eso de mi compañera, y menos aún mientras entra en Myth, el almacén reconvertido en bar, con el cocinero de Lola's. Cuando me preguntó si podía invitar a alguien, no pensé que se refiriera a Ajay. Imaginé que hablaba de Scarlett y, precisamente por eso, Kian vino conmigo.

—¿Esa chica me está mirando a mí o a ti? —me pregunta mi amigo, dándome un codazo.

Aparto la mirada de Ajay y Sierra, que están charlando; ella le toca el hombro cada vez que se ríe. Nunca le había visto esa risa. Parece asquerosamente falsa.

Me giro hacia Kian, que tiene una copa en la mano y mueve la cabeza al ritmo de la música. No podía quedarme sentado allí, mirando cómo Ajay le susurraba al oído, así que cogí a Kian y vine a la barra.

Está sentado de espaldas a la multitud que llena el bar, sonriéndole a una chica sentada a un par de asientos de distancia. Tiene el pelo castaño y rizado, y los ojos azules. Sus labios rojos me hacen pensar otra vez en Sierra.

—A ti, claramente —le digo, y le doy una palmada en la espalda.

Vacía su vaso (está bebiendo agua, por solidaridad conmigo) y, cuando se incorpora, la camiseta de Rage Against the Machine se le estira sobre el torso.

—¿No te molesta quedarte solo? O, mejor dicho, ser el tercero en discordia.

Mi mirada vuelve al reservado del otro extremo del bar y veo los labios de Sierra rodeando la pajita de su bebida.

—Yo no soy ningún tercero en discordia.

—Estoy bastante seguro de que Sierra se va a comer al cocinero de un solo bocado —dice Kian, con una risita.

—Son amigos, nada más —lo contradigo, apretando el vaso con más fuerza.

—Claro, porque todos nos acurrucamos con una chica guapa en un bar solo por amistad, ¿no?

—Cállate.

Kian se ríe, pero de pronto abre los ojos de par en par.

—Espera. Es ella, ¿no? ¡Es la chica que te gusta! ¿Estamos tramando algo? ¿Por eso me invitaste? —pregunta, casi demasiado entusiasmado.

—No —respondo enseguida—. No estamos tramando nada.

—Tendría que haberlo imaginado. Ahora le debo veinte dólares a Summer.

—Te daré cincuenta si dejas de hablar. —Mastico el hielo. Triturar algo con los dientes parece aplacar este sentimiento asqueroso.

—¿Nos cae mal el cocinero?

—¿No te está esperando una chica? —Lanzo una mirada al otro extremo de la barra, donde la chica sigue mirando hacia aquí. En realidad, no estoy seguro de a cuál de los dos nos mira, pero a mí solo me interesa que haya unos ojos puestos en mí. Y no unos azules.

—Prefiero quedarme aquí pensando cómo hacer para que el cocinero desaparezca —responde, encogiéndose de hombros.

—No vamos a hacer nada. —Si lo hiciéramos, Sierra me degollaría «sin querer» con los patines.

—Qué aburrido. —Kian apoya la barbilla en las manos—. Podría decirle que su coche se está incendiando.

¿Está mal que lo esté considerando?

—No. No vas a hacer eso.

—Mira, es tu oportunidad —me susurra Kian cuando Sierra se levanta—. Yo me encargo. Confía en mí.

No confío en que Kian vaya a hacer nada mínimamente sensato en esta situación, pero ahora mismo no estoy pensando con claridad. Creo que quizá soy egoísta, pero solo cuando se trata de Sierra. Sin pensarlo dos veces, avanzo despacio por el pasillo y espero. Cuando sale del baño, me ve al instante. Sus ojos verdes se clavan en los míos y sus caderas se balancean de una forma hipnótica. Dios, qué buena está. ¿Qué le da a Ajay derecho a mirarla?

—Más acosador no puedes ser, ¿no? —me dice.

—Puedo —respondo, conteniendo una sonrisa.

Ella pone los ojos en blanco y se acerca hasta que quedo con la espalda apoyada en la pared.

—Estás actuando raro. Incluso Ajay me preguntó si había hecho algo para caerte mal.

—¿Caerme mal? Solo lo he visto una vez —digo—. Pero ya que estás aquí y estamos solos, deberíamos celebrarlo. Bailemos —le susurro al oído y me envuelve una oleada de aroma a cereza.

—No creo que a Ajay le guste eso.

—Me importa una mierda lo que le guste a Ajay.

Sierra arquea una ceja perfecta y esboza una sonrisa burlona.

—¿No decías que no te caía mal?

Me mira como si pudiera destrozarme si quisiera. Y seguramente yo se lo permitiría. Mis ojos se detienen en los botones de su vestido. Podría arrancárselos de un tirón.

—¿Sierra? —Ajay está allí, con su camisa blanca, mirándonos con fastidio. Kian está detrás de él, frotándose la nuca con expresión culpable.

—Ajay —empieza Sierra—. Estaba…

—No pasa nada. Ya tenía la sensación de que sobraba. Me voy yendo. Mañana tengo que trabajar.

Es evidente que está mintiendo, y Sierra pone cara de decepción. Se parece mucho a la que puso cuando interrumpí nuestro beso. El recuerdo solo hace que se me hunda más el pecho.

—Oye, tío, ¿es tu coche el que se está incendiando? —pregunta Kian, rompiendo el momento incómodo.

—¿Qué? —Ajay se marcha a toda prisa, y yo fulmino a Kian con la mirada antes de que desaparezca entre la gente del bar. Sin mirarme siquiera, Sierra sale corriendo detrás de Ajay.

—Yo no he tenido nada que ver. Ha sido Kian —digo con tono inocente, siguiéndola—. No dejes que esto nos arruine la noche.

—¡Acabas de espantar a mi… amigo! —grita—. Tengo que ir a buscarlo.

No me gustó nada la pausa antes de decir «amigo».

—Tienes que dejar de actuar como si fueras responsable de lo que hacen los demás. Si no es imbécil, volverá.

—Nos ha visto juntos.

—Hablando —replico—. Ya es mayorcito, Sierra. Que aprenda a gestionar sus emociones.

—Eres un idiota.

—Y, aun así, aquí estás.

—No pienso recompensarte por tu comportamiento.

—Puedes castigarme luego. Como tú quieras. —Sonrío de oreja a oreja.

—Me vas a llevar a casa —dice, entrecerrando los ojos.

—¿Después de bailar?

—Ahora.

Sierra vuelve al reservado a por su chaqueta y se lleva la copa. Va bebiendo todo el camino hasta el coche, casi como si lo usara de excusa para no hablarme. Cuando tira hacia el lado equivocado, terca como siempre, le apoyo una mano en la cintura para guiarla hasta donde está aparcado el coche.

Abre la puerta sin darme tiempo a hacerlo yo y se sienta con los brazos cruzados. Nos quedamos en silencio. Le mando un mensaje a

Kian para avisarle de que nos vamos, pero no contesta. Miro a Sierra y me pregunto si estará enfadada. No me da miedo averiguarlo.

—Si estás enfadada, te dejo pegarme —digo para romper el silencio.

Mis palabras hacen que me mire. Me encanta que me mire.

—¿En la cara? —pregunta.

—En el brazo. No querrías estropear todo esto —respondo, señalándome la cara.

—¿Cómo de fuerte?

—Tan fuerte como quieras —le digo, pero no se mueve—. Es una oferta única, prince… ¡Ay!

Sierra se sobresalta y apoya las manos sobre las mías que están en mi bíceps palpitando de dolor. Tiene fuerza, esta chica; debería haberlo sabido. Aprieta con ganas, como si eso fuera a servir de algo, y pienso que me estoy volviendo loco, porque sí sirve. El problema es que ahora me palpita otra cosa.

—No iba a pegarte, pero no parabas de hablar y me salió por reflejo. Lo siento…

—¿Qué te dije de pedir perdón?

—Que no lo haga. —Traga saliva—. Al menos, no contigo.

—Bien. O sea que me escuchas.

—A veces. —Sierra vuelve a mirar mi brazo—. ¿Te he hecho daño de verdad?

—No —respondo—. ¿Estás enfadada conmigo?

Se recuesta en el asiento y suspira.

—No, pero ahora nunca sabré si me iba a besar. —De pronto se tensa, como si se le hubieran escapado las palabras.

Una oleada de irritación me recorre, aunque parte de mí se alegra al saber que Ajay nunca la ha besado.

—Créeme, él quería hacer algo más que besarte.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta, mirándome con curiosidad.

—Puedo notar cuando un tío desea a la chica que yo… —me detengo—. Se nota, y punto. Le gustas.

Sierra juguetea con el borde de su vestido, y a mí me cuesta horrores quedarme quieto. Preferiría no estar aquí hablando de que a Ajay le gustaría besarla. ¿Dónde coño está Kian?

—Da igual. Ya no importa. No va a pasar —dice ella.

—¿Pero de verdad querías que te besara? —pregunto, intentando no sonar tan molesto.

—Puede —responde, encogiéndose de hombros.

—¿Sí o no? —insisto, mirándola fijamente.

—No.

El silencio que cae es tan denso que parece que vaya a asfixiarnos.

—Entonces, ¿quién quieres que te bese?

—Tú.

Se me forma un nudo en la garganta. Vuelven a sonar las alarmas en mi cabeza, pero esta vez no quiero escucharlas.

—Un beso —digo. Esa sola idea parece una estupidez, sabiendo todo lo demás que quiero hacer. Y que no debería.

—No quiero que me beses por pena, Donovan.

—No es por pena. —Le desabrocho el cinturón de seguridad y ella me observa mientras reclino el asiento—. Ven aquí, Sierra.

—¿Adónde?

Le doy la mano y la atraigo hacia mí. Trepa por encima de la consola central y se sienta encima de mí, en el asiento del conductor. Cuando apoya el culo en mi regazo, me doy cuenta de que esta es, sin duda, la peor idea que he tenido. Su aroma a cereza es abrumador.

Sierra se acerca más; su culo también se mueve, y gruño.

—¿Estás comprobando si tenemos química como equipo? —bromea.

—No. Esto es por nosotros —digo.

—¿Para qué?

Le acaricio la mejilla.

—Quiero averiguar si lo que siento cuando estoy tan cerca de ti es real o si me lo estoy imaginando.

—¿Y qué sientes? —pregunta, tensa.

—Que me estoy volviendo loco.

Parece gustarle la respuesta. Mierda, y a mí me encanta.

—Entonces, ¿esto va a ser cosa de una sola vez? ¿Un beso casual?

—Casual —repito, aunque la palabra me quema por dentro.

Sierra se acerca tanto que percibo el aroma afrutado de su bebida en el aliento.

—¿Y platónico?

—Muy platónico —susurro.

No sé quién besa a quién primero, porque los dos nos lanzamos al instante. Desde luego, no es un solo beso.

Sierra me roba el aire de los pulmones y, por un segundo, deseo poder morir allí mismo, para que eso sea lo último que sienta. Sus gemidos caen sobre mi lengua y disfruto de la presión de sus

caderas contra mí, conteniendo a duras penas las ganas de tomar el control y restregarme contra ella en el asiento delantero del coche.

El beso apaga todo el dolor de mi cuerpo. Si antes creía que estaba perdiendo la cabeza, ahora ya la he perdido del todo. Siento que podría caminar sobre el agua.

Sierra sigue sonriendo, y sé que es porque nota mi erección, dura como una piedra. Lo está disfrutando y, aunque es una tortura que vuelva a mover las caderas, la dejo hacerlo. Luego desliza mis manos por su cuerpo hasta llevarlas a sus pechos completamente firmes. Los acaricio por encima de la tela del vestido, desesperado por arrancárselo. Presiono sus pezones con los pulgares y ella echa la cabeza hacia atrás con un gemido.

Jugamos con los límites de lo que significa «un solo beso», sobre todo cuando Sierra lleva las manos a su vestido y empieza a desabrocharlo despacio. Se mueve con lentitud hasta detenerse justo debajo del pecho, y quiero grabar esa imagen en la retina. Contengo un gemido. Mierda, o eso creo.

El sujetador de encaje rojo realza sus pechos. Suelto un gruñido.

—Ajay no se merecería esto jamás.

Sierra se ríe, y su risa es pura alegría.

—¿Y tú sí?

—Creo que sabes de sobra que sí, Sierra. —Le beso un pecho—. Me estoy portando muy bien. —Luego el otro—. Soy un buen chico.

Presiono su pezón con la yema del pulgar y ella deja caer la cabeza hacia atrás, gimiendo. Recorro con los labios su piel encendida y, cuando bajo el sujetador, me llevo el pezón a la boca. Su piel también sabe a cereza.

Lamo, succiono y entierro el rostro entre sus pechos mientras Sierra se mueve contra mí. Mi mano va a los botones para verla entera, pero ella me detiene. Bajo la mano y la hago frotarse contra mí, con el peso justo de su cuerpo sobre mi regazo.

—¿Esto significa que somos amigos? —me susurra, juguetona.

Me gustaría ser el mejor amigo de sus tetas.

—¿Tú quieres que seamos amigos?

Ella sonríe contra mis labios. Mierda, no recuerdo haber mantenido nunca una conversación besando así a una chica. Pero con Sierra podría hacerlo eternamente, si me dejara.

Deja escapar un murmullo, que saboreo antes de que diga:

—No se lo diré a nadie si tú tampoco.

—Trato hecho. No podemos arruinar nuestra imagen.

—Claro que no —dice—. Esto queda entre nosotros.

Luego vuelve a mover el culo contra algo que también está entre nosotros. Sierra es magnética, y mi polla responde a esa electricidad.

Entonces suena un golpe en el cristal tintado del coche.

—Chicos, ¿estáis ahí?

—Kian —susurra Sierra entre beso y beso.

Le muerdo el labio.

—No digas el nombre de otro tío cuando tienes mi lengua en la boca.

Ella se ríe y vuelvo a atraerla hacia mí. Kian murmura algo y oímos sus pasos alejarse. Entonces el vestido de Sierra se desliza hacia arriba y veo un destello de encaje rojo entre sus piernas. Se me para el corazón.

—Tócame —jadea—. Por favor.



VEINTICUATRO

SIERRA

Los orgasmos me vuelven estúpida. Porque cualquiera con dos dedos de frente sabría que esto no es un solo beso. Apenas sus labios rozaron los míos, mi piel se convirtió en un infierno. Siento que podría calentar un pueblo entero. Es como si mi cuerpo intentara incendiar mi vestido para poder sentir las manos de Dylan sobre mi piel desnuda. No sé por qué dije esas palabras. Solo sé que, si él dejaba de tocarme, me iba a desintegrar.

—Solo dices eso cuando quieres algo de mí, ¿no?

¿Cómo es posible tener tantas ganas de estrangularlo y, al mismo tiempo, de besarlo?

—No me hagas repetirlas.

Sus ojos se oscurecen hasta casi volverse negros por completo.

—Dime cómo quieres que te toque. Dime lo que quieres, lo que sea, y yo te lo daré.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas instrucciones?

Dylan se ríe, y se me forma un nudo de nervios en el estómago.

—Cielo, tienes suerte de que estemos en mi coche. Ahora dime lo que quieres y veré cómo se te ponen en blanco esos bonitos ojos verdes.

Mi corazón late como si se hubiera escapado del pecho y estuviera rebotando por ahí.

—N-no sé.

Sus ojos ámbar se tiñen de ternura.

—No pasa nada. ¿Qué te parece si me quedo por aquí? —Me da un beso suave entre los pechos—. Y si quieres más, me lo dices, ¿sí? —Asiento levemente—. Tienes unas tetas preciosas —susurra, jugando con ellas como si fueran su juguete favorito. Nunca me habían tocado así, como si cada parte de mi cuerpo fuera un tesoro. Por la forma en que me mira Dylan, cualquiera diría que estoy hecha de oro puro.

Luego me roza el pezón con los dientes y se me tensan las piernas.

—Te gusta que juegue con ellas, ¿no? —pregunta—. Tienes el coño empapado, ¿verdad, princesa?

—Ay, Dios.

—Soy solo yo, cielo. —Dylan deja escapar un murmullo satisfecho —. Creo que voy a hacer que te corras así, con la boca en tus tetas.

Siento una descarga eléctrica recorriéndome las venas. La chispa que siempre desaparece cuando estoy sola ahora arde al rojo vivo. Froto el clítoris contra él, contra su polla dura.

—Ya casi estoy.

Él alza la mirada, sorprendido. Está claro que me excito con mucha facilidad, pero no me importa si resulta vergonzoso. Necesito que Dylan me dé esto.

En lugar de llevarme al límite, Dylan suelta mi pezón y gimoteo. Se inclina hacia el portavasos, coge mi copa, ya olvidada, y se la lleva a la boca. Me quedo mirándolo, confusa, porque Dylan ya no bebe. Estoy sentada aquí, medio desnuda, al borde de un orgasmo que seguro me va a dejar temblando, ¿y él tiene sed? ¿De alcohol?

El hielo tintinea en el vaso cuando lo deja de nuevo en su sitio. Al mirarlo, veo que tiene un cubito entre los dientes.

—¿Qué haces?

Sus ojos castaños están oscuros, entornados, tan perdidos en el deseo que casi me corro solo con esa mirada. Luego se acerca y el golpe frío del hielo, que desliza con la boca sobre mis pezones, los deja aún más duros. Y justo entonces, mueve las caderas. Dios.

Y con eso, ya está. Grito su nombre y él me sujeta los muslos por dentro y me susurra que me corra para él, mientras veo destellos de una luz blanca y furiosa. Me corro con tanta intensidad que me quedo jadeando.

Una cosa son los besos, pero esto es otra cosa totalmente distinta.

Me desplomo sobre su hombro y él me abraza. Se oyen voces en el aparcamiento, pero yo solo me concentro en su corazón, que late tan deprisa como el mío. Al mismo ritmo.

De pronto, un golpe en la ventanilla me hace sobresaltarme.

—He mirado dentro. Sé que estáis ahí. ¡Dejadme entrar! Me estoy congelando, y el guardia me echó por decirle a la gente que se le estaba prendiendo fuego el coche —se queja Kian.

Todavía estoy volviendo a la realidad cuando estallamos en carcajadas, con las frentes juntas y las respiraciones mezclándose.

—Deberíamos dejarlo entrar antes de tener que arrastrar su cuerpo congelado —digo.

Dylan no parece estar de acuerdo y, cuando estoy a punto de trepar por la consola para volver a mi asiento, me detiene. Me coloca el pelo detrás de la oreja y me besa con tantas ganas que me quedo sin aire en los pulmones. Memorizar su sabor y la forma en que me hace sentir cuando estoy en sus brazos, como si fuera algo que quiere conservar, algo valioso. Me permito creer que, por una vez en mi vida, alguien me eligió.



Lidia: Hoy no estoy. Tengo una reunión con la federación para que los aprueben para competir. Nada de patinar. Lo digo en serio, Sierra

Cuando recibo el mensaje por la mañana, se me ocurre una idea, pero el sonido del móvil me interrumpe.

—¿Por qué no nos has contado que tienes compañero nuevo y que has vuelto a patinar a tiempo completo? —pregunta mamá antes de que yo pueda decir una palabra—. Y con el chico que vino aquella vez a casa. ¿Dylan Donovan?

Genial. Esto es lo último que necesitaba hoy, sobre todo porque, con solo oír su nombre, algo peligroso se enciende en todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo.

—Iba a contároslo, mamá. Surgió de la nada y casi no tengo tiempo ni para respirar. —En parte porque he tenido la boca ocupada con otras cosas.

—Bueno, ahora ya lo sabemos. Tu padre y yo iremos a verte competir. Un beso. —Mamá cuelga sin darme tiempo a decir nada. Sabía que no iba a conseguir disuadirla de venir a verme. Lo último que necesito es verlos en las gradas, preocupados por mí. No pasa ni un segundo cuando papá ya me está enviando un mensaje: «Tómatelo con calma. Usa casco».

Aunque pongo los ojos en blanco, no puedo evitar sonreír. Para cuando termino de vestirme y salgo de mi habitación, me doy cuenta de que no se me da muy bien obedecer órdenes. Lo sé porque, después de leer los mensajes de Lidia y de mi padre, me dirijo a la casa de hockey. Tienen una corona de flores negras en la puerta y decoraciones de Halloween en el césped, aunque todavía falta. Los esqueletos se encaraman unos sobre otros, todos en posturas distintas. Hasta los espantapájaros de la esquina están dándolo todo.

Dudo antes de entrar. Después de lo de anoche, me doy cuenta de que no sé muy bien cuál es la definición de «casual». La boca de Dylan sobre la mía, sus susurros contra mi piel, sus manos ásperas en mis muslos… los recuerdos me hacen arder la piel, pero los aparto. Somos compañeros, y el patinaje siempre es la prioridad.

—Hola, Sierra. —Un rubio con cara de recién levantado abre la puerta. Cole, creo.

—¿Está Dylan? —pregunto.

—Seguro. Además de patinar contigo, casi no sale de casa. Es raro —dice—. Es la primera puerta del pasillo. Llama antes de entrar, por

si acaso. Por tu bien. —Sin más, desaparece rumbo al sótano oscuro.

Dentro de la casa hay un silencio inquietante, un contraste enorme con respecto a mi última visita, con el minigolf en el pasillo y la televisión a todo volumen.

Cuando llamo a la puerta de Dylan, se abre sola. Una persona normal esperaría en el pasillo, pero yo no tengo miedo. La habitación me recibe con un desorden monumental: la cama sin hacer, el escritorio con un libro abierto y el cesto de la ropa sucia a rebosar. Sobre la cómoda hay una sola foto: Dylan, a la mitad de un giro, con una rubia de ojos azules. Imagino que es su hermana, aunque no se parecen.

—¿Has encontrado algo interesante?

Dejo torpemente el marco de la foto cuando Dylan sale del baño envuelto en una nube de vapor. Es difícil frenar la avalancha de recuerdos que me asalta, como un archivo digital demasiado explícito. Dylan solo lleva una toalla. Intento mirar a cualquier sitio menos ahí, pero acabo mirándole la boca y sintiendo el fantasma de sus labios sobre mi piel caliente. Y los chupetones sutiles que dejó un poco más abajo.

—No. Pero seguro que lo encontraría si registrara tu habitación con luz ultravioleta —replico. Listo. Ya hemos vuelto a la normalidad.

Dylan me recorre con la mirada y una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios.

—Mejor revisa mi coche.

—Tus vaqueros, querrás decir. —«Dios mío. Cállate un poco, Sierra». Carraspeo—. Eh, ¿tienes planes hoy?

Dylan suspira como si cargara con el peso del mundo sobre los hombros.

—Debería haber sabido que eres intensa, Romanova. ¿Has venido a mi casa en tu día libre?

—¿Intensa? —resoplo—. Tú eres el que anoche no podía quitarme las manos de encima.

—Si no recuerdo mal, me suplicaste que te tocara mientras te frotabas contra mí como una desesperada. ¿Me equivoco o soy yo el que tiene problemas de oído?

Una oleada de calor me recorre el cuerpo y aprieto los puños.

—No sé. Fue solo un beso.

—Cuidado, Sierra, o voy a pensar que quieres otro.

—Creo que con uno vamos bien.

Dylan da un paso hacia mí. Intento no mirar esa única gota de agua que cae de su pelo húmedo a su hombro y luego resbala por sus pectorales.

—¿No fue memorable? ¿Ni siquiera entré en el top cinco?

«Casual. Compañeros». Me obligo a recordarlo. Dylan ya ha estado con chicas antes, tantas que lo que para mí fue nuevo, electrizante y extrañamente revolucionario debe de ser para él un martes cualquiera. No soy tonta: sé que en la universidad la gente tiene sexo sin importancia; para algunos es casi un ritual de iniciación. Y sé que, al menos en el caso de Dylan, es así.

—Supongo que no —respondo, encogiéndome de hombros.

Dylan me mira como si supiera que estoy mintiendo. Qué arrogante de mierda.

—¿Quién es el número uno?

«Tú».

—¿Quieres que te haga una lista?

—Sí —dice, muy serio. Luego baja la mirada a mis manos y algo en sus ojos castaños se suaviza—. Haces mucho eso.

—¿El qué?

Dylan señala mis manos.

—Apretar los puños.

Miro las marcas en forma de media luna que las uñas han dejado en mi piel. La imagen me devuelve recuerdos de aquellos días en los que acababa con las manos manchadas de sangre después de pelearme con un elemento difícil o de la espera agónica por las notas tras una actuación. Cuando patinaba con Justin, él prefería mantenerse concentrado y distante, reacio a cualquier gesto amable, así que yo no tenía más remedio que apretar los puños y tratar de conservar la calma sola.

—No me había dado cuenta de que estabas pendiente de todos mis movimientos —replico, pero él mantiene la misma expresión seria y pensativa. Alarga la mano hacia el cajón del escritorio que hay entre nosotros y saca un bolígrafo.

—La mano —me dice.

—¿Qué?

—Dame la mano, Sierra.

La escondo detrás de la espalda.

—¿Para qué? —Miro el bolígrafo con desconfianza—. Si quieres apuñalarme, vas a necesitar algo más afilado.

Dylan me ignora y me saca la mano de detrás de la espalda. Aún tengo el puño cerrado y, negando con la cabeza, me estira los dedos uno a uno. Su mano es cálida y áspera, y hace que la mía parezca diminuta. Aplica la presión justa con el bolígrafo para no hacerme daño. Un mechón de pelo castaño le cae sobre la frente, pero no

hace ademán de apartarlo, y me entran unas ganas terribles de hacerlo yo, de enrollar ese mechón sedoso en el dedo y apartarlo de su sien tibia, de dejar que mis dedos se detengan en su piel suave.

Siento un cosquilleo leve cuando el bolígrafo se desliza por mi piel: trazos lentos y circulares, dos puntos rápidos y una curva ágil. Dylan lo deja sobre el escritorio y me mira, expectante. Bajo la vista a la tinta fresca en el centro de mi palma, justo donde clavé las uñas. Es una carita sonriente. Ha dibujado una carita sonriente en la palma de mi mano.

Sin poder evitarlo, me tiemblan los labios y asoma una sonrisa. Dylan me observa mientras miro el dibujo, confundida.

—Vaya, esto es nuevo —murmura—. No tienes nada que decir.

—Es una carita sonriente.

—Menos mal, pensaba que no te habías dado cuenta. —Me suelta la mano y va hasta la mesilla de noche para coger el móvil—. ¿Has venido por algo en concreto? ¿O esperabas verme en pelotas otra vez?

Sigo absorta en la carita sonriente grabada en mi piel, en su sencillez, que ahora contrasta con el brillo de los ojos de Dylan, más profundo que la máscara casual que se vuelve a poner al instante. Durante un segundo, sentí que me dejaba ver algo oculto bajo la superficie, pero luego dice mi nombre y me saca de ese ensimismamiento.

—Quiero que hagamos una elevación.

—Hacemos elevaciones todo el tiempo —responde, sin levantar la vista del móvil.

—Un *reverse lasso lift*.

—No. —Se le tensa la mandíbula.

—¡Vamos! Lidia no me deja intentarlo porque tiene miedo de que me dé un ataque, y no puedo seguir entrenando sin saber si mi cerebro va a bloquearse en cuanto esté ahí arriba.

Dylan parpadea y, por un momento, creo que se lo está planteando, pero enseguida se gira hacia el armario y saca unos pantalones deportivos y una camiseta. Lleva la mano a la toalla antes de dejarla caer. Se me corta la respiración y me doy la vuelta tan rápido que la habitación parece girar.

—Lidia fue muy clara: las elevaciones avanzadas vendrán más adelante. Ni siquiera tendríamos que ir hoy a la pista —dice.

—¿Desde cuándo te importa lo que tendríamos que hacer? —me giro, sin preocuparme de si aún está desnudo, y no disimulo la frustración en la voz—. Cambiaste la coreografía porque te pareció que tu idea era mejor. Además, Lidia está siendo demasiado prudente y me saca de quicio. Necesito hacerlo.

Prácticamente le estoy suplicando. Somos muy conscientes de que es la misma elevación en la que estaba segundos antes de que mi vida pasara por delante de mis ojos. Dylan me analiza en silencio, con los brazos cruzados sobre el pecho; los bíceps se le marcan bajo la camiseta ajustada.

—No podemos.

Se me encoge el corazón.

Va hacia la puerta, pero antes de que llegue a abrirla apoyo la mano encima. Aun así, gira el pomo, como para demostrarme que mi mano no va a detenerlo. No sé si es la rabia o que Dylan ni siquiera quiera considerarlo, pero tiro de él hacia mí y su espalda choca contra la puerta. Le sujeto los hombros con firmeza,

dejándolo allí, atrapado, mientras le agarro la cara y lo obligo a mirarme.

—¡Estoy harta de que todo el mundo me trate como si fuera frágil! —me tiembla la voz—. No soy una muñeca de porcelana. No soy la chica que sangra en la pista ni la que llora en el hospital. Esa ya no soy yo, y no voy a permitir que nadie, ni siquiera tú, me impida hacer lo que antes hacía con los ojos cerrados.

Dylan levanta las cejas, sorprendido.

—Así que te lo pregunto otra vez, Dylan. ¿Puedes, por favor, ayudarme con la elevación, o tengo que buscar a otra persona?

Pasa un segundo eterno, denso y pesado.

—No hay nadie más —responde en voz baja, firme—. Soy el único en la pista contigo, Sierra. ¿Entendido?

Luego clava en mí esos ojos color ámbar, y necesito un instante para asimilarlo. Asiento.

—Entonces lo haremos. —Un brillo familiar devuelve la vida a su mirada—. Pero solo si prometes volver a tratarme como hace un momento. Es material perfecto para fantasear.

—¿Justo tú vas a necesitar material para fantasear?

—Cuando se trata de ti, sin duda.



—Mirarme el culo durante toda la rutina no te va a ayudar a patinar mejor —digo.

—¿Cómo lo sabes? Quizá sea la motivación que necesito.

—Bueno, te toca a ti. Te voy a mirar el culo, así ves lo que se siente.

Dylan retrocede y se lleva la mano al pecho.

—Guárdate la charla sucia para el dormitorio, Romanova. O para mi coche.

—¿Puedes dejar de dar vueltas y levantarme? —le pregunto, con las mejillas al rojo vivo.

Dylan sonríe, y veo el temblor en su nuez antes de que adopte una expresión de total seguridad. Tiene los ojos fijos en mí y espera cada una de mis señales para los movimientos. Se mueve de un modo más lento y deliberado que de costumbre, pero no digo nada.

El entrenamiento de hoy me trae recuerdos de la antigua Sierra, antes de todo esto, cuando el patinaje era un espacio de descarga, de diversión. Por eso, cuando Dylan y yo conectamos otra vez, la palabra sale de mi boca casi sin ser consciente de ello.

—Levántame.

—¿Estás segu…?

—Ahora.

Con un giro, me alejo de él, y debe leerme la mente, porque entrelaza sus manos con las mías y me eleva por encima de su cabeza con total facilidad. Sin temblores, sin dudas: pura fuerza y confianza. Da una vuelta, y siento la euforia correr por mis venas cuando vuelvo a apoyar los pies en el hielo.

—¡Lo hemos hecho! —grito, aferrándome a su sudadera. Él me toma en sus brazos y me levanta en el aire—. ¡Hagámoslo otra vez!

Dylan suelta una risotada, y eso me hace sentir todavía mejor. Se acerca un poco a mí, y entonces escuchamos el filo de unos patines sobre el hielo y nos giramos hacia la puerta.

Mi sonrisa se desvanece al instante. Julia y Justin pisan el hielo y su entrenador empieza a gritarles órdenes. Veo que Julia está muy

pálida y que los dos se mueven con nerviosismo. Es difícil de ignorar, sobre todo porque Justin se ve muy distinto.

Me vuelvo hacia Dylan, que me analiza con un escrutinio que no logro entender.

—¿Qué? —le pregunto.

Empieza a decir algo, pero no lo escucho, porque el siguiente sonido que ahoga el eco del estadio es el grito agudo de Julia. Un grito que conozco muy bien.

El entrenador entra corriendo en la pista. Ni siquiera me percato de cuándo la calidez de la mano de Dylan se esfuma, porque todo el cuerpo se me queda helado. Escucho insultos y un grito de dolor cerca de mí. Julia se ha tropezado con el patín de Justin y se ha abierto la mano. El corazón me late a más no poder y, cuando patino hacia ellos, todos la están rodeando. Siento pinchazos en la garganta, y el hielo blanco está teñido de escarlata y mancha también los dedos del entrenador.

Justin está apartado; lo noto unos segundos antes de que se me nuble la visión. «No».

—¡Cierra los ojos! —me grita Dylan. Está ayudando al entrenador a levantar a Julia, y me siento incapaz de apartar la mirada—. Sierra.

Me sobresalto y mis ojos se posan en él, que está muy serio.

—N-no puedo…

—¡Cierra los ojos, joder!

Ahora la están levantando, y la garganta casi se me cierra por completo. Odio que Justin me vea así. Me mira como si fuera un animal herido. Y, de pronto, Dylan está frente a mí.

—Es mejor que no veas eso. No mires —me dice con tono suplicante, con desesperación en sus ojos castaños, mientras me

sujeta el rostro—. Por favor, cielo, cierra los ojos.

Su aliento cálido revolotea sobre mis labios y, al cerrar los ojos, un cúmulo de lágrimas me empapa las pestañas.

—Todo va a salir bien. —Sus labios me besan la frente—. Pero necesito que mantengas los ojos cerrados y te des la vuelta, ¿sí? Hasta que alguien venga a ayudarla. Después te llevo a casa.

Asiento y, en un segundo, él ya se ha ido. El ajetreo de zapatos y patines me hace cerrar los ojos con más fuerza y me alejo patinando, sin abrirlos hasta estar segura de haber llegado al suelo de goma que conduce a los vestuarios. En cuanto me quito los patines, cruzo la puerta y me voy de allí.



VEINTICINCO

DYLAN

Mi compañera tiene la mala costumbre de salir corriendo y, llegados a este punto, estoy a una escapada más de invertir en un par de esposas.

Llamo a la puerta de la residencia de Sierra, en Casa Iona, después de que una chica (que se acordaba muy bien de mí) me dejara entrar en el edificio. Cuando estaba ayudando a llevar a Julia al hospital, no paraba de pensar en Sierra. Fue como si hubiera revivido lo que le pasó. Fui a buscarla a los vestuarios, pero ya se había ido. El entrenador Kilner fue quien me dijo que la había visto marcharse.

También decidió que era un buen momento para decirme que habían aprobado que volviera a ir a algunos de los entrenamientos

de hockey, pero apenas le presté atención: no podía pensar en nada más que en la cara de Sierra. Me partió el corazón.

Scarlett abre la puerta con una sonrisa amable.

—No se encuentra muy bien, Dylan.

—Ya lo sé, pero solo quiero asegurarme de que esté bien. Por favor, Scarlett.

Se me debe notar la desesperación en la mirada, porque abre un poco más la puerta y me deja pasar. No obstante, cuando voy hacia la habitación de Sierra, me detiene y me obliga a volver a mirarla.

—Dylan, sé que eres su compañero, y se nota que te importa. Pero ya le han hecho daño antes, y Sierra no es la clase de chica que te va a dejar darle la mano.

—Lo sé —digo—. Pero lo voy a hacer igual.

Paso junto a ella y llamo a la puerta de la habitación una sola vez antes de entrar. Lo que veo me deja sin aliento: Sierra está tumbada de lado, con las manos entre los muslos, y lleva puesta mi sudadera.

Le queda demasiado grande; las mangas le cubren la punta de los dedos, el borde le roza las rodillas. Al verla envuelta en algo mío, me cuesta tragar saliva.

—Perdón por irme… —empieza a decir cuando me ve.

—No me pidas perdón. —Cierro la puerta y me siento en la cama. Es pequeña, no está hecha para alguien de mi tamaño, pero me quedo ahí, acariciándole la mejilla.

Le empieza a temblar el labio y hunde el rostro entre las manos.

—Ven aquí, cielo —susurro, y la atraigo hacia mí con delicadeza. Ella se acerca sin dudarlo y hunde la cara en mi cuello. Se derrite en mis brazos, igual que anoche. Como si ese fuera su lugar. No sé si es consciente de que se mueve hacia atrás para hacerme sitio en la

cama, pero no la cuestiono; me acomodo a su lado y la acerco hasta que quedamos todos enredados.

—Pensé que estaba mejor. Pero ver toda esa sangre y escucharla gritar me ha llevado a ese día. —Le tiembla la voz—. Y él se ha quedado ahí sin hacer nada. Igual que cuando me caí. Me recuerda lo estúpida que fui al tratar de ser suficiente para él, y nunca estaba a la altura. Lo dejaba hacer berrinches y gritarme, y pensaba que era culpa mía. Siempre me exigía más porque sabía que podía ser mejor.

Una tormenta amenaza con desatarse dentro de mí.

—Nadie tiene derecho a gritarte. Nunca —digo bruscamente.

—Pero aun así entiendo por qué lo hizo —repone ella, negando con la cabeza—. Estaba frustrado. Yo sé lo que es la frustración.

—No digas eso, Sierra. A mí no. Porque si lo vuelvo a ver, no voy a poder contenerme y voy a arrancarle todos los dientes. —Esta vez la obligo a mirarme—. No te mereces eso.

Sierra suspira y se aferra a mi camiseta.

—Es como si el universo quisiera recordarme que, al final, esa es mi historia. Da igual cuánto intente distanciarme de ella.

Está temblando, pero me doy cuenta de que no llora o, al menos, se esfuerza por no hacerlo. Hundo los dedos en su pelo y le peino algunos mechones.

—Que reaccionaras así no quiere decir que no estés sanando. Has conseguido llegar hasta aquí. —Hago una pausa y le acaricio la sien con el pulgar—. Y si necesitas ayuda el resto del camino, aquí estoy. Pero todo esto es mérito tuyo, Sierra. Siempre lo ha sido.

Ella esboza una sonrisa desganada, pero me conformo con eso.

—Suena fácil cuando lo dices así.

—No me gusta verte sufrir, pero la forma en que te sobrepones al dolor una y otra vez es lo más increíble que he visto en mi vida.

Sierra se sonroja y, sin poder evitarlo, suelto una risita.

—No te rías de mí —me regaña, frunciendo el ceño.

—No puedo evitarlo —respondo, con una sonrisa revoloteando en los labios—. Nunca había visto sonrojarse tanto a alguien que me ha amenazado con degollarme.

—Debe de ser una reacción alérgica —murmura, llevándose las manos a las mejillas.

Acorto la distancia entre nosotros y le beso con suavidad una mejilla sonrojada, y luego la otra. Ella deja caer las manos y abre mucho los ojos mientras me mira. Solo nos separan unos centímetros. Su aliento cálido me roza los labios, y no me muevo. Vuelvo a escuchar las palabras de Scarlett, pero cada una de ellas se desvanece cuando Sierra apoya los labios sobre los míos.

El beso no se parece en nada al del coche ni al de la colchoneta. Es un beso lento, delicado y vulnerable. Su lengua se desliza sobre la mía, y Sierra aprieta mi camiseta y gime contra mi boca. Jamás podría cansarme de esto.

Pero, cuando apoyo la mano en su cintura, en el punto donde se le ha subido la sudadera, ella me da un manotazo y me aparta. Es la tercera vez que lo hace.

—¿Qué pasa?

Sierra se incorpora y se apoya contra el cabecero de la cama, negando frenéticamente con la cabeza.

—Nada. Per… No sé qué estaba pensando.

—No puedes ponerte tímida después de besarme así, Sierra. —No despega la vista de la cama, pero me incorporo y le sujeto el

mentón para obligarla a mirarme a los ojos—. ¿Qué pasa?

—Tengo cicatrices —suelta.



SIERRA

Esto no es lo que esperaba de esta noche, pero sentir la suavidad de las manos y las palabras de Dylan sobre mi piel ha despertado en mí un deseo inesperado, hasta el punto de contarle lo de mis cicatrices. Es el primer chico que me ve así, tan desprotegida, tan abierta.

Primero le muestro la del cráneo, pero casi ni se ve ahora que me ha crecido el pelo. Después le enseño la línea larga y rugosa que me surca las costillas. Las secuelas del agujero del tubo torácico, la piel arrugada y hundida. Espero que Dylan retroceda, que mire mis cicatrices con un asco mal disimulado. Que se vaya.

—Sé que las chicas con las que has estado son perfectas y tienen la piel impecable. Y sé que nadie quiere un recordatorio constante de mi pasado de mierda cuando hacemos esto.

—Sierra.

—Ya sé que son feas.

—Sierra. —Mi nombre brota de sus labios como si le doliera decirlo. Sus ojos se oscurecen, como si no pudiera concebir lo que acabo de decir.

—¿Esto? —Dylan recorre la cicatriz irregular como si fuera algo precioso—. Esta cicatriz es el motivo por el que estás aquí ahora. Conmigo. No hay nada en ti que sea feo.

Siento como si se me hundiera el pecho. Es demasiado y demasiado poco a la vez. Me empiezan a arder los ojos. Me levanto de la cama, pero Dylan me sujeta de la muñeca antes de que pueda alejarme.

—¿Me dejarías verte? —Sus ojos siguen la cicatriz que desaparece bajo el elástico de mi pantalón corto.

Mi corazón martillea. Trago saliva y, con esfuerzo, asiento.

Sin previo aviso, se pone de rodillas, y se me corta la respiración.

—Lo hago yo —digo rápidamente.

Dylan me mira con una sonrisa perversa.

—Deja que me arrodille ante ti, Sierra. Sé que es donde siempre me quisiste ver. —Me baja el pantalón corto. Debe de notar mis puños apretados, porque me toma las manos y las apoya sobre sus hombros.

Me asalta una oleada de timidez, tan fuerte que casi me ahoga.

—Sé que a los chicos a veces no les gusta hacer eso. No hace falta que…

—¿Con qué clase de idiotas has estado antes? —Dylan niega con la cabeza—. A mí me gusta. Y, como soy yo el que está entre tus piernas, eso es lo único que importa.

Le creo. No me imagino que pueda existir un universo en el que Dylan Donovan no venere hasta la última parte del cuerpo de una mujer.

—Esto es para ti, ¿de acuerdo? Bueno, y un poquito para mí también. —Hace una pausa—. Bueno, bastante para mí, pero puedo

hacerte sentir muy bien. Es lo que sé hacer.

Acaba de hacerme estallar el pecho con sus palabras, ¿y cree que eso es lo único que sabe hacer?

—Lo sabía —se ríe Dylan, recorriendo mi cicatriz expuesta con las manos—. Increíble. —Me besa la cicatriz, luego por encima del ombligo y más abajo, hacia mi centro. Estoy en llamas—. Preciosa.

Me quedo completamente inmóvil, y él se da cuenta. Se incorpora y, al hacerlo, levanta mi pierna, y caigo en la cuenta de que estoy empapada.

—Si esto es demasiado, puedes volver a ponerte el pantalón y hacemos como si no hubiera pasado nada. Pero me encantaría mostrarte lo que me pasa con tu cuerpo besando hasta el último centímetro de ti y de tus cicatrices hasta que salga el sol.

Estoy segura de que, de un momento a otro, me convertiré en un charco.

—Hace tiempo que no hago esto —admito—. Ni siquiera me he estado tocando. Desde…

Mi falta de experiencia resulta chocante teniendo a Dylan Donovan frente a mí.

—¿Hace más de un año que no te masturbas? —me pregunta, con un brillo en la mirada. No parece estar juzgándome, pero aun así me siento una puritana.

—¿Por qué iba a darle placer a mi cuerpo después de todo lo que me quitó? —Las palabras se me escapan tan deprisa que aprieto los labios. Nadie piensa esas cosas, nadie castiga a su cuerpo como si fuera algo independiente de su persona. Pero, después del accidente, no puedo verlo de otra manera.

La expresión de Dylan se suaviza hasta convertirse en algo frágil, igual que me siento yo.

—Déjame mostrarte cuánto te lo mereces, Sierra. No tu cuerpo ni tu cerebro, sino tú.

¿Aun así quiere hacerlo? ¿Quiere besar mis feas cicatrices?

—¿Por qué?

Dylan suelta una risita, y es tan sexi que casi me hace apretar los muslos, pero no puedo porque él está justo en medio.

—Porque es inaceptable que digas que tus cicatrices son feas, y quiero rectificarlo.

«Ah».

—Dime, Sierra, ¿vas a dejarme saborearte hasta que lo único que digas sobre tu cuerpo sea lo mucho que deseas tenerme dentro de él?

Casi me atraganto, pero mi cuerpo tiembla, expectante, y asiento.

—Gracias —susurra contra mi piel, deslizando la nariz por mi cuerpo—. Eres muy valiente. —Otro beso—. Muy guapa. —Otro más —. Y tan mala que me calientas un montón.

Me río, y él alza la mirada como si no quisiera perderse nada. Siento su sonrisa sobre mi piel mientras va bajando. Coloca mi pierna sobre su hombro y se detiene apenas un instante al oír el tintineo de mi tobillera, pero, igual de rápido, apoya su boca caliente sobre mí. No rompe el contacto visual, observando la reacción que me arranca cada movimiento de su lengua. Cómo transforma a esta chica pensante y rígida en un desastre húmedo.

—Dylan —gimoteo. Me da vergüenza saber que podría acabar solo con esto. Pero entonces su mano explora debajo de mi sudadera y me acaricia los pezones.

Echo la cabeza hacia atrás y dejo que recorra mis cicatrices como si no me hubieran atormentado, como si no fueran el motivo por el que evito mirarme al espejo de la ducha. Dylan hunde la lengua en mí, presiona mi clítoris con el pulgar y siento la vibración de sus gemidos contra mí. Es tan agradable que lo envidio por provocarme estas sensaciones. Es como si, en tan solo unos minutos, hubiera entendido el idioma de mi cuerpo mejor que yo misma.

—Dios, tocarte es la gloria —susurra, tan bajo que casi no lo oigo —. Y sabes a cereza. —Luego me succiona el clítoris y todo mi cuerpo prende en llamas.

—Creo que voy a acabar —jadeo. Dylan me aprieta el muslo con tanta fuerza que seguro me deja marca.

Y entonces chasquea la lengua. Tiene el descaro de chasquear la lengua.

—Vas a acabar cuando yo te lo diga.

—Dylan —murmuro, tirándole con más fuerza del pelo para que me mire—. No me digas qué hacer. —Una parte de mí teme que, si no me hace acabar ahora, el orgasmo se apague como una llama.

—¿Por qué no? Tengo el presentimiento de que harías cualquier cosa que te diga en este momento. —Hunde dos dedos dentro de mí y observa cómo se me desenfoca la mirada a medida que se adentra más—. No acabes.

—Dylan.

Siento el cuerpo pesado, y él solo me mira, provocador. La tensión del orgasmo inminente crece cada vez más. Dylan no me da opción a escapar. Lo mantiene cautivo, y yo lo necesito con urgencia.

—¿Por favor? —Con la mano temblorosa, le acaricio el pelo.

Casi parece derretirse. Sus ojos oscuros son cálidos, como miel deslizándose por sus iris, y brillan como si estuvieran al sol. Está tan atento, tan concentrado en mí, que una descarga eléctrica me recorre el cuerpo.

En menos de un segundo encuentra el punto perfecto, y estallido tras estallido de necesidad desencadenan chispas ardientes que me empapan de sudor. Suelto un gemido agudo y me estremezco al dejarme ir. Dylan se levanta para rodearme el cuerpo con los brazos.

No me da ni un segundo para respirar. Me besa y se traga mis gemidos ahogados como si fueran solo para él. Y yo se los doy, hasta el último. Después me froto contra él, necesitándolo otra vez. Mis besos se vuelven más bruscos, desesperados, indomables.

Antes de llegar a sujetar el elástico de su pantalón deportivo, Dylan me hace girar tan rápido que suelto un chillido.

—Las manos en la pared —me dice, y él mismo me las coloca allí. Después se pega a mí por detrás, y la tela de su pantalón roza mi trasero desnudo. Siento la cabeza dura de su polla muy cerca del punto donde late una pulsación descontrolada, como si tuviera abstinencia de sus caricias.

Estiro la mano hacia atrás para tocarlo, para hacerlo sentir tan bien como él me hace sentir a mí, pero no me lo permite. Presiona los labios con firmeza contra mi oreja.

—¿Qué te dije, Sierra? Esto es para ti, y no voy a parar hasta que seas incapaz de pensar en nada excepto en mí dándote placer. Es lo que pediste, ¿o no?

—Pero ¿qué hay de…?

Dylan me mordisquea la oreja y sus dedos bajan por mi estómago hasta hundirse entre mis piernas, donde toca mi centro húmedo.

—Esto no funciona así. Si te mueves otra vez, te ato.

La otra mano serpentea por mi cuerpo y me sujeta los pechos.

—Por favor. No puedo.

—Eres muy mona cuando suplicas, Sierra. Deberías hacerlo más a menudo.

—Que no se te suban los humos a la cabeza, Donovan —me obligo a decir entre dientes.

—Ya se me han subido, cielo. —Sus dedos se mueven al ritmo de mis caderas, y me queda muy claro cuánto se le han subido. Sigue provocándome, jugando con cada centímetro de mi cuerpo y disfrutando de cada jadeo que me arranca.

—Necesito más —digo, intentando tocarlo, pero se mueve tan rápido que acabo boca arriba sobre el colchón.

—Qué chica tan insaciable —dice—. Pórtate bien, Sierra, o te voy a chupar las tetas tanto tiempo que vas a suplicarme que pare. —Vuelve a bajar, y trato de guiar su cabeza al lugar donde lo necesito, pero Dylan me aparta las manos y me roza el pezón con los dientes —. ¿Quieres acabar?

—Sí.

—Entonces, dímelo.

Lo siento todo sensible y amplificado. Estoy aplastada bajo su cuerpo musculoso, sabiendo que, con un beso más y un poco de fricción, voy a quedar destrozada.

—¿Q-que te diga qué?

—Que soy el mejor compañero que has tenido —dice, con voz grave y posesiva, y se me tensan hasta los dedos de los pies.

—Lo eres —respondo, y es verdad—. Eres el mejor compañero que he tenido.

Cuando sonríe, es precioso. Y, aunque quizá piense que solo se lo he dicho por la urgencia de acabar, es cierto. Nunca he estado con nadie tan confiado, tan seguro de sí mismo, como para hacerme creer que yo también podría ser así. Que yo podría ser suficiente.

Dylan me arranca el orgasmo como si fuera fácil. Se desliza hacia arriba para besarme y, cuando curva los dedos dentro de mí, contempla mi disfrute sin disimular su satisfacción.

—Podría acabar así. Solo viendo cómo te follo con los dedos.

—Voy a correrme —gimoteo.

Él murmura en señal de aprobación y traza un camino de besos por mi pecho hasta detenerse en mis pezones y succionarlos.

—Cabalga sobre mis dedos, cielo. Toma lo que necesitas.

Todas mis inhibiciones saltaron por la ventana en cuanto me desnudé delante de él, así que cabalgo su mano y se me empieza a nublar la visión. No sé si grito, si lloro o si gimo, pero exploto como un volcán dormido. Estoy segura de que Scarlett debe de haberse puesto los auriculares.

Dylan sigue besándome, y soy muy consciente de sus labios sobre mis cicatrices, trazando puntitos en mi piel como una constelación. Cuando desciendo del éxtasis, ligera como una pluma, lo miro con una sonrisa aletargada que no consigo ocultar. Mi corazón martillea al verlo acariciar las partes que jamás permití que nadie mirara.

Apoya mi pierna sobre la suya, me acerca y me acuna como si siempre hubiéramos estado así de cerca.

—Eres mucho más que tus cicatrices. —Me estampa un beso en la cicatriz de la cabeza—. Mucho más.

Y, en este momento, por el motivo que sea, elijo creerle.



VEINTISÉIS

DYLAN

Ha pasado una semana y todavía siento el sabor a cereza. Hoy, Lidia me ha llamado para hablar en su despacho después de uno de nuestros entrenamientos más cortos. Estaba exhausto cuando me he dejado caer en la silla, y me ha dicho que teníamos que modificar los horarios ahora que iba a volver a jugar al hockey. El entrenador todavía no me ha confirmado nada, así que no había pensado mucho en ello. Lo único en lo que pienso es en mantener la sincronía, en tratar de anticipar los movimientos de Sierra y en hacer que nuestras elevaciones parezcan tan naturales como respirar. Y también en esforzarme al máximo por no pensar en sus gemidos agitados y en el sabor dulce de sus labios cada vez que la tengo cerca.

Más temprano esta mañana, fuimos a correr y, al parecer, yo tenía demasiada energía. Pero creo que eso es gracias a Summer, por obligarme a hacer senderismo con ella. Sierra resoplaba apoyada contra el tronco de un árbol y me miraba con desdén.

—Estamos a dos grados. ¿Por qué te has quitado la camiseta? —me preguntó.

—¿Te incomoda?

—Ponte la jodida camiseta, Donovan.

—Solo si me la pones tú.

—¿Cuándo vas a crecer?

—Ya soy bastante mayorcito. ¿Quieres comprobarlo?

Ese comentario me valió un puñado de tierra en la cara, pero la vi sonrojarse, y apostaría lo que fuera a que estaba pensando en mi cara entre sus piernas. No obstante, he decidido ser un caballero, así que si Sierra quiere que le dé los orgasmos que no se permite tener y que esto sea algo más que «solo un beso», me lo va a tener que pedir.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Kian en cuanto entro en casa.

—En la pista.

—¿Cómo puede ser que pases más tiempo en la pista ahora, que estás suspendido, que antes, cuando estabas en el equipo de hockey? —me pregunta, cerrando su libro. Da golpecitos con el lápiz sobre la mesa de madera; el sonido imita el tic-tac de un reloj.

Sin responder, abro el frigorífico.

—Yo sé por qué —dice, y hace una pausa dramática—. Es porque eres un dominado.

Lo único que hay en el frigorífico es pan, dos frascos a medio terminar de mermelada de fresa y crema de cacahuete, y un par de

bebidas energéticas Slink. Kian se acerca a la cocina y se queda mirándome desde lejos. Pongo el pan en la tostadora y me esfuerzo por ignorarlo.

—Primero Aiden, después Eli, ¿y ahora tú? Mis amigos están cayendo como moscas, y yo aquí estudiando para un examen de filosofía. Preferiría ser un dominado.

—No soy ningún dominado —lo corrijo.

—Está bien, entonces, ¿por qué has puesto cuatro rebanadas de pan en la tostadora y has cogido dos platos?

Miro la tostadora y me doy cuenta de lo que acabo de hacer. Kian chasquea la lengua.

—Estás preparando comida para una chica que no está aquí: eres un dominado, tío.

—Es para ti. —Por la risa de Kian, queda claro que mi intento de disimular no ha sido muy convincente. Coge su móvil para hacer una foto, seguro que para mandarla al chat grupal. Luego se ríe por lo bajo y vuelve a guardarlo.

—No te he pedido que me hicieras nada.

—¿No lo quieres?

—Sí, lo quiero —responde el muy descarado.

Unto un lado con crema de cacahuete y el otro con mermelada. Después de cortarlo en diagonal, deslizo el sándwich sobre la encimera, hacia Kian. Él me mira mientras da el primer bocado. En ese momento, entra Summer, con los ojos pegados al lector de libros electrónicos decorado con pegatinas que le compró Aiden cuando Kian perdió el anterior. Tengo la sospecha de que lo tiene él y solo fingió que lo había perdido en un partido en otra universidad para poder usarlo.

Summer se sobresalta cuando Kian carraspea y apaga la pantalla enseguida.

—¿Qué hacéis despiertos todavía?

—He entrenado hasta tarde —respondo.

—¿La entrenadora de Sierra os hace practicar a estas horas? —pregunta, frunciendo el ceño.

—No, hemos sido nosotros. Queríamos meter un par de horas más porque la competición es el lunes.

Una sonrisa fascinada asoma a su rostro. Clava los ojos en Kian, que tiene la misma expresión, y hago una mueca.

—Creo que tengo que bajarme una aplicación de citas —dice él con la boca llena.

—Eres jugador de hockey de primera división —resopla Summer—. La universidad es tu aplicación de citas.

—Si eso fuera cierto, ya estaría saliendo con alguien, Sunny.

Doy un bocado a mi sándwich.

—Eres demasiado romántico para tener relaciones esporádicas.

—Sí, gracias a sus novelas románticas —replica, señalando a Summer—. Creo que necesito un gato.

—Pensaba que no se permitían mascotas en la casa —dice ella.

—Eso es solo porque Dylan y yo adoptamos a Marty, el lagarto, en primer curso. No teníamos tiempo para cuidarlo, así que Aiden nos hizo dejarlo en la Reserva Ecológica de Dalton.

Le compramos a Marty a un tipo en una furgoneta porque Kian dijo que teníamos que salvarlo. A veces vamos a visitarlo a la reserva, y tiene una vida mucho mejor de la que podríamos haberle dado nosotros.

De pronto, se abre la puerta principal y entra Aiden. Deja caer su bolsa del gimnasio junto al zapatero y se dirige al frigorífico para coger una botella de agua. Estará aquí un par de días más, porque tiene que volver para que el médico del equipo le dé el alta y así volver a jugar.

—Kilner me acaba de contar las buenas noticias —me dice—. Vas a volver a participar en un tercio de los entrenamientos. Si sigues así, te van a reincorporar y van a eliminar la revisión condicional de la NHL.

—¿Vas a volver? Menos mal. No aguanto más sin ti —dice Kian—. El entrenador se está comportando de una forma muy rara conmigo. Más que de costumbre.

Kilner todavía no ha querido contarle a Kian que ahora él será el capitán.

—¿Ya está confirmado? El entrenador me dijo que estaba lo negociando —digo, esforzándome por parecer entusiasmado. «Debería estar feliz». Y no entiendo por qué me siento tan desconectado de esa parte de mi vida desde que patino con Sierra.

—Sí, seguramente te mande un correo electrónico esta noche —responde Aiden mientras saca su móvil—. Y yo le pedí a mi representante que averiguara cómo va todo en Nueva York, y están muy pendientes de todo. Si respetas el plan, levantarán la revisión antes de que te gradúes.

Después de todo lo que pasó, aun así podré jugar con Kian en un equipo de la NHL, como siempre planeamos. Lo que debería ser un sueño hecho realidad, de pronto se parece bastante a una pesadilla.

—Eso es… —Hago una pausa. No siento que me lo merezca—. Más de lo que esperaba. Gracias, capitán.

Aiden me da una palmada en la espalda cuando me acerco a darle un abrazo. Cuando estamos a punto de separarnos, Kian se suma y nos obliga a quedarnos quietos, con las caras demasiado cerca en este incómodo abrazo de tres.

—¿Sabes lo que significa esto? —pregunta.

—No, pero seguro que no nos soltarás hasta que nos lo digas —respondo.

—Ha vuelto la paz —dice él, sonriendo—. Podemos jugar al hockey juntos otra vez, como debe ser.

—Sí. Tal como debe ser. —Otra vez siento esa punzada en el pecho.



VEINTISIETE

SIERRA

Odio los domingos. No solo es el día antes de otra semana de lo que parecen clases interminables, sino que también es el día de descanso.

Tumbada boca arriba, con las piernas apoyadas contra la pared, tomo un par de inhalaciones, dejando que el viento golpee las ventanas y que The Paper Kites llene el silencio. Lidia se toma muy en serio el tema de descansar, así que en mis días libres no puedo hacer cardio, porque piensa que soy incapaz de tomarme un descanso.

Y es verdad, pero no es agradable que te lo hagan notar.

Cierro un ojo y cuento los puntos del techo, pero se abre la puerta de mi habitación y hace que la cifra de tres dígitos se me escape de

los labios. Escucho a Scarlett gritar que va a salir. Seguramente ella sea el motivo por el que veo a Dylan en el umbral de la puerta. Lleva puesta una sudadera gris y unos pantalones negros, ambos un poco mojados por la lluvia que no ha parado desde anoche. Ladea la cabeza, como evaluando la situación, antes de entrar y tumbarse en el suelo junto a mí.

No intercambiamos palabra alguna cuando estira las piernas por encima de las mías y clava los ojos en el techo. Nos quedamos juntos allí como si fuera lo más normal del mundo. Como si no me hubiera hecho gritar de placer en este mismo lugar hace una semana.

Empieza a sonar una melodía suave en mi altavoz, pero no llego a identificar qué canción es por encima del latido de mi corazón.

—¿Te gustan los meteorólogos? —pregunta Dylan, mirando la pantalla de mi ordenador.

Otra vez están poniendo un vídeo del festival de faroles.

—Sí, Dale Thunderman es totalmente mi tipo.

—¿Calvo?

—Encantador.

—Entonces, a mí me debes amar.

—No es el verbo que usaría yo.

—¿Por qué lo miras? ¿No es siempre lo mismo?

—Me tranquiliza. Y es lo único que podía ver en el hospital sin tener un ataque de pánico, así que se me quedó la costumbre de entonces —admito, y luego me apresuro a cambiar de tema—. ¿Has venido a ver qué estaba haciendo? Existen los mensajes de texto, por si no lo sabías.

—Pero entonces no te habría visto la cara. Ni todas esas arruguitas que se te forman entre las cejas y alrededor de los ojos cuando me fulminas con la mirada. Es extremadamente atractivo.

Arrugo la cara y me aparto cuando intenta darme un golpecito en la nariz.

—No hagas que te haga daño antes de la competición.

Dylan apoya la mano con suavidad sobre la mía. Le he dado la mano incontables veces, pero esta vez es distinto, sobre todo cuando entrelaza su meñique con el mío.

—Patinaría igual —dice.

—¿Lesionado y todo?

—Por ti, sí.

La situación me resulta muy ajena de pronto, y necesito palabras para llenar el vacío incómodo que se me instala en el estómago.

—Supongo que no has venido aquí a tumbarte en el suelo conmigo —digo.

—Puede que sí.

Me muerdo el labio y me giro para mirarle el perfil. Tiene el pelo un poco más largo y la piel suave, y me alegro de que su mano esté sobre la mía, porque no sé si podría contener las ganas de estirarla y tocarle la cara.

—Ha sido Lidia, ¿verdad? Te dijo que vinieras a ver si estoy descansando.

—No con esas palabras —responde, encogiéndose de hombros.

No puedo evitar sentirme decepcionada al saber que no está aquí por voluntad propia.

—Bueno, ya has confirmado que, efectivamente, estoy descansando, así que te puedes ir.

Su nariz está a tan solo unos centímetros de la mía, tan cerca que casi puedo sentir la calidez de su aliento sobre la piel.

—No hace falta que te encierres en tu habitación para descansar.

—Como mi vida gira en torno al patinaje, no tengo ningún plan fuera de eso.

—Menos mal que me tienes a mí, entonces.

Dylan se incorpora y me tiende la mano para que la tome, tal como hace en la pista.

—Ven.

—¿Adónde vamos?

—Deja que yo me ocupe de eso.

Le doy la mano para no concentrarme en los escenarios caóticos que mi cerebro no deja de imaginar. Con un movimiento tan rápido que casi pasa desapercibido, Dylan gira mi mano, observa la palma (con la carita feliz ya desvaneciéndose) y vuelve a sujetarla con una firmeza que no afloja, ni siquiera cuando me pregunta si estoy lista para salir corriendo hacia su coche en medio de la lluvia torrencial. Corremos por el asfalto empapado, y se me moja el pelo por más que intente cubrirme la cabeza con la mano. Casi resbalo, pero Dylan me sujeta al instante. No reconozco la risa que brota de mis labios.

Nada más subir al coche, me recojo el pelo con cuidado, evitando que caigan gotas de agua sobre los asientos de cuero. Él, en cambio, no se preocupa por eso en absoluto. Con una sonrisa despreocupada, sacude la cabeza y las gotitas de agua salpican el parabrisas y también a mí.

¿Está mal querer lamer las gotas de su rostro?

—Se suponía que esta noche ya iba a despejarse —dice Dylan, y se le forma una arruga en la frente al mirar el cielo oscuro.

—Creo que solo va a llover unos minutos más. ¿Qué pasa? ¿Tienes que ir a algún sitio?

Dylan me mira y su expresión se suaviza.

—Sí.

«Ah».

Siento una punzada de decepción en el estómago y ruego que no se me note. En el poco tiempo que llevo fuera de la asfixiante residencia, ya me he relajado. En lugar de obsesionarme con la rutina y revivir algunas competiciones, me entretengo con cada sonrisa burlona que esboza Dylan y contando las distintas tonalidades de sus ojos. Una parte de mí desea que siga lloviendo todo el día, así cancela sus planes.

En la radio están retransmitiendo un partido de hockey: Toronto contra Los Ángeles. Por algún motivo, había pensado que, desde que empezamos a patinar, el hockey había pasado a un segundo plano para él. Nunca habla del tema, ni siquiera lo menciona. Pero ahora me doy cuenta de lo importante que sigue siendo en su vida, de lo mucho que debe de echar de menos jugar.

—¿Lo echas de menos? —suelto sin pensar.

Dylan se pone tenso, pero luego se encoge de hombros, sin apartar la vista de la carretera.

—Fue parte de mi vida durante tanto tiempo que creo que nunca pensé que pudiera perderlo. Es como una extremidad. Das las cosas por sentadas, y quizá un día te duele una, se lesiona o la pierdes directamente, y te das cuenta de lo mucho que la necesitabas. Pero

supongo que siempre pasa lo mismo. Solo te das cuenta de lo que tienes cuando lo pierdes.

Ese vistazo repentino a la mente de Dylan me toma por sorpresa.

—Te entiendo.

—Sí, supongo que sí —dice, mirándome de reojo.

Sumida en mis pensamientos, me sobresalto cuando Dylan deja caer su teléfono sobre mi regazo.

—Toma, pon lo que quieras escuchar. Está desbloqueado.

Sujeto el móvil con los dedos. No puedo ni imaginar las cosas que habrá presenciado este aparato.

—No te vas a contagiar de ninguna enfermedad, Sierra.

—¿Seguro? —No me hace falta mirarlo para saber que pone cara de fastidio—. Quiero decir, podrías tener fotos y otras… cosas aquí.

—Pon lo que quieras escuchar y ya está —me dice.

Bueno, hasta aquí llega mi inocencia. O lo que quedaba de ella después de lo de la otra noche. Cuando reviso sus favoritos, me encuentro con un torrente interminable de música *country,* una *playlist* tras otra, la mayoría compartidas por sus amigos. Pero hay una que me llama la atención por ser distinta al resto. Una que se titula «Chispita».

—¿Has encontrado algo? —me pregunta cuando toma la autopista.

Sigo pasando canciones, y mis sospechas crecen con cada una que reconozco. Se parece demasiado a la música que pongo para patinar: una mezcla sin pies ni cabeza, pero que encaja a la perfección con mis estados de ánimo. No sé cómo, pero todas las canciones están aquí.

—¿Haces tus propias *playlists?* —le pregunto, intentando sonar despreocupada.

Me echa un vistazo antes de volver a mirar la carretera.

—Solo si estoy inspirado.

Se me para el corazón. Tengo la siguiente pregunta en la punta de la lengua, pero me contengo. Vuelvo a revisar sus canciones favoritas y reproduzco la primera mientras me asalta un enjambre de pensamientos.

—¿Adónde estamos yendo? —pregunto, tratando de mantener la voz firme—. Me gustaría saber la ubicación para decírselo a Scarlett. Por si acaso.

—Jamás permitiría que te pasara nada, Romanova. Tenemos que ganar una competición, ¿recuerdas?

Dicho así, la competición ya no me da tanto miedo, ni tampoco la idea de ir a por la victoria. En su boca, todo suena certero.

Al poco rato, la lluvia amaina hasta convertirse en una simple llovizna y luego cesa. Dejamos atrás el paisaje desolado de Connecticut, todo árboles desnudos y hierba amarillenta, para tomar un camino de grava que lleva a un aparcamiento. Hay padres cargando a sus hijos, parejas cogidas de la mano y grupos de amigos.

Dylan aparca y, en un segundo, ya ha bajado del coche y está listo para abrirme la puerta. Cuando piso el suelo embarrado, con pequeñas matas de césped que asoman aquí y allá, me alegro de haberme puesto botas de lluvia. Dylan no parece preocupado por manchar su calzado blanco.

Nos acercamos a la carpa y entonces los veo. Faroles.

Me quedo paralizada, pero Dylan me apoya la mano en la cintura y me hace avanzar. Apenas registro que saluda al cajero y paga, hasta que me entrega un farol.

Llegamos al campo, entre la multitud, y Dylan coge un rotulador de entre las cosas que nos han dado. Muy concentrado, se dedica a escribir algo sobre el papel finísimo del farol. Cuando por fin me lo enseña, se me encoge el pecho.

Dylan + Chispita

Verlo escrito ahí me hace sonrojar. Ahora, la *playlist* que tenía en su teléfono significa mucho más. Pero, a pesar de la presión que siento en el pecho, pongo los ojos en blanco sin demasiada convicción y le quito el farol para escribir en ambos lados.

Dylan + Chispita Romanova

—Así está mejor. —Los relojes a ambos lados empiezan la cuenta atrás, y esperamos para poder encender nuestro farol—. ¿Ya habías venido alguna vez? —le pregunto.

—Venía todos los años con mis padres. A Ada le encantaba. Pero, después de un tiempo, era como venir con desconocidos. —Dylan carraspea, como si hubiera hablado de más—. ¿Tú nunca habías venido?

—Nunca tenía tiempo. No podía gastarlo en venir a una granja a encender faroles —digo—. Pero mis padres solían venir.

—¿Sin ti? —pregunta—. Qué mal.

—No venían a mis espaldas ni nada, solo sabían que yo acababa muy cansada después de entrenar.

—Bueno, me alegra ser tu primera vez, Romanova.

—Solo me quedan un par de esas —respondo, riendo.

—¿Sí? ¿Cuándo fue tu primer beso? —me pregunta, ladeando la cabeza.

—En el primer año de la universidad. La primera vez que fui a una fiesta de verdad y la primera vez que me emborraché. —Lo miro de reojo—. Ya sé, supertarde y patético.

—No es patético —dice él—. Estoy bastante seguro de que mi primer beso fue con la misma chica que el de Kian. Y creo que también perdimos la virginidad con la misma.

Suelto una carcajada.

—¿Salisteis con la misma chica?

—No, nunca salí con nadie.

—Yo tampoco —confieso.

—¿Y Justin? —me pregunta, arqueando las cejas.

—Eh, no. Supongo que podría haber pasado, pero después de las Olimpiadas me di cuenta de que no me quería. Solo quería mis logros. Le di todo de mí y lo descartó como si fuera insignificante. Como si yo fuera insignificante. —Me detengo—. Perdón, es demasiado.

—Tú jamás podrías ser insignificante, Sierra —me dice, sosteniéndome la mirada.

Intento morderme la lengua, callar la pregunta que quiere salir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco.

El silencio se estira como una goma elástica. Lo único que puedo pensar es que quizá Dylan no crea que yo sea insignificante, pero yo me he sentido así durante tanto tiempo que ya no sé verme de otra forma.

—Pero así me siento —admito—. Le he entregado mi vida entera al patinaje todo para acabar como una chica rota empezando de cero. Incluso con Ajay, no puedo evitar pensar que, si me conociera de verdad, no querría besarme.

Prácticamente todo el cuerpo de Dylan se tensa.

—Él no es quién para besarte —dice.

—¿Y tú sí? —pregunto con una risita.

—Si tú quieres.

Se me desboca el corazón.

—Qué suerte la mía —intento bromear, pero la voz me flaquea—. ¿Y có-cómo sería?

—Te beso... —Dylan se inclina y sus labios rozan suavemente la comisura de mi boca— cuando... —sobre mi mejilla— y donde… —sobre mi mentón— tú quieras.

Cuando se aleja, el silencio nos cubre como un manto pesado.

—¿Solo tengo que pedírtelo y me das un beso?

—Solo tienes que mirarme y te daré lo que quieras, Sierra.

De pronto, se me olvida respirar.

—Es bastante distinto a la primera vez que nos besamos.

—¿Te refieres a la vez que te aprovechaste de mí?

—¡No fue así! ¡Tú también me besaste!

—Con tu cadera moviéndose contra mí, era bastante difícil resistirse —responde, con un brillo pícaro en la mirada.

—O sea que te pudieron las ganas y no pudiste ver más allá de mis labios o mis piernas.

—No pude ver más allá de ti, Sierra. Y sigo sin poder.

Ojalá no me esté sonrojando, porque nunca me pasa, pero, por algún motivo, con Dylan me paso el tiempo encendiéndome como un

carbón al rojo vivo.

—Bueno, ¿entonces qué? ¿Me vas a dar clases? ¿Un manual para la mojigata del pueblo?

Dylan se ríe, tan cerca de mí que pienso que va a besarme, pero no se acerca.

—Lo que tú quieras, Sierra. Ya sabes que nadie puede enseñarte tan bien como yo.

Reprimo la reacción que provocan sus palabras en mi cuerpo y trato de aparentar indiferencia.

—Lo voy a pensar.

Su nuez se mueve y su expresión se ensombrece apenas un poco.

Las luces a nuestro alrededor brillan y bañan de una calidez suave a la multitud. Uno a uno, todos encienden sus faroles, y nosotros hacemos lo mismo. Un bonito destello naranja nos envuelve y crea una burbuja de luz cálida. Dylan me mira con tanta intensidad que siento que ha prendido fuego a mi pecho en lugar de al farol. Por encima de nosotros, el cielo se extiende, de un azul profundo y aterciopelado, ávido de ser pintado de luz.

Recuerdo la vez que Scarlett y yo planeamos venir al festival. Pero, en nuestro primer año en Dalton, en septiembre no dejó de llover y lo cancelaron. Jamás imaginé que acabaría viniendo con Dylan Donovan.

Se oyen unos vítores al fondo, pero estoy demasiado absorta en Dylan como para prestar atención. Después, se eleva el primer farol, un único orbe dorado flotando hacia la noche. Y luego, uno a uno, se suman cientos, alzándose en arcos delicados como luciérnagas, transformando el cielo en un mar de luces flotantes. Me recuerda a las calcomanías fluorescentes del techo de mi habitación.

Le lanzo una mirada furtiva a Dylan.

—Hacemos un buen equipo —comenta, y en respuesta solo dejo escapar un murmullo que no dice gran cosa—. Admítelo. Es cierto —insiste.

—Sí. Hacemos un buen equipo —digo.

Bajo la mirada hacia nuestro farol cuando lo soltamos al aire juntos. Un instante antes de dejarlo ir, los ojos castaños de Dylan se posan en los míos. El farol viaja con el viento y se hincha alegremente mientras asciende. Lo observo girar poco a poco, con nuestros nombres grabados a cada lado, los dos, ahí arriba, entre las estrellas.



VEINTIOCHO

DYLAN

Está muerta de nervios. O, al menos, creo que está muerta de nervios.

Sierra está en una esquina; da tres pasos, gira, da tres pasos más y vuelve a girar. Lleva dieciséis minutos repitiendo los mismos movimientos. Veo a Scarlett a un lado, con un cartel que dice: «¡Hoy se hace historia, Sierra y Dylan por la victoria!».

Los chicos también han venido, y cuando digo «los chicos» me refiero a todo el equipo de hockey. Kian y Summer tienen carteles con nuestras caras. Si no me falla la vista, Kian sujeta un megáfono y un cartel que dice: «Tu capitán te ordena que ganes». Desde que se enteró de que es el capitán suplente, ninguno de nosotros ha tenido una buena noche de sueño. Hasta el entrenador me escribió

para decirme que más vale que me porte bien porque no puede lidiar él solo con Kian. Los padres de Sierra también han venido. Esperaba que me examinaran de arriba abajo, pero se han limitado a abrazarnos. Han intercambiado unas palabras en ruso con Lidia y después me han pedido que cuidara de su hija antes de ir a sentarse. Creo que había un «o te las verás conmigo» implícito al final de las palabras del padre de Sierra, pero no ha hecho falta que lo pronunciara. Sus ojos azules han hablado por él.

Me arreglo el cuello del chaleco, intentando que quede bien. Es de un azul profundo y brillante, hecho de un material grueso, y las mangas se inflan un poco. Somos Rapunzel y Flynn.

Los detalles dorados de la falda del vestido rosa de Sierra atrapan la luz y centellean con cada paso que da. El corsé tiene diseños florales bordados con hilo dorado que trazan un camino hasta la tela del escote.

Las pantorrillas de Sierra se flexionan con cada giro, y me doy cuenta de que podría quedarme mirándola toda la vida.

—¿Siempre hace eso? —le pregunto a Lidia, que está enviando un mensaje. He intentado sacarle conversación cuatro veces, pero solo me responde con gruñidos.

Le echaría un vistazo a su teléfono y le preguntaría en broma si le está escribiendo a su nuevo novio, pero los mensajes están en ruso y no podría asegurar que no fuera a lanzarme el móvil a la cabeza.

Ella ni siquiera mira el extraño ritual que está realizando Sierra.

—Solo cuando está nerviosa.

Sin decir nada más, cojo el bolígrafo de la libreta de Lidia y me acerco a mi compañera.

—¿Por qué estás nerviosa?

—No estoy nerviosa —responde, deteniéndose.

—Lidia dice que sí.

Le doy la mano y no la aparta; me deja abrirle la palma y veo las leves marcas de uñas y una carita feliz borrosa. Repaso los trazos y oscurezco los bordes.

Sierra suspira como si le hiciera gracia.

—Seguro que te lo ha dicho para que dejaras de hablarle. Hago esto como calentamiento, para concentrarme.

Le suelto la mano y, en ese momento, un miembro del personal pasa junto a nosotros, se acerca a Lidia y le dice que salimos después del equipo ruso, que acaba de arrasar en su programa libre.

Sierra me da la mano.

—Ha llegado el momento final —dice.

—Bueno, técnicamente, falta otra competición, y después la final.

Sierra hace una mueca, pero su mano aprieta la mía con firmeza. Ninguno de los dos se suelta ni un segundo, ni siquiera cuando ella revisa sus patines por tercera vez ni cuando intenta disimular el rubor de sus mejillas. Tengo la sensación de que necesita el contacto físico para anclarse, y quiero darle justo eso.

—¿Estás lista, Romanova? —pregunto.

Apoyo su mano en mi pecho para que sienta el latido sereno de mi corazón con la palma. Sin dudarlo, ella toma la mía y hace lo mismo. En momentos así es cuando la veo de verdad. No la oscuridad que cree que la rodea, sino la luz que irradia. Como una chispita.

—Lista.

Los dos asentimos al mismo tiempo, y allá vamos.

En el hockey, somos seis en la pista y todo gira en torno al disco. El patinaje artístico es distinto. Nunca he prestado demasiada

atención a la cantidad de gente en el público porque, cuando era pequeño, era algo normal para mí, pero ahora todos los ojos están puestos en nosotros.

Aun así, no me molesta. Me importa muy poco lo que piense esta gente, pero al ver a Sierra parpadear rápido, con los ojos saltando de la multitud a las luces tintineantes hasta que se enciende el foco, sé que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para ejecutar la rutina a la perfección.

Empieza a sonar la música, *Lay All Your Love on Me*, de ABBA, y en ese instante veo a la Sierra que ganó una medalla de oro en las Olimpiadas, la que lleva persiguiendo desde entonces. Serena y perfecta. Si cree que yo soy arrogante, debería ver este lado suyo. Es intocable. Creo que descolocaría a cualquiera, pero yo me alimento de su energía.

La rutina está diseñada para sumar muchos puntos, llena de saltos, giros, pasos y elevaciones. En la secuencia inicial, me quedo fuera del alcance de la luz, esperando. Sierra entra en un águila sobre el filo exterior, con los brazos extendidos como si viera el mundo por primera vez. Avanzo y, justo cuando gira, le doy la mano para ilustrar el momento en que Flynn entra en la vida de Rapunzel.

Patinamos en paralelo, con movimientos potentes, ganando velocidad para entrar en un doble *axel*. A mitad de la rotación, levantamos la rodilla derecha y la cruzamos como si fuera un *pretzel* antes de aterrizar sincronizados. Reducimos la velocidad para pasar a nuestro primer elemento importante: un *twist* triple.

La atrapo sin esfuerzo, pero Sierra toca el hielo un segundo antes. Ahí veo la primera grieta. Se desliza hacia atrás y me permite cogerla de la cintura para la primera elevación. Luego viene nuestra

secuencia de pasos: tres giros, *mohawks* rápidos y cambios de filo. Serpenteamos el uno alrededor del otro, muy cerca pero sin tocarnos, mirándonos fijamente. Después, Sierra me da la mano y nos impulsamos para ejecutar un triple *loop.* Se aferra a mis dedos antes de que la lance al aire. El silencio se adueña del recinto mientras gira una, dos, tres veces. Contengo la respiración hasta que el filo de su patín toca el hielo. Es impecable. Sin titubeos. Sin perder impulso.

Es casi perfecto, pero noto el temblor en su mano. Intento encontrar su mirada, entender qué está pensando, pero tropieza en la segunda combinación de saltos.

Su sonrisa no llega a los ojos, y la siguiente elevación modificada llega demasiado pronto. Sierra duda, se acobarda a mitad de movimiento y aterriza torpemente sobre el hielo, con una mueca de terror. Está metida en su cabeza; sus movimientos son robóticos, sus pasos desajustados, medio segundo tarde.

—Mírame.

El sonido de la pista se traga mi voz, pero sé que me escucha. Como se niega a hacerlo, le tomo la mano y la aprieto con fuerza. El espacio entre nosotros parece cargado; estamos a solo unos centímetros, pero bien podrían ser kilómetros. Terminamos con una pirueta baja mientras la última nota musical se desvanece y da paso a una sucesión de aplausos educados, pero sus ojos no se encuentran con los míos, ni siquiera cuando patinamos hacia el banquillo para esperar nuestras puntuaciones.

Como era de esperar, las notas son bajas. Ninguna de nuestras elevaciones tenía la dificultad necesaria para sumar en serio, pero ese no era el objetivo; Lidia solo quería que hiciéramos lo justo para

clasificarnos. Pero Sierra se está hundiendo. Su silencio, los hombros encorvados, la forma en que evita mirarme… todo está mal.

—Sierra…

Se aparta cuando intento tocarla. Lidia me lanza una mirada, como diciéndome que ni lo intente, que la deje hundirse en esa rutina nefasta de autocrítica a la que se somete. Me saca de quicio.

—Conmigo no puedes hacer esto —le digo en voz baja.

Ella baja la cabeza y parpadea rápido, como intentando contener las lágrimas. Hay algo muy frágil en el gesto, en la manera en que sus muros se agrietan, pero no se derrumban. Y en lo joven y vulnerable que parece.

Le sujeto el mentón y la obligo a levantar el rostro, pero sus ojos siguen clavados en el suelo. Creo que es la persona más terca que he conocido en mi vida. Hay un arranque de desesperación en mí que necesita ver sus ojos, necesita saber que esto no va a quedar grabado en su mente.

Le rozo apenas la oreja con los labios.

—No vas a llorar —le digo con firmeza—. No les des ese gusto. Nadie merece tus lágrimas.

Cuando me aparto, veo un destello en su mirada. Verde, como la luz del sol que se filtra entre las hojas después de una tormenta. Es una llama diminuta, pero es suficiente.

—¿Me has escuchado? —insisto, con la voz más suave ahora, casi suplicante.

Ella traga saliva y asiente. Parpadea despacio, dejando que las lágrimas retrocedan sin caer. Endereza la espalda, alza el mentón y su seguridad habitual cubre las grietas. Sé que no es real, pero a ella le basta para mantener la compostura.

Al menos hasta que Justin Petrov y Julia Romero salen a la pista. Los ojos de Sierra los siguen como un depredador a su presa, pero no hay ansia combativa en su postura, solo tensión, que crece y crece con cada movimiento perfectamente sincronizado. Es como si estuvieran en otro nivel. Fuertes, rápidos y demasiado perfectos para ser reales. Los dos minutos y cuarenta segundos se sienten más largos que cualquier partido de hockey que haya jugado; es uno de esos momentos que te hacen consciente de cada latido de tu corazón.

Y entonces aparecen las puntuaciones. Más altas que las nuestras.

Miro a Sierra y la veo quedarse inmóvil. Sus hombros se sacuden hacia atrás, como si la hubieran golpeado, y juraría que la veo desmoronarse, pedazo a pedazo, en una agonía silenciosa. Sé que ya es tarde. Porque nosotros apenas quedamos en tercer lugar.



VEINTINUEVE

SIERRA

Terceros. Bronce. Los ultimísimos.

Hace dieciséis años que patino, quitando el tiempo que pasé en el hospital. Pero nunca he quedado última, ni siquiera en las competiciones juveniles. En patinaje artístico, salir terceros técnicamente no es quedar últimos, ya que aquí hay al menos ocho equipos, pero sí lo es en todo lo que importa.

—¿Cómo? —susurro, más para mí que para los demás.

Pero Lidia me mira con tanta seriedad que contengo las lágrimas. Ella sabe que no estoy preguntando cómo puede ser que hayamos obtenido una puntuación tan baja; ya sé por qué ha pasado, lo he sentido en todo el cuerpo. Tendría que haber tomado el propranolol. Lo que estoy preguntando es: ¿cómo voy a compensar tantos meses

perdidos en tan solo unas semanas? ¿Cómo voy a mejorar más que esto? Sé que soy resiliente y decidida hasta lo absurdo, que nunca nada me ha detenido, pero esta nueva voz en mi cabeza, que se clava en mi determinación, es difícil de silenciar. Intento acallar la duda viscosa que se derrama sobre todos mis pensamientos.

—Como hacemos siempre —responde Lidia sin más—. No abandonamos.

Hay tanta convicción en sus palabras que no puedo contradecirla, pero una parte de mí se pregunta por qué hago esto. Si merece la pena el dolor. A veces pensaba en esa posibilidad, incluso soñaba con ello algunas noches. La idea empezó a ganar peso después del accidente, cuando pasaba horas en la cama imaginando dónde estaría si no hubiera elegido esta vida, si pudiera ser otra persona, dedicarme a otra cosa. Pero este deporte es una parte fundamental de quien soy, y uno no puede alejarse de su propia alma.

Una mano cálida y firme permanece sobre mi brazo. Dylan me observa con una expresión cautelosa que me saca un poco de quicio. Nunca pensé que sería yo la que estaría fatal en la pista. Llevo tanto tiempo taladrándole la cabeza por cada error que comete que, ahora, saber que él tuvo que maniobrar durante la rutina para rescatar cualquier punto que pudiéramos conseguir, para que yo no lo arruinara todo, se me retuerce el pecho de dolor.

—Estaré bien —digo, tragándome el amargor del fracaso que me quema la lengua, con la esperanza de que nadie más tenga que probarlo.

—No te estoy pidiendo que estés bien —responde.

Levanto la mirada para encontrar la suya, y es como si la tensión se desvaneciera por fin de sus hombros.

—Lo entiendo, ¿vale? La primera vez que perdimos un partido importante tardé una semana en recuperarme. Jugué fatal y me pudo la rabia. Así que créeme, te entiendo. Pero lo que ha pasado hoy no determina lo que va a pasar después. Todavía tenemos tiempo para mejorar antes de la próxima.

Mis competiciones se reparten a lo largo de un año. Dylan, en cambio, juega casi cuarenta partidos por temporada, y cada uno es una competición. Si alguien lo entiende, es él.

Los presentadores dicen nuestros nombres, y hago un esfuerzo por borrar la mueca de mi rostro mientras avanzamos hacia los podios. El escalón del tercer puesto se alza ante mí como una bofetada. Aprieto los dientes y me trago la decepción, pero no se va tan fácilmente. Justin y Julia llegan cogidos de la mano, con una arrogancia que da asco, y ocupan su lugar, el segundo puesto. Me tiembla el mentón, más de rabia que de otra cosa, pero me controlo porque Dylan me está observando con atención. Sé que se dará cuenta.

Su mano lucha contra mi puño apretado y, con delicadeza, entrelaza sus dedos con los míos. Me sujeta con tanta fuerza que siento que podría romperme. No puedo moverme. No puedo apartarme.

Entonces miro a Justin y deseo no haberlo hecho. Él baja la vista hasta nuestras manos entrelazadas y luego me clava los ojos antes de formar con los labios la palabra «ancla».

La palabra cae como un puñetazo que podría haberme hecho caer del podio si Dylan no me estuviera sujetando con tanta firmeza.

Ancla.

Se hunde profundamente, se abre paso hasta mi pecho y me retuerce el corazón sin piedad. Era nuestra. Una promesa, algo a lo que aferrarnos cuando todo lo demás parecía inestable. Pero no es verdad. No sé si alguna vez lo fue. Aun así, la palabra llega cargada del recuerdo de cada vez que la dijo y me hizo sentir que yo importaba lo suficiente como para que alguien me sujetara, me mantuviera firme, se quedara conmigo. Ahora es una provocación.

Cuando aparto la mirada, veo a Dylan fulminando a Justin, que desvía los ojos de inmediato, seguramente porque se da cuenta de que no tiene ninguna posibilidad si se enfrenta a un jugador de hockey de casi dos metros, conocido por iniciar peleas.

Después viene la ceremonia de entrega de medallas, como dentro de una nebulosa, porque la presión que siento en el pecho es insoportable. Dejo caer las flores sobre el banco y Lidia no me detiene cuando me quito los patines y me dirijo a la salida. Voy directa a mi coche antes de que la multitud bloquee el paso.

—Sierra.

Dylan me sujeta del codo justo cuando mis dedos rozan el pomo de la puerta.

—Estoy bien —le digo, más bruscamente de lo que pretendía, y me obligo a respirar pese a la opresión en el pecho.

Se acerca un poco más, y mi respiración se entrecorta, se acelera, se pierde en el silencio entre nosotros. Está tan cerca que percibo su olor. Después, sus dedos recorren la piel desnuda de mi espalda, se deslizan sobre el encaje, encendiendo calor en cada punto que tocan. Rodea la tela que me cubre el cuello, la sujeta con firmeza y tira hasta que el broche cede. La ráfaga repentina de aire me llena

los pulmones y casi me desplomo contra el coche al poder respirar de nuevo.

—Necesito un poco de espacio, nada más —susurro.

Lo veo negar con la cabeza en el reflejo de la ventana, un gesto impotente, casi resignado, que me llena de culpa.

—Puedes llorar, gritar o romper cosas si lo necesitas. Lo que sea que tengas que hacer, cuentas conmigo para hacerlo. Lo que sea —dice.

No me muevo. Creo que no podría hacerlo ni aunque quisiera.

Al ver que no respondo, Dylan apoya la frente en mi nuca con tanta suavidad que me pregunto si de verdad está ahí. Pero entonces su voz murmura, grave y cálida contra el frío de la noche, y se me eriza la piel.

—No hagas esto —susurra, y el calor de su aliento altera la calma entre nosotros—. No te vayas a un lugar adonde no pueda seguirte.

Sus palabras me golpean como el filo de un patín rozándome la garganta.

¿De verdad me he convertido en esto? ¿En una persona atrapada dentro de su cabeza, demasiado arriba en la torre como para poder escapar?

—Yo no hago esto. Nunca fue así. Justin nunca me dejaba…

—Yo no soy él.

—Lo sé.

Con eso, tiro de la manilla, me subo al coche y cierro la puerta. Mientras me alejo, evito mirarlo por el retrovisor.



Dylan: Hice una encuesta en casa y llegamos a la conclusión de que Dale Thunderman, efectivamente, está bueno

El mensaje me arranca una sonrisa. Dylan no deja de mandarme sus pensamientos aleatorios desde anoche, ninguno relacionado con la competición ni con mi arrebato. También me envía fotos suyas. Esperaba que estuviera enfadado o herido; ambas emociones habrían sido comprensibles. Pero no me hace sentir culpable en absoluto, me trata como siempre. Como si yo pudiera ser como soy sin que eso lo empujara a alejarse.

Todavía siento un dolor punzante en el esternón, el mismo que me acompañó todo el camino a casa después de que prácticamente me suplicara que no lo ignorara, pero aun así valoro su intención, por más que no consiga darle otra cosa que un emoji como respuesta.

Anoche no me permití procesarlo. No podía. El único modo de seguir adelante era dejar a un lado la derrota, así que la esquivé durante todo el día. Cuando sonó la alarma esta mañana, fui directa a una clase de pilates en West Hartford. Después de eso, enterré la cabeza en modelos de examen de Ciencia Forense y Kinesiología, y casi no tuve tiempo de comer antes de ir a la clase de ballet de la universidad.

Decidí estudiar Kinesiología porque era lo que mejor se alineaba con el patinaje, pero ahora que estoy en el último año ya no lo parece tanto. Los días en que no me cuadran los horarios, miro los vídeos de Sage Beaumont y sigo sus tutoriales rápidos de movimientos que sirven para el hielo.

Pero hoy decidí asistir a clase. No podía volver a la residencia vacía y machacarme la cabeza pensando en todos los errores que cometí anoche.

Mientras estoy estirando antes de que empiece la clase, se abre la puerta. Justin Petrov entra en la sala, vestido con mallas y una camiseta larga. Parece más alto de lo que recordaba, incluso más corpulento que hace unas semanas. También lo noté en la competición. Pero aun así me parece muy familiar, alguien a quien vi casi todos los días durante cuatro años, que me tiembla la mano por el impulso de saludarlo. No obstante, me contengo; vuelvo a ser la chica en la que me convertí después de él.

Justin se coloca en el espacio junto a mí de todos modos, como si todavía fuera suyo.

—Hola, reina del hielo.

Quiero decirle que deje de llamarme así, pero me niego a darle ese gusto. Siempre hacía lo mismo: provocarme hasta que yo estallaba y luego llamarme exagerada por reaccionar.

—Por favor, ¿sigues sin querer hablarme? Tú no eres así, Sierra.

El recuerdo de sus provocaciones me hace apretar los puños. Exhalo y adopto una actitud indiferente.

—Hola, Justin.

—¿Cómo está tu machote del hockey?

La pregunta me toma desprevenida. Es la primera vez que muestra algún interés por Dylan. Justin siempre es tan correcto, tan educado, que el comentario mordaz sobre mi compañero casi me arranca una sonrisa irónica.

—Muy bien —respondo.

—Siento lo de anoche. Pero ¿qué esperabas de un jugador de hockey drogadicto? —Justin suelta una risa seca mientras el resto de la clase ocupa sus asientos—. Al menos parece que va a volver a sus

raíces. Aunque solo es cuestión de tiempo hasta que lo estropee también, como hizo con vuestra rutina.

Sus palabras me duelen. Dylan salvó nuestra actuación. Es la única razón por la que logramos subir al podio. Un impulso urgente de protegerlo me abrasa como un incendio.

A la mierda con ser mejor persona. Doy un paso hacia él, con los ojos clavados en los suyos.

—Vuelve a hablar de mi compañero y te arrepentirás de haber abierto la boca —mascullo—. No quiero volver a hablar contigo nunca más, Justin. Solo me resulta más difícil fingir que no eres un cobarde de mierda.

Se me quiebra la voz, y esta vez no me importa si se da cuenta.

—No lo dices en serio, Sierra. Yo me preocupo por ti. Somos el ancla del otro…

Agarro mi bolso y salgo de la clase. Una parte de mí odia darle ese gusto, pero hoy no puedo quedarme. Y, por más que me repito que no debería pensar en sus palabras, algo me empuja hacia el estadio.

El entrenamiento de hockey es un hervidero de ruido y está en pleno desarrollo, y lo veo al instante. Quizá porque ya he memorizado la forma en que su cuerpo se mueve sobre los patines. O la manera en que su presencia ocupa todo el espacio, más grande que el estadio mismo. Es rápido, implacable sobre el hielo, y serpentea entre los conos con el disco pegado al *stick,* chocando contra los defensores, lanzando tiros a portería.

Parece feliz. Está en el lugar al que pertenece, haciendo otra cosa que se le da muy bien. Yo solo tengo el patinaje, y eso significa que dejé entrar a Dylan en todos los aspectos de mi vida. La idea de hacerlo sin él me hace arder el pecho.

A veces ocurre algo excepcional y tienes la suerte de lograr aquello con lo que siempre soñaste. Pero incluso dejando a un lado el accidente, me cuesta saber si he cumplido mi sueño o si sigo intentando averiguar cuál es. Siento que tengo que elegir entre ser feliz y mi sueño, cuando durante todo este tiempo pensé que eran lo mismo.

Entonces siento el golpe brutal de la pérdida. Tengo que ser mejor por mi cuenta. Y solo conozco una forma de conseguirlo.



TREINTA

SIERRA

El dolor de tibia es una mierda.

Sacrificar todo lo que tienes por un deporte tan despiadado, que te deja dolorida y magullada, también es una mierda. He ido hasta la pista que queda a unos minutos del campus. No está muy bien mantenida, pero, debido a las estrictas normas de Dalton, es la única pista comunitaria que está abierta a esta hora, y no soportaba la idea de quedarme quieta y seguir pensando. Es agotador escuchar mis preocupaciones, inseguridades y recuerdos constantes, que se enredan y salen disparados en todas direcciones. El patinaje está convirtiéndose en una llama apagada, en una cerilla que intentas mantener encendida solo para que llegue una ráfaga de viento y te deje en medio del humo oscuro.

Me obligo a seguir a pesar del ardor en los músculos y acelero para ejecutar un salto que ni siquiera debería intentar. Un *lutz* que me sale perfecto, pero, al aterrizar sobre la superficie desigual, me tambaleo y caigo de rodillas. Hace tanto frío que tengo la piel entumecida, así que casi ni siento el golpe.

Una parte perversa de mí disfruta recordándole a mi cuerpo que yo tengo el control. No puede abandonarme un día y decidir que se acabó. Cuando intento hacer otro salto, vuelvo a caer y suelto un grito de frustración al incorporarme sobre las piernas temblorosas.

—¿Qué mierda estás haciendo?

La voz grave acalla el sonido de mis patines. Me detengo en medio de la pista y, cuando me doy la vuelta, encuentro a Dylan de pie en el borde, mirándome. Tiene las puntas del pelo onduladas por la lluvia, las mejillas algo sonrosadas por el frío, y lleva una sudadera y unos pantalones negros, recién salido del entrenamiento. Parece furioso.

Me doy cuenta de que nunca lo había visto enfadado; siempre suelta chistes y piropos, pero ahora está enfadado, tan enfadado que siento la furia rezumando de su cuerpo desde aquí.

—¿Tengo que repetirlo más despacio? —pregunta, condescendiente—. ¿Qué mierda estás haciendo?

—Patinando. No sé si lo has oído nombrar alguna vez —consigo decir entre respiraciones entrecortadas.

—Esta pista se cae a pedazos y estás saltando como si fuera de nivel olímpico. ¿En qué estabas pensando?

«No estoy pensando».

—¿Vas a quedarte ahí hasta que tropieces con una grieta y te tuerzas el tobillo? Te voy a llevar a una pista de verdad y ahí puedes

destrozarte todas las articulaciones si quieres. Sal de ahí. Ahora, Sierra.

Odio lo insoportable que es, y también odio que tenga razón. Y lo guapo que está cuando se enfada.

—Tengo que practicar —murmuro.

Su mirada se vuelve fría como el acero.

—¿Practicar cómo ser una idiota? No te hace falta, ya se te da muy bien.

—No te pedí que vinieras —replico, fulminándolo con la mirada.

—Lo siento mucho, Sierra, pero hay gente que se preocupa por ti. Como Scarlett, que fue a buscarte a la pista. Lidia, que dijo que te llamó y no le cogiste el teléfono. Yo. Así que no, no puedes venir a patinar cuando deberías estar descansando.

—¿Descansando de qué? ¡Anoche estuve fatal!

—¿Entonces te vas a castigar? —me pregunta, entornando los ojos—. ¿Piensas que venir aquí y patinar en esta pista horrible sin siquiera calentar, sin tu entrenadora, sin tu compañero, te va a ayudar?

—He hecho esto sola un montón de veces.

—Me importa una mierda lo que hicieras antes. No puedes hacer esto. Conmigo no.

La vergüenza y el remordimiento hacen mella en mi determinación. Estoy haciendo lo mismo que hacía el año pasado: alejar a los demás, intentar hacerlo todo sola. Eso no era justo para nadie.

Bajo la mirada al hielo, que deja mucho que desear.

—Tengo que practicar. Tengo que hacer algo.

—Me estás haciendo enfadar, eso seguro.

—Bueno, al menos he logrado algo hoy.

Dylan me mira con una seriedad mortal. Está claro que no está de humor para bromas.

—Ven aquí y dilo otra vez.

Creo que estoy esbozando una sonrisa irónica, pero tengo la cara tan entumecida que no lo sé con certeza.

—Ven tú a buscarme.

—¿Estás segura? —me pregunta Dylan—. Porque si voy ahí, Sierra, saldrás de aquí con el culo al aire.

El corazón se me acelera aún más. Dylan empieza a caminar antes de que logre pronunciar una sola palabra.

—No serías capaz.

—¿No me conoces?

Tengo las piernas tan cansadas que no puedo moverme rápido.

—No te acerques.

—Si no puedo seguirte dentro de tu cabeza, te seguiré por todos los demás sitios —me dice, y luego se inclina muy cerca de mi oído, hasta que un escalofrío me recorre la espalda—. No huyas de mí.

Se me entrecorta la respiración y se me traban las palabras.

—Te-te voy a cortar. No me toques.

—Inténtalo, Romanova.

Es lo único que dice antes de rodearme la cintura con el brazo y cargarme sobre su hombro. El grito que brota de mis labios es agudo y agitado. Me duelen los abdominales por el esfuerzo y por el hombro que se me clava en el estómago.

Tengo la ropa prácticamente empapada. Las manos están tan frías que no las siento, ni siquiera cuando intento arañarle la espalda. Él ni se inmuta.

—Imbécil —murmuro.

—Malcriada —responde.

Para cuando llegamos a su coche, ya he renunciado a encontrar maneras de causarle daño físico. Abre la puerta y me deja caer sobre el asiento con más brusquedad de la necesaria. Cuando bufo de dolor, seguramente por los moratones que se me están formando en el trasero, veo un destello de preocupación en su mirada.

Luego se agacha y me desata los patines. Es delicado, mucho más delicado de lo que su expresión severa sugiere. El corazón se me calma y, al instante, llega la oleada de arrepentimiento.

—Lo s…

Su mirada fulminante basta para cerrarme la boca. Me desata los dos patines y los deja en el espacio para las piernas. Después, empuja mi cuerpo entero de un solo gesto, de modo que quedo mirando hacia delante.

—Dylan…

Cierra la puerta. El trayecto transcurre en silencio. Solo cuando pasamos por Casa Iona echo un vistazo a su expresión indescifrable y, en un susurro, digo:

—Te has pasado de la residencia.

—Ya lo sé —responde en voz baja.

—Entonces, ¿adónde me estás llevando?

Dylan suspira y me mira de reojo.

—Te estoy llevando a casa, Sierra.

—¿Y dónde es casa? —pregunto.

—Conmigo.



TREINTA Y UNO

DYLAN

A Sierra le gusta castigarse. Y no de una forma divertida en la que yo pueda participar.

Me di cuenta porque nunca sale y nunca lleva un bocadillo al entrenamiento, como si no mereciera ni el simple placer de una barrita de cereales o un sándwich. Ahora, viéndola ahí, en medio de mi baño, la idea me da tanta rabia que no puedo ni mirarla.

Cuando fui a la residencia para ver cómo estaba, Scarlett salía a hacer lo mismo. Pensó que Sierra estaba en la pista porque nunca se pierde la cena. Yo estaba con el alma en vilo hasta que la encontré.

—Toma. —Le paso una toalla, pero no la coge. Aunque su mirada me calienta el rostro, no levanto la vista. No puedo. Si la veo empapada y temblorosa, nada me garantiza que no vaya a buscar a

Justin Petrov para romperle la cara. Todo lo que Sierra me dijo en la pista me dejó claro que su mentalidad es la culminación de todas las cosas de mierda que aprendió cuando patinaba con él. Que su valor lo determina su desempeño en la pista. Qué estupidez.

Y sé que estoy todavía más enfadado por haber visto ese puto vídeo. Yo no quería verla así, pero cuando Kian lo reprodujo, miré un par de segundos antes de casi destrozarle el teléfono.

Justin la dejó caer. Ella no tendría que haberse lesionado así ni haber pasado meses recuperándose mientras todos los demás seguían con su vida como si nada.

—Cógela, Sierra. Si no te duchas, te vas a poner enferma.

—¿A-aquí? —Tiene la voz más ronca de lo habitual, castigada por el grito de frustración que soltó en la pista.

—Sí, aquí. —Sin esperar a que responda, voy hacia la ducha y abro el agua para que esté bien caliente para ella. El silencio se prolonga entre nosotros, cargado y tenso.

—¿Por qué no me miras? —Hay un temblor de dolor en su voz.

Trago saliva y dejo los ojos clavados en el grifo.

—Porque no quiero decir algo malo y que te hundas en tus pensamientos. Quiero que te quedes aquí.

No me esperaba que Sierra me sujetara del hombro y me tirara de él para obligarme a mirarla. Sus ojos flamean de irritación.

—¿Eso piensas de mí? ¿Que soy una chiflada? —exige saber—. Yo no te pedí ayuda, Dylan.

Una especie de vacío barre sus ojos verdes como un gas tóxico y apaga el fuego que suelen tener.

—Deberías haberlo hecho —respondo con brusquedad—. Te dije que estaba aquí para ti y aun así elegiste hacerlo sola. Preferiste

patinar en ese hielo de mierda antes que acudir a mí.

Sierra suspira y juega distraídamente con el borde mojado de su jersey, mientras el peso de mis palabras cuelga en el aire.

—Es… Es que… —Se desmorona como si dejara caer una pared—. Si no lo hago perfecto, todo esto habrá sido para nada —dice en voz baja—. Todos los gastos médicos, los años de entrenamiento, los Juegos Olímpicos... Significaría que todas las partes rotas, débiles y podridas de mí no valen nada.

Luego solloza tan fuerte que le tiemblan los hombros. Esta vez no le pregunto. La atraigo a mis brazos y ella se aferra a mi camiseta. Sus lágrimas húmedas me empapan la ropa y siento que se me parte el pecho en dos.

—Desahógate. Aquí estoy —le digo, frotándole la espalda.

—¿Cómo pasas de tener tu salud, tu carrera y a tu gente a perderlo todo en solo unos minutos? Mi cuerpo ya no me acompaña. Ni siquiera puedo contar conmigo misma. Estaba en la cima de mi carrera y ahora no puedo ni pisar el hielo sin sentir que se me rompe el cuerpo —dice, y se le quiebra la voz al final—. Amo este deporte desde hace mucho tiempo, Dylan, pero estoy empezando a odiarlo. Odio lo que le ha hecho a mi cuerpo, odio lo que le ha hecho a mi cabeza y odio la persona en la que me ha convertido. Siempre pensé que ganar el oro significaría algo. Y cuando no fue así, volví a intentarlo. Pero cuando me golpeé la cabeza contra el hielo, lo perdí todo. Y después lo vi una y otra vez en internet, porque nadie tuvo la amabilidad de borrar los vídeos. Estoy maldita. —Casi no puede hablar por la intensidad de sus sollozos—. A veces siento que la antigua yo está tan lejos de la persona que soy ahora, que incluso si pudiera volver, no la reconocería.

Me aparto de ella para sujetarle el rostro.

—No merecías nada de lo que te pasó, Sierra. Lamento que hayas tenido que pasar por eso sola.

—Pero no estaba sola… —empieza a decir, negando con la cabeza.

—Lamento que hayas pensado que tus seres queridos no te iban a entender —me corrijo.

Le tiemblan los labios y, luego, todo su cuerpo empieza a sacudirse de un modo tan incontrolable que mis brazos no bastan para impedirlo. Me siento inútil, desesperado por hacerla reír, por hacerla sentir mejor. Pero cuando se deja caer hacia delante y se apoya en mí, sé que confía en que yo evitaré que se desmorone.

—Todavía estás aquí, Sierra —susurro—. Haciéndolo todo otra vez y dándolo todo. Y sé que durante toda tu carrera pensaste que era más fácil soportarlo todo sola, pero ya no tienes que hacerlo. No ahora que me tienes a mí.

Ella no se aparta cuando le seco las lágrimas suavemente.

—Odio llorar.

—No deberías —le digo con dulzura. Mi pulgar se lleva la humedad con una caricia; mi corazón sufre por ella—. Nadie tiene una sola emoción todo el tiempo. Puedes llorar y eso no significa que seas débil. Yo tardé un tiempo en darme cuenta de que no tiene nada de malo desahogarse.

—¿Tú también pensabas que era malo? —me pregunta, espiándome entre sus pestañas húmedas.

—Cuando era más pequeño, mi madre se escondía para que no la viera llorar. Por eso yo pensaba que era un secreto, algo malo que no debía ver nadie más. Pero ahora sé que eso no es cierto. No hace falta que te escondas de mí.

—No quiero que pienses que soy débil.

Sus palabras me toman por sorpresa porque no puedo entender que ella no vea lo valiente que es.

—Jamás pensaría eso. Eres la persona más fuerte que conozco.

Sus ojos verdes son un bosque después de la lluvia. Tempestuosos.

—Empecé a odiar a Justin, ¿sabes? Estaba postrada en la cama y no paraba de pensar en lo mucho que deseaba que se hubiera caído él. Y sé que es terrible pensar eso, pero todo me resultaba insoportable, por dentro y por fuera. Quería que entendiera por un segundo lo que sentía yo.

—Con gusto le haré entender lo que es el dolor. Solo dime cuándo.

Sierra se ríe entre lágrimas. Creo que no se da cuenta de que estoy hablando muy en serio. Si me dijera que sí, todo el mundo se enteraría de lo «agresivo» que puedo llegar a ser.

—No puedo permitirme que detengan a mi compañero. Todavía nos falta una competición.

—¿Y después de esa?

Su sonrisa desfallece cuando me mira a los ojos y se da cuenta de una realidad devastadora.

—Tenemos que ganar, Dylan.

Siento un peso de plomo en la garganta.

—Y vamos a ganar. —Ella asiente como si esta vez estuviera intentando creerme a mí y no a su cabeza—. Así que la próxima vez que quieras patinar como una desquiciada, avísame y voy contigo.

—Ni que hubieras estado libre —murmura, apartándose.

Mierda. Tendría que haberle contado lo del equipo. Me permitieron volver a jugar al hockey, pero después de quedar terceros no podía

celebrarlo con ella sabiendo que estaba sufriendo.

—No me debes una explicación ni nada —se apresura a decir—. Sé que el hockey es importante para ti.

—Tú eres importante para mí.

Sierra me mira con detenimiento, como intentando detectar una mirada o descifrar si me ha oído mal. Ninguno de los dos dice nada: ella, porque está sopesando el significado de mis palabras; yo, porque quiero dejar que su cerebro terco las asimile.

Entonces sonríe. Y casi me destruye. Ahí está otra vez. La chica del corazón tierno, herido.

Cuando vuelve a estremecerse, la suelto para que pueda ducharse. Pero, antes de que salga del baño, su mano me sujeta la muñeca.

Veo el movimiento delicado de su garganta.

—¿No te tienes que duchar tú también?

Si el corazón no se me hubiera detenido ya, lo haría ahora. ¿Acaso me está ofreciendo…? Mierda. No creo que sea capaz de negarme, pero intento pensar con la cabeza de arriba y no con la otra, la que se activa con toda la sangre fluyendo hacia abajo y me deja confundido.

—Sí. —Decido omitir el detalle de las otras cuatro duchas que hay en la casa.

—¿Te duchas conmigo? —Sierra da un paso hacia mí y apoya la cabeza en mi pecho—. No quiero estar sola.

Las palabras me abren un sinfín de fisuras dolorosas en el corazón y, por un momento, me olvido de respirar. Ella lleva todo este tiempo intentando hacerlo todo por su cuenta, pero ahora quiere estar conmigo.

—Te necesito, Dylan —susurra.

Una punzada de dolor se me clava en el pecho. Nunca nadie me ha dicho eso del modo en que lo dice ella, nadie que me necesitara por quien soy de verdad. He oído esas palabras en momentos de desesperación, perdidos en el éxtasis de un orgasmo, pero nunca así. Nunca con tanta vulnerabilidad y certeza.

Con un movimiento veloz, Sierra se quita el jersey empapado, que cae al suelo con un golpe húmedo. La camiseta de tirantes blanca se pega a su cuerpo mientras se quita las mallas, quedándose solo en ropa interior. Se queda de pie ahí, en medio de mi baño, semidesnuda, como desafiándome a mirarla.

Tengo la garganta más seca que si hubiera tragado polvo. Ha habido chicas desnudas en mi cama antes, pero nunca aquí, en la intimidad de mi baño, donde todo parece demasiado real. Y nunca fue Sierra.

Entonces ella baja la mirada a mis pantalones y algo se apodera de mí. Algo mucho más inteligente que yo. Me desabrocho los pantalones, los dejo caer junto con la camisa y me quedo solo en ropa interior. Cuando estiro la mano hacia su camiseta, ella me detiene. Sé que es por sus cicatrices, y desearía demostrarle lo hermosa que es por dentro y por fuera, pero me limito a guiarla bajo la ducha. Suelta un suspiro de satisfacción cuando el agua caliente le lame la piel.

Estoy empapado, igual que su camiseta y su ropa interior, pero no me permito mirarla. Al menos, no durante mucho tiempo. El mero hecho de verla aquí, en mi ducha, un lugar donde nunca ha estado nadie, me conmueve. Cuando apoya las manos en mi pecho, es casi

como si intentara calmar el ardor que vive ahí, como si lo viera sin necesidad de decírselo.

Sus dedos trazan un camino hacia abajo, midiendo los límites de los lugares donde puede tocarme. Yo la dejaría tocarme donde quisiera; solo tendría que pedírmelo. Pero eso no es lo que ella necesita ahora.

El agua cae sobre nosotros como una cascada, repiqueteando suavemente sobre los azulejos, pero el sonido parece muy lejano comparado con el pulso atronador en mis oídos. Cuando la miro, es como si mi corazón quisiera escapar de mi pecho.

—¿Por qué has venido a buscarme? —me pregunta de pronto.

«Porque soy incapaz de alejarme de ti, aunque probablemente debería».

—Porque somos compañeros.



Horas después, la dejo cambiarse y voy a buscar algo de comer. Los chicos entran con unas pizzas en el preciso momento en que ella sale de mi habitación, sepultada bajo mi camiseta y mis pantalones, cuyo elástico tuvo que doblar como cuatro veces para que no se le cayeran. Summer entra y se detiene junto a Kian, mientras Cole y Sebastian saludan a Sierra con la mano y llevan una pizza a la mesa. Summer y Kian se dan codazos, y pongo los ojos en blanco.

—Sierra —dicen al unísono.

Kian no le quita la mirada de encima a Sierra, vestida con mi ropa, y Summer sonríe como si, de pronto, lo entendiera todo.

—Tengo ropa arriba, ¿sabes? Avísame si quieres que te preste algo —le ofrece. Y luego gesticula con los labios: «Cuéntamelo todo», antes de subir al dormitorio de Aiden.

—Justo vengo de tu residencia —le dice Kian a Sierra.

—¿En serio? —preguntamos los dos al unísono. ¿Qué diablos hacía allí?

—Estoy en el grupo de estudio de Scarlett —explica con tono misterioso—. ¿Y vosotros qué hacíais?

Sierra me echa un vistazo, así que tomo las cajas de pizza de los brazos de Kian.

—Estábamos viendo unos vídeos.

Él suelta un murmullo para indicar que me ha oído.

—¿No os parece muy loco que, cuando conocí a Dylan, si se raspaba la rodilla jugando al hockey en la calle, se quedara tirado ahí y llorara hasta que venía su madre?

Sierra me mira y hace pucheros, fingiendo que le da pena.

—¿No te parece muy loco que, cuando te conocí, todavía le decías «mami» a la profesora? —contraataco.

—La señorita Marple estaba buenísima. Era a propósito. —Kian se encoge de hombros, sin inmutarse lo más mínimo.

Le doy un codazo para que se mueva y apoyo los platos en la mesa. Summer y Aiden también bajan a comer y ocupan sus sitios. Todavía tenemos la costumbre de cenar todos juntos que nos inculcó Eli.

Sierra viene a sentarse a mi lado y Kian se sienta frente a ella. Incluso cuando le cuenta otra de mis anécdotas más vergonzosas, no puedo concentrarme en otra cosa que no sea su risa estrepitosa. Y en que haré lo que sea para conseguirle esa victoria.



TREINTA Y DOS

SIERRA

Falta una semana para la segunda competición. Lidia nos ha permitido terminar más temprano hoy porque Dylan y yo ejecutamos a la perfección ambos programas. Como en la competición nos salieron bien las elevaciones, quiere aprovechar ese impulso. Si tenemos suerte, podríamos llegar a la final del Grand Prix por nuestras puntuaciones en la categoría Sénior B.

Dylan viene alternando entre jugar al hockey y entrenar conmigo y está exhausto, aunque jamás lo admitiría. Hace menos chistes, ya no deja que su mano «se resbale» de mi cintura a mi trasero ni fastidia a Lidia preguntándole a quién le manda mensajes. Pensé que quizá estuviera incubando una gripe desde aquella vez que me fue a buscar a la pista. Las cosas cambiaron después de que nos

duchamos juntos. Yo pensé que ahora me vería frágil, pero Dylan me trata con la misma destreza y seguridad de siempre.

Por eso, cuando me ha invitado a su casa hoy después de entrenar, insistiendo en que preparaba el mejor bocadillo de queso a la plancha y en que tenía que probarlo recién hecho, no he podido negarme. Encaramada en la encimera de la cocina, lo he observado cortar el bocadillo en diagonal y luego recostarse con esa sonrisa soberbia e insoportable mientras yo lo devoraba.

—Puedes reconocer que estaba rico. No me voy a regodear. Te lo prometo —me dice, mientras seca los platos.

—He comido bocadillos mejores —respondo, y estiro el cuello hacia ambos lados mientras suspiro.

—Igual de terca que siempre. —Dylan me echa un vistazo—. ¿Estás dolorida?

—Me matan los hombros. Y no esperaba que me siguieran doliendo tanto los tobillos.

—Creo que eso no se va nunca. —Dylan lanza el paño de cocina sobre la encimera—. ¿Te apetece mojarte?

Un calor al que no estoy acostumbrada brota en mi estómago.

—Si me salpicas con el grifo de la cocina, te voy a pegar un sartenazo. —Señalo el utensilio de hierro fundido sobre la placa—. Y si era un chiste con doble sentido, también te voy a golpear con la sartén.

—No, yo decía en el *jacuzzi* —responde, negando con la cabeza.

Echo un vistazo alrededor, como si fuera a entrar alguien.

—¿Nosotros dos? —pregunto casi en un susurro.

—No hay nadie más. ¿Llevas algo debajo? —me pregunta con un tono tan casual que se me acelera el pulso.

Sigo su mirada a mi jersey holgado y corto y a mis mallas grises. Sus ojos permanecen sobre mí un momento, y odio saber exactamente qué está pensando.

—Eh, sí, mamá —respondo, ignorando el calor que me sube por el cuello—. No tengo la costumbre de salir sin ropa interior.

—Bueno, al menos uno de los dos no la tiene.

—Puaj —digo, frunciendo el ceño—. No voy a meterme en tu *jacuzzi*.

—Es broma —se ríe—. Vamos, te va a ayudar con el dolor.

Ya se está alejando, así que no da lugar a peros. Cuando coge dos toallas para nosotros y cruzo las puertas correderas detrás de él, lo veo. El *jacuzzi* con la cara de Aiden Crawford, con la foto de su publicidad de Slink que he visto en las tiendas de alimentación.

Me derrito por completo cuando Dylan se quita la camiseta y se queda con los pantalones más cortos que le haya visto usar. Me permito mirarlo, pero, cuando sus ojos encuentran los míos, me doy la vuelta. Me quito los pantalones, contenta de haberme puesto ropa interior a juego. Por inercia, trato de cubrirme las cicatrices con el brazo, pero Dylan no me está mirando, así que subo rápidamente por el borde y casi gimo de placer al sumergirme en el agua, centímetro a centímetro.

—¿Se siente bien? —me pregunta.

Echo la cabeza hacia atrás y apoyo los brazos en el borde.

—Muy bien.

Los únicos sonidos que se escuchan son el burbujeo del agua y mis suspiros de placer ocasionales cuando el chorro me da en el lugar justo, en las pantorrillas o los glúteos.

—¿Por qué estás tan lejos? ¿Me tienes miedo, Romanova? —me desafía.

—¿Y tú a mí? —pregunto, arqueando una ceja.

—Muchísimo. —Dylan esboza una sonrisa burlona y sus ojos abrasadores se posan en mi pecho.

Envalentonada por un arrebato de confianza, avanzo hasta que mis rodillas chocan con las suyas. Él me observa con una intensidad inquebrantable, con un brazo apoyado en el borde, sentado ahí como un rey.

El aire frío me hace cosquillear la piel, y soy muy consciente de los ojos curiosos de Dylan, que recorren mi sujetador rojo, la piel desnuda de mi estómago y todas las partes de mi cuerpo que, por lo general, trato de esconder. Su mirada es firme, pero no me resulta invasiva. Es reverente. Como si quisiera memorizar mi cuerpo, centímetro a centímetro.

Quiero lamer las gotas de agua de su pecho. El pensamiento casi me hace retroceder por completo, pero creo que su mirada es la culpable de la hipnosis que me impulsa a subirme encima de él.

Dylan se queda quieto y luego acomoda la cadera para recostarse todavía más hacia atrás, conmigo sobre su regazo. Baja la mirada a mi pecho y la vuelve a levantar, con tanto desenfado que nadie pensaría que tiene a una chica semidesnuda sentada sobre su polla.

—Qué bonito conjunto —dice.

Trato de hacer como si sus palabras no me provocaran nada, pero el rubor que me sube por el cuello me delata. Cuando lo vuelvo a mirar, él sigue observándome como si no importara nada más que yo. Y eso no me asusta tanto como debería.

—No sabía que tu invitación al *jacuzzi* incluía código de vestimenta.

—Preferiría desnudez total, pero no quiero darles un espectáculo gratis a los vecinos.

Echo un vistazo a los árboles que rodean el patio. Es imposible que nos vea nadie. Cuando vuelvo a mirarlo, tiene los ojos clavados en mí, firmes e intensos, como si me leyera el pensamiento.

Traga saliva, con la voz espesa.

—Parece que te gusta mucho estar encima de mí —añade.

—Algo así —respondo, casi rozándole los labios.

El vapor del *jacuzzi* nos cubre la piel con una capa de humedad. Las gotas de condensación se deslizan por mi pecho y por el suyo, y siento un calor creciendo dentro de mí. Un hambre voraz.

—¿Qué estás haciendo, Sierra?

Va a obligarme a decirlo, lo sé. Pero no me conoce si cree que voy a rendirme tan fácilmente. Terca. Así me dice, ¿o no?

—Disfrutando de tu *jacuzzi* —respondo con total tranquilidad.

—¿Disfrutas de algo más? —pregunta, bajando la mirada entre nosotros.

—No sabría decirte. Es como estar sentada sobre una estatua.

Dylan reprime una sonrisa.

—Depende de ti hacer que se despierte, cielo.

Frustrada, dejo caer todo mi peso sobre su regazo y me muevo lentamente. Él infla el pecho y un gruñido bajo le vibra en la garganta. No hace más que mirarme, dejando que su aliento cálido me roce la piel. No soporto más esta tortura que yo misma me impongo.

—¿Dylan? —susurro.

Él tarda varios segundos en responder.

—¿Mm?

—No quiero que sea solo un beso.

Él gruñe tan fuerte que siento la vibración contra mi piel.

—Por fin, joder.

Su mano me rodea el cuello y arrastra mi boca a la suya.

—Me has engañado —jadeo la acusación entre besos hambrientos.

Él tarda un poco en responder, si es que me escucha siquiera, porque sus manos están por todas partes. Cálidas y seguras, recorren mi cuerpo, me rozan el sujetador, se deslizan por mi espalda. Todos mis nervios se encienden con el contacto y, cuando me aprieta el trasero, cabe en las palmas de sus manos como si yo estuviera hecha para él.

—¿En serio? —murmura, aunque su atención está en otro lado.

—Sí —digo con esfuerzo, aunque la palabra se transforma en un gemido cuando me lame el cuello, desplegando una ola de calor que me atraviesa—. Solo he venido por el sándwich.

—Qué bien. Tú ya has comido, ahora me toca a mí. —Sin más, me desabrocha el sujetador y lo desliza por mis hombros. No hago ningún comentario sobre la facilidad con que me lo quita, pero en alguna parte de mí, la más mezquina, se enciende una chispa de celos. Una envidia silenciosa por las chicas que lo tuvieron así antes que yo, que conocieron el peso de sus manos, el modo en que agarra, el modo en que posee.

—¿Ya habías hecho esto? —Las palabras se me escapan. «Cállate, Sierra».

Dylan levanta la mirada y frunce el ceño.

—Sí, en mi coche. Tú estabas ahí.

—Me refiero aquí. Con otras chicas —respondo con una mueca.

Al oírme, baja el ritmo y me acaricia con suavidad la mejilla.

—Solo me importas tú. —De pronto, pestañea al darse cuenta de algo—. No tengo nada. Me hago análisis a menudo. No estuve con nadie desde que t… Jamás te pondría en riesgo. Puedo enseñarte…

En ese momento, lo beso. Ya sé que Dylan no me haría algo así. Me duele un poco que se vea a sí mismo de esa manera.

—Lo sé —susurro—. Es solo… ¿Me puedes tocar ahora?

Mis celos sin sentido se disuelven en el vapor que nos rodea.

Él duda un momento, pero después me manosea las tetas.

—Primero quiero follármelas a ellas. Me has hecho esperar para verlas, ¿eh?

—Entonces, ¿a qué esperas?

Él suelta una risita y me acaricia la mejilla.

—Eres tan bonita.

—Deja de decirme bonita.

—No puedo.

Nerviosa, meto la mano entre nosotros y la deslizo dentro de sus pantalones cortos para rodearlo, duro y caliente. Pero, entonces, se ilumina la pantalla de su móvil, apoyado en el borde del *jacuzzi*, y se escucha la puerta de un coche cerrándose.

Dylan maldice por lo bajo.

—Han llegado los chicos.

Abro mucho los ojos y miro hacia abajo: estoy empapada y semidesnuda. Dylan hace lo mismo y sus ojos se oscurecen con un brillo posesivo que lo impulsa a sacarme del *jacuzzi* en brazos. Sin soltarme, me envuelve en una toalla y cruzamos el salón,

chorreando agua, justo cuando se oye el sonido del pomo. Apenas entramos en su habitación y cierra la puerta, me arrincona contra ella. Me besa hasta que no soy más que jadeos entrecortados y deseo urgente.

Me tapo la boca con la mano, pero la aparto cuando Dylan me clava la mirada.

—Nos van a oír tus amigos —le digo.

—Mientras no te vean, me importa un rábano lo que oigan —responde—. Y no quiero que te contengas. Te voy a hacer gritar, cielo.

Dylan me aparta la ropa interior a un lado y presiona con el pulgar mi clítoris inflamado.

—Estás empapada —murmura antes de sacar el dedo y llevárselo a la boca.

Dejo caer la cabeza suavemente contra la puerta.

—Hazlo otra vez.

Pero, en lugar de obedecer, Dylan me mete el dedo en la boca. Paso la lengua por su pulgar grueso y él me eleva todavía más, sujetándome con una sola mano bajo el trasero. Después, con un movimiento ágil, me mete dos dedos. Me besa despacio, como si no se estuviera moviendo rápido entre mis piernas, tan profundo que siento sus nudillos rozándome. Acabo con ganas, gritando tan fuerte como para que me oiga toda la manzana.

—Lo siento —digo instintivamente.

Él me da un golpecito entre las piernas y suelto un chillido. Trato de mirarlo con mala cara, pero no me sale porque todavía tengo los ojos entumecidos por el orgasmo.

—Bueno, no lo siento.

—Ah, ¿no? Entonces, arrodíllate y muéstrame lo poco que lo sientes. Si no, cuando por fin esté dentro de ti, no voy a dejarte acabar hasta estar satisfecho.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Apostamos?

—Pon los ojos en blanco otra vez, Sierra, pero ahora con mi polla en la boca.

Me pongo de rodillas y lo miro con cara de inocente antes de bajarle los pantalones. Tiene la polla gruesa, larga y curva. Con apenas una lamida juguetona, Dylan ya me sujeta del pelo y me echa la cabeza hacia atrás, gimiendo por lo bajo.

—Abre bien —susurra y, cuando obedezco, me escupe en la boca. Paso la lengua hasta la punta, donde brillan gotitas de líquido preseminal. Pero, en vez de usar la boca, lo empujo para que se siente en la cama. Me junto los pechos con las manos y deslizo su polla entre ellos. Dylan se atraganta o gruñe, no sé bien cuál de las dos cosas, pero la expresión de su rostro dibuja una sonrisa traviesa en el mío. Antes de que pueda disfrutarlo del todo, se levanta y me golpea la lengua con la punta antes de deslizarla entre mis labios. Trazo círculos con la lengua sobre la cabeza y después bajo para lamer todo el tronco, y él gruñe mi nombre.

—Cuando acabe, será dentro de ti, mientras me miras a los ojos. Antes no.

Siento un estallido de calor cuando me hace levantar y me lleva a la cama. Al bajarme la ropa interior, sus ojos se posan sobre mi tobillera. Los dos nos quedamos quietos. No sé si es lujuria o lucidez, pero le digo:

—Quítamela.

Dylan titubea. Pero la tobillera no es mía. La única suerte que necesito es mi talento y a mi compañero. Le empujo el pecho con el tobillo, y él la desabrocha y la lanza sin mucho cuidado sobre su mesilla de noche, como si hubiera estado deseando hacerlo.

Sin previo aviso, hunde el rostro entre mis piernas. Me devora como si fuera una recompensa. Las piernas me tiemblan tanto que tiene que sujetármelas para que no se cierren. Acabo tan fuerte que todo se vuelve luz y calor.

Después, se abre el cajón, se oye el crujido de un envoltorio de aluminio y Dylan se pone el condón; todo pasa tan rápido que me quedo helada. Ha pasado tanto tiempo que no sé cómo va a reaccionar mi cuerpo.

Mi primera vez fue rara, un poco incómoda y… sentí alivio cuando terminó. Con Justin, todo era mecánico. No había caricias ni provocación, era un acto simple y desprovisto de placer. Pensé que así tenía que ser, o que yo era muy mala en eso. Lo cual es una posibilidad, teniendo en cuenta que solo tuve sexo con dos personas. Dylan tiene mucha experiencia, y un beso suyo me provoca más sensaciones de las que tuve acostándome con otras personas. Me aterra pensar que no seré tan buena como las otras chicas con las que estuvo. Y necesito ser lo bastante buena para él.

—¿Estás bien? —me pregunta, escrutándome el rostro.

—Nunca lo he hecho con la luz encendida. —Es lo único que se me ocurre decir, y es verdad. Nunca nadie me ha visto expuesta por completo.

—¿Nunca?

—No me pareció que hubiera nada digno de mirar.

—Eres digna de estar en un museo, cielo —dice él, sonriendo.

Me sonrojo, y estoy segura de que ve las manchas rojas sobre mi piel.

—Es que… vayamos despacio, ¿sí? —Me siento una puritana, pero él asiente con dulzura.

—Tú mandas.

—Como siempre —bromeo.

—Dios, esa boquita. —Dylan me besa con ganas y se aparta para presionar la punta de su polla contra mi centro húmedo. Después, despacio, más despacio de lo que habría hecho normalmente, estoy segura, se desliza dentro de mí. Con las manos en mis caderas, me penetra con suavidad, y el dolor se transforma en un calor desesperado. Voy al encuentro de sus movimientos, aferrándome a la sábana y rodeándolo con las piernas.

—¿Así está bien? —me pregunta con una voz que me deja el cerebro en cortocircuito.

Mi cuerpo lo suplica.

—Más rápido.

Él duda hasta que se lo pido otra vez. Entonces hunde el rostro en mi cuello y me folla tan rápido que casi no puedo respirar.

—Dios, qué bien lo haces —suelto.

—Seguro que desearías que te hubiera follado antes, ¿no?

—Seguro que tú desearías que te hubiera dejado follarme antes —replico.

Dylan embiste con más fuerza y me arranca un gemido sonoro. Lo ahogo con una mano sobre la boca, pero él atrapa mis muñecas y las sujeta por encima de mi cabeza.

—Déjalas ahí.

Obedezco y lo observo recorrerme todo el cuerpo con las manos. Le presta mucha atención a mis cicatrices, y no lo soporto. Cuando bajo la mano para taparlas, frunce el ceño. Con un movimiento rápido, me levanta y me acerca a él hasta que quedo sentada sobre su regazo, con la espalda contra su pecho. Nos coloca en el borde de la cama y, al levantar la vista, veo que estamos frente al espejo del armario. Jadeo al ver mi rostro sonrojado y su cuerpo enredado con el mío.

—Chupa —me ordena cuando sus dedos se posan sobre mis labios. Los introduce en mi boca y me esfuerzo por hacerlo bien, esperando que no note que estoy temblando. Los saca despacio y lleva las manos a su polla. Después, sin decir nada, me eleva un poco y se hunde todo lo que puede dentro de mí. La fricción húmeda me hace contraerme.

—Vamos, entera, Sierra.

—N… Mierda, no puedo. —Es imposible que entre toda en esta postura.

—Claro que puedes. No nos rendimos —dice, mordisqueándome el mentón—. Tócate. Enséñame cómo te excitas jugando con mi polla.

Obvio que quiere eso. Solo yo podría pasar de chica inexperta a follarme a Dylan Donovan frente al espejo. Dudo, con el calor subiéndome a las mejillas, hasta que él guía mi mano entre mis piernas.

—Mírate, cielo. Eres lo más bonito que he visto en mi vida, y te estás portando muy bien. —Me besa la mejilla—. Mi dulce chica.

Casi se me para el corazón. Nunca me habían dicho «dulce». Me aprieto más contra él y le arranco un gruñido gutural. Me mueve

arriba y abajo sobre su erección mientras yo dibujo círculos sobre mi clítoris lentamente, hasta dejar caer la cabeza sobre su hombro.

Él me rodea el cuello con la mano y me obliga a mirar al frente otra vez.

—He dicho que te mires, Sierra. Quiero que veas lo que veo yo. Mira lo guapa que eres.

—Dylan —gimo, incapaz de soportar cómo me aprieta los pechos mientras embiste con más fuerza. Estoy demasiado sensible, demasiado ida. No puedo ni pensar, y eso nunca me había pasado.

—Dilo. Di que eres guapa.

Las palabras se me quedan atrapadas un instante en la garganta, negándose a salir.

—Soy guapa.

—Muy bien. Otra vez.

En el espejo, sus piernas abren las mías, su mano pesada recorre mis cicatrices y sus ojos castaños me miran con una expresión que me enciende el corazón. Es difícil negarlo cuando me mira así.

—Soy guapa —repito—. Y cuando más guapa me siento es cuando estoy contigo.

Él embiste y, esta vez, me deja echar la cabeza hacia atrás para atrapar cada uno de mis gemidos con su boca.

—Eso es. Ahora enséñame lo pervertida que puedes ser.

Intento acompasarme a sus movimientos, me inclino hacia delante de modo que mis manos descansan en sus rodillas. Él parece disfrutar del sonido que surge cuando me llena por completo. Susurro que voy a acabar y, antes de poder respirar, me hace girar para que lo mire. Es brusco, pero sabe que puedo soportarlo. Sabe que no soy débil ni frágil.

—Solo vas a acabar cuando me mires a los ojos. Vas a saber que soy yo quien te hace sentir así.

Mis manos se tensan sobre los músculos de sus hombros.

—Por favor. Necesito… No puedo…

—Te gusta ganar, ¿no, Sierra? —pregunta Dylan con voz ronca—. Cabálgame como una campeona, cielo.

Lo tomo como un desafío; él sabía que sería así. Muevo las caderas, sintiendo cómo se tensan su abdomen y sus manos, y juraría que lo oigo gemir. Entonces toma el control. Me coloca boca arriba y estimula mi punto G como si hubiera estado esperando este momento, y no es de extrañar que acabe con tanta fuerza que hasta me pitan los oídos.

Me dejo caer sobre él y Dylan me abraza con fuerza.

Pum-pum. Pum-pum. Pum-pum.

—Sueño contigo —susurra, y las palabras me golpean como una ráfaga de aire frío.

Los segundos se alargan, densos y eternos, antes de poder separarme, aún sin aliento. Tengo la sensación de que Dylan no pretendía decirlo en voz alta, pero no parece avergonzado.

—En mis sueños hay muchos sonidos bonitos como los que acabas de hacer —me dice—. Pero, sobre todo, hay esto. Poder abrazarte después.

Mi corazón intenta huir de mi pecho para refugiarse en sus brazos.

—Dylan.

—No digas nada —se apresura a decir—. Sé quién soy y lo que todos piensan de mí. Y no me importa si eso significa poder tenerte así. No me importa en absoluto.

—Pero…

—Somos compañeros, ya lo sé. No quieres otra cosa, y yo tampoco. Sin compromiso. Nada va a impedir que ganes. Te lo prometo.

Suena horrible cuando lo dice así. Como si estuviéramos lanzando pasta a la pared con la esperanza de que algún fideo se quede pegado. Pero, aun así, sé que tiene razón. Me entregué a Justin y, a cambio, lo perdí a él y perdí todo lo que amaba esa noche. Deseo tanto que esta vez sea distinto que no puedo repetir el pasado. Lo que tenemos Dylan y yo no es complicado. Nuestras metas giran en torno a lo que necesitamos el uno del otro, y no voy a desviarme de eso.

Él se desliza fuera de mí lentamente, dejando un vacío doloroso, como si se llevara una parte de mí. Mi cuerpo está rendido; cada centímetro vibra con las réplicas del orgasmo, y lo que siento ahora me resulta tan ajeno que me inquieta.

Toda mi vida he tenido el control. Y después, cuando golpeé ese hielo, perdí el eje. Incluso mirarme al espejo (cosa que casi no hago) se sentía mal, porque no reconocía a la chica que me devolvía la mirada. Todo este tiempo he estado tan desesperada por recuperar a la antigua yo que aceptar a la nueva parece una traición. Y entonces ocurre algo bochornoso.

Empiezo a llorar.

Dylan parece aterrorizado mientras tira el condón deprisa y me tumba en la cama.

—Dime qué puedo hacer.

—Estoy bien. No… Dios, qué vergüenza. No sé ni por qué estoy llorando —sollozo.

—Oye, no pasa nada. Te dije que no tienes por qué sentir vergüenza conmigo. —Me besa la nariz—. Es normal. El sexo puede despertar muchas emociones, y seguro te han venido todas de golpe. Vas a estar bien.

—No suelo reaccionar así —murmuro contra su pecho.

—Tienes derecho a sentir cosas, Sierra —responde con una risita —. Sean buenas o malas, estoy aquí para ti.

Cuando apaga la única luz de la habitación, por un momento entro en pánico. Él debe notar mi sobresalto, porque vuelve a encender la lámpara.

—No puedo dormir a oscuras desde…

—La dejamos encendida entonces.

—Pero es molesto. Puedo pedir un coche, no pasa nada —digo, volviendo a coger el móvil. Quedarme me resulta mucho más pesado.

—Shh. —Dylan me atrae hacia él como si la luz no le molestara.

Siento que este es el motivo por el que los humanos tenemos piel, para que nos consuma este contacto desesperado y la sensación que despierta en mi columna vertebral. Lo que más miedo me da es que me hace sentir que podría quedarme, que podría dormir envuelta en sus brazos y nada más.

Pero nunca me he quedado dormida con nadie. No sé si despertaría en medio de un ataque de pánico o si mi cerebro encontraría otra cosa para alterarme. Me he vuelto tan impredecible, incluso para mí misma, que resulta aterrador. Eso me hace tomar conciencia de lo que acaba de pasar entre Dylan y yo, y de todo lo que está en juego.

El sueño no llega, pero no me muevo hasta estar segura de que él se ha quedado dormido.



TREINTA Y TRES

DYLAN

Me despierto con una sonrisa. Una de verdad. Hacía mucho que no pasaba eso.

Los ojos verdes de Sierra brillaban como brasas, ardiendo con algo que nunca había visto antes. Hasta se quitó esa estúpida tobillera que le regaló Justin. Yo la odiaba porque ella no necesita amuletos para la buena suerte. Todo es mérito suyo, y me alegro de que por fin se haya dado cuenta.

Otras veces ya hemos estado cerca, más cerca de lo que está la mayoría de la gente en el día a día, pero esta vez todo ha cambiado. He memorizado su calor, su suavidad, el modo delicado en que se amolda a mis brazos y a mi regazo. Necesitaba tenerla de todas las formas posibles. Y ahora no puedo cerrar el agujero en mi pecho,

que se ha agrandado mientras le daba lo que ella necesitaba. Lo que yo necesitaba.

Pero, al abrir los ojos, se me borra la sonrisa. Siento el dolor salvaje del vacío, como la pared de una caverna erosionada por el goteo constante del agua. Gris, hueca, abandonada.

Mi cama está vacía, excepto por el aroma persistente a cereza que perdura en mis almohadas. Las almohadas nuevas, las que todavía no huelen a mí, pero se aferran a su aroma como si esa fuera su función.

Me destroza pensar que Sierra se ha despertado antes que yo y que lo primero que ha querido hacer ha sido marcharse. Me hace pensar en todas las veces que me sentí aliviado al quedarme solo después de pasar la noche con una chica, o cuando me iba de sus habitaciones porque eso era lo que querían. Es lo que siempre querían. Nadie quiere quedarse, y yo nunca se lo pediría tampoco. Entonces, ¿por qué esto me parece tan distinto?

Cojo el teléfono de la cómoda y veo un correo electrónico de Lidia sobre la competición en Lake Placid del fin de semana que viene, además de unos mensajes sobre otra fiesta. Las chicas de una sororidad, los de mi fraternidad, Sampson; ayer los ignoré a todos porque ninguno me importaba. Antes, siempre respondía a esos mensajes, iba a donde iban los demás, escuchaba los gritos de «¡Doble D!» y me transformaba en la persona que ellos querían que fuera hasta que ya ni sentía el sabor a alcohol.

Voy al baño, pero la sequedad de mi garganta no cede ni siquiera después de cepillarme los dientes. La casa está vacía porque Aiden volvió a Toronto esta mañana y Summer está en Casa Iona.

Kian tiene clases todo el día, así que va directo a la pista para el entrenamiento. Aunque el de hoy es más corto, eso no significa que estaré menos cansado para los saltos de después. Pero eso no es un problema. Voy a hacer las dos cosas y no dejaré que nadie me lo impida. Ni siquiera lo mucho que estoy sudando antes de entrar siquiera en la pista.

Cole me da una palmada en la espalda.

—¿Estás bien, Capitancillo?

—¿Capitancillo?

—Es verdad, tú no lo sabes. —Se ríe—. Te hemos estado llamando «Capitancillo» desde que pasó todo lo de ser capitán, porque estuviste un tiempo nada más, ¿sabes? Por eso el apodo.

Lo embisto con el hombro para apartarlo, y él se va al borde de la pista y finge estar herido. Pero sus palabras siguen rondándome la cabeza mientras van llegando los demás. Hay una dinámica aquí que me perdí. Es como volver a casa por vacaciones y descubrir que han convertido tu habitación en un gimnasio.

—¿Cómo se llama Kilner? —pregunta uno de los chicos, que está firmando una tarjeta de cumpleaños.

—Yo pensaba que se llamaba Entrenador —responde Kian, rascándose la cabeza.

—Donovan, tengo buenas noticias. —Kilner viene hacia nosotros —. Vas a jugar en el partido de la semana que viene contra Yale. Tenemos que jugar mejor que nunca y no dejar que nos ganen las emociones.

Lo que quiere decir es: «No pierdas la cabeza». Antes de este verano, jamás pisaba Yale sin usar un collar de ajo. Todas las chicas de allí que conozco venían a nuestra casa o nos besuqueábamos un

poco en el Myth y nada más. Después de que destrozaran nuestro campus a principios de año, la rivalidad empeoró. Me expulsaron por juego brusco y conducta antideportiva. Puras estupideces, en mi opinión. Me dio igual, porque ese día estaba esperando una llamada de mi madre. Esperaba oírla decir que se había ido y que ya no tendríamos que lidiar con mi padre.

Nunca llegó.

—Por supuesto, entrenador —digo, y con la voz tan irritada que termino tosiendo. Todos me miran.

—¿Estás enfermo? —me pregunta Kian, y todo el equipo empieza a retroceder. Ninguno puede permitirse enfermarse, menos ahora que están a punto de empezar los partidos de la ECAC. Yo estoy exhausto, pero ni loco admitiría eso ni que, por primera vez, no me entusiasma un partido con nuestros grandes rivales.

—Estoy bien —murmuro, y la mirada que le lanzo a mi amigo basta para que cierre la boca. El entrenador no dice nada. Sopla el silbato y, sin más, empezamos a hacer los ejercicios.

—¿Seguro que estás bien? —insiste Kian, estirándose para tocarme la frente. Le aparto la mano de un golpe.

—Estoy cansado nada más. Tuve una noche larga.

—Sí, escuché —replica con tono burlón—. Tendrías que haber visto la cara que puse cuando me crucé con Sierra mientras se iba. Nunca la vi sonrojarse así.

Yo tampoco. No hasta que estuve tan metido dentro de ella que hundió el rostro en mi cuello.

Llevamos media hora de entrenamiento cuando se me empieza a nublar la vista. Me balanceo, apoyándome más en el palo que en los

patines. El silbato suena otra vez y siento que me va a estallar la cabeza.

Veo los zapatos de Kilner antes de escuchar su voz.

—Estás enfermo.

—Debe de ser alergia. Estoy bien —respondo, pero me duele al parpadear.

—No eres alérgico. Y apenas puedes levantar la cabeza —ladra.

Me obligo a enderezarme, pero él me mira imperturbable; mi actuación no lo engaña en absoluto. Este hombre es un mago.

—Vete de mi pista y descansa un poco, o te sacaré de la primera línea para el partido contra Yale.

—No —respondo enseguida—. Me voy. Solo tengo que avisarle a Lidia antes…

—Yo le aviso. Vete antes de que contagies a los nuevos. Ellos no tienen la resistencia que teníais vosotros, idiotas.

Eso es verdad. Nuestro primer año no era para blandos, y en gran parte fue por Kian y por mí.

Él patina a mi lado.

—Entrenador, mejor voy con Dylan para cuidarlo. Así que hoy no voy a poder lavar los uniformes.

Kilner lo observa.

—Bueno, por hoy ya habéis terminado. Id a casa.

—No, entrenador, él se puede qued… —El resto de mi frase muere en la palma de Kian cuando me empuja fuera de la pista.



¿Por qué a las personas nobles como yo nos castigan por nuestros buenos actos?

Aunque, por más que tuviera la respuesta, repetiría todo lo que pasó ayer igualmente. Y más de una vez.

Kian entra en mi habitación.

—Te hice sopa. Summer dijo que estaba horrible, pero le puse un montón de salsa picante, así que no vas a notar otra cosa. —Trae una bandeja con un florero con un girasol, como si fuera mi madre.

—Es verde —digo, mirando el cuenco.

—El brócoli y la espinaca dominaron el color. Y el sabor. Y el olor.

—Gracias. Ahora, por favor, tírala por la ventana.

—¿Me he matado en la cocina por ti y así me lo agradeces? —resopla.

—Si tanto te gusta, bébetela tú.

Mi amigo hace una mueca y apoya la bandeja en mi mesilla de noche.

—Sí, es verdad, parece agua de alcantarilla picante. —Tras sentarse en el borde de mi cama, me pregunta—: ¿Cómo está Sierra?

Ya sé que sabe lo de ayer; tampoco nos esforzamos mucho por ser silenciosos. Pero no es invasivo, como siempre, y me mira con lástima.

Me duele la cabeza, y mis sábanas están cálidas como el cuerpo de Sierra.

—¿Por qué me miras así?

—Porque ella no está aquí.

—Por lo general, las chicas no se quedan a dormir —respondo, encogiéndome de hombros—. Ya lo sabes. —Incluso incluirla en esa

categoría me parece mal.

—No pasa nada, tío, todavía me tienes a mí —me dice, esponjándome la almohada.

Debo de estar enfermo de verdad, porque respondo:

—Sí, al menos te tengo a ti.

—¿Quieres que hagamos un maratón de pelis? Tengo el montaje del director —sugiere, sonriente. El ritual de Kian cuando está enfermo, además de quejarse, es ver *Shrek 2* o la versión extendida de *Crepúsculo* en el salón, para que todos lo vean actuar como si se estuviera muriendo.

—Debería dormir —digo, y él asiente antes de salir y cerrar la puerta.

Horas más tarde, abro los ojos al sentir una caricia suave en la frente. Entonces la veo, como si fuera un sueño. Descalza, con el pelo trenzado y una de sus bufandas puesta.

Se me detiene el corazón.

—Hola.

Sierra me acaricia la mejilla, casi con expresión culpable.

—¿Te has enfermado por mi culpa?

—Me sacrifiqué por el equipo —respondo, y ella se queda mirándome, seguramente pensando que nuestro entrenamiento o la ducha de la otra noche tuvieron algo que ver. Quizá sea cierto, pero jamás se lo diría—. Tú no hiciste nada, Sierra.

—Lidia me dijo que se cancelaba el entrenamiento. Pensé que después de lo de anoche, te arrepentías de…

—Sierra —la interrumpo, sabiendo que, si la dejo terminar de hablar, no podré soportarlo—. No me arrepiento de nada de lo que pasó anoche. Si te hubieras quedado, lo sabrías.

No es mi intención hablar con tono acusador, pero lo hago, y ella abre mucho los ojos.

—Tendría que haberte dicho que me iba. Pero no somos…

—No pasa nada. Estoy acostumbrado —digo, restándole importancia—. Pero siento haber arruinado nuestro calendario de entrenamiento.

Sierra deja caer la mano de mi rostro.

—¿Crees que eso es lo que me importa? He visto lo mucho que te exiges. Es ridículo todo lo que estás haciendo. Necesitas descansar.

—Quiero hacerlo. —Sueno a la defensiva—. El entrenador me puso en la primera línea para el partido contra Yale.

—Te lo mereces —responde, esbozando una leve sonrisa.

—Deberías venir. Jugamos en casa —digo—. Es prácticamente tu deber como compañera.

—¿Ah, sí? —pregunta, levantando una ceja—. ¿Es una norma tácita para los dúos de patinadoras artísticas y jugadores de hockey?

—Exacto —respondo—. Creo que además tienes que llevar mi jersey.

—Supongo que sí. Hasta te llamaré capitán desde mi asiento junto a la pista.

Mirándola muy serio, me abalanzo sobre ella y cae sobre mi cama. Suelta una carcajada, y le hago cosquillas hasta que me suplica que pare. Cuando por fin lo hago, los dos estamos agitados, a centímetros de distancia. Quiero besarla.

Pero no quiero contagiarla. Y sé que, si la beso, no voy a poder parar. Así que, en vez de sentir sus labios contra los míos, le doy un beso en la frente.

Nos sentamos otra vez y el aire se carga de incomodidad. Pero entonces ella se incorpora, como si acabara de tomar una decisión.

—Bueno, que te mejores. Lidia no nos va a tener piedad cuando vuelvas —me dice—. Nos vemos en la pista, compañero.

Y después se marcha tan rápido que me quedo desconcertado ante su ausencia.

Mi gripe parece haber empeorado cuando me obligo a salir de la cama para ir a por agua. Estoy en la cocina cuando suena el timbre. No abro, pero parece que nadie más tiene intención de hacerlo.

Envuelto en mi manta, voy a la puerta arrastrando los pies con las zapatillas de Kian, pero, cuando la abro, no hay nadie. Más vale que no sean esos críos tocando el timbre y saliendo corriendo. Kian y yo vamos a tener que asustarlos otra vez.

Estoy a punto de cerrarla cuando un coche negro que se aleja a toda velocidad me llama la atención. Entonces bajo la mirada y veo una bolsa blanca en el escalón. La meto en casa y, al abrirla, encuentro un recipiente de sopa de pollo con una nota escrita con letra pulcra pegada a la tapa.

Es de lata. No te creas tan importante.

Suelto una risa seca y, cuando voy a guardar la bolsa, noto que tiene algo más dentro. Una bufanda.

Esto sí lo he hecho yo. Con los pies ;)

Al instante, cojo el teléfono para escribirle.

Dylan: No me creo importante para nada.
Gracias por el kit de primeros auxilios

Sierra: No tengo ni idea de qué estás hablando.
Ve a que te revisen el cerebro, abuelo

Y después, dos minutos más tarde:

Sierra: De nada



TREINTA Y CUATRO

SIERRA

—Bueno, ahora prueba tú —me dice Scarlett.

Está sentada sobre mi maleta mientras yo intento cerrar la cremallera. Desliza el dedo por la pantalla del móvil y va leyendo los nombres de todas las parejas de patinadores que van a la competición. Vamos a ir a Lake Placid para la competición de Sénior B.

Por más que concentre toda mi energía en intentar cerrar la maleta, demasiado llena, mi cabeza se va a otro lado. Todavía siento los movimientos de la lengua de Dylan sobre mi clítoris, el sonido que escapó de mis labios cuando se deslizó dentro de mí. Fue demasiado y demasiado poco a la vez. Y más tarde, cuando la luz matinal se coló por las cortinas, lo miré dormir. Tan tranquilo y

angelical, todo lo contrario a las cosas muy poco angelicales que me había hecho unas horas antes.

Me sentí renovada y, por algún motivo, más yo misma. Es como si no hubiera sido consciente de que estaba prisionera en una torre de marfil que yo misma había construido. Solo cuando llegó Dylan y me ayudó a salir de ahí comprendí cuánto me estaba perdiendo por culpa de mis pensamientos. No sé por qué, pero cuando me besó, sentí como si hubiera roto mis cadenas.

—Estos patinadores deben de ser modelos. Mira al equipo ruso. —Scarlett me planta el teléfono delante de la cara. La pareja compitió antes que Justin y yo en los Juegos Olímpicos y completó su programa libre a la perfección. Yo no estaba preocupada, pero en cuanto sentí que la mano de Justin se separaba de la mía, supe que habíamos perdido.

Ellos ganaron el oro. Yo gané una vida de sufrimiento.

Scarlett parece darse cuenta demasiado tarde, pero aun así lanza el teléfono sobre la cama como si no hubiera dicho nada.

—¿Qué has metido? ¿Ladrillos para tirárselos a los demás patinadores?

Con un último tirón, la maleta se cierra y me dejo caer a su lado, aliviada. Scarlett se incorpora e intenta levantarla, pero fracasa estrepitosamente. Siempre prefiere fortalecer los músculos de la mente antes que los de los brazos.

—Nos vamos dos noches. Lidia me dijo que metiera en una maleta todo lo que voy a necesitar.

—¿Necesitas lana y agujas de tejer? —me pregunta mi amiga, arqueando las cejas.

—Tejer me ayuda a relajarme.

—Tú y mi abuela habríais sido muy buenas amigas. —Scarlett hace una pausa—. Si estuviera viva.

—No te quejaste cuando te tejí ese cárdigan.

Scarlett arrastra la maleta para levantarla.

—Eso fue para un concierto y me hizo muy feliz, pero ¿vas a tener tiempo de tejer?

—¿Qué más voy a hacer metida en la habitación del hotel durante horas? —replico, encogiéndome de hombros.

—Ya me he encargado de eso por ti. Te dejé un regalito en la maleta. Luego me das las gracias. —La miro con los ojos entrecerrados, pero ella me devuelve una mirada pícara, consciente de que no puedo abrirla ahora para comprobarlo—. O puedes hacer lo que haga Dylan. Seguro que él nunca se aburre.

—Tu interés por su vida personal es digno de estudio.

—Ese chico tiene algo hipnótico. Es difícil apartar la mirada de él. Pero ¿de vosotros dos juntos? Imposible.

—¿Estamos más buenos que los rusos?

—Mucho más. —Scarlett sonríe de oreja a oreja y me ayuda a levantarme—. Además, dudo que alguno de estos patinadores haya inaugurado el equipo besándose sobre las colchonetas.

Llevamos mi maleta y mi bolsa del gimnasio, con los patines y el vestuario, hasta la puerta de entrada. Solo cuando subo al coche, Lidia me comenta que Dylan tiene entrenamiento de hockey, así que irá directamente al estadio de Lake Placid más tarde.



—¡He llegado! —dice Dylan en cuanto cruza la puerta de la sala de espera, justo cuando cuento treinta y dos minutos desde que estoy aquí, con los patines puestos y lista para empezar. Todos los patinadores se giran para mirarlo, pero él ni siquiera se molesta en sonreír. Parece exhausto.

Su pelo, que suele peinar hacia atrás y cubrir con una gorra de béisbol del revés, está desordenado, y lleva una camiseta y unos pantalones deportivos. Deja caer su bolsa con un ruido sordo y luego se desploma en el banco a mi lado.

Antes de la presentación, tenemos el viernes para familiarizarnos con el estadio y practicar una vez más. Aquí haremos nuestro programa corto y nuestro programa libre, y nos darán la puntuación individual de cada uno antes de combinarlas para la puntuación final. El programa libre, o largo, es el que más me preocupa. Si nos va bien en ese, conseguiremos una buena cantidad de puntos.

—Tranquila. —Dylan me da un golpecito con el hombro.

—Estoy tranquila —murmuro. Ha llegado tarde. Podríamos haber pulido muchos detalles de los programas.

—Estás sacudiendo tanto la pierna que la gente se pregunta si hay un terremoto.

—¿Y tu ceño fruncido los tranquiliza? Creo que has asustado a un par.

—¿Estás enfadada conmigo o algo así?

—¿Qué? No. Solo estoy… nerviosa. —Esta es nuestra última oportunidad de que nos tengan en cuenta para una competición más importante, así que estoy un poco irritable.

Dylan apoya algo en mi pierna sin decir nada y, cuando bajo la mirada, veo una chocolatina con mantequilla de cacahuete. El gesto

me toca el corazón.

—No era mi intención llegar tarde, Sierra.

—Ya lo sé —respondo—. Te he dicho que no estoy enfadada contigo.

—Parpadeas dos veces cuando mientes —dice con calma, mientras termina de atarse los patines—. Y te tiembla un poco la nariz, como a Pinocho.

—Eres…

—Ya basta —nos reprende Lidia—. Acabamos de llegar. ¿Cómo puede ser que ya estéis discutiendo?

—Yo no estoy discutiendo —protesto.

Dylan se acerca y apoya una mano en mi hombro tenso, como si fuéramos mejores amigos. Su mano es cálida sobre mi piel fría, y hago como si ese fuera el motivo por el que se me pone la piel de gallina. Al levantar la vista, lo veo sonreír de forma radiante, y lo imito para complacer a Lidia, que permanece impasible ante nuestra forzada muestra de camaradería.

—Voy a registraros. Buscad un sitio para calentar.

Lidia cruza las puertas dobles hacia el mostrador de administración, y la observo alejarse hasta que se pierde de vista. Disimuladamente, saco mi frasco de pastillas, el que tiene la funda de lana rosa.

—¿Ansiosa? —me pregunta Dylan.

Las llevo tomando deprisa antes de algunos entrenamientos, aunque ya no las necesito tan a menudo. Solo podría saberlo si hubiera estado observándome.

—Es una muleta, ya lo sé —admito—. A veces siento que estoy haciendo trampa.

—¿Trampa? —repite, frunciendo el ceño.

—Como si estuviera tomando el camino fácil. Antes podía hacer esto sin pastillas. Muchos deportistas lo hacen todos los días sin ayuda —suelto, sin poder evitarlo.

—No es hacer trampa, Sierra —dice él—. Estás haciendo lo que necesitas para rendir. Para patinar. ¿Crees que cuidarte es tomar un atajo?

—Ya sabes a lo que me refiero. No es lo mismo.

—No, no lo sé —responde—. Piénsalo como si fuera un partido de hockey. Yo no podría jugar sin otros cinco tipos en el hielo. Eso no significa que no esté haciendo mi parte. O como patinar. Nosotros no podríamos hacer esto sin el otro. Tu medicación no hace el trabajo por ti. Es solo parte del equipo que te ayuda a rendir al máximo.

Me quedo mirándolo. Dylan lo hace parecer tan sencillo que ni siquiera me deja darle más vueltas al asunto.

Me tiende la mano y vamos hacia la pista. Es entonces cuando me doy cuenta de lo que lleva puesto.

—¿De dónde has sacado eso? —La pregunta me sale con tono acusador, y siento que la cara me arde.

Mi compañero sigue mi mirada hasta la chaqueta que acaba de ponerse. Es el cortavientos del equipo de Estados Unidos con mi nombre en la espalda. Le queda un poco ajustada, pero, obviamente, aun así le sienta bien.

—Te la dejaste en mi coche —responde como si nada.

—¿Y te la quedaste? ¿Por qué demonios usarías mi chaqueta así? —La lleva como si fuera una medalla, casi del mismo modo que llevaría su jersey de hockey, con orgullo.

—¿Qué? ¿No puedo animar a mi patinadora artística favorita?

—No conoces a ninguna otra —respondo, muy seria.

—No hace falta. Eres la única digna de atención.

Mientras Dylan me arrastra hacia delante, sigo absorta en mi nombre sobre su espalda. De pronto, me sujeta con más fuerza.

—Ahí viene tu amiguito.

Justin pasa junto a nosotros con una sonrisa falsa.

—¿Desde cuándo compite en este tipo de eventos? —pregunta.

—Desde que no os invitaron al Grand Prix el año pasado.

—Seguro que ahora se arrepiente de haberte dejado —resopla Dylan.

—Lo dudo. No se lo pensó dos veces, se fue y les dijo a mis padres que se sentía fatal, pero que los suyos lo habían obligado a decidir porque financiaban su carrera de patinaje.

—¿No intentó hablar contigo después de eso?

—Sí, pero a mí no me interesaba escuchar lo que tuviera que decir. Aun así, seguro que ve lo mucho que me está costando. Debe de estar contento de haberme dejado. A veces me dan ganas de mandarlo a la mierda.

—Él no se merece ni una palabra tuya. Ni un suspiro. La próxima vez que se te acerque, quiero que me lo digas.

Asiento y, sin pensarlo mucho, pregunto:

—¿Crees que merezco ganar?

—¿Y eso qué importa? ¿Lo quieres?

—Muchísimo.

—Entonces ya lo tienes —responde con total tranquilidad, como si fuera una verdad incuestionable.

En cuanto tocamos el hielo, es como si todos los nervios que me invadían la mente y el cuerpo minutos antes desaparecieran. Pero

estamos rodeados de otros diez patinadores que me miran sin el menor reparo. No sé si me ven como la atleta olímpica o como la chica que volvió de entre los muertos.

—No los mires a ellos. Mírame a mí —me dice Dylan.

Lo intento, pero entonces los oigo. «Imposible que vaya a hacer un regreso triunfal con ese jugador de hockey.» «Pobrecita.» «Dicen que está maldita.» «Me han contado que Petrov tuvo que buscarse una nueva compañera».

—¿Qué te ayuda a distraerte? —me pregunta Dylan de repente, devolviéndome a la realidad.

No puedo pensar; solo puedo escuchar los susurros a mi alrededor.

—Antes era patinar, pero ya no lo sé.

Dylan asiente sin decir nada. Y después nos movemos, y las fronteras que existían sobre las colchonetas desaparecen. En el hielo, dejamos todo en manos del otro, nos entregamos con plena confianza. O, al menos, eso intentamos.

Esta vez lo miro y respiro hondo antes de que Lidia nos llame. Las únicas palabras que pronuncia durante la hora siguiente son «otra vez» y su variante frustrada en ruso: «*snova*».



Sierra: Es broma? Me has puesto un vibrador en la maleta?

Scarlett: De nada. Aprovéchalo. No hay mejor lugar que una habitación de hotel

Supongo que tiene razón. Estoy aburrida; ya he planchado mis trajes de patinaje una y otra vez. El de Rapunzel y mi favorito, el vestido burdeos y negro que uso para el programa corto. Ahora, en el baño, miro mi reflejo y me permito contemplarme. Cuando veo mis cicatrices, recuerdo la sensación cálida de la boca de Dylan sobre mi piel. Pero, más que eso, las veo por lo que son: un nuevo comienzo.

Apenas he leído las instrucciones y estoy a punto de encender el vibrador cuando me sobresalta un golpe en la puerta. Asustada, me visto deprisa y guardo el juguete en la maleta. El corazón me late a toda velocidad, pero me siento aliviada. En realidad, no habría podido hacerlo. Mi cerebro no me lo habría permitido.

Pego el ojo a la mirilla y veo a Dylan al otro lado, peinándose con las manos. Lleva una camiseta blanca, pantalones grises y gafas.

A primera hora practicamos la rutina una y otra vez hasta que Lidia quedó satisfecha y nos dejó volver al hotel. No hablamos en todo el camino, y agradecí el silencio cómodo. Pero ahora, plantada con una camiseta y unos pantalones cortos de ositos y un maldito vibrador escondido en la maleta, titubeo un momento.

—Si ya te has cansado de espiarme, ¿me abres la puerta?

Aparto la cara deprisa, como si pudiera verme. Luego abro despacio y parpadeo con los ojos adormilados. Él alza las cejas y se apoya en el marco de la puerta.

—Bonito pijama —me dice.

—Bonitos pantalones —respondo.

Sin esperar a que le dé permiso, Dylan pasa junto a mí y se sienta en la cama. En la televisión está puesto The Weather Channel, y coge el mando a distancia.

—Claro, ponte cómodo —murmuro, dejándome caer en la otra punta de la cama.

—Acabo de ver a los rusos de camino al gimnasio. Presumidos de mierda.

Seguimos mirando la televisión, pero el silencio me está matando.

—¿Por qué llevas gafas? —pregunto de pronto.

—Estaba leyendo un libro que me prestó Summer, hasta que me ha llamado Kian y me ha arruinado el final —dice. Parece fastidiado.

La explicación no ayuda a calmar mi cerebro hiperactivo ni mis ovarios alborotados. ¿Leyendo? Dios.

El partido de hockey está en el último periodo, pero Dylan apenas le presta atención. Está usando el móvil, pero gruñe y lo tira sobre la cama.

—¿Qué ha pasado?

—Los chicos están planeando una fiesta de Halloween.

—¿No es el día favorito del diablo? —pregunto, conteniendo una risita.

—Es mi cumpleaños —dice sin inmutarse.

—¿Cumples años en Halloween? Dios, eso tiene muchísimo sentido. Tendría que haberlo adivinado. —Parece que Dylan no está de humor para bromas, y me desconcierta—. ¿Por qué no estás entusiasmado?

—Odio celebrar mi cumpleaños —admite, hundiéndose más en la cama—. Desde que estoy en Dalton era mejor, porque lo único que hacíamos era emborracharnos, pero desde lo del control antidopaje es distinto. Ahora no me apetece nada, pero no se lo voy a decir.

—Pero eso fue un error, ¿no? Sí, fumaste un porro, pero no es algo que hagas habitualmente.

Dylan se pasa la mano por el pelo.

—No. Nunca he sido de fumar, pero esa noche necesitaba algo para escapar de la realidad. No quería ver la cara de mi madre ni escuchar la voz de mi padre. Estaba harto.

—¿Harto de qué? —Dylan guarda las palabras bajo llave, pero cuanto más tiempo pasa aquí, parece que la cerradura se va aflojando.

—Mi padre engaña a mi madre desde hace años. Yo tenía cinco años la primera vez que me enteré, porque llamaron del hospital preguntando por él. Cuando mi madre y yo llegamos, nos encontramos con su amante, que acababa de dar a luz a Ada.

«Dios mío».

—¿Ella no es…?

Dylan niega con la cabeza.

—Pero nunca nos importó. Es mi hermana y la amo desde el primer día que la vi. Tuvimos suerte de estar allí, porque su madre biológica estaba pasando por un mal momento. Al parecer, cuando se quedó embarazada, mi padre dejó de atender sus llamadas. Ella no tenía dinero y no quería tener hijos, así que adoptamos a Ada. Mi padre se puso furioso, pero mi madre también. Fue la primera vez que deseé que ella lo dejara.

—Lo siento mucho, Dylan. Eras un niño.

—Al menos me alegro de que Ada no presenciara ninguna de esas peleas. Y se fue a estudiar a la academia cuando yo vine a Dalton. El primer año fue el peor. Nunca respondía sus llamadas. Me emborrachaba día sí, día no, e intentaba olvidarlo todo. Hasta que vino mi madre. Nos preparó comida, llenó la nevera. Me dijo que quería dejarlo y sentí que me quitaban un peso de encima. Pero

después, todos los años, teníamos la misma conversación inútil. Nunca cambiaba nada.

»Y ahí fue cuando lo arruiné todo. Me drogué porque las dos personas que me enseñaron que las relaciones son difíciles y complicadas llamaron para decirme que ahora todo era distinto y que volveríamos a ser una familia, aunque nunca lo habíamos sido de verdad. Pensé que llamaban para decirme que se iban a divorciar. Pensé que por fin se había acabado. Pero se van a casar. Otra vez.

Sin darnos cuenta, nos hemos ido acercando. Y ahora estamos tan cerca que Dylan parece distraerse jugueteando con el borde de mi camiseta.

—No es justo que te hayan metido en medio —le digo y, antes de poder detenerme, lo abrazo. Con los brazos alrededor de su cuello y de rodillas sobre la cama, lo estrecho con fuerza.

Creo que lo siento sonreír contra mi mejilla.

—Pensaba que no eras de dar abrazos, Romanova.

—No lo soy. Pero eres muy persuasivo.

—No recuerdo haberte pedido que me abrazaras —responde, riendo.

—Eres la única persona a la que me dan ganas de abrazar —confieso en voz baja.

Él me rodea la cintura con los brazos y me acerca hasta que quedo sentada en su regazo.

—Lo valoro.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, pero soy muy consciente de su mano en mi muslo, levantando el dobladillo de mi diminuto pantalón corto y acariciando la piel desnuda. Entonces suena su teléfono otra vez y veo su fondo de pantalla.

—¿Eres tú? —Me aparto solo un poco. Es una foto de algún torneo, pero los rizos castaños de Dylan han desaparecido; tiene el pelo rapado y teñido de rosa—. ¿Cuándo fue esto?

—El año pasado. El sombrero de las consecuencias no tiene piedad. Es nuestra versión de un castigo que empezamos en primero. Los chicos sabían que haría lo que fuera sin quejarme, excepto cortarme el pelo. Me dolió bastante. Más de lo que le dolió a él su *piercing*, seguramente.

—¿A quién?

Sin responder, empieza a enseñarme más fotos de esa época. Estoy convencida de que es el único hombre que puede teñirse el pelo de rosa y seguir siendo atractivo. Me muestra una foto de Halloween, de cuando se disfrazaron de Blancanieves y los siete enanitos.

Cuando nuestras miradas se encuentran y nuestras narices se rozan, el corazón me da un vuelco.

—Me muero de hambre —dice Dylan tras un instante, y vuelve a cambiar de canal—. Voy a buscar algo para comer. Te traeré algo. —Me besa la coronilla, donde tengo la cicatriz, y se detiene durante una milésima de segundo, como si lo hubiera hecho sin darse cuenta —. No mires The Weather Channel sin mí.

Hago una mueca cuando me guiña un ojo por encima del hombro y sale de la habitación. El corazón me palpita un poco. Está bien, muchísimo.



TREINTA Y CINCO

DYLAN

La cara de Justin Petrov me saca de quicio. No me entra en la cabeza cómo hizo Sierra para patinar con él durante cuatro años, pero, al menos, ahora puede mirarme a mí todo el día. Se lo he dicho más temprano, después de nuestro programa corto, y ella ha puesto los ojos en blanco y me ha mandado a taparme la cara con una bolsa.

Por lo visto, Justin no se ha dado cuenta de la mirada de asco que le he lanzado antes, porque cuando me ve en el baño me dice:

—Buena suerte.

—No la necesito —respondo.

Su expresión cambia tan deprisa que me da risa.

—Supongo que te contó su historia de pobrecita, ¿no?

Hay tantas cosas que preferiría hacer antes que responder… Romperle la cara, por ejemplo.

—¿De verdad vas a fingir que eres el bueno de la historia? La dejaste y huiste, y ahora quieres hacer como si no fueras una basura. Eres un cagón de mierda, Petrov.

—Yo no huí. Tomé una decisión. Una decisión inteligente. A diferencia de ti, sé cómo proteger mi carrera. Ella se cayó. Yo no iba a caer con ella.

Dios, lo que daría por pegarle un puñetazo. Una parte de mí se muere por ceder al impulso, pero sé que no puedo. Jamás arriesgaría las opciones de ganar de Sierra.

Me planto frente a él, aprovechando los centímetros que le saco.

—La próxima vez que te atrevas siquiera a mirar a mi chica, vas a saber en carne propia lo que duele una caída.

Parpadea, con los ojos muy abiertos por el miedo. «Qué bien».

Sin más, salgo del baño y veo a Sierra caminando de un lado a otro otra vez. Sonrío.

Anoche, cuando volví con bocadillos de la cocina, me preguntó si había visto *Enredados*. Como le dije que no, insistió en que era un crimen que usáramos ese vestuario para bailar sin que yo supiera de qué iba la película. Y, durante una hora y cuarenta minutos, me enganché por completo. Solo cuando empezaron los créditos, y con un nudo en la garganta, bajé la mirada y vi que Sierra se había quedado dormida con la cabeza apoyada en mi hombro. No sé cuánto tiempo me quedé mirándola, pero al final me dormí yo también.

Por la mañana, ella ya estaba en la ducha cuando me desperté, y tuve que escabullirme a mi habitación antes de que me viera Lidia.

Ninguno de los dos sacó el tema.

Y ahora Sierra está reproduciendo el vídeo de nuestro programa corto en el móvil de Lidia por tercera vez. *I Wanna Be Your Slave*, de Måneskin, suena una y otra vez. Ella lleva puesto un vestido granate y negro con espalda de encaje, y yo una camisa negra. Esta es la parte técnica de nuestro programa: los dos minutos y cuarenta segundos en los que tenemos que cumplir con todos los saltos, elevaciones y espirales exigidos para sumar puntos ante el jurado. El programa corto sirve para fijar el nivel de dificultad, mientras que el programa libre da rienda suelta a la creatividad y nos permite contar una historia.

Irritado, le quito el móvil de las manos. Cuando intenta alcanzarlo, observo la carita feliz que tiene dibujada en la mano. Ha vuelto a hacerlo.

—Estaba comprobando si estamos coordinados —dice.

—Estamos coordinados. No necesitas un vídeo para saberlo.

—Vale —responde, jugueteando con las piedras de su vestido.

—Mírame —le ordeno—. ¿Sabes qué tenemos nosotros que no tienen los demás? El uno al otro. Ellos tendrán años de experiencia, pero nosotros tenemos química natural, Sierra. Brota de nosotros hasta el punto de incomodar a Lidia. Y eso es exactamente lo que vamos a mostrarles. ¿Está claro?

Ella asiente y, justo en ese momento, nos llaman. Pero, antes de ir, me detiene. Me coge la mano y la apoya sobre su corazón; luego coloca la suya sobre el mío.

—¿Listo? —me pregunta.

—Listo —respondo, sonriendo.

Son cuatro minutos y medio de pura concentración y energía. Esta coreografía está diseñada para sumar muchos puntos. Eso implica hacer un triple *lutz* en el que lanzo a Sierra al aire para que gire tres veces, seguido de un *axel* lateral y una espiral de la muerte en la que ella queda abajo, casi tumbada sobre el hielo, formando un arco. Por último, un *lasso* modificado, por orden de Lidia.

Aún quiere que practiquemos la elevación original, la misma con la que se cayó Sierra, un millón de veces más. A ella no le entusiasmó la idea, pero yo estuve de acuerdo.

En el último salto, los dos sonreímos de oreja a oreja y pasamos a una pirueta baja. Cerramos la secuencia espalda con espalda y, cuando volvemos a mirarnos, Sierra parece a punto de estallar de emoción. Hay un instante infinitesimal en el que casi la beso, pero la sujeto con fuerza contra mí para contener las ganas.

Mientras esperamos con impaciencia nuestras puntuaciones, Sierra sonríe radiante. Es la primera vez que lo hace sin tener los resultados delante.

«Romanova & Donovan» aparece en lo más alto de la lista, con la puntuación acumulada más alta.

—Dios mío —decimos al unísono.



—Siento que estoy drogada —dice Sierra, y después me lanza una mirada—. Perdón.

Hago una mueca.

Suelta una risita, y me doy cuenta de que nunca había visto esta versión suya. Casi parece flotar. Estamos volviendo a nuestras

habitaciones. Como ya ha anochecido, vamos a pasar la noche aquí y volveremos por la mañana, porque tengo entrenamiento de hockey temprano. Sé que voy a estar agotado y que apenas voy a sobrevivir a los ejercicios de Kilner, pero no importa. Ni loco me habría perdido esto.

Cuando bajamos del ascensor, Lidia se queda rezagada.

—Tengo algo que hacer. Descansad.

—¿Crees que se va a acostar con alguien? —pregunto cuando se cierran las puertas.

—Obvio que sí.

—Quizá ahora nos tenga más piedad.

Sierra empieza a caminar por el pasillo.

—Llevo dieciséis años con ella y jamás tuvo piedad conmigo. Pero una vez me hizo *ponchiki*, unas rosquillas rusas, después de una competición.

La habitación de Sierra está antes que la mía, así que aminoramos el paso cuando nos acercamos a su puerta. El recuerdo de los dos durmiendo juntos resuena en mi cabeza. Otros recuerdos, de ella tumbada boca arriba, dejándome sentir hasta el último centímetro de su cuerpo, me golpean como una ola.

Carraspeo.

—Hemos estado bien hoy, Romanova.

—Así es. —Sierra sonríe cuando llegamos a su puerta—. ¿Quieres pasar? Podemos ver algo como ayer —propone—. Estoy llena de adrenalina y odio estar sola en las habitaciones de hotel.

Asiento y entro en su habitación. Porque ella me lo ha pedido.

Cierro la puerta y, al girarme, Sierra está tan cerca de mí que da un salto, sorprendida, y choca con la maleta, que se vuelca y deja

caer todo su contenido al suelo. Ella deja escapar un grito ahogado y estoy a punto de preguntarle si está bien cuando lo veo.

Hay un vibrador en el suelo, zumbando suavemente. Contengo la risa y me acerco para apoyarle las manos en los hombros. El rostro de Sierra está rojo hasta la coronilla.

—Soy la última persona con la que deberías sentir vergüenza —digo con esfuerzo.

—No es mío —suelta de inmediato.

—¿Le has robado el vibrador a alguien?

—A ver, técnicamente es mío —admite con un suspiro—, pero no lo usé anoche. Scarlett me lo compró porque yo nunca…

¿Anoche? Sierra iba a usar un vibrador al otro lado de la pared si yo no hubiera llamado a la puerta. No sé si eso me alegra o me fastidia. Entonces recuerdo que me había dicho que, desde el accidente, no puede masturbarse. ¿Con quién lo iba a usar?

—Puedo irme si quieres —le digo, girándome hacia la puerta.

—No —responde, y me sujeta de la muñeca—. No lo voy a hacer. Es una estupidez. De todos modos no puedo acabar sola.

—No es una estupidez. Deberías poder amar tu cuerpo y expresar ese amor de todas las formas posibles. No hay nada de lo que avergonzarse.

Estamos cerca, muy cerca, hablando de su maldito vibrador. Es una tortura.

—Una vez casi pude acabar sola —susurra—. Después de la primera vez que patinamos juntos.

¿Se tocó pensando en mí? ¿Cuando todavía tenía muchas más ganas de cortarse con el filo de su patín? Dios, qué excitante. Siento que no sé qué hacer con tanta información.

Trago saliva.

—Ah, ¿sí? —Ella asiente y no hace ademán de alejarse—. Entonces, muéstrame.

—¿Qué?

—Abre las piernas, túmbate y mastúrbate mientras miro.

Sierra abre la boca y la vuelve a cerrar hasta que, por fin, dice:

—¿Q-quieres mirarme?

«Quiero saborearte».

—Dijiste que querías sentirte bien, ¿no? ¿Crees que no puedes hacerlo?

—Puedo hacerlo —responde, casi desafiante.

La hago caminar hacia atrás hasta que choca la cama con el trasero.

—Desnúdate.

Sierra abre mucho los ojos y se incorpora para quitarse la ropa rápidamente. Cuando se mira, su confianza habitual desaparece.

Le levanto el mentón.

—Muéstrame.

Le ofrezco el vibrador, pero ella deja caer la cabeza entre las manos.

—No puedo —dice, mirándome de reojo; apenas llego a ver sus ojos verdes—. Soy una mujer adulta y me estás enseñando a masturbarme. Es patético.

—Eh. —Me siento en la cama—. Somos compañeros, ¿recuerdas? Y estuviste muy bien la otra noche.

—¿Por qué no puedes…? —Ruborizada, señala mis manos y mi entrepierna.

La madre que me parió. Si me dejara llevar por mis impulsos, me quitaría la ropa y me subiría encima de ella en un segundo. Pero, aunque llevo días pensando en aquella noche, esto es por ella.

—Porque esto es por ti —respondo, sujetándole el rostro—. Relájate, cielo.

—Ya no sé cómo hacerlo.

—Lo averiguaremos —le digo, sonriendo—. Juntos.

Sierra coge el vibrador, lo enciende y el aparato cobra vida. Abre más los ojos y entonces la veo: la misma expresión que pone cuando le sale bien un salto difícil. Como si estuviera feliz de superar un nuevo reto.

—¿Te puedes quitar la camiseta? —me pregunta.

Me la quito y espero a ver qué más quiere.

—¿El pantalón también?

Asiente, así que me lo quito y lo lanzo a un lado.

—¿Contenta?

Entonces, como si temiera perder el impulso, se tumba boca arriba.

Me muerdo los nudillos y me quedo quieto, casi arrepentido de no haberla dejado usarme a mí en lugar de ese maldito vibrador. Ella desliza una mano por encima de la camiseta para tocarse los pezones, mientras la otra mueve el dispositivo que vibra alegremente más abajo, más abajo, hasta que me cuesta respirar.

—Dios —jadea, arqueando la espalda. Ese suspiro se me queda grabado en el cerebro, tallado allí para toda la eternidad. Esto es lo que quiero ver antes de morir.

Sierra vuelve a mirarme, con el vibrador apoyado en su clítoris.

—Quiero verte —me dice—. Pero solo si tú quieres —añade deprisa.

Sus palabras me golpean más de lo que esperaba. Otras veces me he masturbado delante de mujeres, pero ninguna estaba intentando darse placer por primera vez. Se siente íntimo, vulnerable, y aun así, en pleno orgasmo inminente, Sierra quiere verme… si yo quiero mostrarme. Eso intensifica la presión en mi pecho. Quiero darle lo que necesite de mí. Ella podría tomar todo lo que quisiera y yo se lo daría sin reservas, como un loco.

—¿Quieres que acabemos juntos, Sierra? ¿Mirándonos mientras el otro se toca?

Gime tan fuerte que, si Lidia estuviera en la habitación de al lado, seguro la oiría.

Saco mi polla de los calzoncillos y la acaricio, volcándolo todo, entregándome a cada una de las fantasías que he tenido. Sierra encoge los dedos de los pies y entreabre los labios, con los ojos fijos en mi mano.

—Dime en qué estás pensando —le pido.

—En cómo te siento al tenerte dentro.

Dios, esta chica me va a matar.

—Abre más las piernas, Sierra. Muéstrame cuánto necesitas esto.

Ella obedece y casi acabo en ese mismo instante. Pero sujeto la base de la polla para calmarme. Necesito verla acabar primero, así que intento pensar en cualquier cosa menos en la chica que gime mi nombre mientras se toca el coño empapado delante de mí. Cuando vuelve a cerrar las piernas, ya no aguanto.

Se las separo y me arrodillo entre ellas, mirándola temblar sin control.

—Dylan, no puedo —gime.

—Lo sé, cielo —susurro, sin dejar de masturbarme—. Lo estás haciendo muy bien.

—Tócame —susurra—. Por favor.

Esto no estaba en mis planes, pero tampoco soy idiota. Si una mujer te dice algo con esa voz, lo haces. Deslizo las manos por sus muslos hasta sus pechos y sujeto uno con cada mano; le acaricio los pezones con los pulgares y observo el mosaico rojo que se dibuja en su piel. Esas son las únicas marcas en las que quiero que piense. Los lugares donde la toqué y la provoqué, los recuerdos que verá durante días. Hasta que le deje otros nuevos.

—No tienes que decir por favor, Sierra —le digo, llevándome un pezón a la boca—. Conmigo no.

—Voy a acabar —jadea. Me echo hacia atrás y sigo tocándome, y su rostro se contrae. Ella gime y veo su placer justo antes de llegar al clímax a la misma vez que yo.

Cuando la vibración se detiene, Sierra se relaja y mira al techo.

—¿Qué demonios es ese aparato?

—¿Tan bueno ha sido? —pregunto, volviéndome a poner los calzoncillos.

Ella asiente apenas y me arrastra hacia sus labios. Tiene la piel caliente y, con cada inhalación, nuestros pechos se rozan.

—Nunca había hecho eso —dice, incorporándose—. ¿Por qué nunca lo había hecho? Siento que floto.

—Es que me necesitabas a mí —le digo.

—Tú no has tenido nada que ver. He sido yo sola —replica, y suena tan orgullosa que me encanta.

La beso otra vez, incapaz de resistirme.

—Tienes razón. Has sido tú sola.

Voy al baño a asearme y busco una toallita húmeda para ella. Todavía le tiemblan las piernas cuando le limpio los muslos. Vuelvo a dejar la toalla y, al regresar, Sierra ya se ha puesto el pijama. Me pongo el pantalón y me doy cuenta de que evita mirarme a los ojos.

El agujero oscuro en mi pecho se agranda. «Quiere que me vaya».

—Dylan —empieza a decir, pero no puedo escucharla. Creo que no lo soportaría. Acepté hacer esto con ella, enseñarle a sentirse bien, pero eso no significa que vaya a aprovecharme de la situación para saciar mi propio deseo. No voy a pasarme de la raya. Esto es solo sexo, y es algo que se me da bien.

—Nos vemos mañana —digo, y me inclino para besarle la frente—. Buenas noches.



TREINTA Y SEIS

DYLAN

Nunca pensé que echaría de menos el olor del vestuario, pero hoy, mientras nos preparamos para el partido, me ayuda a aliviar la pesadez en el pecho.

Volvimos de Lake Placid hace un par de días, y Lidia nos dio unos días de descanso porque voy a jugar por primera vez en la temporada. Salimos a la pista y, cuando me toca a mí, estalla una explosión de aplausos aún más fuerte. Pensé que todos me odiarían después de los problemas que causé al equipo, pero, aun así, les doy un buen espectáculo durante el calentamiento. Giro sobre el filo interno del patín y hago un triple *lutz*, y sonrío cuando la multitud estalla en vítores. Esta vez, el entrenador no me mira con mala cara; al contrario, parece orgulloso. Sospecho que se debe a que Sierra y

yo quedamos segundos en la competición. Pero no siento que merezca ninguno de estos aplausos ahora que ella no está a mi lado.

Pensé que aquí encontraría la pieza del rompecabezas que me faltaba, pero no encaja. Al deslizarme junto al plexiglás, veo una mano con una carita feliz dibujada presionada contra él. Patino hacia la valla y encuentro a Sierra sentada junto a Scarlett, que lleva puesta la camiseta de Ishida, con el número setenta y seis.

—Más te vale que estés usando mi camiseta, Romanova —digo en voz alta, modulando bien mientras golpeo el cristal.

—Ya quisieras, Donovan. —Pero entonces sonríe, descruza los brazos y lo veo. El número veinte. Mi número.

Siento que el partido pasa volando. Soy más rápido sobre el hielo, aguanto más tiempo, maniobro alrededor de los demás jugadores sin dificultad. Pero, a pesar de todo eso, justo después de marcar un gol y de que volvamos al saque inicial, me fallan los reflejos y no llego a esquivar al ala izquierda de Yale.

El impacto de su cuerpo me tira el casco, y su palo me golpea el mentón. Siento el corte antes de ver la sangre que salpica mi camiseta. Empiezo a respirar más despacio, notando cómo avanza la furia. Cuando empujo al ala izquierda para que se aparte de mi camino, esperando que el sangrado se detenga, su defensor viene hacia mí.

Se quita los guantes y los deja caer, y yo hago lo mismo. Me da un buen puñetazo en el mentón, pero lo reduzco en segundos y esbozo una sonrisa burlona. Le asesto un solo golpe, con tanta fuerza que queda desorientado.

Casi parece que esperara otro golpe, como si lo diera por hecho. Todos saben que no es fácil derribarme, y, si alguien quiere pelear

conmigo, más le vale tener aguante, porque ni los árbitros consiguen separarme. Pero hoy no me parece que valga la pena. Ya no soy así.

El árbitro sopla el silbato y anuncia la sanción. El jugador de Yale se gana una expulsión por jugar con el palo alto, el defensor recibe cinco minutos por juego brusco y a mí terminan echándome del partido. Era de esperar.



Tengo el rostro hundido entre las manos cuando Kilner y Hank, el médico del equipo, salen del vestuario. Aunque el golpe iba dirigido a mí, me sancionaron igualmente. El entrenador me dijo que no es culpa mía, pero es un pésimo resultado para mi primer partido de prueba desde que volví al equipo. Estoy bastante seguro de que Reed y el decano Hutchins están en el palco.

Los árbitros siempre me han odiado. En primer año estaba sediento de sangre y esa reputación se me quedó marcada. La mitad de mis sanciones son inmerecidas, pero se supone que debo seguir jugando igual y no dejarme provocar ni volverme «agresivo».

Sé que el equipo va a aniquilar a Yale, pero no importa. No tenía la cabeza en el partido, y creo que ahora sé por qué. Suena el teléfono dentro de mi taquilla, pero cuando me levanto para cogerlo, me fijo en las manchas de sangre en el pecho y el abdomen.

PATRULLA CONEJO

Aiden Crawford: Acabamos de ver lo que pasó en la tele.
Kilner tendría que haber protestado

Eli Westbrook: Yale siempre se sale con la suya

Sunny: Nunca vi una sanción tan injusta. Parece una broma.
Dinos si estás bien. Estamos preocupados

Lo primero que pienso es que Sierra presenció todo esto. Me preocupa que, ahora que por fin vino a uno de mis partidos, el hielo manchado de sangre le haya hecho recordar su accidente. Estoy a punto de llamarla por teléfono cuando la puerta del vestuario se abre de par en par y entra una chica enfadada, de cabello oscuro. Lleva puesta mi camiseta y unos vaqueros de color claro que se ajustan a su cuerpo a la perfección, y me distraen durante mucho más tiempo del que deberían.

Solo cuando me doy cuenta de que está aquí, en el vestuario, frente a una versión mía completamente ensangrentada, me doy la vuelta.

—No deberías estar aquí.

Escucho la respuesta incluso antes de que llegue a pronunciarla.

—No me digas qué hacer.

La idea de causarle dolor o angustiarla me revuelve el estómago, y no puedo permitir que me vea así después de todo lo que ha sufrido.

—No es bueno para ti verme así, Sierra.

—No me importa —dice al instante. Su mano se posa en mi hombro desnudo, instándome a que me dé la vuelta.

—Hay mucha sangre —le advierto—. Déjame ducharme primero.

—No me importa, Dylan —repite. No sé si es consciente de lo que está diciendo—. Quiero verte. Quiero saber que estás bien. ¿Me dejas? ¿Por favor?

Esta vez, el tirón es más fuerte y, cuando me doy la vuelta, su mirada se posa en mi rostro; veo la preocupación reflejada en su ceño fruncido. Aprieta los labios y deja escapar un suspiro entrecortado, pero es lo que hace a continuación lo que me deja sin aliento. Me rodea el torso con los brazos y apoya el rostro contra mi pecho teñido de rojo. Vio la sangre y ni siquiera se inmutó.

—Dime que estás bien.

—Estoy bien —susurro.

Ella me abraza con más fuerza, como si así pudiera evitar que me desmorone.

—¿Te expulsaron? —pregunta con suavidad.

—Sí, esos árbitros me odian —digo, sin ocultar mi indignación.

—Lo siento. Sé que este partido era muy importante para ti.

«No tanto como tú».

—Estoy acostumbrado.

Sierra se aparta y, al ver los rastros de sangre que han manchado su piel clara, mi mano se mueve instintivamente para limpiarla. Ella sonríe y se pone de puntillas para besarme. El dolor del corte se desvanece por completo cuando sus labios encuentran los míos. Me estoy conteniendo, y ella lo sabe. Sus manos recorren cada centímetro de mi piel desnuda, tentándome a tomar el control, como sabe que me gustaría hacer. El roce de sus uñas al deslizarlas por mi cuero cabelludo y luego por mi nuca me hace estremecer. Hasta el último rincón de mi ser está concentrado en sus movimientos.

—Sierra —le advierto.

Ella me ignora, tal como esperaba, y se aparta para besarme junto a la herida. Luego baja por mi cuello y va descendiendo por mi

cuerpo, presionando las caderas contra mí mientras se mueve, trazando un recorrido hasta abajo del todo, hasta quedar de rodillas.

—¿Qué haces?

—Quiero hacerte sentir mejor. Jugaste bien, así que te mereces una recompensa —me dice—. ¿Puedo tocarte, Dylan?

Creo que es la primera vez que me piden permiso.

—Puedes tocarme cuando quieras —respondo—. Soy todo tuyo.

Ella niega con la cabeza y se acerca un poco más.

—Me refiero a ahora. Puedes decir que no.

«Mierda».

—Sí, puedes tocarme. Tócame como quieras.

—Creo —dice— que quiero tocarte como quieras tú.

El corazón me late con fuerza. Sierra lleva puesta mi camiseta y está de rodillas en el vestuario, pidiéndome permiso para hacerme sentir mejor. Hay tantas cosas que me gustaría hacer, pero la sangre sobre mi piel me devuelve a la realidad. Por supuesto, mi polla no se entera, y Sierra lo nota.

Esboza una sonrisita y me lame la piel por encima del elástico de los calzoncillos, como tanteándome. «Dios». Luego me empuja hasta que quedo con la espalda apoyada contra una taquilla y me toca por encima de la ropa.

—Te late rápido el corazón —susurra.

—Sí —jadeo, mirándola—. Me pregunto por qué será.

Tiene un leve rastro rojo en las manos al deslizarlas por mi ombligo, y es lo más sexy que he visto en mi vida. Quizá eso signifique que estoy mal de la cabeza, pero cuando se trata de Sierra Romanova me cuesta pensar con claridad.

Ella suelta una risita y me mira.

—No esperaba que fueras tan pasivo mientras me la chupas.

Lo que está pasando parece sacado de una de mis fantasías y, si la miro tocarme, temo que desaparezca… o que me desmaye. Sierra tira del elástico de mis calzoncillos y mi polla asoma, bien erecta y curvada hacia arriba. Sus ojos verdes se abren de par en par, y reprimo un gruñido.

Cuando me rodea la polla con la mano, con firmeza, siento cómo aumenta la presión, y hasta la última gota de sangre de mi cuerpo va directa allí. Ella no aparta la mirada mientras lame una gota de líquido preseminal, como si yo no estuviera a punto de sujetarla del pelo y follarle la boca como tanto deseo. Sé que entonces se arrepentirá de haberme llamado pasivo.

—¿Eso es lo que quieres? —le pregunto con voz ronca—. ¿Que te folle esa cara tan bonita que tienes?

Sierra me acaricia los testículos y pasa la lengua desde la base de mi polla hasta la punta, sin dejar de mirarme a los ojos.

—¿Tú qué crees?

—¿Estás segura? —insisto, echándole la cabeza hacia atrás.

—¿Qué? ¿Quieres que te ruegue? —me pregunta en tono burlón.

—Sí, la verdad es que sí.

Estoy seguro de que ella podría hacerme rogar a mí en este momento, y lo haría sin pensarlo dos veces. Entonces, sin previo aviso, la cálida succión de sus labios me envuelve, y tengo que esforzarme por abrir los ojos para ver los suyos, verde musgo, clavados en mí cuando vuelve a sujetarme los testículos.

—Quiero que me mires cuando me la chupas, Sierra. —Me estremezco, y apenas consigo aguantar cuando se mete mi polla en la boca tan profundamente que se atraganta. Esa es mi chica.

Golpeo la cabeza contra la taquilla. Esto lo es todo. Brutal, hambriento, desesperado.

—Voy a correrme —digo, tirándole del pelo para que me preste atención—. ¿Lo quieres en la boca?

Ella responde con un gemido, y la vibración me vuelve loco. Se me tensa el abdomen y empujo más adentro mientras las pulsaciones llenan su boca. Al apartarse, traza un círculo con la lengua alrededor de la punta de mi polla para limpiarla y, cuando la besa con delicadeza, juro que ya está dura otra vez.

Al instante siguiente, mi boca está sobre la suya. Tiene mi sabor, y sé que no hay nada mejor que esto.



TREINTA Y SIETE

SIERRA

La universidad es una tortura cuando las clases duran tres horas y te las pasas soñando despierta con un jugador de hockey de casi dos metros. Porque la polla de Dylan Donovan es la más bonita que he visto en mi vida. Bueno, lo cierto es que tampoco he visto muchas, pero, por Dios, qué hombre tan atractivo. Entre lo de Lake Placid y lo del vestuario, esta semana me la he pasado pensando barbaridades. Creo que Dylan se está convirtiendo en una mala influencia para mí.

Pero lo que más me impactó fue la forma en que me miró la noche que se fue de mi habitación en el hotel. Sé que, en la universidad, el sexo es distinto y que Dylan ha tenido sexo de sobra. Por lo que pudo averiguar Scarlett, nunca se ha acostado dos veces con la misma chica. Por algún motivo, conmigo está haciendo una

excepción, y no quiero que se arrepienta por dejar que me gane la cabeza. Tendré poca experiencia, pero no soy estúpida. Por eso me prometí que no iba a repetir lo que pasó con Justin. Puedo divertirme y no hace falta ponerlo todo en juego por esto.

Me vibra el teléfono y su nombre brilla en la pantalla, como si supiera que estoy pensando en él.

Dylan: Ha venido Dale Thunderman

Sierra: Qué? Cómo puede ser? Acaba de publicar que está persiguiendo una tormenta en Oklahoma

Dylan: Dios, solo lo he dicho para que vinieras. No me digas que lo sigues en redes

Sierra: Solo porque me gustan los paisajes que sube

Dylan: Sube fotos de él nada más

Sierra: Exacto

Dylan: Contrólate, Romanova. Está casado. Y si quieres fotos, puedes venir y tomarme todas las que quieras

Sierra: Ya me mandas una en pelotas todas las mañanas. Paso

Dylan: Te preparo algo de comer

Sierra: De acuerdo

Para cuando llego a su casa, Dylan ya ha preparado unos sándwiches. Hemos tenido entrenamiento antes y se nos nota el cansancio. Y empeora cuando Kian nos hace mirar cientos de fotos

de gatitos para que lo ayudemos a elegir cuál adoptar. Creo que se siente solo.

Luego, cuando vamos a su habitación, Dylan me conduce al baño. Después del accidente, casi no me miro al espejo, pero a él le gusta verme acabar frente al reflejo. En la ducha, mi espalda choca contra los azulejos y él se arrodilla, besa mis cicatrices y susurra palabras dulces contra mi piel. La caricia de sus labios me pone la piel de gallina, y siento que mi cuerpo está disfrutando del amor que nunca le doy. No sabía que esto podía ser mejor, pero con él mi cuerpo habla por sí solo, y quiero quedarme aquí hasta que el agua salga fría.

Salimos y, sin poder evitarlo, lo observo. La espalda de Dylan Donovan es mi perdición. Las gotas de agua se deslizan por su piel bronceada y trazan un camino hasta desaparecer bajo la toalla que lleva alrededor de la cintura.

Pero mi atención se desvía cuando agarra unos pantalones cortos. Un sobre de color lavanda se desliza desde debajo de la tela y cae suavemente al suelo, junto a sus pies. Me levanto de la cama y, con su camiseta enorme rozándome los muslos, me agacho a recogerlo. Al incorporarme, Dylan da un paso al lado y observa la carta que ahora sujeto entre los dedos.

—Se ha caído esto —le digo.

La expresión relajada de su rostro después de la ducha desaparece al instante. Quiero volver a la ducha para devolverle la sonrisa.

—¿Qué pasa?

Él me sujeta el rostro y me besa la coronilla.

—Nada. No te preocupes.

—Dylan.

—No es nada, Sierra.

—Entonces, ¿por qué pareces tan angustiado?

Su pulgar se desliza hacia delante y hacia atrás por mi mentón.

—Es una carta de mi madre. Me la dio mi padre el día que vino a visitarme. Todavía no la he abierto.

Me rompe el corazón escucharlo. Puedo sentir la culpa que carga cuando habla de ella. Le duele ver que la traten así.

—¿No quieres saber qué escribió? Seguro que es lo que quiere que sepas antes de la ceremonia.

—No voy a ir. No tiene sentido que la lea. —Dylan se sienta en la cama sin soltar la carta—. Si la abro, sé que me va a entrar culpa y voy a acabar yendo a esa farsa que organizaron.

—Si lees la carta y crees que tienes que ir a apoyarla, es lo que harás. Porque, más allá de lo que digan, eres un buen hijo y una buena persona, incluso si eso significa priorizarte a ti mismo y no ir. Sabes que cuentas conmigo.

Me siento junto a él y veo cómo su expresión rígida se suaviza.

—¿Quieres que la lea yo? —le pregunto.

Él traga saliva y me entrega la carta.

Saco el papel del sobre y, cuando lo abro, me encuentro con la bonita letra cursiva de su madre. Un leve aroma a rosas brota del papel. Dylan coge la mano que tengo libre y entrelaza nuestros dedos sobre su regazo.

Luego, leo la carta en voz alta.

Kuzum:

Sé que seguramente te ha costado mucho abrir esta carta y quiero agradecerte que me hayas dado una oportunidad, aunque sé que no la merezco después de todo lo que te he hecho pasar. Tu padre y yo estamos juntos desde los quince años, y cuando has pasado más años de tu vida acompañada que sola, los límites empiezan a difuminarse. Él ha hecho cosas malas, Dylan, pero eso no significa que sea una mala persona. Yo lo quiero. Te quiero a ti. Los dos sois parte de mi alma, y no puedo romper una parte de ella y seguir viviendo. Quizá sea ingenuo por mi parte hacer esto, pero él es lo único que conozco, esta vida es lo único que conozco. Todavía lo recuerdo como el hombre con el que me casé y a quien juré acompañar para siempre. Quizá todavía no entiendas esto, pero amar a alguien significa amarlo por completo, con todas las partes rotas, frustrantes y oscuras de esa persona.

También quiero que sepas que, aunque me encantaría que estuvieras presente, entiendo si no puedes venir.

Con amor,

Mamá

Dylan pestañea varias veces, con los ojos brillantes, esforzándose por contener las lágrimas. Verlo así de vulnerable despierta algo muy profundo en mí, y suelto la carta, que se desliza entre mis manos y cae sobre la cama. Sin dudarlo, me rodea la cintura con los brazos para ponerme entre sus piernas. Apoya la cabeza en mi estómago y yo lo abrazo con fuerza, como si así pudiera evitar que se desmorone.

—Lo odio —dice con voz ronca, las palabras crudas y desgarradas.

Le paso los dedos por el pelo, ofreciéndole el único consuelo que puedo darle.

—Lo sé —susurro.

—No voy a ir —dice, y mi camiseta ahoga sus palabras.

No sé de dónde saco fuerzas para estrecharlo aún más, como si así pudiera arrancar el dolor de su voz.

—No tienes que ir —le aseguro—. Pero yo estaré contigo si decides hacerlo.

—¿Irías conmigo? —me pregunta, levantando la cabeza.

—Iría a donde fuera contigo.

La luz que acostumbro ver en sus ojos se ha desvanecido. Este no es el Dylan que todos creen conocer; es el que se oculta tras puertas cerradas, bajo el chorro de agua, en la intimidad de su ducha.

—¿Te puedes quedar conmigo hoy? —me pregunta.

Paso las yemas de los pulgares por las líneas cansadas bajo sus ojos.

—No pienso ir a ninguna parte.



TREINTA Y OCHO

DYLAN

Como todos los años, la fiesta de Halloween ha empezado hace apenas unas horas y ya están todos borrachos. Y, a diferencia de todos los años, estoy totalmente sobrio el día de mi cumpleaños.

Freno en un semáforo en rojo y una familia con disfraces de calabaza cruza la calle. Antes, Kian se estaba quejando de tener que conducir hasta West Hartford para recoger nuestro pastel de cumpleaños, así que he cogido las llaves del coche para que dejara de lloriquear. Lo cierto es que no lo he hecho tanto por ayudar, sino por escapar del caos y la multitud. Necesitaba espacio, un ratito para respirar, antes de ponerme el disfraz del chico que no soy desde hace meses, desde que estoy con ella.

Han pasado días desde que Sierra se quedó conmigo toda la noche. Esperaba despertarme con la cama vacía de nuevo, pero esta vez ella estaba sentada al borde del colchón, tocándome la mejilla. Llevaba puesta una de mis camisetas, el pelo hecho un desastre por todas las veces que se lo revolví durante la noche y una sonrisa delicada en los labios.

Estaba a punto de irse, pero me despertó para avisarme. Nunca me había pasado algo así. Tampoco lo del beso rápido y torpe que me dio en la punta de la nariz antes de salir por la puerta. Pura felicidad. Durante los días siguientes, alternamos entre su casa y la mía, pero sin dormir juntos toda la noche. Supe que, la próxima vez que la tuviera, quería despertar junto a ella. No estaría satisfecho hasta hacerlo realidad.

Conduzco por la avenida principal, con el pastel protegido por el cinturón de seguridad. En la pastelería ni se inmutaron por mi disfraz, pero este año no me esforcé mucho. Kian trató de convencerme de disfrazarme de Darth Vader porque él iba a ir de Anakin Skywalker, pero decidí ponerme una máscara de Ghostface y unos vaqueros negros. De la radio sigue saliendo música *country,* vestigios de esta mañana, cuando Summer pasó a recoger a Aiden, Eli y Sage al aeropuerto. Vinieron todos por mi cumpleaños y, aunque me alegró verlos, eso no llenó el vacío en mi pecho.

Cuando me toca otro semáforo en rojo, sujeto con fuerza el volante. La irritación que me está carcomiendo no tiene nada que ver con el pastel helado que se está derritiendo, y todo que ver con una chica.

Ayer tuvimos entrenamiento, pero estábamos tan cansados por la sesión demoledora que ni hablamos. Obviamente, Sierra decidió que

era el momento perfecto para probar un *lasso lift*. Lidia accedió, así que nos pusimos en posición: con su mano en la mía, la levanté por encima de la cabeza mientras ella se estiraba y hacía un split perfecto. Pero Lidia no quedó satisfecha. Nos hizo hacer el programa entero con la elevación diecinueve veces. ¡Diecinueve! Sierra no quería quejarse, así que obedecimos.

Por fin aparco en el garaje, saco el pastel del asiento trasero y subo los escalones. La fiesta está dejando de ser una reunión tranquila para empezar a descontrolarse. Años de asistir a fiestas universitarias han perfeccionado mi habilidad para prever su trayectoria. Esta me va a provocar una jaqueca, eso lo puedo asegurar.

Respiro hondo antes de entrar y, al instante, todos empiezan a corear mi nombre. Me abro paso entre la multitud de estudiantes ebrios que me desean feliz cumpleaños y voy a la cocina. Una vez allí, guardo el pastel en el congelador. Mis ojos se detienen en las botellas de alcohol apoyadas en la encimera, pero no cojo ninguna.

—Diablos —dice Amara Evans, la mejor amiga de Summer. Nos hicimos amigos a principios de este año y, hace unas semanas, como es muy buena con la tecnología, me ayudó a borrar los vídeos del accidente de Sierra que todavía circulaban por internet.

Da un mordisco a un trozo de zanahoria y dirijo mi mirada en la misma dirección que la suya. Vestida con un traje de látex negro y con unas orejas de gata colocadas sobre la cabeza, claramente es Catwoman.

—Es todavía más guapa en persona —continúa, con los ojos clavados en la puerta de entrada.

Sigo su mirada y veo a Eli y a Sage, vestidos de bombero e incendio respectivamente, que por fin han llegado. Parece que tuvieron que resolver unas cosas de última hora.

—¿Sage? —pregunto, intrigado. Amara asiente y me ofrece un tallo de apio, pero no lo acepto—. ¿Qué? ¿Te gusta Eli?

—Me gustan los dos, al parecer —murmura.

—De acuerdo —digo—. Pero ¿Sampson y tú no…?

Su mano sobre mi boca ahoga el resto de mis palabras.

—De eso no se habla. Nunca.

Aparto su mano, enfundada en látex negro, de mi boca.

—¿Todavía no se lo has contado a Summer?

—No hace falta. No significa nada —responde, encogiéndose de hombros, aunque su supuesta indiferencia contrasta con la preocupación de su mirada.

—No sé, Amara… A mí no me pareció que no significara nada cuando estabais en el probador de Porter's.

—¿Y tú qué? —me pregunta, frunciendo los labios—. ¿Sigues encaprichado con tu compañera de patinaje?

Antes de que llegue a responderle, Amara suelta un insulto, me dice «feliz cumpleaños» a toda prisa y, después de coger la bandeja de verduras, desaparece hacia el caos del pasillo. Tyler Sampson entra disfrazado de gladiador, con una botella de tequila Clase Azul en la mano. Obvio que iba a traer tequila de primera calidad a una fiesta de estudiantes universitarios.

—¿Esa era Amara? —me pregunta, mirando hacia el lugar por donde ella ha desaparecido.

—No sé.

—Bueno, felicidades, tío —dice, dándome una palmada en la espalda. Da un trago de la botella y la choca contra la lata de refresco que tengo en la mano. El sonido apagado de nuestras bebidas parece ofenderle—. ¿Así vas a celebrar tu cumpleaños y tu vuelta al equipo?

Aunque está borracho como una cuba, Sampson se las arregla para mantenerse entero. Por eso me gustó estar con él este verano: los dos tenemos buen aguante y ninguno tuvo que arrastrar al otro a casa. Ya quedaron atrás los días de beber como principiantes, aunque a veces todavía me toca ocuparme de un Kian hecho polvo.

—Ya no bebo —respondo.

—¿Es por esa patinadora preciosa con la que estás siempre?

De pronto, tengo ganas de darle un puñetazo.

—Se llama Sierra.

—¿He tocado una fibra sensible? —me pregunta Sampson con una sonrisa.

Estoy a punto de responderle, pero se distrae con otra cosa y se aleja. Por la cara que pone, estoy seguro de que ha visto a Amara vestida de Catwoman.

Todavía no he visto a Kian, y no sé si eso es bueno o malo. Al que sí veo es a Aiden, apoyado contra la pared y bebiendo algo, agua seguramente. Su novia está en la pista de baile y él la mira con adoración.

Mi amigo lleva una armadura de gladiador y una capa roja, y Summer lleva una banda púrpura alrededor de su vestido color lavanda. Son Hércules y Mégara. Obvio.

—Pensé que odiabas disfrazarte —le digo.

—El año pasado me hiciste disfrazarme de Blancanieves. Creo que los dos sabemos que no me importa —responde. Summer va directa a sus brazos—. Además, es el cumpleaños de mi chica. Voy a hacer lo que ella quiera.

Summer se da la vuelta y me estrecha en un fuerte abrazo.

—¡Feliz cumpleaños!

—Feliz cumple, Sunny —le digo, abrazándola yo también.

—¿Te gusta? —me pregunta, con una sonrisa orgullosa. La fiesta es extravagante y no se parece en nada a otras que hemos organizado. Summer hizo traer un escenario, altavoces, mesas, de todo. Es muchísimo, pero se lo merece; no estoy tan seguro de poder decir lo mismo de mí.

—Sí, me encanta —digo de todos modos.

Ella me escruta con la mirada, pero con una sonrisa extraña, como si ocultara algo.

—Por cierto, hay más refrescos que bebidas alcohólicas. Yo quería que fuera un evento sin alcohol, pero claramente tus hermanos de la fraternidad tenían otros planes —me dice, señalando los barriles contra la pared.

—Te agradezco la intención —respondo, riendo.

Inclina la cabeza y mira mi disfraz.

—¿Eres… Magic Mike?

—Ghostface. —Le muestro la máscara que apoyé sobre la mesa.

Vuelve a observar mi disfraz.

—Estoy bastante segura de que en las películas lleva una camiseta.

—Sería una lástima ocultar todo esto. —Me paso la mano por los abdominales—. Mi cuchillo…

—Ni se te ocurra hacer un chiste sobre pollas —me advierte—. Me sorprende que este año no te hayas esmerado más.

Me encojo de hombros. Todos los años soy yo el que insiste en que nos disfracemos. Siempre lo pasamos bien, pero este año no consigo que me importe. Solo quiero que se acabe el día.

—Bueno, tengo el presentimiento de que este va a ser tu mejor cumpleaños hasta ahora. —Summer sonríe de oreja a oreja, como si supiera algo que yo no sé. Cuando suena su canción favorita, sale corriendo a la pista y Aiden la sigue con la mirada, con una leve sonrisa en los labios.

Dios, está loco por ella. Qué tierno.

«¿Tierno?». Doy un trago a mi refresco. Nunca pensé que ver a mis amigos en relaciones felices me haría desear eso para mí, tener a alguien con quien compartirlo todo. Voy tan metido en lo que hay que hacer, viviendo en piloto automático, que no me di cuenta del lugar enorme que Sierra ocupa en mi pecho. Y no quiero que se vaya. En todo caso, la quiero más cerca. Más permanente.

Estoy jodido.

Me vuelvo hacia Aiden y aparto el pensamiento de mi cabeza.

—Yo también cumplo años hoy. ¿Qué me toca a mí?

—Ya gastaste tu deseo en el disfraz de Blancanieves.

—Eso fue el año pasado. Seguro que a Summer le compraste algo.

—¿Qué pasa? —me pregunta, arqueando una ceja—. ¿Quieres competir con ella por el regalo que voy a darle?

—No, no creo que tu polla sea un regalo muy memorable.

Aiden hace una mueca.

—¿Qué quieres?

—Estás muy irritable últimamente. Me parece que se te está pegando algo de tu novia —le digo, y él me enseña el dedo corazón.

Me estoy riendo cuando, de pronto, algo en mi piel se enciende, una sensación instintiva. Se abre la puerta de entrada y entra más gente. Mi mirada se detiene en una chica junto a la mesa de bebidas; aunque me está dando la espalda, reconozco ese cuerpo. Recorrí cada centímetro de él, probé incluso más, y he soñado con ella con mucho menos puesto. Lleva un corsé negro, una falda a juego, la más corta que le he visto, y calcetines largos. Me pongo la máscara y me acerco a ella como si algo tirara de mí.

Mis manos encuentran la curva de su cintura, y ella se pone tensa. La atraigo hacia mí y siento el calor de su espalda contra mi pecho.

—No pensé que vendrías —susurro, apoyando los labios en su oreja.

Observo cómo la curva de su pecho se eleva al inhalar profundamente. Su fragancia me vuelve loco, y odio que estemos rodeados de gente.

—¿Por qué no? —pregunta, con la voz amortiguada bajo la máscara, casi inaudible por el sonido de la música que invade la casa.

—Parece que no logro descifrarte. Voy a tener que recurrir a métodos más físicos.

Ella se gira entre mis brazos y se quita la máscara de Ghostface. Luego hace lo mismo con la mía. Alza una ceja, como si estuviera molesta.

—¿Y si hubiera sido otra chica?

Por fin (¡por fin!), sus ojos verdes se posan en mí.

—Pero no eres otra chica.

—No tenías forma de saberlo.

—Te reconocería en cualquier parte, Sierra —le digo—. Hasta el último centímetro de tu cuerpo.

La delicada columna de su garganta tiembla apenas y el fantasma de una sonrisa revolotea en sus labios, pero luego frunce el ceño y mira mi disfraz lamentable.

—¿Lo tenías planeado? —me pregunta, alzando su máscara.

—Estoy tan sorprendido como tú.

Scarlett me ve y me desea feliz cumpleaños. Sierra clava la mirada en su mejor amiga, que lleva un disfraz de Padmé.

—¿Tú lo sabías?

—Kian me preguntó si podía hacerle un favor. Es muy persuasivo —admite ella.

—No me cabe duda.

Scarlett sonríe aún más cuando se acerca Kian, que me abraza y me clava sin querer el sable de luz en el lado.

—Vaya, ¡qué coincidencia!

Nadie se ríe, excepto Scarlett, que le sonríe embelesada.

—¿Se lo has enseñado? —le pregunta Kian a Sierra, y ella abre mucho los ojos y se sonroja un poco.

—¿El qué?—pregunto.

—Nada —responden todos al unísono. Kian coge a Scarlett de la mano y se la lleva.

Nos quedamos solos de nuevo. Bueno, sin contar a las mil quinientas personas (o más, quizá) que hay en la fiesta. Sierra parece relajada a mi lado, pero, a medida que pasa el tiempo, se va poniendo cada vez más tensa. Se mueve para esquivar a la gente

que la empuja, y resuelvo el problema apoyándola contra la pared y atrapándola entre mis brazos.

Los dos nos miramos como recordando aquella noche, sus gemidos y quejidos suaves cayendo sobre mi piel, la sensación de mis gruñidos contra su carne. Mi mirada se fija en sus labios, rojos, por supuesto, y sé que saben así. Ardientes e irresistibles.

—¿No tienes que atender a los invitados? —me pregunta.

Hay otra seguidilla de «¡feliz cumpleaños!» y palmadas en la espalda cuando Kian dice algo por el altavoz, pero no me desconcentro. Mi corazón dedica toda su atención a la persona por la que está tratando de escapar de mi pecho.

—No es mi prioridad en este momento.

—¿Seguro? Hay mucha gente —insiste ella.

—Solo me importa una persona.

Noto cómo se le eriza la piel y el movimiento de su garganta al tragar saliva.

Después, una voz que arrastra las palabras dice mi nombre una y otra vez por el altavoz, pero no me doy la vuelta, ni siquiera cuando el chirrido del micrófono provoca quejas entre la multitud. Si Kian viene a buscarme, va a tener que arrastrarme para alejarme de aquí, de ella.

—Te están llamando —dice Sierra.

—Vámonos a un sitio más tranquilo.

—¿Quieres irte de tu propia fiesta? —me pregunta, con una mirada abrasadora.

Cuando mi pecho roza el suyo, encendiendo un calor que recorre todo mi cuerpo, ella levanta la mano. Apoya la palma sobre mis pectorales y me dejo empujar apenas un centímetro.

—No estás pensando con claridad —suelta de pronto, como último recurso.

—Podría estar rodeado de niebla e igual te vería a ti con claridad —le digo.

Sierra respira hondo y, sin poder evitarlo, clavo la mirada en su atuendo. Muy corto, todo negro, todo mío. Sin pensarlo, le cojo la mano y la apoyo sobre mi pecho. Sus ojos se oscurecen y asoma la lengua para lamer sus labios rojos. Dios, es la perfección absoluta.

Y entonces un tipo borracho disfrazado de Patrick Bateman nos choca sin querer y nos pide mil disculpas antes de levantarse del suelo y tambalearse hacia la multitud.

—Tú eliges, Romanova —le digo, apoyando mi frente contra la suya—. ¿Quieres escapar conmigo?

Sierra asiente, me da la mano y me guía por el pasillo hacia mi habitación.



TREINTA Y NUEVE

SIERRA

Estoy nerviosa. Me sudan las manos, me palpita el corazón, me tiemblan las piernas, a ese nivel.

Y no tiene nada que ver con su mirada, que derrite hasta el último gramo de mi compostura como cera caliente. Es porque tengo una sorpresa para él. En parte, estaba posponiendo el momento porque no sé si estoy cruzando un límite en nuestra relación casual de compañeros que tienen sexo, pero Dylan es mi amigo y me importa.

Mientras caminamos por el pasillo, los invitados lo aclaman y le dan palmadas en la espalda. Cuando lo miro por encima del hombro, lo veo tenso, con una expresión indescifrable en el rostro. No presta atención a nadie.

Apenas entramos en su habitación y cierra la puerta, se queda helado.

Espero una señal, algo que me diga si le encanta o lo detesta, pero su rostro no revela nada. Es como una hoja en blanco, y se me hace un nudo en el estómago. Dylan recorre la habitación con la mirada, se detiene en las fotos que cuelgan del techo, cada una con una nota detrás. Hay al menos cincuenta. Fotos de él y Kilner, algunas con los chicos en la fiesta de Halloween del año pasado, cuando se disfrazaron de Blancanieves y los siete enanitos, un par con Summer y Kian haciendo senderismo o en la feria.

Y después está nuestra foto. Esa es la que más tiempo se queda mirando.

Yo ni siquiera sabía que Lidia nos la había hecho. Dylan da otro paso; hay un globo a sus pies y lo mira como tratando de descifrar si es real. Sus dedos se posan sobre el borde del papel y lo roza con cuidado al darle la vuelta a la foto para leer lo que escribí detrás.

En la foto, estoy sentada en el banco de la pista y él me está atando los patines. Por mi ceño fruncido y su sonrisa, se nota que estamos discutiendo. Seguramente porque él dijo que yo había hecho algo mal y yo no estuve de acuerdo. Pero, mientras tanto, yo sujetaba sus guantes y él me ataba los cordones. Lidia me dijo que era su foto favorita porque, por más que nos matáramos discutiendo, cuidábamos el uno del otro de forma inconsciente.

Dylan me mira. Abro la boca, sin saber si explicarle o salir corriendo de la habitación, pero su semblante confundido se suaviza y se transforma, como si acabara de comprenderlo.

—¿Tú has hecho esto? —me pregunta.

Sigo sin saber si está contento o no. Estoy muy acostumbrada a leer su rostro, a evaluar cada movimiento de su cuerpo para poder reaccionar de forma acorde, pero ninguna de esas cosas que aprendí me ayuda en este momento.

—Tus amigos han ayudado —respondo, nerviosa.

—¿Pero ha sido idea tuya?

Asiento y trato de encogerme de hombros, como si no fuera nada. Kian vino a estudiar con Scarlett la semana pasada y le pregunté qué le parecía la idea; me arrepentí de inmediato, en cuanto empezó a entonar cantinelas burlonas. Él y Scarlett deben de ser más amigos de lo que pensé, porque bastó con que ella lo mirara para que él accediera a ayudarme. Por eso Kian mandó a Dylan a buscar el pastel más temprano. Fue un trabajo en equipo, pero la idea se me ocurrió a mí. Quería mostrarle a Dylan lo mucho que lo quieren los demás, no solo a la versión suya que bebe alcohol o es el alma de la fiesta, sino a la persona que es el resto del tiempo.

—Dijiste que odiabas celebrar tu cumpleaños, así que pensé que podríamos crear un recuerdo nuevo. Mejor.

—¿Por qué? —Su voz se apaga, áspera y quebrada como nunca antes la había escuchado, como si estuviera envuelta en algo frágil. De repente, Dylan parece un niño otra vez; su rostro es pura ternura y asombro. Hay algo tan crudo y desprotegido en la forma en que me mira que se me parte un poco el corazón.

—Porque mereces pasar un cumpleaños bonito. Es un día especial, aunque te hayas convencido de que no.

—Pero estoy celebrándolo. Hay una fiesta al otro lado —dice, señalando la puerta, que retumba al son del bajo de *The Spins*, de

Mac Miller. Pero yo solo puedo pensar en que está tratando de convencerse de que no se merece esto.

—Y eso está genial. Tus amigos te quieren mucho y se preocupan por ti, pero yo sé que eso no te representa. Al menos, ya no. Y ellos también lo saben; por eso querían que tuvieras esto. Querían algo que fuera solo para ti.

—¿Querían? —Dylan se acerca más a mí, y un globo negro me roza la pierna.

—Queríamos —me corrijo en voz baja.

—¿Y las fotos? ¿De quién fue la idea?

—Mía —admito, mirándolo a los ojos—. Todos me mandaron sus fotos favoritas contigo —le explico—. Lidia me dio esa foto nuestra cuando se enteró.

Esta vez, cuando da un paso hacia mí, la punta de sus zapatos roza la de los míos. El aire entre nosotros se comprime, cargado de algo que parece demasiado grande para caber en la habitación.

—Me lo pones muy difícil —dice Dylan en voz baja, con un tono de derrota. Mi corazón se detiene y vuelve a latir con fuerza—. ¿Cómo voy a demostrarte que contigo es distinto cuando haces cosas que me hacen desear sacar ese lado mío? —me pregunta, y sus ojos ardiendo de deseo—. El lado que no va a darse por satisfecho hasta tenerte en todas las posiciones que siempre soñó.

Siento un calor en la parte baja del vientre.

—¿Estás intentando ser distinto conmigo?

—Mira a tu alrededor, Sierra. Todo lo que hay es nuevo. No hay ningún lugar en el que podría hacerte mía que haya ocupado otra persona. Hasta pinté las paredes, por el amor de Dios. ¿Y la ducha? Eres la primera persona a la que dejo entrar. —Se ríe, pero no hay

rastro de humor en su risa—. ¿Y hoy? Sé que podría haber bebido, pero no lo he hecho porque esperaba que vinieras. Y, cuando estoy contigo, quiero estar totalmente presente.

Nadie nunca me hizo sentir que mi presencia fuera algo tan vital. Dylan esquiva mi mirada. Es como si se estuviera resguardando, como si tuviera miedo de haber hablado de más.

—Mírame. —Le sujeto el rostro, pero él no hace contacto visual. Apoya su frente en la mía y reprimo el sollozo que me sube por la garganta—. Por favor.

Entonces me mira. Sus ojos color ámbar se elevan lentamente, con esas pestañas largas aleteando como cortinas delicadas.

—No eres tu pasado. Y, por más que lo fueras, no es nada de lo que avergonzarse.

—Sí que…

—No —digo con firmeza—. Eres mucho más que eso. Eres bueno, amable y tan generoso que hasta me da envidia. No eres solo una persona a la que desear o con la que conformarse. Eres una persona maravillosa y mereces todo el respeto del mundo.

—Debes de ser la única que piensa eso —responde, esbozando apenas una sonrisa.

—¿Sabes qué creo? —digo con calma—. Creo que la gente piensa que solo te preocupas por ti mismo y por tu placer porque esa es la versión de ti que elegiste mostrarles. Pero, en el fondo, eres la persona más buena que conozco. Y creo que la gente que te conoce y te quiere de verdad lo sabe.

—Qué cursi estás hoy, Romanova —replica con una risita.

—Búrlate si quieres, pero yo te veo de verdad, Dylan. —Cojo su mano y entrelazo nuestros dedos—. Antes no podía, o no me

permitía hacerlo. Pero ahora que lo hago, no puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que pienses esas cosas de ti.

—Yo también te veo, Sierra —me dice, con un brillo especial en sus ojos color avellana.

Mi cuerpo se mueve por voluntad propia. Rodeo su torso desnudo con los brazos y apoyo los labios en su pecho cálido.

—No necesito que seas distinto conmigo. Me gustas tal como eres. El viejo tú, el nuevo tú. Con que seas tú me basta.

El silencio, espeso y tenso, se prolonga durante unos instantes.

—Entonces, si te desnudara por completo, te lamiera todo el cuerpo y te metiera la polla hasta el fondo, ¿no me verías con otros ojos? —pregunta, sujetándome el rostro con una mezcla de ternura y control.

«Ah».

—S-sí, te vería con otros ojos. Pero no mal.

Esboza una sonrisa burlona y me roza la oreja con los labios al preguntar:

—¿Y si te besara así?

Me echa la cabeza hacia atrás y atrapa mis labios mientras su lengua, caliente y lenta, se mueve en mi boca, explorándome, dominante. Me pongo de puntillas, a su merced, y siento un aleteo en el estómago antes de que se aparte.

—¿No me verías con otros ojos?

Lo sujeto de los hombros y lo atraigo hacia mí hasta que nuestras narices se tocan.

—Bésame así otra vez, y no voy a parar hasta que tú me veas con otros ojos.

—Sube a la cama. —No dudo. No cuando me mira así—. Esa faldita. ¿Pensaste que podías venir vestida así a mi cumpleaños y que yo iba a contenerme?

—Me dijeron que te tomas muy en serio el tema del disfraz. Y quería complacer al cumpleañero.

Siento la vibración de su risa en mi piel.

—¿O sea que existe un universo en el que Sierra Romanova quiere complacerme?

—Debemos de estar en una realidad paralela —respondo.

—No pasa nada, cielo —susurra contra mi estómago—. Yo voy a complacerte en todas las realidades. —Luego me desabrocha la falda y me quita las botas. Retrocedo sobre el colchón y él me sigue y se me pega como un imán. Me sujeta los muslos y los azota con brusquedad antes de presionarme con la cadera.

Dylan me besa como si estuviera famélico. Cada movimiento de su lengua es gasolina ardiendo en un incendio voraz. Necesito sentir más. Estoy desesperada por sentirlo moverse dentro de mí, por tener sus manos fuertes en mis muslos, por lo que sea.

Cuando engancho los dedos en su cinturón, me sujeta del pelo y tira hacia atrás. Luego me mira con ternura mientras pasa los pulgares por debajo de mis ojos, tan delicadamente que me convenzo de que mi piel es de porcelana. Y me besa los párpados con la suavidad de un susurro.

—Esto es distinto, Sierra —dice con voz ronca, suplicante, casi.

—Lo sé —susurro.

—¿Segura? —Sus ojos se vuelven dos carbones—. Lo digo en serio. No hay nadie más. No quiero saborear a nadie más, no quiero

follar con nadie más. No quiero tener a nadie más de compañera. Contigo quiero hacer las cosas bien.

Apenas puedo contener las ganas de frotarme contra él, pero sus manos, firmes en mi cintura, me lo impiden. La música sigue retumbando contra las paredes. Estoy bastante segura de que oigo a Kian y a Summer cantando un dúo, pero me concentro en el corazón de Dylan, que late rápido contra el mío.

—Qué codicioso.

—Solo cuando se trata de ti —susurra él—. Sé mi novia.

Se me para el corazón.

—Me parece que esas cosas se preguntan.

Su pulgar se detiene en mi cuello, donde el pulso me late desbocado.

—Pero no tengo que preguntarme lo que siento por ti, Sierra. Hoy, cuando te folle, quiero hacerlo con mi novia. Quiero estrecharte entre mis brazos y saber que eres mía.

Algo estalla en mi pecho y me ilumina como el sol.

—¿Quieres que sea tuya? —pregunto.

—Sí. No pienso dejarte ir.

—Está bien —susurro—. Seré tu novia.

Un gruñido de satisfacción le recorre el cuerpo, pero lo entierra en la curva de mi cuello. Cuando se aparta, me lleva los muslos hacia el vientre y me estira tanto que el aire roza mis partes más sensibles. Pero su mirada abrasadora me calienta hasta que ya no lo soporto.

—¿Te vas a quedar mirándome toda la noche? —lo provoco.

—Quizá.

Suelto una risita nerviosa, sintiéndome muy expuesta. Se quita el pantalón y se queda en calzoncillos. Deslizo la mano por su pelo y

sujeto los bucles castaños. Luego me tapo la boca con la mano para que nadie me oiga.

Niega con la cabeza y apoya la lengua sobre mi clítoris, como una advertencia.

—Quiero escucharte, Sierra. Sabes que quiero escucharte. No nos contengamos cuando estemos juntos.

Cuando no aparto la mano, Dylan se separa para rebuscar en la mesilla y casi suelto un quejido ante la ausencia del roce. Rápidamente se da cuenta de que lo que busca ya no está allí. Coge mi ropa interior, abandonada en el suelo, me levanta los brazos por encima de la cabeza y los ata al cabecero de la cama. Con mi ropa interior. «Dios santo».

—No te muevas —me ordena.

—V-vale —balbuceo la palabra entre gemidos hasta que vuelve a hacer eso con la lengua que me nubla la vista y me arranca un «sí» tras otro cuando me corro en el momento en que me lo pide. Cuando va a buscar un preservativo, lo detengo. Con una sola mirada, lo entiende. Hay un temblor casi imperceptible en sus manos.

—Nunca… —se interrumpe.

—Yo tampoco. Podría ser nuestra primera vez. Juntos. ¿Te parece?

Sus ojos ámbar se tiñen de ternura.

—Sí, me gustaría. Nuestra primera vez.

—¿Puedo tocarte ahora? ¿Por favor? —Él también debe de preferirlo así, porque, de un solo tirón, mis brazos quedan libres.

No me da ni una palabra de advertencia antes de deslizarse dentro de mí. Muy adentro, hasta el fondo.

—Dios, te he echado de menos —dice. Sale por completo y vuelve a entrar.

Cuando le sujeto con fuerza la muñeca, baja el ritmo para darme tiempo a adaptarme a su tamaño.

—Tómate tu tiempo. Te lo voy a hacer muy despacio.

Y así es. Me penetra con un ángulo perfecto y lento que me enloquece, y el sonido de nuestros cuerpos juntos resuena en mis oídos; se me cierran los ojos de placer. Dylan me besa y me da un pequeño empujón.

—Mírame —me ordena—. No dejes de mirarme.

Mantiene cautiva mi mirada mientras se mueve más rápido y observa cada una de mis reacciones al tenerlo dentro. Estoy tan desesperada por sentir sus manos que empiezo a desabrocharme el corsé, pero detiene el movimiento torpe de mis dedos y lo abre sin esfuerzo. No llevo sujetador, así que, en cuanto me lo quita, Dylan suelta un gemido de aprobación y atrapa mi pezón con los labios. Tenerlo así, sin un centímetro de separación entre nosotros, se siente tan bien que casi no puedo respirar.

Cuando le suplico que vaya más rápido, apoya la mano en el espacio entre mi cabeza y el cabecero y me folla con tanta fuerza que me deja sin aliento.

—¿Te gusta así, Sierra? ¿Te gusta que yo sea lo único que puedes sentir? —Me penetra con más fuerza, balanceando las caderas—. Lo único que puedes saborear. Lo único que puedes tocar.

—Sí.

—A mí me gusta cuando estás así. Cuando me dices que sí. —Se echa hacia atrás para ver cómo me penetra, con mis piernas en sus

manos mientras acelera el ritmo—. Deberías hacerlo más a menudo. Quizá te recompense por ser tan buena.

De algún modo, logro fulminarlo con la mirada a pesar de que casi se me ponen los ojos en blanco de placer.

—No soy buena.

—Eres muy buena cuando quieres —dice. Luego me presiona el abdomen y siento que todo se tensa—. ¿Vas a ser buena y correrte conmigo dentro, Sierra?

—Por favor —gimo—. Por favor, Dylan.

—No pensaste que te lo iba a dar tan fácil, ¿no, princesa?

—Más rápido —gruño.

—Pídemelo bien.

—Te odio.

—No te creo. —Dylan mira entre nosotros—. Y eso no es muy amable. Las chicas malas no tienen el privilegio de correrse, cielo.

Le sujeto el pelo y, de un tirón, lo atraigo hacia mi boca.

—Pero a ti te gusta que sea mala.

—Es verdad —responde, todo sonrisa—. Me gustas tal como eres. Demasiado, a veces. —De pronto le cambia el gesto y me mira como si fuera a desaparecer—. Cuando termine de follarme este coño tan bonito, ¿qué vas a hacer?

Extasiada, cierro los ojos y entreabro los labios. Apenas registro lo que dice. Solo necesito que alivie esta presión.

—Dios, así. No pares.

Dylan me sujeta del mentón y me obliga a mirarlo.

—¿Qué vas a hacer, Sierra?

—¿Qué? —jadeo.

—Cuando termine de follarte, ¿qué vas a hacer?

El cerebro me ha dejado de funcionar desde que Dylan empezó a hacer esa cosa con la lengua hace un rato, así que tardo varios segundos en entender lo que está diciendo. Pero otra vez tiene esa expresión, y quiero que desaparezca. Le creí cuando dijo que esto era distinto. Quiero que lo sepa.

Tiene miedo de que me vaya. El pensamiento me parte en dos, porque sé que Dylan nunca le pide nada a nadie.

—Voy… Voy a quedarme.

Si los humanos pudieran resplandecer, esa sería la palabra que usaría para describir la expresión que aparece en su rostro. Resplandeciente.

—Bien —dice—. Vas a dejarme limpiarte y después te vas a dormir en mis brazos sin dudar de esto. ¿Sí?

—Sí, Dylan —gimo—. Quiero quedarme.



CUARENTA

DYLAN

Soy un tipo seguro de mí mismo. Soberbio, dirían algunos. Pero que Sierra Romanova aceptara ser mi novia fue pura suerte. Y conseguir que se quedara conmigo toda la noche para luego despertarme con ella durmiendo plácidamente a mi lado fue como ganar la lotería.

Ahora, mi novia está encaramada encima de mí, completamente desnuda. Encuentra mi mano y apoya su palma contra la mía, midiendo la diferencia. Con el labio inferior atrapado entre los dientes y la cabeza echada hacia atrás, observa cuánto más grande es la mía. Después me mira y cuando nuestros ojos se encuentran juro que se sonroja un poco. Me acaba de follar como una estrella porno, pero basta con una sola mirada mía para que se vuelva tímida.

—¿Tienes un bolígrafo? —me pregunta.

Me estiro hacia la mesilla y cojo uno. Luego apoyo las manos en su cintura y le acaricio la cicatriz con el pulgar. Ella ya no se aparta ni se pone tensa cuando lo hago.

—Dame la mano —me ordena, apretando el botón del bolígrafo.

Concentradísima, igual que siempre que hace algo, dibuja un círculo, dos puntos y una curva.

—¿Qué te parece?

Encuentro justo lo que esperaba: una carita sonriente. Una sensación cálida me invade el pecho y, con esa misma mano, le sujeto la nuca y la atraigo hasta mis labios.

—Me encanta, cielo.

Su risa alegre es el sonido más bonito que he escuchado en mi vida.

—¿De qué es esto? —me pregunta Sierra, deteniéndose sobre la cicatriz difuminada de mi mentón.

—Me la hice en tercero. En las clasificatorias contra Boston College. Me pitaron una falta grave.

Ella sigue bajando hasta mi ombligo; me mira como si fuera algo nuevo, sin estrenar.

—Tengo paciencia, pero no tanta, Sierra.

—¿Qué? Solo quería saber lo de tus cicatrices.

Le doy la vuelta debajo de mí y ella jadea.

—Claro. Por eso noto lo mojada que estás.

Mis palabras la hacen ruborizar, pero no le doy opción a ponerse tímida. Me deslizo por su vientre, dejando un rastro de besos suaves, pero, justo cuando empieza a gemir mi nombre, suena su teléfono.

—No contestes —le pido con voz ronca. Y, cuando le separo los muslos y hundo el rostro ahí, no protesta—. Quiero más.

—No puedo… —empieza a decir, temblando sin parar.

Mi móvil vibra, pero le aprieto los muslos para que no se distraiga.

—Dylan —dice, aunque apenas la oigo, absorto en su sabor—. Tu teléfono.

—No le hagas caso.

Ella hunde las manos en mi pelo y me obliga a levantar la cabeza. Arrastra mi nombre por su lengua con voz seria.

Suspiro y cojo el móvil.

—Es Lidia.

Llevamos días esperando para saber si nos han elegido como invitados locales para el Grand Prix. Con nuestras puntuaciones y toda la atención mediática que hemos recibido, teníamos posibilidades. Sierra salta de la cama y coge su teléfono. Busca la sudadera que dejé apoyada en el marco de la cama y se la pone.

Luego llama a Lidia. Cada tono que resuena en el aire me hace sentir que nos acercamos al borde de un precipicio.

—*Devushka.* —La voz de Lidia suena por el altavoz. Sierra se derrumba contra mí, como si con solo oírla ya lo supiera—. Estuvisteis increíbles. Fue prácticamente perfecto, y deberíais estar orgullosos. Esta vez no ha podido ser, pero todavía tenemos todo el año. Tienes una carrera muy larga por delante, Sierra.

Ella se queda sentada sin decir nada, así que cojo yo el teléfono.

—Gracias por avisarnos, Lidia —digo con calma, aunque por dentro siento que se me desgarra el pecho.

—¿Quiénes van a ir? —pregunta Sierra con la voz temblorosa.

El silencio se alarga tanto que sabemos la respuesta incluso antes de que la diga.

—Justin y Julia.

Un gemido ahogado se le escapa del pecho a Sierra.

Le aseguro a Lidia que estaremos bien y cuelgo antes de girarme hacia mi compañera. Con cuidado, la hago tumbarse a mi lado y trazo con los dedos el pequeño relieve de la cicatriz de su cabeza.

—Pensé que iba a doler más. O sea, duele, pero no como antes —susurra con un hilo de voz—. Creo que es porque tú estás aquí.

Deslizo la mano por su cintura.

—Siempre voy a estar aquí, cielo.

Su risa es suave, casi imperceptible, pero me derrite el corazón.

—Al menos ahora por fin puedes centrarte en el hockey y en el reclutamiento. Te mereces todo lo que hizo Kilner por ti, Dylan.

—No estoy pensando en eso ahora —respondo.

—Pero quiero que lo hagas. Porque, por primera vez en años, me he vuelto a enamorar del patinaje. Se siente como antes, como mi hogar. Tú me has ayudado a conseguirlo. Antes me echaba la culpa por no ser lo bastante buena como para que mi compañero se quedara, pero tú nunca me has hecho sentir que era una carga. Por primera vez, no pienso que mi valor tenga que ver con la puntuación que saco. Así que hablo muy en serio cuando te digo que deberías dedicarte a eso a lo que has entregado toda tu vida. Si alguien puede entenderlo, soy yo.

Cuando bajo la mirada, la encuentro observándome, el rostro teñido de algo crudo e inexplicable.

—¿Confías en mí? —murmuro, y le levanto el mentón, obligándola a quedarse ahí para poder sentir las palabras en sus labios.

—Muchísimo.

La necesidad de aferrarme a ella, de estrecharla entre mis brazos, se vuelve posesiva, obsesiva, y me devora. Quiero que me necesite. No solo para esto, para todo.

Me pasaría la vida entera con ella si me lo permitiera.



Voy a dejar el hockey.

No es algo que tuviera pensado de antemano, pero algo cambió entre anoche y esta mañana. Quiero hacerlo ahora para que Sierra sepa que no es una decisión impulsiva. Como no quedamos seleccionados para el Grand Prix, puedo entrenar más para las nacionales. Voy a conseguirle el primer puesto del podio, cueste lo que cueste.

—¿Estás seguro? —me pregunta Kilner por tercera vez, después del entrenamiento. Cuando le he dicho que iba a jugar un último partido, se ha quedado mirándome tanto tiempo que hasta me he fijado en las motitas marrones de sus ojos azules.

Amo este deporte, pero lo que me provoca no se acerca ni de lejos a lo que siento cuando patino con Sierra. Toda mi vida he sentido la atracción de estar sobre el hielo, y siempre he pensado que mi destino era el hockey, pero cuando mi mano encuentra la calidez de la suya, es lo único que me importa. Siento que ganar no tiene sentido si no es con ella.

—Sí.

Kian gimotea a mi lado.

—¿Segurísimo? —Se lo he contado de camino al entrenamiento y ya me arrepiento, porque ahora no se me despega. En la oficina del entrenador me ha abrazado durante siete minutos enteros y no me ha soltado hasta que Kilner le ha dicho que lo iba a poner a hacer series.

—Sí, Kian, estoy seguro. Lo he pensado bien y, aunque amo el hockey, este es mi futuro. Es lo que tengo que hacer.

Kilner sonríe y, esta vez, no impone respeto.

—Estoy orgulloso de ti, hijo. —Se levanta y yo hago lo mismo, y me da un abrazo. El entrenador se está volviendo sensible. Es raro.

Kian no pregunta si puede sumarse: nos abraza y punto. Cuando salimos del estadio, ya está pegado al móvil, contándole a todo el mundo la novedad. Empiezan a llegarme mensajes sin parar, pero solo abro el de Sierra. Me dice que ha pasado el día estudiando y que se va a acostar temprano. Ni me molesto en leer los del equipo. Kian y yo volvemos a casa, donde todos se han reunido para ver el partido.

Aiden está sentado en el sofá, aplicándose frío en la pantorrilla, cuando me ve. Como todavía no le han dado el alta para jugar, se quedó después de mi cumpleaños.

—Me he enterado de que has tomado una decisión.

Asiento y me dejo caer a su lado en el sofá.

—Si vas a intentar disuadirme…

—No. Me parece que es lo correcto. Estoy orgulloso de ti, D.

Siento que me quitan un peso de encima y, por la forma en que lo dice, me doy cuenta de que llevaba años esperando poder pronunciar esas palabras. Y me alegra que, por fin, yo también me sienta orgulloso de mí mismo.

—Gracias —respondo—. Yo también siento que es lo correcto. Siento que, por fin, las cosas están bien, más allá de todos los problemas con mis padres.

Los chicos se quedan paralizados, como si les impactara oírme hablar de mi vida privada. Y entonces ocurre: se lo cuento todo. Que mi padre sigue engañando a mi madre, lo de la renovación de votos, la marihuana y el control antidopaje.

Mis amigos parpadean, desconcertados, como si me estuvieran viendo por primera vez.

—¿Una renovación de votos? ¿Para eso era la invitación? —me pregunta Kian—. ¿Por qué no nos lo contaste?

—No quería atosigaros con todos mis problemas. Cada uno tiene su vida, y se supone que los amigos tienen que facilitar las cosas, no complicarlas.

Aiden frunce el ceño.

—¿Piensas que no tienes derecho a tener problemas porque eres… tú? Aquí nos apoyamos todos. Así es como sobrevivimos a las mierdas que nos pasan.

—Se supone que yo soy el que no se toma nada en serio, no el que agobia a los demás con sus dramas familiares. Nadie quiere tener a alguien así al lado.

—Nosotros sí —dice Aiden—. Que nos lo ocultaras no significa que no supiéramos que lo estabas pasando mal. Ojalá sepas que siempre estamos aquí para escucharte. Da igual si es para hablar de tonterías o para contarnos tus problemas familiares.

Cole y Sebastian apartan la vista del televisor.

—Sí, cuentas con nosotros, Doble D.

—Tú has estado para nosotros más veces de las que puedo contar —dice Kian—. Lo justo es que nosotros también estemos para ti. Así funciona la amistad.

Todo esto me hace sentir vulnerable, como una herida abierta que no le he enseñado a nadie más que a Sierra. Por primera vez, no siento que esté dejando algo atrás. Siento que he ganado mucho más.



CUARENTA Y UNO

SIERRA

La mañana siguiente, después de dormir en los brazos de Dylan, fue la primera vez en más de un año que me sentí completamente segura al despertar. Sin contar cuando mi madre dormía conmigo en el hospital, fue esta. Aquí, con Dylan.

—Por respeto a tu relación, no te voy a pedir detalles, pero cuéntame alguna cosita —me dice Scarlett mientras estamos en la cocina calentando el almuerzo que hemos traído del comedor. La Scarlett de ayer, con resaca, me dijo que necesitaba saberlo todo, pero solo cuando dejara de sentir que había una banda escolar desfilando dentro de su cabeza. Por eso hoy, que ya ha resucitado de entre los muertos, le he contado cómo reaccionó Dylan a la

sorpresa que preparamos entre todos y le he dicho que ahora somos novios. Nunca he sido novia de nadie, pero me alegra ser su novia.

—A veces usa hielo.

Scarlett casi se atraganta con el cruasán.

—Te pedí una cosita y me sueltas un montón. Cielos, ahora voy a pensar en eso cada vez que Dylan y tú estéis juntos.

—¿Vas a pensar en qué cuando estemos juntos?

Las dos nos giramos hacia Dylan. Todas las de la planta baja dejamos la puerta abierta durante la época de parciales, por una cuestión de apoyo moral, supongo. Dylan se acerca, me susurra «hola, cielo», y empiezo a sonrojarme. Me estoy enamorando perdidamente de él, pero no dudo de que siempre me ayudará a encontrarme.

Lleva traje y una corbata azul marino, y el pelo largo y ondulado. Ni me inmuto cuando me roba un trozo de béicon del plato y me da un beso mientras todavía estoy masticando.

—En el hielo —dice Scarlett. La fulmino con la mirada, pero ella se ríe y Dylan también—. Voy a estar en mi habitación, así que sentíos libres de hacer lo que queráis. Hay una máquina de hielo en el pasillo.

—Regalo a mi mejor amiga. ¿La quieres?

—No, ya tengo de sobra —dice Dylan, siguiéndome hasta mi habitación—. Venía a preguntarte si necesitas que te lleve.

Hoy es el segundo partido de Dylan. El entrenador convenció al decano de que la sanción fue injustificada y de que la expulsión no debería influir en su reincorporación. Sé que él jamás lo admitiría, pero está agotado y, aunque sabe que tendría que dejar algo, no lo va a hacer. Y yo soy demasiado egoísta para decírselo.

—Summer va a pasar a buscarme. Pero ¿esto es una ventaja de ser tu novia? ¿Viajes en coche ilimitados?

—Puedes montarte cuando quieras, Romanova, y no solo en el coche. —Dylan me mira como si tuviera grabada en la retina la imagen de mi cuerpo desnudo.

Niego con la cabeza y revuelvo el armario en busca de algo bonito que ponerme. Me miro al espejo y trato de decidir qué ponerme abajo. Dylan se acerca por detrás y me recorre la cintura con las manos.

—Así no me dan ganas de irme. Eres peligrosa.

—Pero te gusta eso de mí —respondo, riendo.

—Sí —dice—. Me encanta eso de ti.

Si no estuviera envuelta en sus brazos, se me aflojarían las rodillas. ¿Cómo puedes pensar que mereces amor si ni siquiera te amas a ti misma?

—No te pongas eso —me dice, interrumpiendo mis pensamientos.

Luego suspira, apoya la cabeza en mi hombro y le sonrío a nuestro reflejo.

—¿Por qué no?

—Porque tengo que estar concentrado cuando juego, y no voy a poder si sé que esto —me quita la minifalda de las manos— es lo que te vas a poner.

—¿Y esto? —pregunto, enseñándole unas mallas ajustadas.

—¿Acaso quieres matarme, mujer?

Lo empujo y él cae en la cama, entrelazando las manos detrás de la cabeza mientras me observa vestirme.

Me doy la vuelta para mostrarle los vaqueros.

—Me voy a poner esto. Lo tomas o lo dejas.

—Lo tomo. Siempre lo tomo —dice—. Pero date una vueltecita. No sé si ese color te queda bien.

—¿No? —giro, reduciendo la velocidad cuando silba.

—Acércate un poco más para verlo en detalle.

—Vas a llegar tarde al partido —protesto, aunque me contoneo hacia él de todos modos. Es imposible ignorar lo guapo que está con ese traje.

Me hace sentarme en su regazo y me agarra con fuerza el trasero.

—Para la buena suerte.

—¿Un apretón de la buena suerte?

Asiente y nos hace girar hasta que quedo debajo de él.

—Y un beso de la buena suerte también.

—¡Cierto! —Me aparto y rebusco en el cajón de mi escritorio—. ¿Me puedes poner esto?

Dylan toma la caja color lavanda de mis manos. La abre y pasa los dedos por el brazalete bañado en oro. La carita feliz atrapa la luz y, al darle la vuelta, ve nuestras iniciales grabadas al otro lado. Sus labios dibujan la sonrisa más dulce del mundo. Me lo coloca en la muñeca y roza mi piel con los labios.

—Yo te lo habría comprado, cielo.

—Lo sé, pero quería algo para mí. Un recordatorio de lo lejos que he llegado. Con tu ayuda, pero también por mi cuenta. —Nunca pensé que llegaría el día en que no solo sobreviviría, sino que elegiría conscientemente vivir—. Te compré uno a ti también —añado, y le entrego el brazalete idéntico.

—No necesito un amuleto de la buena suerte, Sierra. Ya te tengo a ti.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras se lo pongo en la muñeca.

—No es para la buena suerte. Es para nosotros. Siempre seremos compañeros, aunque no patinemos juntos.

Titubea, pero apoya los labios en los míos y susurra:

—Pase lo que pase.

Siento que el mundo desaparece cuando me besa así, y me esfuerzo por acercarme más. Aunque él aparta las caderas, quiero sentirlo.

—Ni se te ocurra, Sierra —me regaña cuando llevo la mano a su cinturón—. No tengo mucho autocontrol y, contigo, aún menos.

—¿Cuándo te volviste tan aguafiestas?

—Lleva ese culito a mi partido para que te oiga gritar mi nombre —dice, mordiéndome el labio.

—Eso ya lo hago —respondo—. Lo gritaré más fuerte cuando ganes.

Se levanta de la cama de un salto.

—No va a funcionar, cielo.

—Ya ha funcionado. —Le lanzo una mirada sugerente cuando abre la puerta de mi habitación—. Que disfrutes de la ducha fría.

Dylan gruñe y se va. Oigo cómo se cierra la puerta de entrada y sonrío de oreja a oreja.

Una hora más tarde, Summer está aparcada en la entrada, y Scarlett y yo nos subimos al coche para ir al estadio. Amara decidió sumarse a última hora, así que el coche va lleno y la energía es brutal.

La primera mitad del trayecto ponemos música a todo volumen y, en la segunda, hablamos de cualquier cosa. Aunque el tema actual

me hace sudar un poco las manos.

—Sierra, te digo una cosa: nunca he visto a Dylan así —dice Summer—. Se pasa el día sonriendo, y no con esa sonrisita burlona de siempre. De verdad. Nunca tuvo una relación, pero contigo parece un experto.

—Supongo que tuve suerte. O que, por primera vez en mi vida, pasar vergüenza sirvió de algo. —Me rasco la nuca—. ¿Es malo eso? ¿Quién se le tira encima a su compañero de patinaje el primer día de entrenamiento?

—Para nada. Yo me acosté con mi compañero de investigación —responde Summer. Debe de estar hablando de Aiden—. Y nuestra amiga Cassie se acostó con el mejor amigo de mi compañero.

Tardo un momento en atar cabos. Supongo que se refiere a Kian.

—Y yo me acosté con el mejor amigo de mi mejor amiga —añade Amara, y ahora sí que me pierdo.

El coche se detiene de golpe y todas nos sacudimos hacia delante.

—¿Qué? —dice Summer.

Nos giramos hacia Amara, que se tapa la boca. Masculla un insulto.

—¿Te… te acostaste con Sampson? —pregunta Summer—. ¿Y no me lo contaste? ¿Qué demonios, Amara? ¡Si os odiáis!

—Todavía nos odiamos —responde—. Pero, Dios, lo que hace con la lengua… —Vuelve a taparse la boca—. Nunca, jamás, le digas que he dicho eso.

Summer sigue parpadeando, desconcertada.

—Tenemos que hablar de esto.

—¿Estás segura de que necesitas más información? —interviene Scarlett—. Creo que su cara ya lo dice todo.

Después de eso, nos quedamos en silencio. Más que nada porque Amara no quiere hablar.

El partido empieza nada más llegar. Cuando Dylan me ve, da un golpecito en el cristal y me guiña un ojo, y todas las chicas se ponen a chillar. Pongo los ojos en blanco y él sonríe.

Para el tercer periodo, Dalton tiene el partido controlado y Dylan se separa del equipo en busca del gol de la victoria. Con el casco puesto no le veo la cara, pero impresiona verlo moverse sobre el hielo, rápido como un rayo. Contengo la respiración y trato de relajar los puños cuando recuerdo la carita feliz en la palma de mi mano y jugueteo con el brazalete nuevo. Dylan lanza el disco y la bocina retumba en todo el estadio. Luego pasa disparado frente a nosotras, celebrándolo, y se lleva la mano a la oreja mientras la multitud enloquece. Yo estoy pegada al cristal, coreando su nombre como una fanática del hockey. Demonios, quizá hasta me guste este deporte.

—Qué pena que sea la última vez —dice Amara, pasándome una bolsa de palomitas. Debe de notar mi expresión confundida, porque señala hacia delante, donde está Dylan—. La de Dylan —aclara—. Es su último partido, ¿no?

Tengo la cabeza hecha un lío. Llevo tiempo preparándome mentalmente para la última vez que patinemos juntos, para no decir ni hacer ninguna tontería. Como pedirle que se quede.

—Sampson me contó que el entrenador Kilner le dijo que por fin se iba a reincorporar al equipo y que podría jugar para Nueva York el año que viene, pero Dylan no quiso —me explica Amara.

—¿No quiso? —pregunto, con el corazón desbocado.

—No. Renunció así, sin más —dice ella—. Eso es lo que me contó Sampson. Pensaba que lo sabías.

Quiero hacer más preguntas para calmar el sobresalto en mi pecho, pero no me salen las palabras. Summer me ofrece un churro y, en medio de la confusión, ni siquiera recuerdo comérmelo entero ni hacer un bollo con el envoltorio cubierto de azúcar. Pero ellas sí se dan cuenta.

—¿Estás bien? —me pregunta Summer.

Asiento sin decir nada. Luego, los últimos segundos del tercer periodo se esfuman y Dalton se lleva la victoria. Siento un nudo en la garganta que no consigo tragar. Tengo que salir de aquí.

—Voy a… —señalo la salida y, antes de que me pregunten nada, ya estoy fuera del estadio. La bocina que marca el final del partido resuena por todo el edificio, y aún la oigo cuando estoy en medio del aparcamiento, corriendo hacia la nada.



Pongo The Weather Channel a todo volumen en mi habitación. Pero, esta vez, Dale Thunderman no calma mis nervios. Me vibra el móvil. Es Scarlett.

Scarlett: Me olvidé las llaves. ¿Me abres la puerta?

Cuando abro la puerta, Dylan está plantado allí. Su rostro provoca un daño devastador en mi corazón. Scarlett y Kian están detrás de él, pero salen corriendo por el pasillo, y ella grita algo sobre lo persuasivo que es Dylan.

—Estaba seguro de haberte visto hoy en el partido, pero debo de haberme equivocado —dice. Cierro la puerta cuando entra sin que yo lo invite.

—Has renunciado. —Las palabras suenan acusadoras—. Tú amas el hockey.

—Sé lo que amo, Sierra —responde con tono seco. No queda ni una gota de aire en la habitación ni en mis pulmones. Con solo mirar su rostro, tan atractivo que resulta irritante, me cuesta hasta respirar.

—Tú me has visto. Llevo tiempo haciendo malabares con los dos deportes y las asignaturas y me estoy portando mejor que nunca. Por fin he encontrado algo que me gusta, con alguien que me gusta. ¿Qué tiene de malo?

—Pero lo has dado todo por el hockey. Y todavía podrías jugar en Nueva York.

—Apenas —murmura—. Me iban a mandar a las ligas menores. Puedo ser el mejor jugador del mundo, pero me he metido en demasiadas peleas. Soy demasiado imprudente, demasiado agresivo, demasiado todo.

—¿Y entonces eliges el patinaje artístico?

—Elijo el patinaje artístico contigo.

Tengo la garganta seca, como si hubiera tragado tierra. Dylan continúa:

—Cuanto más se acercaba la reincorporación, menos ganas tenía de volver. Llevo toda mi vida interpretando este papel por distintos motivos. Para ser alguien, para demostrarle a mi padre que se equivoca, para sobrevivir hasta el día siguiente. Pero cuando estoy

en el hielo contigo, no quiero que se termine. Me despierto contento todos los días porque sé que vamos a hacerlo todo otra vez.

—Pero se suponía que lo de ser compañeros era temporal —insisto, negando con la cabeza.

Dylan se pasa la mano por el pelo y reduce la escasa distancia que nos separa.

—Si piensas que algo de lo que ha pasado entre nosotros es temporal, Sierra, con esto te estoy demostrando que no lo es. Absolutamente nada de lo que he hecho contigo ha sido temporal.

Siento que el corazón va a saltarme del pecho. Es demasiado. Demasiado rápido. Demasiado familiar.

—¿Y si te arrepientes? Este deporte no es divertido cuando pierdes, Dylan, y yo ya lo he vivido. No puedo pasar por eso otra vez. Contigo no.

—¿Te parece que me arrepiento? —pregunta—. Llevo meses patinando contigo. No me importa si tenemos que intentarlo una y otra vez, siempre que estemos juntos.

—Pero te vas a arrepentir —le aseguro—. Créeme, Justin dijo…

—No me compares con él.

—Pero yo estoy…

—Basta.

Me sujeta el rostro con suavidad. Dylan nunca grita, por muy frustrado que esté. Me doy cuenta de que está enfadado, pero me trata con paciencia porque sabe que es lo que necesito.

—Dime por qué te da tanto miedo esto. ¿Por qué no puedes confiar en que he tomado esta decisión por voluntad propia? ¿Por qué no puedes creer que quiero quedarme contigo?

—Porque no funciona así.

Al menos, no para mí. Sé que Dylan no es Justin y que nuestro vínculo no se parece en nada al que tenía con él, pero Justin también dijo esas cosas. Las dijo una y otra vez hasta que le creí. Hasta que decidí que era real, pero después resultó que yo no era suficiente. Otra vez.

—¿De verdad piensas que me iría? Eso nunca fue una opción para mí.

—No espero nada de nadie…

—Me importa un rábano lo que esperes de los demás. Pero sí me importa lo que esperes de mí, porque haré todo lo que esté en mi mano para darte eso y diez veces más.

—Nadie quiere esforzarse tanto.

—Estoy aquí diciéndote que yo sí quiero.

—No quiero que te metas en algo sin saber cómo es. No puedo darte una versión alegre y despreocupada de mí que se parezca a las chicas con las que has estado antes. Tengo inseguridades, y ya me han hecho daño. Y no es tu responsabilidad demostrar que se equivocaron conmigo.

—No tienes que pedirme que lo demuestre. Yo quiero hacerlo —dice—. Estoy aquí por ti, tal como eres. Todas las partes que tú crees que están rotas, para mí son más partes que puedo amar.

«Vas a estropearlo. Le quitarás sus mejores años y lo dejarás sin nada. Como hiciste con Justin».

—Tienes una carrera deportiva y gente que te quiere. No me necesitas.

—No pasa un día sin que piense dónde estás o qué estás haciendo. Quiero estar contigo, necesito… Dios, no soy nada sin ti. ¿No te das cuenta?

Me trago el nudo de la garganta, incapaz de asimilar sus palabras. O quizá no me lo permito.

—Te quiero, Sierra. En tus peores días, en tus mejores días y en todos los que hay en medio. Muéstrame tu peor versión, cielo, y yo te mostraré hasta dónde puede estirarse mi corazón por ti.

«Te quiero, reina del hielo». Siento como si el cerebro dejara de funcionarme, como si hubiera vuelto a la última vez que oí esas palabras. El corazón se me comprime tanto que creo que voy a morir.

¿Cómo he podido hacerle creer que soy digna de ser amada?

Dylan me mira suplicante.

—No te pido que me digas lo mismo. Pero quiero que sepas que te quiero y que adoro patinar contigo. Y eso es una realidad, pero no ha tenido nada que ver con mi decisión. Patino porque quiero. Dejo el hockey porque quiero. Porque, si te soy sincero, nunca me he sentido tan realizado como estos últimos meses patinando juntos. No voy a dar eso por sentado.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Dylan debe de notarlo, porque me atrae a sus brazos como si ese fuera el lugar al que pertenezco, como si no hubiera estado huyendo precisamente de ahí. Me abraza como si todas las partes feas de mí encajaran a la perfección en el espacio que crea, las partes que no parecen mías cuando asoman, las que hacen que tanta gente me odie. Pero Dylan no. Dylan no me odia, haga lo que haga.

Me aparto de él, pero ya lo echo de menos, y eso me aterra. Una oleada de pánico me invade. Necesito un segundo, un instante para aclarar el caos que tengo en la cabeza.

—Has sacrificado mucho por mí. Siento que yo no he hecho nada por ti.

—Nuestra relación no funciona así —me dice, serio—. Dime qué necesitas que sea y lo seré para ti.

—Eres perfecto, Dylan.

«Pero no sé si yo lo soy». Dylan se ha convertido en el compañero ideal para mí. ¿Cuánto más puedo quitarle?

—Deberíamos ir más despacio —digo al fin.

Aunque intenta disimularlo, veo el dolor del rechazo en su rostro, y me odio por causarlo.

—¿Quieres que lo dejemos?

—¡No! —Me apresuro a tocarlo—. No quiero eso, en absoluto. Solo creo que hemos pasado cada segundo de este semestre juntos, y me cuesta pensar con claridad cuando estoy contigo.

—Dime qué estás pensando y te ayudo a resolverlo.

Un fuego se enciende en mi pecho.

—No va solo de mí. Quiero que puedas ser Dylan, sin más. Nos hemos enredado demasiado en la vida del otro, y no quisiera que perdiéramos ninguna parte de quienes somos.

«Como el hockey». Le estoy ofreciendo una salida para que no tenga que perder tanto. Es lo mínimo que se merece.

Dylan traga saliva, con la voz cargada de emoción.

—Por ti iré al ritmo que quieras. Te seguiré el paso, cielo. Tómate tu tiempo, pero, cuando termines, yo seguiré aquí, esperándote para acogerte entre mis brazos. Porque no quiero recuperar ninguna parte de mí si para hacerlo tengo que perder la más importante.

Después me besa la frente y me suelta a regañadientes. Aún hay dureza en su mirada, pero no se queda lo suficiente como para que

pueda sostenerla. Cuando la puerta se cierra a su espalda, tomo el propranolol, por si acaso, y vuelvo a meterme en la cama. Solo cuando Scarlett aparece unos minutos más tarde y se tumba conmigo me doy cuenta de que estoy llorando. No me pregunta qué ha pasado, y sé que Dylan le ha pedido que me haga compañía. Aunque seguramente ya pensaba hacerlo, porque me ofrece una bolsa enorme de chocolatinas con mantequilla de cacahuete.



CUARENTA Y DOS

SIERRA

Dylan: Te echo de menos, cielo

Dylan: Tengo permitido decírtelo?

Han pasado tres días desde mi conversación con Dylan cuando Scarlett me cuenta que pasó por la residencia mientras yo no estaba. Está claro que mi novio no entiende lo que significa ir despacio. Pero, por más que me encantaría olvidarlo todo y abalanzarme en sus brazos, sé que darnos espacio nos va a venir bien. Seguro que Dylan piensa que soy terca, que ir despacio después de todo lo que hemos pasado no tiene sentido, pero es la única forma que tengo de hacer que piense bien en lo que está haciendo. En lo que está perdiendo.

—¿Señorita Romanova? —me llama la recepcionista.

Pedí cita con la doctora Toor después de que Scarlett me convenciera de que ya iba siendo hora. Muevo las manos para no apretar los puños y sigo a la recepcionista por el pasillo hasta el despacho con el sofá color lavanda. He estado aquí infinidad de veces, pero hoy es distinto.

Me va a preguntar por el patinaje. Siempre lo hace. Pero hoy no he venido por eso.

—Sierra —me recibe la doctora Toor con una sonrisa cálida—. Qué bien verte después de nuestra última sesión. Has vuelto a patinar, ¿verdad?

Siempre es igual: va directa al grano, sin darme margen para esquivar el tema.

—Sí. He vuelto a competir hace un par de meses.

—Me alegro mucho. Recuerdo que tenías muchísimas ganas de volver a la pista. Pero imagino que regresar a la competición te habrá removido muchas cosas y, desde que me cogí la baja, no has ido a ver al terapeuta que te recomendé.

La doctora Toor me ha visto en mis peores momentos. Mis padres querían que tuviera a alguien con quien hablar, así que me llevaron a terapia con ella cuando era pequeña. Venía cada dos semanas y le hablaba de mis frustraciones por los saltos que no me salían o las rotaciones que no conseguía dominar. Estoy casi segura de que ha sido testigo de todas las crisis que he tenido por este deporte. Por eso, cuando se cogió la baja por maternidad, no quise empezar de cero con un terapeuta nuevo.

—Creo que lo estoy llevando lo mejor posible —digo—. Entre el propranolol, las técnicas de respiración y mi compañero de patinaje,

que ahora es mi novio, tengo bastante apoyo.

Sé perfectamente de qué necesito hablar. Y, por primera vez, no es del patinaje.

—Qué alegría —responde, cruzando las piernas—. Es la primera vez que mencionas una relación. ¿Quieres contarme cómo va? ¿Cómo llevas el equilibrio entre una relación profesional y una personal con la misma persona?

Tengo ganas de echarme atrás, de fingir que estoy bien, como hacía en las primeras sesiones después del accidente.

—Bastante bien —murmuro.

—¿Por qué «bastante»? ¿Por qué no «muy bien» o simplemente «bien»? —pregunta.

—Porque tengo miedo —las palabras apenas me salen—. Dylan está dando un paso enorme. Decidió dejar el hockey para patinar conmigo, y tengo miedo de que se arrepienta.

—¿Él ha manifestado arrepentimiento? ¿Te ha hecho sentir que duda de su decisión?

—No —respondo al instante—. Pero solo llevamos unos meses patinando juntos. Yo sé lo que es quedar atrapada en el ciclo de ganar y perder. Acaba apareciendo el resentimiento. No quiero que un día se despierte y se dé cuenta de que dejó el hockey por mí.

La doctora Toor ladea la cabeza.

—Es jugador de hockey. Está acostumbrado a ganar y a perder. Pero ¿crees que sería propio de él echarte la culpa?

—No, en absoluto —digo, negando con la cabeza—. Siempre me tranquiliza, me apoya, no me deja dudar de él. Dice que no le importan las puntuaciones, que solo quiere patinar conmigo.

—Antes has dicho que él había decidido dejar el hockey —señala, con una leve sonrisa—. Pero ahora dices que te va a guardar rencor por haberlo dejado. ¿Por qué te impones tanta responsabilidad? Si él ha tomado la decisión por su cuenta, él es responsable, ¿no?

Odio que tenga razón.

—Dejar el hockey para patinar conmigo es una decisión enorme, y creo que solo la ha tomado porque piensa que lo necesito. Me preocupa que, si se vuelca por completo en esto, en mí, yo no sea suficiente —dudo antes de añadir—. Como si él fuera agua y se vertiera en mi vaso sin darse cuenta de que está lleno de grietas.

—Entiendo que tu pasado te haga sentir insegura. Pero ¿qué te hace pensar que no eres suficiente? ¿Que estás llena de grietas?

Trago saliva para deshacer el nudo que tengo en la garganta.

—No lo sé. Cada vez que lo pienso, siento que soy demasiado y demasiado poco a la vez. No soy la misma desde el accidente. Dylan va a tener que lidiar con muchas más cosas de las que imagina. Mi excompañero apenas podía lidiar con la yo de antes, y la de ahora es diez veces peor. Nadie quiere estar constantemente pendiente de una persona con ansiedad y estrés postraumático, y menos viviendo rodeada de los estímulos que me disparan la ansiedad.

La doctora Toor toma notas en su cuaderno.

—Bien, exploremos eso. Pero, antes que nada, tus miedos no son irracionales, Sierra. Después de todo lo que has pasado, es admirable cómo te has recuperado. Pero los seres humanos somos complejos. Nuestro cerebro es complejo. Pasamos la vida intentando entendernos a nosotros mismos. Entonces, ¿por qué crees que otra persona no querría tomarse el tiempo de conocerte?

—Porque la gente no quiere hacerlo.

—¿Quién no quiere?

—Nadie —suspiro—. Justin. Yo no fui suficiente para él y no quiso quedarse y, desde que se fue, le va genial. Él y su nueva compañera se han clasificado para el Grand Prix. Nosotros no.

—¿Crees que sacarte de su vida ha ayudado a Justin a alcanzar sus metas? ¿No llegasteis vosotros al Grand Prix hace un par de años?

—Ganamos dos veces. Pero eso fue antes… —Me doy unos toquecitos en la sien.

—Antes del accidente —completa ella con suavidad—. Y por el accidente, por todo lo que has pasado, ¿crees que ahora vales menos? ¿Que te has convertido en una carga?

La palabra se me clava como un cuchillo.

—Mi cuerpo me traicionó. Mi cerebro me traicionó. Y ahora tengo que entrenar el doble para ser la mitad de buena. Mientras tanto, Justin siguió con su vida. Quizá hizo bien en irse. Quizá yo era demasiado.

—Dices que tu cuerpo te traicionó, que tu cerebro te traicionó. Pero piénsalo un momento. Sufriste una lesión traumática y, aun así, aquí estás. Has vuelto a patinar. A competir. Tienes una relación sana. Estás viviendo.

—A duras penas —murmuro.

—No —dice con más firmeza—. No a duras penas. Tomaste la decisión de volver a entrenar. De afrontar el miedo. En todo caso, tu cuerpo y tu cerebro han estado trabajando a tu favor, no en tu contra.

—No lo parece —replico, frunciendo el ceño—. Mi cuerpo se bloquea aunque yo no quiera. Mi cerebro me lanza un torrente de

pensamientos que no puedo frenar.

—Pero ¿dirías que ahora te resulta más fácil identificar lo que dispara tu ansiedad?

Dudo antes de responder.

—Sí. Ahora casi ni noto algunas de las cosas que antes me provocaban ataques de pánico.

—Y, aun así, hablas de tu cuerpo y de tu cerebro como si fueran entidades separadas de ti, como si estuvieran en tu contra. No están intentando hacerte daño. Lo que ocurre es que no siempre saben qué es seguro hasta que tú no te permites creerlo —dice, y siento que un peso de plomo se instala en mi pecho—. No tienes que pelear contra ti misma. Tienes que decirle a tu cuerpo y a tu cerebro que ahora están a salvo. Que estar en la pista no es lo mismo que caerse. Que dejar entrar a Dylan no es lo mismo que el abandono. Que confiar en ti no siempre te va a doler.

Exhalo despacio, temblorosa. Durante el resto de la sesión me obliga a enfrentar todos los fantasmas que llevo meses esquivando. La doctora Toor me sugiere que vuelva a escribir en mi diario, para poder comparar con lo que escribiría ahora. Cuando Scarlett me recoge más tarde, no estoy bien por arte de magia. Pero, por primera vez en mucho tiempo, creo que quizá no hace falta estarlo. Quizá solo tengo que confiar en que voy a estar bien.

Sierra: Yo también te echo de menos, Dylan



CUARENTA Y TRES

DYLAN

Nunca he tenido novia, pero hace tres días que no la veo y siento que no puedo respirar. Sierra dijo que esto no era una separación, pero se siente prácticamente igual. Ahora entiendo por qué la gente busca conectar con la naturaleza cuando termina una relación. Ya he salido dos veces a hacer senderismo con Summer. Esta vez se lo ha tomado con calma porque se siente mal por mí.

Pero, incluso si Sierra quisiera romper conmigo, no se lo pondría tan fácil. Mucho menos por algo así. Ella se esconde detrás del muro de su pasado, como si así estuviera a salvo, pero no sabe que yo derribaría lo que fuera para llegar a ella. O nosotros o nada, y me importa una mierda si parezco posesivo. Sierra es mía, hasta el último centímetro de su ser.

Si quiere serlo.

Para respetar eso de ir despacio, le he dejado una caja entera de chocolatinas con mantequilla de cacahuete, un ramo de flores Lego de *Enredados* y una foto enmarcada de Dale Thunderman y de mí. Sí, hasta localicé al meteorólogo.

Kian y yo fuimos ayer al canal de televisión y esperamos seis horas para verlo. Le prometí a Kian que después iríamos al refugio de animales para que adoptara un gato. Cuando por fin nos atendió, Dale Thunderman estaba impecable: el pelo perfectamente peinado, una sonrisa blanca y radiante y una voz digna de narrar una de las novelas románticas de Summer. ¿Será por eso por lo que Sierra lo mira por la tele? ¿Y acaso estoy celoso de un meteorólogo cuarentón? Para colmo, el tipo era encantador. Cuando le dije que mi novia era fan suya, me respondió que se lo decían a menudo y que estaría encantado de hacerse una foto conmigo. Estoy bastante seguro de que ahora incluso Kian está enamorado de él. Por eso le sacó una foto y le pidió que grabara un vídeo.

No sé si Sierra ya habrá visto lo que le he dejado, porque me dijo que iba a ir a casa de sus padres. Me costó muchísimo no conducir hasta allí, pero su madre me escribió para decirme que Sierra está bien.

Y, encima, hoy es la renovación de votos. El esmoquin que me trajo mi padre cuando vino a verme está sobre la cama, esperando pacientemente mi decisión.

Todavía tengo el pelo húmedo de la ducha, así que me lo seco con la toalla. Lo llevo largo y se ondula en las puntas incluso cuando intento peinarlo hacia atrás. Me recuerda al de mi padre. Mamá siempre bromeaba diciendo que era la correa perfecta, y él

agachaba la cabeza para ponerse a su altura y se dejaba llevar hasta cualquier rincón de la casa donde ella quisiera que arreglara algo. Si no estuviera tan decepcionado, seguramente seguiría creyendo que él construyó nuestra primera casa con sus propias manos, como un regalo para mamá. La misma casa en la que me crie, con la puerta del dormitorio marcada con mi estatura y la de Kian a lo largo de los años.

El sonido de un recordatorio en el móvil, sobre la mesilla, me saca de mi ensimismamiento. Aún no le he respondido a Ada, que me preguntó si había cambiado de idea con respecto a hoy. Sigo de pie, atrapado en la indecisión, mirando mi reflejo en el espejo de cuerpo entero. Las palabras de mi madre resuenan en mi cabeza y me dan el empujón que necesito. Estoy terminando de abotonarme la camisa blanca cuando llaman a la puerta.

—¿Sí?

Kian es el primero en asomarse; recorre la habitación con la mirada antes de abrir del todo. Summer y Aiden entran detrás de él, vestidos con su mejor ropa para la ocasión, pero con expresión dubitativa. Mis amigos no dicen ni una palabra. Los tres se sientan en el borde de la cama, y el espejo refleja sus figuras.

—No es un funeral —les digo.

—No es justo que tengas que ir después de todo el daño que os ha hecho —responde Kian, aflojándose la corbata, y mira el teléfono por tercera vez en dos segundos.

—No pasa nada. Voy por mi madre —respondo, pero la voz me tiembla y traiciona mis dudas. Quizá mi presencia no haga más que causarle aún más dolor a su corazón, ya de por sí frágil, porque sé que no voy a poder disimular lo que pienso.

Cuando mis padres enviaron las invitaciones, mis amigos no tardaron en entender por qué estaba tan irritable últimamente. Le había dicho a mi padre que no se excediera, pero, por supuesto, Darragh Donovan siempre lo hace todo a lo grande. Sobre todo cuando lo que intenta ocultar es aún más grande.

—Todavía estás a tiempo de dar marcha atrás. Podemos ir a otro sitio —dice Aiden con cautela. Me está ofreciendo una vía de escape, pero no voy a permitirme aceptarla.

—Tengo que hacerlo —insisto, aunque no sé si es por mí o por mi madre. Las palabras de la carta siguen pesándome, y casi puedo oír su voz en mi cabeza. Me está volviendo loco y necesito que esto termine. Quiero que se acabe todo.

—Podemos ir a comer hamburguesas y cantar en un karaoke —propone Summer.

Kian suelta una risita y guarda el teléfono. De repente, parece más animado.

—Yo iba a proponer que nos emborracháramos, pero lo de Sunny también suena bien.

Summer le da un golpe con su bolso y Aiden lo fulmina con la mirada. El simple hecho de mencionar el alcohol los pone en alerta, pero sé que no es por la sustancia en sí, sino por cómo la he usado yo para evitar precisamente esto.

—Gracias, pero cuanto antes termine, antes podré olvidarlo —respondo—. Y luego podemos bebernos todo el champán de la barra libre.

—Cuenta con ello —dice Kian con entusiasmo.

Empiezo a ponerme la chaqueta del esmoquin y mis amigos me dan una palmada en la espalda antes de salir de la habitación. Lo

único que queda sobre la cama es la pajarita, y me lío intentando ponérmela. Tras dos intentos fallidos, me la guardo en el bolsillo, cojo las llaves del coche y me dirijo a la puerta.

Cuando salgo al porche, mis amigos siguen dentro de la casa, comprobando que no se haya quedado el fogón encendido ni nada por el estilo antes de salir. Bajo los escalones y estoy a punto de abrir mi Range Rover cuando un destello rojo en la entrada llama mi atención.

Sierra está allí, con el pelo negro recogido en un moño bajo; dos mechones sueltos le enmarcan el rostro. Su piel cálida contrasta con el rojo intenso de sus labios carnosos. El vestido, de un rojo a juego, tiene tirantes finos que realzan su clavícula y se ajusta a su cuerpo en todos los lugares adecuados. Los tacones negros le añaden unos centímetros de altura: está casi tan alta como con los patines puestos.

—Has venido —digo.

—Me dijeron que necesitabas una cita —responde en voz baja.

En ese momento, mis amigos empiezan a bajar los escalones. Sierra los sigue con la mirada, algo tensa y, aunque es sutil, me doy cuenta de que da un pequeño paso atrás cuando se colocan detrás de mí.

Kian murmura un «por fin» apenas audible antes de guardarse el teléfono en el bolsillo.

—Nosotros vamos en mi camioneta —anuncia Aiden, tomando el brazo con el que Summer lo estaba empujando y guiándola hacia el vehículo.

Con cuatro pasos lentos, salvo la distancia que me separa de Sierra, hasta que las puntas de nuestros zapatos se rozan. Su aroma

a cereza me envuelve por completo.

—Estás… —me detengo, buscando las palabras adecuadas.

—¿Vulgar? —bromea Sierra, y parece un poco más segura.

Siento cómo el peso que llevaba sobre los hombros se desvanece.

—Iba a decir sexi —Sierra arquea una ceja—. Y preciosa —bajo la mirada para admirar el vestido y vuelvo a su rostro—. Y perfecta.

Su sonrisa resalta los pómulos maquillados con rubor, y trago saliva para no decir algo que quizá no encaje con esto de «ir despacio».

—¿No vas a ponerte corbata? —me pregunta.

Me encojo de hombros, pero ella debe de leer algo en mi expresión, porque mete la mano en mi bolsillo. Las puntas de la pajarita negra se deslizan entre sus dedos cuando apoya las manos en mi pecho y me arregla el cuello de la camisa. Cuando nuestras miradas se cruzan, siento el corazón desbocado. «Te he echado de menos. No me hagas sufrir más. Déjame ser todo para ti», querría decir mientras ella anuda la pajarita y ajusta las puntas.

—Cuando tenía doce años —me cuenta— patiné en un evento benéfico y, para el programa corto, elegí *Circus*, de Britney Spears. No quise ponerme una pajarita de clip, así que tuve que aprender.

—Pagaría por ver eso.

Sierra termina de hacer el nudo como una auténtica experta.

—Si te quedas por aquí, quizá te lo enseñe gratis.

—Eso pienso hacer —respondo, acariciándole la mejilla.

Sus ojos verdes se clavan en los míos, y sé que entiende mis palabras como lo que son: una promesa. Luego, cuando ya no soporto lo que me provoca estar tan cerca de ella, me inclino para

probar sus labios rojos, pero me interrumpe el sonido irritante de una bocina.

—¿Qué haces? —Oigo la voz fastidiada de Summer al bajar la ventanilla de la camioneta. Aiden se pellizca el puente de la nariz, claramente intentando evitar una jaqueca inminente, y Kian se asoma por la ventana. La música *country* sale a todo volumen de la radio.

—Perdonad que os interrumpa, pero necesitamos que nos pases la dirección. Me muero de hambre —dice Kian.

Si las miradas mataran, la que le lanzo ahora mismo lo fulminaría al instante, pero a él parece no importarle. Entonces Sierra se ríe, una risa auténtica, abierta, y a mí tampoco me importa nada más. Sus dientes blancos contrastan con sus labios rojos cuando sonríe así y, sin poder evitarlo, sonrío yo también.

—Será mejor que nos vayamos antes de que Kian se coma a tus amigos —me dice, estremeciéndose un poco.

Me quito la chaqueta y le cubro los hombros sin darle tiempo a protestar. Luego la ayudo a subir al coche y voy al asiento del conductor. Al arrancar, la camioneta de Aiden nos sigue de cerca. Le doy el teléfono a Sierra y ella pone la *playlist* que le hice hace tiempo.



CUARENTA Y CUATRO

SIERRA

Con solo mirar esos ojos color ámbar y la sonrisa que es solo para mí, estoy perdida. Toda la ansiedad valió la pena. Preferiría ahogarme antes que permitir que este día girara en torno a eso y no a Dylan. Porque, cuando lo vi, no se metió en mi cabeza para intentar estrangular mi ansiedad. La aplacó con una delicadeza absoluta y la trató como trata cualquiera de mis emociones: con pura bondad.

Por eso, cuando Kian me llamó para recordarme lo de la renovación de votos y para decirme que, si no iba, me perdería el honor de ser la tercera madrina de su nuevo gato, no me puse a discutir. Además, no había olvidado la expresión de Dylan después de leer la carta de su madre. Soy su novia y quería apoyarlo, más

allá de que todavía esté fastidiada porque decidió dejar el hockey y no me dijo nada.

Cuando llegamos al lugar del evento en Manhattan, repleto de carpas claras y guirnaldas de luces, le doy un último apretón a la mano de Dylan, apoyada sobre mi pierna. Él baja del coche, pero, antes de que llegue a cerrar, Kian ya está abriendo mi puerta.

—Gracias por venir —me dice cuando le doy la mano y me ayuda a bajar.

—Gracias por hacerme sentir culpable —respondo.

Kian se pone tenso. Seguro que recuerda que me dijo que, si no venía, era una pésima compañera. Tenía razón.

—Perdón si te hice sentir…

—No, tenías razón. Necesitaba volver a la realidad. Me sorprendió, nada más.

—Me han dicho que soy experto en persuasión.

Dylan rodea el coche y le lanza una mirada irritada a su mejor amigo. Kian me da un abrazo fuerte y luego se aleja, con la grava crujiendo bajo sus pies. Hago ademán de darle a Dylan la chaqueta de su esmoquin, pero él niega con la cabeza. Suspiro y hago una mueca.

—Perdón por él —me dice, cerrando la puerta del coche.

—No me pidas perdón. Le debo mucho a Kian. Haría lo que fuera por ti, ¿lo sabes? No es fácil encontrar gente así.

—Lo sé.

Por un instante, Dylan levanta la mano, como si fuera a tocarme, pero duda. Sus dedos retroceden y la incertidumbre queda suspendida en el aire, como si recordara cómo quedaron las cosas la

última vez que nos vimos. Pero sus ojos lo delatan: me mira como cuando estamos en la pista. Fascinado.

Dentro, hay una cantidad abrumadora de aperitivos. Nos sentamos en una mesa apartada y saludamos a la hermana de Dylan, Ada. Sonríe con entusiasmo al verme y le da un codazo a Dylan, que le devuelve una sonrisa tensa. Sus padres están sentados a unas mesas de distancia, con varios hombres que supongo que serán tíos de Dylan y amigos de la familia. No puedo evitar notar que nadie parece conocer a la madre de Dylan. Ella está sentada en silencio junto a él, como un adorno.

—¿Estás bien? —le pregunto a Dylan, que sigue con la misma copa de champán desde que llegamos.

—Mírala. Es evidente que es infeliz —masculla, con los ojos fijos en su madre. Ella se acerca un poco a su marido, pero él la aparta. Esa escena me atraviesa el pecho, y el efecto que provoca en Dylan es todavía peor.

Ada le toca el hombro, pero él se aparta.

—Esto fue una mala idea.

Se mueve tan rápido que la copa vacía se vuelca sobre la mesa.

—Vámonos —dice Aiden, y los demás asienten. Dylan niega con la cabeza; la ira emana de él de una forma que solo le había visto fugazmente durante un partido de hockey. Me acerco, con el corazón golpeándome las costillas, y busco su mano. Quiero que sepa que estoy con él pase lo que pase, igual que él siempre está conmigo.

Doy el último paso, con mis dedos rozando su puño cerrado, y Dylan afloja la tensión. Me mira con una expresión dubitativa, culpable y un poco asustada. Pero entonces relaja la mano y entrelaza sus dedos con los míos, y una oleada de alivio me recorre

el cuerpo. El suspiro que se me escapa no es intencionado, pero él lo entiende por lo que es: un instante de vulnerabilidad.

Entonces mira hacia su madre, que lo observa, y se aparta. Ada me busca con la mirada; le sonrío para tranquilizarla, aunque noto que no la convenzo.

Dylan se levanta de golpe. Debe de ver mi expresión, porque me besa la frente.

—Solo necesito un momento a solas, cielo.

Aunque no quiero, lo dejo ir. Cuanto más se aleja, más siento el tirón del hilo que conecta mi corazón con el suyo, y una ansiedad espesa se me instala en el estómago. Me quedo mirando su espalda hasta que desaparece, y ni siquiera soy consciente del tiempo que paso contemplando la nada hasta que una mano cálida roza la mía.

Leyla Donovan me observa con una calidez maternal.

Su vestido blanco envuelve su figura con suavidad, y las mangas de encaje se abren en pequeños volantes. Es deslumbrante. Ahora parece frágil, pero sé que, si retrocediéramos en el tiempo, sería imposible apartar la mirada de ella.

—Por cómo te miraba mi hijo, tenía que venir a saludarte.

Me toma la mano, con la palma hacia arriba, y la observa con atención. Tardo un momento en darme cuenta de qué está mirando.

—No es un tatuaje —me apresuro a aclarar—. Es un dibujo que me hizo Dylan. Es una tontería.

—No, no es una tontería.

Leyla sonríe y toca la carita feliz dibujada en mi palma.

—A mí me hacía lo mismo.

—¿De verdad? —pregunto, sorprendida.

—Yo tenía la costumbre de apretar los puños cuando estaba angustiada. A veces tan fuerte que se me marcaban las uñas en la palma. Dylan era pequeño y supongo que le dolía ver cómo alguien a quien quería se hacía daño, así que un día vino con un bolígrafo y me dibujó una carita feliz en medio de la mano. Me dijo: «Es para la próxima vez que te olvides de que te haces daño cuando clavas las uñas. Así también lo hieres a él».

El corazón me duele de una forma casi física, como si lo atravesaran. De pronto, mi mano pesa más que nunca y siento el impulso irracional de tatuarme esa carita para siempre.

Me quedo mirando a Leyla, sin palabras.

—No tenía ni idea.

—Tú eres la patinadora artística, ¿verdad? Sierra. Os vi en la tele.

—¿Viste nuestra actuación?

Asiente y luego me mira con tanta intensidad que siento que me está leyendo el alma. No me atrevo a moverme.

—Cuídalo, Sierra. Él te va a tratar bien. Te lo prometo.

Leyla se aleja y su vestido flota tras ella. Se coloca junto al padre de Dylan, pero él ni siquiera da muestras de verla y continúa hablando con sus invitados.

Cuando el reloj se acerca a las ocho, todos se dirigen a los asientos frente al altar. Dylan lleva dieciocho minutos fuera y, con cada segundo que pasa, mi ansiedad aumenta. Justo cuando estoy a punto de llamarlo de nuevo, aparece y se sienta a mi lado.

Le tiembla la pierna. Apoyo la mano sobre la suya y él la aprieta con tanta fuerza que me duele, pero no digo nada. Aiden, Summer y Kian están sentados detrás de nosotros y le dan una palmada en el hombro, un gesto silencioso de apoyo.

Ada, sentada al otro lado de Dylan, parece tan incómoda como él. No ha dejado de juguetear con el bajo de su vestido de seda. Empieza a sonar el piano y todos nos quedamos rígidos. Entonces veo bien a Darragh. Su pelo rubio y sus ojos azules no se parecen a los de Dylan, pero en todo lo demás son casi idénticos: los hombros anchos, el mentón firme, la nariz aguileña. Quizá sea un poco más bajo. Esos ojos azules, fríos y penetrantes, nos encuentran; primero se clavan en Dylan, que lo ignora, y luego en mí. Me entran ganas de encogerme… y también de hacerle un gesto obsceno.

—¿Estás bien? —susurro cuando Dylan me aprieta más fuerte—. Porque no sé si mi mano va a sobrevivir a esto.

Como si mi voz fuera lo único capaz de atravesar sus pensamientos, afloja el agarre al instante.

—Perdón, cielo. No me di cuenta.

Me besa la mano para aliviar el enrojecimiento y recuerdo las palabras de su madre.

—Supongo que me lo merezco por todas las veces que casi te fracturé la mano esperando las puntuaciones.

Dylan deja escapar un suspiro que roza la risa, como si intentara anclarse a mí, aunque no pueda olvidar dónde estamos. Apoya la mano sobre la mía con tanta delicadeza que la siento más que antes.

—Tú nunca merecerías sentir dolor, Sierra.

—Tú tampoco.

Nos miramos durante tanto tiempo que apenas percibo el piano cuando vuelve a sonar. Dylan sí lo oye porque su pierna empieza a temblar y, al mirar de nuevo a su madre, se queda rígido.

Los ojos de Leyla no buscan a su marido. Primero encuentran a su hijo. Sus labios dibujan una sonrisa casi extasiada, pero cuando Dylan baja la mirada, algo parece romperse en ella.

Al llegar al altar, el padre de Dylan sonríe y le toma las manos. Ella ni siquiera lo mira; mantiene los ojos fijos en su hijo, que no le devuelve la mirada. Los segundos se alargan mientras la voz del pastor empieza su cantinela.

De pronto, Dylan me suelta la mano. Sin darme tiempo a reaccionar, se levanta y camina directamente hacia su padre. Oigo a los chicos maldecir en voz baja detrás de mí.

—¿Ya estás contento? —le espeta a su padre, interrumpiendo al pastor.

Un silencio ensordecedor cae sobre la carpa. Los invitados observan la escena como si fuera una telenovela. Me enfurece que miren así a alguien que está sufriendo de forma tan evidente, como si el problema fuera él. Ada se levanta y se coloca junto a su hermano.

—Dylan —lo regaña su madre.

—Eres igual que él. Los dos sois capaces de hacer cualquier cosa para fingir que sois la pareja perfecta. Y mientras tanto tú te quedas encerrada en ese piso y él va por ahí follándose a cualquiera que se le cruce.

—¡Basta! —grita su padre.

—Vete a la mierda —escupe Dylan.

Entonces todos sus amigos se abalanzan sobre él. Dylan intenta zafarse, pero no lo sueltan. Su padre empieza a hablar de su alcoholismo, de su impulsividad, y Dylan consigue soltarse.

—¿Crees que eres mejor que yo? —continúa Darragh con una risita burlona—. Mírate. Mira la cara de tu madre, de tus amigos, de tu novia. Mira el miedo que te tienen. Eres igual de malo que yo…

Y entonces Dylan le da un puñetazo directo a su padre.

Un grito colectivo estalla bajo la carpa, y el de su madre resuena por encima de todos. Leyla se arrodilla junto a su marido, que escupe sangre y tiene el labio partido.

Esta vez, cuando los chicos tiran de Dylan para apartarlo, él no se resiste. Ver a su madre aplaca su ira, como si de pronto fuera consciente de lo que ha hecho.

Busca mi mirada, turbada, y la aparta de inmediato, como si no pudiera soportarla.

Sigo a sus amigos hasta el aparcamiento. Ada se queda con él un momento; Dylan se ofrece a llevarla a casa, pero ella se niega y dice que debe quedarse con su madre. Él traga saliva y, a regañadientes, la deja ir.

—Yo conduzco el coche de Dylan —dice Aiden.

El trayecto de vuelta está cargado de una mezcla espesa de compasión y tensión. Me inclino hacia delante para tocar a Dylan, que va en el asiento del copiloto, pero no reacciona. Solo cambia de postura y mi mano resbala de su hombro. Summer apoya la suya sobre la mía y, aunque le sonrío para tranquilizarla, algo se rompe dentro de mí.

Al llegar a la casa, bajamos deprisa y el aire frío de la noche nos golpea de lleno. Kian aparca justo detrás. Hay algo desagradable flotando en el ambiente. Busco la mano de Dylan, pero él se aparta.

El corazón se me hace añicos.

—Deberías irte a casa, Sierra.

El dolor me atraviesa el pecho. «Creía que ya estaba en casa».

—Esto no es lo que querías. Querías ir despacio, ¿no? —añade, apretando la mandíbula—. Juré que no sería como él. Estoy intentando cambiar, ser mejor para ti. Pero el tipo agresivo y violento que viste esta noche, el que los demás ven en el hielo, soy yo. Ese es tu novio.

—No es verdad —lo contradigo—. Tú no eres así. No te pareces en nada a tu padre. No me importa lo que creas que debería hacer. No voy a dejarte.

¿Pensó que le tenía miedo? Incluso ahora, despeinado y con los ojos enrojecidos, parece tan joven que duele mirarlo. El corazón me late desbocado; sé que no soportaría que no me quisiera aquí.

—No tendría que haberte pedido que vinieras —murmura.

—No me lo pediste. He venido porque voy a donde vayas tú. Conozco al verdadero tú y me quedo por él.

Quiero que sepa que también estaré para esta versión suya, para todas sus versiones.

—¿Quieres quedarte? —pregunta—. ¿Después de ver toda esta mierda? ¿Mi familia rota?

—Hasta donde yo sé, tú no me dices lo que tengo que hacer, Donovan. Solo déjame cuidarte como tú me cuidas a mí, por una vez en la vida.

Mis palabras hacen que baje la guardia. Dylan deja caer los hombros, en una rendición silenciosa. En la oscuridad, sus ojos ya no muestran ira, solo una vulnerabilidad que duele mirar.

—No quería que me vieras así —confiesa.

—Escúchame —le digo, sujetándole el rostro—. Eres el hombre más dulce que conozco, y cualquiera que piense lo contrario puede

irse a la mierda. Y créeme: si tú no hubieras puesto a tu padre en su sitio, lo habría hecho yo.

Dylan suelta una risa cansada y me acaricia con tanta delicadeza que un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Puedo besarte o todavía vamos a ir despacio?

—Contigo nada es despacio, Donovan —suspiro—. Te aseguraste de que fuera imposible. Pero eso no significa que esté todo perdonado. Ni siquiera aunque me hayas conseguido el autógrafo de Dale Thunderman.

—Me arrastraré todo el tiempo que quieras.

Dylan me besa como si estuviera probando todos los sabores del mundo. Estoy bastante segura de que los pies se me despegan del suelo, y lo confirmo cuando me lleva en brazos hasta la casa.

Dentro, sus amigos están sentados en silencio en el salón, con las chaquetas tiradas sobre el sofá y las corbatas flojas. Summer es la primera en abrazarlo, y luego lo hacen los demás. No puedo evitar pensar que aquí tiene más familia que en aquella fiesta.

Cuando se separan, Dylan parece exhausto. Me ofrece la mano; la tomo y lo sigo hasta su habitación. Allí lo ayudo a desabrocharse la camisa y él me ayuda a quitarme el vestido.

—Eres lo más bonito que tengo —susurra contra mi sien cuando estamos en la cama—. Y si todavía dudas de esto, quiero que sepas que tus sueños son tan míos como tuyos. Quiero verte ganar en todos los podios, verte demostrar que eres todo lo que imaginaste. Soy tu fan número uno y tu mayor apoyo. Estás destinada a hacer cosas importantes, y quiero que las hagas conmigo a tu lado. Para mí, si no estás tú, no hay nada. Te quiero más de lo que te imaginas.

Todo el ruido de mi cabeza y de mi cuerpo me empujó a huir del amor cuando, en realidad, siempre fue lo único que quise. Como si hubiera preferido quedarme atrapada en el caos, por insoportable que fuera, antes que permitir que alguien viera todas mis grietas.

Esta vez no voy a dejar que pase. No permito que ese instinto me domine. Porque Dylan me ama de una forma tan hermosa que, por primera vez, me dan ganas de aprender a amarme a mí misma.



CUARENTA Y CINCO

DYLAN

El peso de lo que sucedió anoche fue insoportable, pero, con Sierra aquí, no me aplastó. Nunca quise que ella viviera esa situación ni que viera ese lado mío, pero se plantó en la entrada de mi casa, terca como una mula, y se negó a marcharse. La conozco como la palma de mi mano y, aun así, tiene el poder de desarmarme sin esfuerzo.

Cuando Sierra despierta, quedo cara a cara con mi kriptonita. Solo pasan unos segundos hasta que está apoyada contra el colchón, diciendo mi nombre, tal como a mí me gusta. Me observa mientras beso su estómago y su cicatriz. De pronto, se me ocurre una idea: es algo que había esperado, suplicado, poder probar con ella si volvía a tenerla debajo de mí.

—Quiero que me digas que sí.

—¿Sí a qué? —pregunta, ladeando la cabeza.

—Quiero que pruebes algo. ¿Confías en mí? —De pronto, me urge saber la respuesta.

—Siempre —responde al instante. Y luego, como si sintiera que lo necesito, apoya la mano en mi mandíbula—. No me duele el cuerpo cuando estoy contigo. Es como si tus besos borraran mis cicatrices.

En ese momento, pienso que podría amarla toda la vida si ella me dejara.

Me muevo sin darme tiempo a dudar. Voy hacia el cajón más alejado y, antes de que Sierra llegue a ver qué estoy haciendo, le cubro los ojos con una venda. Siento cómo se agita su respiración, y podría jurar que mi corazón se detiene un instante.

—Si no te gusta, me dices y te la quito. No pasa nada.

Espero un momento y estoy a punto de quitársela, pero entonces Sierra sonríe.

—Me gusta.

Esas palabras me dejan sin aire. Ya he hecho esto otras veces, con una palabra de seguridad y aunque Sierra confíe plenamente en mí, no quiero arriesgarme a que no diga nada solo por complacerme. Cuando estoy con ella, lo único que quiero es darle placer, sentir todos sus gemidos y temblores al tocarla. Eso es lo que me excita.

—Si es demasiado, di «Thunderman».

—Sé que estoy a salvo contigo, Dylan —dice, riendo.

—Pero ¿usarás la palabra si lo necesitas?

—Sí. Ahora, ¿me puedes tocar, por favor?

—Qué educada eres cuando quieres algo de mí. —La beso, me arrodillo y cubro de caricias sus piernas fuertes.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo? —me pregunta, retrocediendo en el colchón.

—Me porté mal —digo, rozando su piel con mi voz—. Y quiero mostrarte lo bueno que puedo ser.

—Dylan —gime, respirando agitada, pero yo ya estoy quitándole la camiseta. Su ropa interior negra es un simple pedacito de tela y siento la necesidad de arrancársela con los dientes. Pero dije que iba a ser bueno.

—¿Me dejarás portarme bien contigo, cielo? ¿Por favor?

Sierra exhala, temblorosa.

—Sí.

Le bajo la ropa interior empapada.

—Dime qué quieres que haga.

Al principio solo respira, pero, cuando le sujeto con más fuerza las piernas, se le escapa un jadeo.

—Quiero que me hagas correrme.

—¿Algo más? —pregunto, besándole la parte interna del muslo.

—Quie… —Sierra jadea cuando mis labios se posan sobre su clítoris.

—¿Qué has dicho? —pregunto.

—Dylan, por favor.

—Lo sé, cielo. —Coloco una de sus piernas en mi hombro—. Pero quiero que me lo pidas. —Mi respiración le eriza la piel y se estremece. Vuelvo a hacerlo.

—Quiero que me folles —gime, claramente excitada ante ese mínimo contacto.

—¿Tan difícil era decir eso? —pregunto y, aunque lleva la venda, sé que pone los ojos en blanco.

Sus pechos están tan cerca de mí que me desesperan las ganas de saborearlos. Y de follármelos también.

—¿Vas a quedarte mirando nada más o vas a hacer algo? —me pregunta, con su desfachatez de siempre.

Me muero por escucharla suplicar. Pero entonces desliza los dedos por su estómago hasta llegar a sus pechos, los aprieta y gime, y creo que pierdo la cordura.

Mis caricias son lentas, deliberadas, curiosas. El centro cálido entre sus piernas se contrae cuando mis dedos rozan esa humedad deliciosa. El gritito de sorpresa que brota de sus labios me provoca un chispazo en la columna. Le levanto la otra pierna y la arrastro hacia delante, dejándola justo donde la necesito. Todavía no he empezado y ya le tiemblan las piernas.

—Relájate, cielo —susurro contra su pierna, y la veo estremecerse. Observar todas sus reacciones es lo que más me gusta. Creo que nunca me había gustado tanto nada.

Con sus piernas sobre mis hombros y mis manos en su cintura, la levanto. Sierra me tira del pelo con tanta fuerza que me duele. La he levantado muchas veces, pero ahora está temblando. Cuando su espalda choca contra la pared, suelta un grito ahogado. Le sujeto los muslos y la saboreo allí mismo, contra la pared. Ella echa la cabeza hacia atrás y se mueve contra mi rostro, cabalgándome, buscando el éxtasis.

Estoy bastante seguro de que esto es el paraíso.

Luego clava los talones en mi espalda y, cuando las piernas le tiemblan aún más, sé que está cerca. Entonces hundo dos dedos en su interior y siento su orgasmo en la boca.

Sabe dulce, a cereza.

De vuelta en la cama, me bajo los calzoncillos. Coloco una almohada bajo la cintura de Sierra y apoyo una mano sobre su ombligo antes de deslizarme en su interior, despacio, con control. Miro cómo la follo, escucho sus gritos de placer y siento la fuerza con la que me sujeta la muñeca.

—Necesito verte —gime.

Me lanzo hacia delante, la penetro con fuerza y, cuando le quito la venda, me encuentro con sus pupilas dilatadas, casi negras por completo. Me agarra la cara antes de terminar de orientarse y me besa. No se contiene. Los gritos que se le escapan son prácticamente pornográficos y tengo que esforzarme para no correrme en ese mismo instante. Intento que gima para mí el mayor tiempo posible y, al final, cuando me dejo llevar, mis labios dibujan un «te quiero» sobre su piel.

—¿Todavía es así? —pregunta de pronto—. ¿Todavía me quieres?

—Siempre.

—¿Seguro? —insiste, y contengo las ganas de reír.

—Voy a intentar hacértelo entender, Sierra —le digo. Le tiembla el labio inferior, como si no soportara la intensidad con la que la miro —. La primera vez que te vi de verdad, estabas haciendo algo que amas. Verte en el hielo, como una bocanada de humo, tan rápida y segura, lo fue todo. Cuando te miro, eso es lo que veo. Una chica talentosa y decidida que se esforzó por volver al lugar que le corresponde y se aseguró de que todos lo supieran. Eres buena, cálida y amable, aunque pienses que no lo eres. Te amo por cómo proteges tu corazón. Te amo por todas las veces que me has puesto en mi sitio. Te amo por no echarte nunca atrás. Te amo en todos los

momentos en que te falta el aliento y en cada tropiezo sobre el hielo.

—¿Y quieres patinar conmigo?

—Quiero hacer mucho más que patinar contigo, Sierra —respondo, sonriendo.

—¿Estás seguro? Porque no soy buena. Pienso demasiado. A veces apenas puedo respirar. Y, cuando no estoy patinando, estoy mirando vídeos de Dale Thunderman y tejiendo ropa de invierno.

—Pues ahora patinas conmigo. Déjame pensar a mí, así tú puedes respirar. Y le he cogido cariño a Dale Thunderman y a los guantes. ¿Eso es todo?

—No lo creo —murmura.

—Sácalo todo, Sierra, y te mostraré lo que estoy dispuesto a hacer por ti.

Esta vez, cuando una lágrima le cae por la mejilla, no intenta detenerla.

—Sé que quizá parece que a mí no me importa tanto como a ti —me dice con voz suave, una que no estoy acostumbrado a oír. Prefiero cuando habla alto y sin rodeos. Me gusta tal como es. No le cambiaría nada—. Pero me importa si estás herido. Me importa si sientes que te estoy alejando. Me importa muchísimo.

—Lo sé, cielo.

—¿De verdad? Porque sé que dices que te gusta que sea un poco mala, pero me sentiría fatal si te hiciera daño.

Dios, cómo la amo.

—Solo quiero estar contigo, Sierra. Tal como eres.

—Sé que aún no te lo he dicho. Y tengo muy claro que soy una novia de mierda por no decírtelo, pero te prometo…

—No. —Le sujeto el rostro—. Me gustas tal como eres. Cuidas tu corazón y tus palabras. No tenemos prisa.

—Pero no quiero que pienses que no siento lo mismo que tú.

—Ya lo sé. A mí no tienes que demostrarme nada, Sierra. Déjame ayudarte a bajar la guardia. —Le cojo la mano y la llevo a mi pecho para que sienta el latido de mi corazón, que se desboca por ella desde el primer instante en que la vi.

Para mí, el amor no es algo que se pueda encasillar. No amo a Sierra del mismo modo que amo a mis padres. Ese amor es complicado, está roto, enredado en heridas antiguas, atado a condiciones no dichas. El amor que comparto con mis amigos es sencillo, incondicional, lleno de afecto. Pero el amor que siento por Sierra es distinto. Es el ritmo de mi corazón, el aire que respiro, el amor que más atesoro. Es simple, sin grietas, y solo tiene una condición: la amaré todo el tiempo que ella me lo permita, y seguramente para siempre también, incluso si algún día ella no sintiera lo mismo. Este amor no va de besos ni de caricias, ni siquiera de sexo. Es algo más profundo, algo que vive en mis huesos, que nace de mis actos, no solo de mis palabras.

Sierra se acurruca contra mí como si yo fuera su lugar seguro.

—Me da miedo que esto sea un sueño y que, en cualquier momento, despierte y no estés aquí.

Le aparto un mechón que cae sobre su mejilla.

—Si quieres que me quede aquí día tras día y te diga una y otra vez que me importas, que estoy orgulloso de ti, que no soporto la idea de verte herida y que tus sueños se han convertido en los míos porque los vives con todo el corazón, lo haré. Lo diré tan alto o tan bajo como quieras. —Le acaricio el mentón con los nudillos—. Con

todos los besos que quieras. —Me inclino apenas para rozar sus labios con los míos—. Con todos los abrazos que necesites. —La rodeo con los brazos—. Con todas las palabras que se me ocurran. Soy todo tuyo, Sierra.



PATRULLA CONEJO

Aiden Crawford: Más vale que vayáis todos a la feria de Summer

Kian Ishida: Es hoy?

Dylan Donovan: Mierda, estoy ocupado

Cole Carter: La pregunta es: cuándo no estás ocupado?

Sebastian Hayes: Hablando de eso, quiero pasarme a la antigua habitación de Eli

Kian Ishida: No estamos hablando de eso

Dylan Donovan: Deja de quejarte, Seb. La pared que compartimos no es tan delgada

Sebastian Hayes: Te juro que sí

Eli Westbrook: Pásate a mi habitación, no hay problema

Kian Ishida: No! Ni se te ocurra. Retráctate, Eli

Sebastian Hayes: Qué sensiblero insoportable

Kian Ishida: 🫶

Aiden Crawford: Hola? La feria de Summer? No faltéis

Kian Ishida: A sus órdenes, capitán

Dylan Donovan: Ya lo sabemos. Summer nos amenazó con torturarnos si nos olvidábamos

—¿En serio nunca has tenido una cita? —me pregunta Sierra.

—Nunca —respondo, ayudándola a bajar del coche.

—Yo tampoco —dice, y le lanzo una mirada—. O sea, una cita clásica. Una feria es la cita perfecta. Voy a ganar un oso de peluche para ti y todo.

—Me parece que tendría que ser al revés.

—Si te gano, no. —Sierra señala la noria—. Tenemos que subirnos.

—Apoyo la moción —interviene Summer, acercándose—. La noria trae buena suerte.

Kian le rodea los hombros con el brazo.

—Dios, me encantan las ferias. La cabina de besos del semestre pasado estuvo buenísima —dice.

—El año pasado no hubo cabina de besos. Nunca la hubo, en realidad —responde Summer.

—¿En serio? —Kian se rasca la cabeza, desconcertado—. Vaya.

Cuando entramos, lo primero que vemos es a Tyler Sampson sentado en el tanque de los chapuzones. Se me escapa una carcajada.

—¿Cómo lo lograste? —le pregunto a Summer. Estamos a finales de noviembre; nadie quiere estar en el tanque.

—Se lo tiene merecido pero, aunque no te lo creas, él solo se ofreció.

Supongo que Summer debe de haberse enterado de lo de Amara y Sampson. Él estará arrepentido de haberse metido con su mejor amiga.

Tyler tiene los ojos clavados en un punto fijo, en algún lugar lejano, y casi ni parece molestarle el frío. Entonces Amara aparece con un cubo lleno de pelotas de béisbol, y todo cobra sentido.

Falla el tiro. Ocho veces.

—¡Este juego está amañado! —protesta.

Summer se ríe y lo intenta, pero también falla. Amara gruñe, frustrada.

—Parece que tendrás que verme mojado otro día, cariño —la provoca Sampson.

—Tienes que acabar lo que empezaste, Amara —intervengo—. Levanta el codo y date impulso con el torso.

Sampson me enseña el dedo corazón. Y, cuando le devuelvo el gesto, Amara acierta justo en el centro del blanco y lo manda directo al agua. Ella lo celebra y, cuando él sale empapado, está furioso. Amara ahoga un gritito antes de salir corriendo y él la persigue con la sonrisa más grande que le he visto en la vida.

—Creo que se van a matar —dice Sierra.

—Eso es lo divertido —respondo, mirándola mientras me coge del brazo.

Pasamos por un juego de tiro al aro y jugamos tres veces, pero empatamos todas. En otro puesto hay un juego de tiro al pato, donde usas rifles de aire comprimido para disparar al pato en movimiento. Nos ponemos tan competitivos que el estudiante de primero que trabaja allí nos suplica que nos llevemos un peluche y

nos vayamos para que la larguísima fila de gente también pueda jugar.

Sierra va riéndose todo el camino hacia la noria y me ofrece su churro. Después, cuando ya estamos sentados y empezamos a subir, se pone a jugar con los flecos de su bufanda y evita mirarme.

—No me digas que te dan miedo las atracciones de feria.

Ella se ríe, con un brillo especial en sus bonitos ojos verdes.

—No. Bueno, técnicamente me dan miedo las alturas, pero contigo no me da miedo.

—Entonces, ¿por qué estás tan callada? Sabes que me gusta escucharte.

Ella me aprieta el brazo y suelta un suspiro profundo, satisfecho.

—Estoy feliz, nada más. No quiero que esto se termine.

—Eso se puede arreglar —respondo, acariciándole el rostro—. Voy a darle una propina al empleado y nos quedamos aquí todo el tiempo que quieras, cielo.

Sierra niega con la cabeza, sonriendo.

—Hablaba de ti.

—Yo siempre estaré contigo, Sierra. No tienes que preocuparte por eso.

Entrelazo nuestros dedos y le beso los nudillos. Entonces se le llenan los ojos de lágrimas.

—No llores, cielo.

—Perd… Digo, es que nunca me he sentido así. Siento que me va a explotar el pecho —gimotea.

—Parece grave, Romanova. Mejor vamos al médico —bromeo, y me da un golpe en la mano.

—Estoy intentando decir que te quiero, idiota.

No sé qué pensaba que iba a pasar al oír esas palabras, pero desde luego no esperaba perder las funciones motoras. No puedo hablar, no puedo moverme y casi se me olvida parpadear.

Sierra me ama.

Trago el nudo que me atraviesa la garganta.

—¿Sí?

—Te quiero tanto que estoy un poco enfadada contigo por convertirme en una tonta enamorada. No paro de pensar en ti y en lo mucho que te esfuerzas por los demás sin esperar nada a cambio. Me ayudaste a amarme a mí misma porque lo haces parecer muy fácil. Quiero amarte de esa forma. Quiero que sepas que no tiene que ser complicado ni problemático ni como te hicieron creer tus padres. Puede ser así, tú y yo, apoyándonos todos los días. Pase lo que pase.

Cuando por fin hablo, me cuesta articular las palabras.

—Sé que no me quedan muchas primeras veces para darte, pero quiero que seas la última. Pase lo que pase. Yo también te quiero, Sierra.

Entonces se gira para besarme y me entrego por completo al beso.

La beso sin parar, durante tanto tiempo que el empleado no dice nada cuando seguimos dando vueltas en la atracción. No sé cuántas damos, pero, al bajar, Sierra se detiene tan de golpe que casi me estrello contra ella. Atiende el teléfono y, tras decir un simple «sí», cuelga y se queda mirando el aparato. Pasan tres minutos enteros hasta que le dejan de temblar las manos y se pone el camaleón de peluche bajo el brazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, intentando ver quién la llamó.

—Era Lidia. —Se vuelve hacia mí lentamente—. Justin y Julia quedaron descalificados —añade—. Acabamos de conseguir una plaza en el Grand Prix de la ISU.

Quizá Summer tenía razón. La noria nos ha traído buena suerte.



CUARENTA Y SEIS

SIERRA

Es medianoche cuando le doy un codazo a mi novio para despertarlo, con unas tijeras en la mano.

Dylan se mueve, palpa el espacio vacío a su lado y se vuelve hacia mí, parpadeando, adormilado.

Toda esta semana hemos estado entrenando para el Grand Prix. Casi no duermo desde que nos enteramos de que somos los invitados locales. Resulta que Julia y Justin estuvieron experimentando con un potenciador del rendimiento llamado trimetazidina. De algún modo, lograron salirse con la suya durante toda la temporada, pero, a medida que se acercaba la fecha, la desesperación pudo con ellos. Justin nos miraba con desdén por lo del control antidopaje de Dylan, pero acaba de arruinar su carrera.

Desde que se supo la noticia, ninguno de los dos se deja ver por ninguna parte. Pero nada de eso importa, porque ahora Dylan y yo tenemos su plaza y no vamos a desperdiciarla.

Durante la reunión con Lidia, nos sorprendió verla tan eufórica al repasar el plan para el Grand Prix. Vamos a hacer la presentación de Rapunzel y Flynn, pero cambiaremos la última elevación para obtener una puntuación más alta. Le pedí a Dylan que practicáramos la nueva elevación sobre un colchón en casa, pero el ensayo no duró mucho, porque a los dos minutos ya me estaba sujetando contra él.

—Me encanta que me apuntes con cosas afiladas —dice despacio, con la voz cargada de sueño—. Pero pensaba que hoy querías que durmiéramos abrazados y ya está.

La luz del baño ilumina la curva perezosa de su sonrisa, la calidez de sus ojos soñolientos y la forma en que me mira, como si yo fuera lo único digno de su atención.

¿Cómo tuve tanta suerte de que me encontrara?

—Tienes la idea fija, ¿eh? —respondo con una mueca.

—Cuando me miras así, es difícil no tenerla —replica, y me recorre el cuerpo con la mirada sin pudor mientras se lleva los brazos detrás de la cabeza—. ¿Me quieres explicar por qué me estás amenazando con unas tijeras? ¿O mejor cojo una toalla y te dejo hacerme lo que quieras?

—Quiero que me cortes el pelo —le explico.

Dylan se incorpora, con la manta arrebujada a la cintura, y me atrae hacia él. Me preparo para una duda, una broma, un «¿estás segura?». Quizá hasta proteste porque le gusta cómo me queda el pelo largo, o me diga que lo piense mejor. Pero solo dice:

—De acuerdo.

Ni una duda, ni una pregunta. «De acuerdo», sin más. Dylan coge las tijeras y me guía hasta el baño. Mi mirada se detiene en las líneas de su espalda desnuda, en la forma en que el calzoncillo se ajusta a su cadera y en los músculos de sus piernas.

El baño aún está lleno de vapor de cuando nos hemos duchado. Dylan seca el espejo y me coloca frente a él. Hemos estado aquí muchas veces, pero ahora siento una ansiedad extraña en el estómago. Sus manos se apoyan a ambos lados de mí sobre la encimera de mármol. Su respiración me roza el cuello y, después, deposita tres besos lentos en mi mentón.

—¿Hasta dónde? —pregunta, apoyando apenas su pecho cálido contra mi espalda.

El metal de las tijeras atrapa la luz y su brillo frío me hace retorcer los dedos. La duda empieza a minar mi determinación. Una parte de mí esperaba que Dylan me disuadiera, como habían hecho los demás. La última vez que quise hacer esto, mi compañero dijo que a los jueces no les iba a gustar.

Desde arriba llega el sonido del último vinilo de Kian, una canción de amor triste. Me quedo mirando mi reflejo y el largo de mi pelo. Se siente como peso muerto. Me obligo a exhalar y reúno valor.

—¿Alguna vez le has cortado el pelo a alguien?

Dylan apoya el mentón en mi hombro.

—Antes se lo cortaba a Ada porque no le gustaba ir a la peluquería. Ella decía que era malísimo. Pero contigo me aseguraré de que quede perfecto. Te lo prometo.

—Un par de centímetros nada más —decido.

—Lo que tú digas, cielo.

—¿No te parece demasiado? —La inseguridad se filtra en mi voz cuando nuestras miradas se cruzan en el espejo.

—A mí me gusta lo que te guste a ti —dice en voz baja, grave—. Además, no importa que esté corto mientras todavía pueda tirarte de él.

Me coge del pelo y tira con suavidad. Lo fulmino con la mirada y él sonríe.

Cuando se acerca para recogerme el pelo, comprendo que haría esto sin dudarlo. Solo porque se lo he pedido.

Me giro para sujetarle la muñeca antes de que haga el primer corte.

—¿De verdad no vas a frenarme? —le pregunto, quitándole las tijeras—. Esto podría ser perfectamente… no sé, un síntoma de psicosis o algo así.

Dylan se inclina hacia delante, sin inmutarse.

—Menos mal que me gustan las locas.

Le doy un golpecito y él ni se mueve, pero me sujeta la muñeca para atraerme hacia él.

Su mirada se suaviza, se derrite como el hielo en un día de verano.

—No eres de tomar decisiones impulsivas. Si me lo estás pidiendo, sé que es porque llevas tiempo pensándolo. Y, aunque no fuera así, yo soy la prueba de que las decisiones impulsivas no son tan malas. Me besaste y mira cómo hemos acabado.

Sonríe todavía más.

—Confía en ti, Sierra.

Luego me apoya la mano en el pecho, donde mi corazón late desbocado, como si lo supiera. Yo coloco la mía sobre el suyo y me

acompaso a su latido tranquilo.

Una inhalación profunda. Una última mirada. Me giro hacia el espejo.

—Corto —decido—. Hasta aquí.

Me toco apenas por encima de los hombros antes de que pueda arrepentirme.

Dylan pasa los dedos entre los mechones, los separa con cuidado, ligeramente hacia un lado, y luego corta justo donde le indiqué. Cuando me entrega el mechón cercenado, me arden los ojos y siento un pequeño orgullo en el pecho. Soy yo y, a la vez, soy alguien nuevo. Y me gusta aún más cuando Dylan me levanta el mentón, con los ojos dulces y brillantes, y susurra «guapísima» contra mis labios.



Ya me he puesto cómoda en la cama de Dylan con el nuevo gatito de Kian sobre el pecho (el gatito abandonado que encontró fuera de Lola's gracias al poder del sistema de distribución de gatos) cuando Dylan vuelve de una clase vespertina.

Volví a la residencia para ver cómo estaba Scarlett, pero no la encontré. Cuando le mandé un mensaje, me prometió que volvería para cenar conmigo más tarde.

Ahora estoy estudiando en la habitación de Dylan, con el resplandor tenue de la lámpara iluminando mi libro de texto. Estoy acurrucada con Bigotes, pero, en cuanto entra mi novio, el muy descarado salta al borde de la cama. Dylan lo levanta y lo estrecha contra su pecho, y Bigotes ronronea y le lame la cara. No lo culpo.

Pero, desde que Kian se enteró de esto, se esfuerza por recuperar el cariño de su gato.

—¿Qué pasa, Bigotes? ¿Estás intentando robarme a mi novia?

En respuesta, el gato maúlla. Dylan sale de la habitación y oigo un «¡Mi vida! ¿Te ha hecho daño?» antes de que regrese y cierre la puerta.

Viene hacia mí y aparta con cuidado mi libro para envolver mi cuerpo con el suyo, tarareando en voz baja contra mi cuello. No está tan cansado físicamente como hace un par de semanas, pero me doy cuenta de que, mentalmente, está agotado. Hace varios días que anda muy preocupado por su madre. Cuando por fin se rindió y decidió llamarla, ella no le cogió el teléfono. Desde entonces, está bastante estresado.

—¿Un momento en silencio? —susurro.

—Un momento en silencio —responde.

Nos quedamos así un rato. Estoy prisionera bajo el peso agradable de su cuerpo, y él se mueve para no aplastarme. Cuando nos hace girar, quedo encima de él. Me pone un mechón de pelo, ahora corto, detrás de la oreja.

—Hola, cielo —dice, y yo sonrío como una tonta—. ¿Cuánto tendría que pagar para que siempre estuvieras aquí, en mi cama, cuando vuelva a casa? —me pregunta.

—Te va a salir caro.

—Estoy dispuesto a pagarlo.

—No eres muy bueno negociando —bromeo—. Y eso que tú eres el que estudia Administración de Empresas.

La mirada que me dedica, la misma que vi segundos antes de que me besara, me abre un agujero en el pecho.

—Parece que contigo pierdo la cordura.

—Es comprensible. Diré a mis abogados que se pongan en contacto contigo, entonces.

Dylan juguetea con las puntas de mi pelo.

—¿Notas algo distinto?

—¿En ti? —Lo observo un momento—. Tienes los bíceps más grandes y me levantas con más facilidad que antes.

Una sonrisa arrogante se dibuja en sus labios; está claro que está satisfecho consigo mismo.

—Me halaga que prestes tanta atención a mi cuerpo, Romanova —dice—. Pero preguntaba si notas algo distinto en la habitación.

Levanto la cabeza para mirar a mi alrededor. Su escritorio sigue teniendo el mismo libro abierto, aunque ahora está en otra página. La foto de él y su hermana está en el sitio de siempre, mientras que otra, la nuestra, cuelga de la pared.

—¿Nada? —me pregunta.

Niego con la cabeza y él se inclina hacia mí; su brazo me roza cuando apaga la lámpara y nos sumimos en la oscuridad. Aunque una chispita de miedo se enciende entre mis costillas, tenerlo cerca hace que la sensación se desvanezca casi al instante.

Entonces aparece un brillo tenue en la oscuridad, que va intensificándose. Miro a mi alrededor. La persiana está bajada y nuestros teléfonos no están a la vista.

—¿Qué es eso? —susurro, rompiendo el silencio.

Dylan se echa hacia atrás, el colchón se hunde bajo su peso, y señala el techo con el mentón. Al seguir su mirada, me quedo muda.

Encima de nosotros, el techo está cubierto de caritas felices. Montones de ellas, cientos quizá, brillando suavemente en un tono

amarillo verdoso. Su luz tenue crea un mundo silencioso, solo para nosotros dos.

—¿Por qué hiciste esto? —le pregunto.

—¿Tú qué crees, Sierra?

Trago saliva. Estar en esta cama, en sus brazos, con el recordatorio de sus pensamientos cuando no estoy aquí justo encima de mí, se siente como el peso del sol. Porque lo que he aprendido de las cicatrices es que siempre están ahí, pero eso no significa que la herida no haya sanado.

Dylan se incorpora y, con un único movimiento ágil, se quita la sudadera y la camiseta que lleva debajo. Levanto la manta y él se tapa. Su pierna pesada cubre la mía y me envuelve en un abrazo.

—Gracias —susurro, mirando las pegatinas fluorescentes que cubren el techo.

Él me abraza un poco más fuerte de lo habitual, como si supiera que no voy a irme a ningún sitio y, aun así, quisiera tenerme más cerca. Sus manos, cubiertas de callos, se deslizan por mi espalda y se cuelan bajo el borde de mi camiseta.

—¿Llevas puestos mis calzoncillos? —me pregunta, enganchando el elástico con un dedo y soltándolo con un chasquido.

—¿Por qué? ¿Quieres que te los devuelva?

Dylan se ríe bajito en mi oreja.

—Eres peligrosa.

Escucho el ritmo de su respiración mientras se va calmando, volviéndose más suave con cada exhalación. Pero, cuando vuelvo a mirarlo, está absorto en sus pensamientos. Le tomo la mano.

—¿Estás bien?

Exhala sin dejar de mirar al techo.

—Estoy pensando, nada más.

—¿En qué?

—En el Día de Acción de Gracias —responde.

—¿Es tu festivo favorito? —le pregunto, ladeando la cabeza.

—El que menos.

—Yo soy más de Halloween —digo, asintiendo.

Dylan por fin me mira; sus ojos color licor se suavizan mientras me observa. No sonríe, y me incorporo en la cama.

—¿En tu familia le dan mucha importancia al Día de Acción de Gracias? —pregunto.

—Es la primera vez desde que me fui de casa que mi madre pasa tanto tiempo sin llamarme ni mandarme un mensaje. A ella le encanta el Día de Acción de Gracias y no me envió una invitación.

Juego con la cadenita que cuelga de su cuello.

—¿Por qué no la llamas otra vez?

—Sí, quizá lo haga —responde.

Todo indica que no lo va a hacer, pero no comento nada sobre su respuesta desganada.

—Podrías llamar a tu hermana. Seguro que va a casa por las vacaciones. —Dylan no responde—. O… —Me detengo y le planto un beso en el mentón—. Podrías venir a casa conmigo.

Con eso consigo que me preste atención.

—¿Ya quieres presentarme a tus padres?

—Ya conociste a mi madre cuando te autoinvitaste a mi casa —replico con una mueca—. La diferencia es que esta vez te estoy invitando yo.

—Es muy amable por tu parte. Tienes un alma caritativa.

—Todo sea por una buena causa. Además, mis padres me preguntaron si ibas a venir —le digo, y observo cómo le florece una sonrisa en el rostro—. Entonces, ¿vendrás?

—Sí, cielo, iré contigo.

Cuando me lo dice así, siento que todo está bien en el mundo.



CUARENTA Y SIETE

DYLAN

El Día de Acción de Gracias se disfruta mucho más cuando no lo pasas con tu familia.

En nuestra iglesia siempre había un oficio y mi padre insistía en que fuéramos todos. Es decir, esperaba que estuviéramos vestidos con nuestra mejor ropa a las siete de la mañana de un martes. En aquel momento me resultaba agotador, pero nunca voy a olvidar cómo pasábamos el día entero juntos, en familia. No había ni un solo instante, desde la mañana hasta la noche, en que estuviéramos separados. Con el paso del tiempo, me doy cuenta de que ese era uno de los pocos momentos en los que éramos felices y estábamos todos juntos.

Hoy no estoy con mis padres, pero me siento más feliz que si lo estuviera.

En lugar de preparar pavo por este día, el padre de Sierra preparó pato asado. Dijo que era una tradición rusa, pero yo creo que llegó demasiado tarde al supermercado. Sierra me contó que en su casa nunca celebran el Día de Acción de Gracias de forma tradicional, pero, como se enteraron de que iba yo, querían impresionarme.

Yo no pensaba que les cayera tan bien, ni mucho menos que quisieran causarme una buena impresión.

—¿Sabes? Eres el primer novio que nos presenta Sierra —me dice su madre después de que nos reunimos en el salón para ver los mejores momentos del Grand Prix de la ISU, en el que competiremos nosotros dentro de poco.

—Mamá, basta —gruñe Sierra.

—Y el primer chico que consigue hacerla sonrojar —añade su padre.

—Ah, ¿sí? —Miro a Sierra, que está completamente colorada. Ella pone los ojos en blanco y me tira del brazo.

—Vamos a estar arriba —anuncia.

Miro a sus padres con gesto apurado, pero no parece que les moleste.

—Cielo, no me parece bien que estemos aquí arriba. Tus padres han preparado una cena completa.

—No les importa —responde ella, restándole importancia con un gesto—. Ahora dime por qué estás tan raro.

—Pensé que querías subir para que nos besáramos.

—Deja de intentar distraerme. Estás muy callado. Me doy cuenta de que tienes algo en la cabeza. ¿Es por lo de tu madre?

A veces me asusta cuando hace eso. Nunca nadie había logrado descifrar mis pensamientos de esa manera.

—¿Sigue sin cogerte el teléfono? Vuelve a intentarlo —me dice muy seria—. Yo me quedo aquí contigo.

Estoy a punto de negarme, de mentir y decir que no he estado pensando en mi madre, pero no puedo. Sierra tiene razón.

—Creo que esto tengo que hacerlo solo.

Voy a llamar a mi padre, y no quiero que Sierra escuche las cosas horribles que seguramente va a decir.

Ella asiente y cierra la puerta despacio al salir.

Mi padre atiende al primer tono y, durante un instante, no sé cómo reaccionar.

—Perdón por cómo actué aquella noche —digo enseguida, antes de pensarlo demasiado y de que las palabras se nieguen a salir. Lo último que se merece es una disculpa, pero no lo hago por él. Lo hago por mi madre. No puedo seguir con este conflicto. Estoy agotado—. Tengo mi opinión sobre vuestra relación, pero eso no solucionó nada. Y yo ya no soy así.

Hay tanto silencio al otro lado que compruebo si la llamada se ha cortado.

—Te lo agradezco —dice mi padre después de un minuto eterno—. Pero… —Se detiene, como si le costara pronunciar las palabras—. Tenías razón.

—¿Qué?

—La cagué. Teníamos una familia preciosa y lo arruiné todo.

Si no lo conociera, pensaría que ha estado llorando. Durante un segundo me pregunto si ha cambiado de verdad, si mi madre tenía razón, pero sus siguientes palabras tiran por tierra esa idea.

—Tu madre me dejó, Dylan. Me dio los papeles del divorcio y me dijo que, si yo no podía respetarla, tenía que respetarse ella. Por sus hijos. Se fue la noche de la renovación de votos.

Me levanto de la cama, apretando el teléfono con fuerza.

—¿Cómo que se fue? —pregunto—. ¿Adónde se fue?

—No estoy seguro. Solo sé que se fue. En esta casa ya no queda nada de ella.

—¿Y me lo dices ahora? —grito—. ¿Dónde coño está?

—¿En un hotel? No lo sé, hijo. Lo… Lo siento. Yo…

Cuelgo y llamo a mi madre. Me importa muy poco lo que él tenga que decirme. Si lo que ha dicho es cierto, ya no es asunto mío. Ya no es asunto de nadie.

—¿Dónde estás? —pregunto nada más descolgar.

—¡Dyl! —Es mi hermana—. Qué bien que hayas llamado.

—Ada, ¿por qué coges el teléfono de mamá? ¿Dónde está?

—Está conmigo. Estamos en un hotel en West Hartford. Iba a llamarte, pero no ella no quería. Dijo que por fin te habías alejado de todo este drama y que no quería volver a meterte.

Por eso no me llamó. Pensó que yo no quería saber nada de ella.

—Voy a buscaros —le digo cuando Sierra vuelve a entrar de puntillas, con una expresión curiosa. Debe de haber oído lo fuerte que estaba hablando.

Se oye movimiento y escucho a Ada hablar en turco antes de que la voz de mi madre suene al otro lado del teléfono.

—Dylan, estoy bien. No estropees tu Día de Acción de Gracias por mí.

—No voy a estropear nada, mamá. Quiero verte. Voy a buscaros.

Sierra me da un codazo.

—Pueden venir aquí. A mis padres no les importa —susurra.

Antes de que pueda siquiera pensar en negarme, Sierra me mira con su expresión seria, la que me advierte de que no la contradiga.

—Sierra dice que podéis venir a casa de sus padres.

Mamá se pone a hablar en turco y vuelve a negarse; dice que no quiere estropear mi día con mi novia. Ada coge el teléfono otra vez.

—Ahora vamos. Pero tú no vengas. Pediremos un Uber.

—Yo lo pido —respondo, y cuelgo antes de que pueda negarse. Ada me manda la dirección por mensaje y, en cuestión de minutos, ya he conseguido un coche.

—Se fue —le digo a Sierra—. Lo dejó y no me contó nada.

—Creo que sabía que te había hecho mucho daño —dice Sierra—. Tu madre te quiere, Dylan. Pero tienes que recordar que esto lo ha hecho por ella, a su ritmo. A veces tardas en llegar a quererte a ti misma. Quizá eso es lo que ha estado intentando todo este tiempo.

Me tomo un momento para asimilar sus palabras. Cuando me llega la notificación, bajamos para avisar a los padres de Sierra, que se alegran muchísimo de conocer a mi madre. En broma, le dicen a Sierra que es su futura *svekrov*.

Cuando llegan y veo a mi madre, se me hace un nudo en la garganta. Las abrazo a las dos y me doy cuenta de que mamá está intentando no llorar. Acaba de dejar atrás la vida que pasó tanto tiempo tratando de arreglar. Sierra y sus padres se llevan a Ada y nos dejan a solas.

—¿Por qué ahora? —le pregunto.

Mamá me mira y, por primera vez en años, no veo el peso de la fatiga aplastándola. Aunque tiene lágrimas en los ojos, hay algo más en ellos, una determinación serena.

—Tenía miedo, *kuzum* —me dice en voz baja—. Siempre me enseñaron que había que mantener a la familia unida, superar la tempestad, y lo intenté con todas mis fuerzas, con la esperanza de que algún día las cosas cambiaran. Esperaba que él se arrepintiera de ir por ahí y decidiera volver a mí. Pero entonces vi tu cara en la renovación de votos, y me enfadé muchísimo cuando le pegaste.

—Lo sien…

—Me enfadó que él te empujara a hacer eso, que sintieras tanta impotencia que tuvieras que recurrir a la violencia física. He visto tus partidos de hockey, Dylan. Sabía que a veces te peleabas en la pista, pero no le daba importancia. No te merecías eso, *aşkim*.

Se le quiebra la voz y aparta la mirada, tratando de recomponerse.

—Tú y tu hermana me dais fuerza, pero tenía que encontrar la mía propia. Siento que me haya llevado tanto tiempo.

Cuando exhalo, siento que llevo toda la vida conteniendo la respiración, desde niño.

—No hacía falta que lo hicieras sola.

—Lo sé —susurra—. Pero creo que te has pasado la vida intentando solucionar los problemas de los demás. Me gustó ver que te dejabas ayudar.

Durante un instante nos quedamos callados, y años de tensión y silencio se desmoronan.

—Estoy orgulloso de ti —digo por fin.

Le tiemblan los labios y, de repente, comprendo todo lo que ha tenido que dejar atrás. Sé que todavía lo quiere, se le nota, pero basta con mirarla para ver que ahora es más fuerte. Mamá me abraza y hunde el rostro en mi hombro, como hacía cuando di el estirón.

—Yo también.

Cuando se separa, echo un vistazo a la cocina, de donde llega la risa de Sierra y Ada. Mamá sigue mi mirada y adopta una expresión dulce.

—Ella te hace bien —dice, ya con la voz firme.

—Sí —sonrío.

Por primera vez en años, siento que las sombras se desvanecen. Quizá así se siente empezar de cero.



CUARENTA Y OCHO

DYLAN

Jamás me imaginé pidiéndole permiso a mi novia para quedar con mis amigos. Ni siquiera sé si hace falta hacerlo, pero siento que es lo correcto. Aun así, el motivo por el que dudo es que preferiría mil veces quedarme con ella.

Después del Día de Acción de Gracias, mamá insistió en que no faltara a clase. Le alcanzó el dinero para alquilar un apartamento en Hartford, en nuestro antiguo barrio, y esta semana Ada y yo fuimos a visitarla. Ayer, Sierra ya estaba allí cuando pasé después de clase, y con solo verla casi me estalla el corazón.

Ahora, Sierra está tumbada boca abajo escribiendo en su portátil y yo estoy recostado contra el cabecero, masajeándole los pies y disfrutando de los pequeños suspiros de placer que le arranco.

Mañana por la mañana tiene el examen final de Ciencia Forense, apenas unas horas antes de nuestra actuación. Se nota que está estresada, porque ni siquiera ha puesto The Weather Channel.

Esta tarde, después de nuestra sesión de patinaje, volvimos a casa y nos quedamos dormidos. Ahora los chicos han escrito en el grupo diciendo que quieren jugar al hockey en el lago congelado a las afueras de Hartford.

Envío otro mensaje.

PATRULLA CONEJO

Dylan Donovan: Y si no voy?

Kian Ishida: No te dirijo más la palabra

Dylan Donovan: Me vas a aplicar la ley del hielo? Genial. Me quedo. Que os divirtáis

Aiden Crawford: Ya he salido de la residencia de Summer. Vas a ir

Sebastian Hayes: Cole y yo tenemos un examen mañana por la mañana. Siento que es uno de esos momentos en los que reflexionas sobre las decisiones que tendrías que haber tomado

Cole Carter: Siempre tomamos muy buenas decisiones. Bueno, nos vemos en un rato, chicos

Le doy un apretón al pie de Sierra, lo suelto y me acerco a ella, que de inmediato adopta una actitud suspicaz. Cuando le beso la nuca, se da la vuelta tan rápido que ni llego a reaccionar. Se me sube a horcajadas y me sujeta los brazos por encima de la cabeza

con una mirada feroz, la que pone cuando está tratando de leerme la mente.

Mi mirada se posa sobre sus mallas cortas, que suben por sus muslos gruesos. Sueño con estar en esta posición todo el día. Incluso ahora, que tengo que irme.

Instintivamente, levanto las caderas, y Sierra hace una mueca.

—¿Qué quieres? —pregunta.

Su voz tersa no ayuda a disipar la neblina en mi mente. Solo quiero una cosa en este momento, y no es quedar con mis amigos.

—No me acuerdo. Pero siéntete libre de hacer lo que quieras para refrescarme la memoria.

—¿Lo que quiera?

Esta vez, cuando la miro a los ojos, lo que encuentro en ellos es inconfundible. Deseo ardiente, húmedo como el rocío de la mañana. Sierra se inclina hasta que su respiración me roza los labios, con sus manos aún sujetándome las muñecas. Estoy a punto de acortar la distancia que nos separa cuando me da un capirotazo en la frente.

Me echo hacia atrás y lo vuelve a hacer. Me ha dado un capirotazo, por el amor de Dios.

—¿Ha servido? —pregunta, mirándome con inocencia.

—Sierra —digo en voz baja, y ella presiona los muslos contra mí.

—¿Qué? Dijiste que hiciera lo que quisiera.

—Sí, que me besaras, no que me golpearas en la cabeza.

—Podrás ser muy guapo, pero no eres la Bella Durmiente, querido —me dice, dándome una palmada en el pecho, y se baja de encima para volver a su ordenador.

Deslizo las manos por su cuerpo y las meto debajo de su jersey holgado. Ella se hace la indiferente, pero siento cómo se tensa su

abdomen y cómo se le eriza la piel a medida que voy subiendo. Planto un beso en el centro de su espalda.

—¿Ves como querías que nos quedáramos aquí y viéramos una película?

—En realidad, fuiste tú el que dijo que quería quedarse y ver una película.

Es verdad, lo propuse yo. Con esta chica, hasta me dan ganas de ver películas románticas. Subo un poco más y hundo el rostro en su cuello.

—Bueno, los chicos han escrito en el grupo —le digo, arrastrando los labios por su oreja—. Quieren jugar al hockey un par de horas.

—¿Y? —responde, sin despegar los ojos de la pantalla.

—Y quieren que vaya —aclaro.

Sierra por fin me mira y arquea una ceja.

—Qué bien, cielo. ¿Me alegro de que te hayan invitado?

—¿Por qué lo dices con tono de pregunta? —le digo, frunciendo el ceño.

—Porque no entiendo qué quieres que te diga.

—Sierra, los chicos quieren jugar al hockey ahora, así que no puedo quedarme a ver una película.

—Ah —dice, incorporándose para apoyarse contra el marco de la cama—. ¿Me estás pidiendo permiso para salir a jugar con tus amiguitos? —Intenta disimular la sonrisa, pero después estalla en carcajadas. Luego se sujeta el estómago y se seca unas lágrimas invisibles de los ojos.

—Para jugar al hockey con los chicos —la corrijo.

—Sí, eso mismo he dicho yo —responde, conteniendo una sonrisa —. Vuelve antes de la cena. Y abrígate o te vas a resfriar, querido.

Hundo los dedos en sus costillas y ella chilla y se ríe.

—Vale, vale —dice, sin dejar de reír—. Perdón. Me ha parecido adorable. Pero ya paro.

Cuando dejo de hacerle cosquillas, Sierra se calma y, antes de volver a reír, me sujeta de la camisa para besarme. Sonríe ampliamente contra mis labios, y sé que solo me está besando para disimular.

—Me doy cuenta de que te estás riendo —le digo entre beso y beso.

—No… —Beso. Risita—. No me estoy riendo.

Ahí es cuando meto la lengua entre sus labios y deslizo mis manos bajo su camiseta. Sierra respira agitada y se entrega a mis caricias.

—Vas a llegar tarde.

—No me importa —murmuro.

—Dylan.

—¿Quieres que vaya? —pregunto otra vez, por si acaso. No quisiera dejarla sola si ella quiere que me quede. Si ella quisiera, haría esto para siempre.

Sierra me acaricia la piel debajo de los ojos con los pulgares.

—No sabía que te tenía tan atado a mí.

—A mí me gusta así —respondo, y vuelvo a besarla.

Atrapo su labio entre mis dientes hasta que ella me aparta de un empujón.

—¡Vete! Tengo que estudiar. Y era en serio lo del abrigo. Ponte el jersey que te tejí.

Al llegar al lago, aparco y abro el maletero para ponerme los patines. Los chicos llegan unos minutos después. Los focos casi me ciegan al rebotar sobre el hielo intacto, y entonces veo a Kian, ya

cambiado y colocando las porterías, cada una adornada con pequeñas guirnaldas de luces. Aiden se acerca y se queda junto a mí cuando llegan Sebastian y Cole.

—¿Qué llevas puesto? —me pregunta Sebastian.

El jersey que me tejió Sierra es de estilo navideño, con motivos variados y nuestros nombres bordados en la manga. Me encanta.

—Un jersey —respondo.

—¿Te lo ha tejido tu abuela? —Sebastian suelta una risita, pero Cole le da un golpe en la cabeza.

Entonces Aiden me mira. Claramente sabe que lo ha hecho Sierra y que probablemente quiero que me entierren con el jersey puesto.

—Se lo ha hecho su novia —le dice a Sebastian, y a él se le van las ganas de bromear.

—Qué suertudo.

Nos quedamos mirando mientras Kian prepara la pista improvisada. Va comprobando lo firme que está el hielo a medida que avanza. Después deja caer un disco en el centro y nos mira con los brazos en alto.

—¡Bienvenidos a la maravillosa pista de Kian!

Todos cogemos los palos y vamos hacia el centro de la pista.

—¿Y estas decoraciones? —pregunto.

Él sonríe y se encoge de hombros.

—Puede que sea la última vez que juguemos al hockey todos juntos. Quería que fuera especial.

Seb y Cole patinan hacia él y los tres se dan un abrazo incómodo. Poco a poco se van acercando, y también nos arrastran a Aiden y a mí, hasta que terminamos todos metidos en un extraño abrazo de cinco.

Luego, Kian por fin golpea el hielo con su palo y empezamos. Jugamos a lo bruto. Le robo el disco a Cole y cruzo el hielo más rápido que nunca, probablemente gracias a toda la resistencia que he ganado haciendo patinaje artístico.

Al retroceder para lanzar el disco directo a la portería, donde está Sebastian de portero, la cago. No me doy cuenta de que Kian viene hacia mí, y él no logra frenar antes de que su hombro choque con el mío. El golpe es firme, nada que no haya sentido antes, pero mi patín se engancha en un borde áspero y se me tuerce el tobillo. Caigo torpemente sobre el hielo. Siento una llamarada de dolor en el tobillo que se extiende por toda la pierna, y aprieto los dientes para contener un insulto.

—¿Qué pasa? —me pregunta Aiden, acercándose.

Estoy apretando tanto los dientes que casi no puedo hablar.

—Nada.

—¿Qué pasa, ya no aguantas un golpe? —dice Kian, patinando a mi alrededor—. Estás perdiendo la magia, amiguito.

Sin dejar de reír, me ofrece la mano.

El dolor es tan intenso que no puedo pensar. No puedo responder con una pulla, no puedo levantar la mano para coger la suya y no me puedo mover. Echo un vistazo a los chicos y lo que sea que ven en mi cara hace que me miren con preocupación.

—Estás pálido.

Mierda.



El aire apesta a antiséptico, y las luces fluorescentes iluminan con crudeza el damero blanco y celeste de las baldosas del suelo. Lo único que oigo es el chirrido de las suelas de goma contra el vinilo.

—¿Te puedes quedar quieto? —mascullo.

Kian se detiene en seco, con las manos hundidas en los bolsillos de la chaqueta, antes de exhalar y volver a pasearse de un lado a otro por la diminuta sala de urgencias. Como si yo fuera el insoportable.

Los chicos están en la sala de espera, pero Kian insistió en acompañarme. Él fue quien me llevó en silla de ruedas hasta el triaje. Ya me han tomado las constantes y me han hecho una radiografía, y ahora estamos en un consultorio pequeño, delimitado por unas cortinas de un azul desteñido que cuelgan sin gracia de los raíles metálicos del techo.

Estoy sentado en el borde de la camilla. El papel bajo mi cuerpo cruje cada vez que me muevo, y el tobillo me late.

Los pasos de Kian siguen marcando un ritmo nervioso; el sonido se amplifica en el silencio del lugar. Mi amigo me mira y luego aparta la vista.

—No es culpa tuya —le recuerdo. Se lo he dicho también en el coche, cuando veníamos a urgencias. No me ha respondido entonces y tampoco lo hace ahora.

—¿Por qué tardan tanto? —pregunta, mirando el reloj, y en ese preciso instante entra la médica.

—Para ser jugador de hockey, tu radiografía no está tan mal —dice—. Cuando me han dicho que eras uno de los chicos de Dalton, me he asustado.

—¿No está tan mal? —pregunta Kian, y ella asiente.

—Tienes un esguince de tobillo de grado dos. No es quirúrgico. Pero, como el ligamento se ha roto parcialmente, es complicado. No se ha roto del todo, pero aun así tienes que hacer reposo. Mucho. Así evitamos daños a largo plazo.

—¿Durante cuánto tiempo? —pregunta Kian.

—Nada de hockey ni ningún tipo de actividad física —responde la médica—. Al menos durante seis semanas.

Sus palabras quedan ahogadas por el pitido agudo que me estalla en los oídos. Mañana es la final del Grand Prix y, si no nos presentamos, no tenemos ninguna posibilidad de clasificar para el Mundial de marzo. Será el fin. Lo habré arruinado todo. Sierra perderá su oportunidad de volver por todo lo alto. Lo desea con todas sus fuerzas, y yo le prometí que la ayudaría a conseguirlo.

—¿Me puede recetar algo para el dolor? —le pregunto a la médica.

—Vamos a darte analgésicos. Con paracetamol debería bastar, pero si te duele mucho, podemos recetarte ketorolaco.

—Ya me duele mucho ahora —le digo—. Necesito ketorolaco.

Siento la mirada inquisitiva de Kian clavada en mí. Hemos tenido lesiones más graves y nunca hemos necesitado nada fuerte para el dolor. Pero esto no lo hago por mí.

La médica duda y echa un vistazo a la férula del tobillo.

—No es necesario si haces reposo. Sigue el método RICE. Seguro que ya lo conoces.

Niego con la cabeza, sin ceder.

—Esto me duele mucho más que otras veces. Preferiría no estar dolorido durante los exámenes finales.

—No puedes patinar. —La médica se vuelve hacia Kian—. No puede patinar.

—No lo voy a hacer —digo.

—Sí, no lo va a hacer —interviene Kian, aunque no suena muy convencido—. Nuestro entrenador no se lo va a permitir.

La mujer observa mi tobillo hinchado y luego me mira a los ojos. Le dedico la expresión más inocente que soy capaz de poner y, con un suspiro, dice que vuelve en un momento.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Kian en cuanto está seguro de que no puede oírnos—. Conozco tu tolerancia al dolor. Eres la última persona que necesitaría algo fuerte para un esguince.

—Lo necesito —respondo, encogiéndome de hombros.

Kian vuelve a pasearse de un lado a otro.

—Sierra me va a matar —murmura antes de dejarse caer en una silla.

—Sierra no se va a enterar.

—¿De qué demonios estás hablando? Lo sabrá en cuanto te vea —replica, señalando la férula.

—No —digo, serio—. Voy a competir igual mañana. Con o sin medicación.

—¿Estás loco? —resopla Kian—. Tienes un esguince de grado dos. No puedes patinar.

—Con los analgésicos estaré bien —insisto—. Ahora me ayudarás a vendarme el tobillo bien apretado y cerrarás la boca.

—Pero…

—Prométemelo.

—Dylan…

—Prométeme que no le dirás nada a nadie, Kian. Ni siquiera a Summer.

Abre y cierra la boca hasta que por fin se rinde.

—Te lo prometo.

Me relajo un poco. Es patético todo lo que estoy dispuesto a hacer solo para ver sonreír a Sierra. Nunca pensé que sería el tipo de novio que seguiría a su chica a un acantilado sin mirar atrás, pero que me lleve el diablo si no se siente así. No hay nada que no haría para asegurarme de que gane, conmigo siempre a su lado.



CUARENTA Y NUEVE

SIERRA

Esta mañana, cuando me he despertado con un mensaje de «buenos días» de mi novio, me he preocupado. Por lo general, Dylan me manda una foto en la cama, o en la ducha, o abrazando al gatito de Kian. Pero hoy me ha escrito para desearme buena suerte en el examen y me ha mandado un ramo de lirios amarillos. La nota solo decía: «Te quiero». Lo que me ha desconcertado es que me los mandara con otra persona, un chico de primero que tenía toda la pinta de que lo habían obligado, en vez de venir él mismo. Conozco a Dylan, y jamás desaprovecharía la oportunidad de cosechar los frutos de su gesto romántico.

Por eso, después del examen, me encuentro subiendo los escalones de su casa, equipada con dos de mis comidas favoritas

para antes de una actuación, ricas en hidratos de carbono. Pero, cuando estoy usando mi llave para entrar, la puerta se abre de golpe, con llave y todo. Ahí veo a Summer, que me sonríe, me da un abrazo rápido y me dice que está muy orgullosa de mí antes de bajar los escalones y salir corriendo hacia la furgoneta.

Aiden sale por la puerta dos segundos después.

—¡Summer! —le grita. Todavía está en calzoncillos y no parece importarle el frío gélido ni la escarcha bajo sus pies descalzos. Con un rugido, la furgoneta cobra vida, y mi mirada va de los ojos furiosos de Summer a la sonrisa de Aiden.

—¿Acaba de robarte la furgoneta? —le pregunto mientras se aleja.

—Ya es prácticamente suya —responde él, y no parece tener mucha más reacción que esa—. ¿Has venido a ver a Dylan?

—Sí. Hoy es el gran día.

—Enhorabuena por todo. Y mucha suerte hoy. Estaré animándoos desde las gradas —me dice Aiden, con una sonrisa algo tensa por algún motivo.

Entro en la habitación de Dylan y piso al hombre adulto que está tirado en el suelo.

—¡Ay! ¿Llevas botas? —masculla Kian. Se levanta, con Bigotes en brazos, y se estira mientras suelta un enorme bostezo.

—Llevo calcetines. —Dejo la comida en el escritorio de Dylan—. ¿Por qué estás durmiendo aquí?

—Me preocupa… —Kian se interrumpe de pronto. Echa un vistazo a la cama vacía de Dylan y luego mira a su alrededor hasta que oye la ducha y suspira por lo bajo—. Me preocupa… dormir solo y tener pesadillas —termina.

—¿Tienes pesadillas?

—Anoche vimos *El aro* —dice, asintiendo—. Siempre me provoca pesadillas.

De pronto, mis ojos se posan en unas muletas apoyadas en la pared, junto al baño, y se me para el corazón. El mero hecho de verlas me devuelve a la época posterior a mi operación, cuando tuve que usarlas durante una semana. Me recuerdan la sensación del aire frío sobre mi piel dañada mientras la bata del hospital se movía a mi alrededor.

—¿De quién son esas muletas? —pregunto, con la voz temblorosa.

El colchón cruje cuando Kian se deja caer encima.

—¡Mías!

—¿Tuyas?

—Sí, ¿me las pasas? Me duele el tobillo de tanto estar de pie.

Le doy las muletas, y el metal frío es como un recuerdo lejano en mis dedos.

—Anoche me lesioné el tobillo jugando al hockey. Pero no es grave. —Kian parpadea tan deprisa que me inquieta—. Es un esguince, nada más. La médica dijo que va… que voy a estar bien con un poco de reposo. Pero no puede, eh, no puedo jugar —tartamudea, enredándose con sus propias palabras.

Entonces se abre la puerta del baño, y Kian suspira con alivio. Dylan ya está vestido: lleva una camiseta de manga larga, un pantalón deportivo, calcetines y todo. Es la primera vez que lo veo salir así del baño; por lo general, rebusca en el armario con solo una toalla a la cintura, o directamente desnudo.

—Hola, cielo —me saluda, caminando hacia mí, y me besa la frente.

—No me dijiste que Kian se había lesionado anoche —le digo.

Dylan le lanza una mirada seria a su amigo.

—Sí, perdón, es que se nos hizo tarde cuando volvimos del hospital. No quería preocuparte.

—¿Podrás venir igual a nuestra actuación hoy? —le pregunto a Kian, mirándolo.

—Ni loco me la pierdo —responde, sonriendo—. Ni aunque me muera, al parecer —añade, fulminando a Dylan con la mirada. Parece que se están comunicando en un idioma que no entiendo, pero no intento descifrarlo. A veces es mejor limitarse a sonreír y asentir cuando están juntos.

Entonces Bigotes intenta escapar de los brazos de Kian para ir hacia Dylan, y recuerdo la bolsita que guardé en el bolso. La saco y se la doy a Kian.

—Hice gorritos a juego para Bigotes y para ti. Pensé que te gustarían.

Kian parpadea y saca primero el gorro verde diminuto.

—¿Les pusiste orejas de Shrek? —pregunta, con la voz temblorosa. Mira a Dylan con expresión suplicante, pero él ni se inmuta. Kian traga saliva—. Gracias, Sierra. Lo siento.

—¿Por qué lo sientes? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Mejor comamos —interviene Dylan—. Lidia ha mandado un mensaje para que nos reunamos antes.

Me quedo mirándolos un momento más, pero luego me aparto para coger la comida.

—He traído de más. Voy a por platos.

Cuando estoy saliendo, oigo un golpe y a Kian quejarse.



Hemos conducido dos horas hasta llegar al lugar de la competición. Mis padres ya están entre el público, igual que la hermana y la madre de Dylan, porque las invité. No puedo evitar notar que Dylan está raro. Parece distraído.

—Pase lo que pase en la pista, sé que este es el lugar donde debo estar y estoy con la persona con la que debo estar —digo, más como un recordatorio que otra cosa. No sé muy bien qué le ocurre a Dylan, pero quiero que sepa lo que siento.

—Son palabras mayores viniendo de ti —responde, alzando las cejas.

—Lo digo en serio. Pase lo que pase.

—Gane o pierda, me tienes a mí, Romanova.

Estamos mirando a los patinadores terminar su rutina al son de una canción de Coldplay cuando me fijo en el hombre que habla frente a la luz de una cámara.

—Dylan —le digo—. Dime que no es quien yo creo que es.

Él sigue mi mirada mientras yo observo, boquiabierta, al hombre de traje y micrófono, al que llevo meses viendo por televisión.

Dylan suelta una risita y su voz suena algo ronca.

—Ah, sí. Sorpresa.

—¿Sorpresa? —Le doy un manotazo en el brazo—. ¿Conseguiste que el meteorólogo presentara el evento?

Dale Thunderman habla por el micrófono, con un equipo de cámara delante. Saluda a un grupo de fans y luego señala a un niño de la multitud para entrevistarlo. En un rincón, algunas mujeres se abanican como si no estuviéramos a metros de un gigantesco bloque de hielo, pero las entiendo, porque yo también me volvería loca si lo tuviera tan cerca.

—La verdad, no me costó mucho convencerlo —dice Dylan—. Los meteorólogos no están tan solicitados, cielo.

—Bah, por favor. Seguro que conseguiría más chicas que tú —replico.

La boca de Dylan se curva hacia arriba.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú estás incluida en esa lista?

—Depende.

—¿De qué? —pregunta, entornando los ojos.

—De si esta chica ya tiene dueño o no.

Ahora Dylan sonríe de verdad, y me relajo al verlo como siempre.

—Cielo, solo hay una chica que me interesa conquistar y, después de que pase los próximos cuatro minutos en todos los ángulos posibles, vamos a hacer exactamente lo mismo, pero en mi habitación.

Dios, las cosas que dice este hombre.

—¿Desnudos?

—Muy desnudos.

—Te noto muy seguro —le digo, alzando una ceja.

—Porque lo estoy. Estás conmigo y con nadie más, Sierra. Y yo no querría estar con nadie más, ni sobre el hielo ni fuera de él. Somos compañeros. Para siempre.

—Suena aterrador.

—Suena a nosotros —dice, entrelazando nuestros dedos.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste qué me ayuda a distraerme? —le digo, sonriendo.

—Sí.

—Eres tú. —Cuando mis labios encuentran los suyos y mis manos sujetan su rostro, lo noto: tiene la piel fría y sudorosa, como si

estuviera nervioso. Actúa como yo antes de las actuaciones, inquieto e inseguro. Pero, desde nuestra última competición, yo ya no estoy nerviosa. Con él, patinar es más emocionante que estresante.

—¿Estás bien? —le pregunto en voz baja, sentándome a su lado en el banco mientras esperamos nuestro turno.

Él alza nuestras manos, aún entrelazadas, y me besa suavemente el dorso.

—Estoy perfecto.

—Muy bien —dice Lidia, poniéndose en cuclillas frente a nosotros —. Hemos practicado, discutido, me habéis provocado migrañas cada vez peores, pero aquí estamos. Sois la pareja más difícil que he entrenado jamás, pero ha merecido la pena. Pase lo que pase, estoy orgullosa del equipo increíble en el que os habéis convertido en tan poco tiempo. Ahora salid ahí y enseñadles por qué habéis trabajado tanto.

Dylan y yo nos miramos. Creo que es el discurso más tierno que Lidia ha pronunciado en su vida.

—Si la abrazamos, ¿nos va a asesinar? —le pregunto.

—Claro que no, Sierra —responde Dylan por ella—. Solo nos obligará a hacer la rutina libre diecinueve veces.

Lidia pone los ojos en blanco y nos da un fuerte abrazo. Cuando anuncian nuestros nombres, nos suelta, y juraría que la oigo sollozar.

Nos deslizamos hasta el centro de la pista, yo como Rapunzel y Dylan como Flynn; él con un mechón rebelde cayéndole sobre la frente y yo con el pelo corto. Dylan apoya la mano sobre mi corazón tranquilo y yo la mía en su pecho. Para mi sorpresa, siento su pulso desbocado. Antes de empezar, mueve los labios para decirme «te quiero».

Arranca la música y brillamos en las elevaciones. Pero, cuando hacemos un giro sincronizado, se me borra la sonrisa al ver que Dylan hace una mueca de dolor. Intento averiguar qué le pasa, pero lo disimula con una sonrisa perfecta. Por fuera, cada figura es impecable, pero noto un temblor casi imperceptible en su mano. Durante los siguientes tres minutos me obligo a apartar las dudas, aunque una parte de mí quiere parar y asegurarme de que esté bien. Sé que a Dylan no le importaría perder, y me pregunto si sabe que a mí tampoco. Patino así de entregada porque él está conmigo, pero jamás pondría el patinaje por delante de él.

Su sonrisa flaquea cuando me mira, y se me encoge el corazón. Aun así, se concentra y, cuando me alza en la misma posición en la que una vez caí, no siento ni una pizca de miedo. El público parece contener la respiración, y Dylan me eleva en un *reverse lasso lift* a un solo brazo que ejecutamos a la perfección. Con los pies de nuevo en el hielo, bajamos para el cierre y, cuando terminamos espalda con espalda, ambos jadeamos.

Salimos de la pista y, al pasar al área de espera, ni siquiera miro el marcador. Pero, cuando nuestros nombres aparecen en lo más alto, me invade una oleada de alivio al ver a Dylan sonreír. Me abraza con fuerza y, por un instante, deseo que ese momento no se acabe nunca. Luego se aparta y me dice que vuelve enseguida.

Me quedo sentada, incapaz de estar quieta, hasta que al final me rindo y voy tras él. Entonces veo a Kian avanzando a toda prisa con las muletas en la mano. «¿Pero qué demonios…?»

—¿Las necesitas? —le pregunta, desesperado—. Dios, tío, estás pálido. Me moría de los nervios cada vez que saltaba.

Dylan le dice algo en voz baja y Kian asiente, pero entonces me ve. Por su postura, parece a punto de salir corriendo.

—Ni se te ocurra —le advierto.

Los dos se quedan congelados.

—¿Por qué no estás usando las muletas? Has dicho que estabas lesionado —le digo.

Kian abre los ojos de par en par y suelta una risita nerviosa.

—¡Es un milagro! El Señor me ha bendeci…

—Basta —lo corta Dylan, y por fin se vuelve hacia mí. Kian tiene razón: está pálido y empapado en sudor. Nunca lo había visto así tras una actuación.

—¿Qué pasa? —le pregunto en voz baja, cogiéndole la mano—. Me estás asustando.

—Estoy lesionado —admite por fin—. Anoche no fue Kian quien se hizo un esguince. Fui yo.

Se me para el corazón.

«Está herido». Dylan está herido y aun así ha hecho toda la rutina. «Por mí». Me golpea una tormenta de emociones y me arden tanto los ojos que tengo que parpadear.

—Estoy bien —se apresura a decir.

—¿Cómo que estás bien? —me aparto, soltándole la mano—. ¡Parece que vas a desplomarte en cualquier momento!

—Sierra, escucha… —empieza, cogiéndome el rostro, pero lo interrumpo.

—No. ¿Por qué no me lo dijiste? Tendrías que estar guardando reposo. —Me vuelvo hacia Kian—. Tú tampoco has dicho nada. ¿Qué demonios, Kian?

—¡Lo siento! —exclama—. Quería decírtelo. Pregúntale a él. No quería mentirte, pero me hizo prometer…

Dylan me obliga a mirarlo.

—Sierra, podría haberme roto la pierna y aun así habría salido a patinar contigo. Te lo mereces.

—Eso no es justo. ¡A mí no me importa la competición! ¡Me importas tú! —La voz me tiembla y un sollozo amenaza con escaparse.

—Siento que esto es algo privado —murmura Kian. Los dos lo fulminamos con la mirada y alza las manos—. Vale, ya me voy. —Y desaparece por el pasillo.

Dylan vuelve a centrarse en mí.

—Nunca dejaría que perdieras. Te has esforzado muchísimo.

—¡Y tú también! O los dos o nada, ¿recuerdas? —Ni me doy cuenta de que estoy llorando hasta que seca una lágrima antes de que caiga por mi mejilla—. No tendrías que haber hecho esto. Podrías empeorar.

—¿Sabes la cara que has puesto cuando han salido las puntuaciones? Haría lo que fuera por volver a verla.

—¿Qué estáis haciendo? —La voz de Lidia resuena en el pasillo—. ¡Os están llamando! ¡Habéis quedado primeros!

Parpadeo, atónita, y Dylan sonríe como si ya lo supiera.

—No vamos a ir —digo.

—¿Cómo? —grita Lidia.

—Ahora vamos —responde Dylan.

—Nos vamos. A casa —digo, intentando tirar de él.

No se mueve.

—Te amo, Sierra, y haría cualquier cosa que me pidieras… menos esto. Has llegado hasta aquí por tu talento, y quiero que todos lo vean cuando estés en el podio.

—No necesito subir ahí —murmuro, con la vista nublada por las lágrimas.

Él me sonríe, esa sonrisa que es solo para mí.

—Lo sé. Pero yo quiero que lo hagamos. Ya me gritarás luego.

Accedo porque sé cómo es. Además, si no subimos a ese podio, todo el dolor por el que ha pasado Dylan habrá sido en vano. Hasta que no me vea con una medalla al cuello y un ramo de flores, no va a querer irse. Así que volvemos al recinto y todas las miradas están en nosotros mientras me levanta para subirme al podio. Tengo el delineador corrido y él está cada vez más pálido, pero en cuanto anuncian nuestros nombres se inclina y me besa con tanta pasión que siento que voy a estallar.

—Estoy furiosa contigo, pero te quiero —susurro—. Creo que no te lo digo tanto como debería.

—Cuarenta y siete.

—¿Qué?

—En lo que va del día, me has dicho cuarenta y siete veces que me quieres.

—¿En serio? —pregunto, mirándolo.

—De distintas formas. —Sonríe como si fuera un secreto que ha estado guardando, esto de contar mis «te quiero»—. Como cuando me das un beso y te detienes un momento para besar la cicatriz que tengo junto al labio. O cuando recorres el trazo de las caritas felices en nuestras manos. O cuando me apoyas los pulgares —Dylan me coge las manos y pone mis pulgares bajo sus ojos; yo lo acaricio por

inercia y él suspira, contento— y haces eso. O cuando me dices que me quieres y después me demuestras cuánto.

Tengo las mejillas calientes y, al mirarlo, siento que no quepo en mi propio cuerpo.

—Y cuando me miras así —añade—. Yo también te quiero, Sierra. Ojalá te lo dijera tanto como debería.

Me besa el pelo como un susurro y, de repente, siento que todo encaja. Que he encontrado un lugar donde aterrizar a salvo. Para siempre.



CINCUENTA

DYLAN

Hace cuatro días que Sierra no deja que me mueva. Hoy me ha esposado a la cama. En otras circunstancias sería un sueño, pero ahora mi novia se está cambiando delante de mí y yo estoy aquí, inmovilizado.

Vuelvo a tirar de las esposas peludas de color rosa. Sierra me ha pillado preparándome un bocadillo en la cocina cuando ha vuelto de meterse en el *jacuzzi* con Summer y Scarlett (y Kian, porque al parecer no tiene nada mejor que hacer que juntarse con ellas para reírse de mí). Entonces me ha engatusado para que volviera a la cama con falsas promesas que, sin duda, voy a obligarla a cumplir más tarde.

—No me mires así. Esto es culpa tuya —me dice antes de soltar la tira de su bikini. No puedo evitar sentirme orgulloso al ver lo segura que se siente con su cuerpo. Ya no intenta ocultar sus cicatrices. Después del Grand Prix, se sentó a mi lado mientras yo descansaba la pierna y se puso a comprar ropa por internet. Me preguntaba si me gustaba tal vestido o tal falda, pero luego se quedaba en silencio mirando los tops que dejan la tripa al aire, así que se los compré todos.

—¿Qué has dicho? Estás muy lejos, no te oigo. Acércate un poco más —le pido.

Sierra cruza los brazos, lo que no ayuda en absoluto a la situación que tengo bajo el pantalón.

—¿De verdad crees que voy a caer otra vez?

—Sí. —Sonrío de oreja a oreja, y ella me dedica una de esas miradas que me encanta borrar a besos—. Lo siento —digo por octava vez en lo que va del día. La médica me mandó llevar una bota ortopédica para que no mueva el tobillo. Como patiné con un esguince, me han añadido unas semanas más de reposo, lo cual no me hace ninguna gracia, sobre todo porque Sierra se ha tomado muy en serio su papel de enfermera. Y sería sexi si al menos se pusiera un disfraz, pero lo único que hace es regañarme.

—Voy a arrodillarme. Antes te ha gustado cuando lo he hecho.

—Te has arrodillado en mitad de la consulta. Deben pensar que te torturo.

Dejo caer la cabeza contra el cabecero.

—Esto sí que es una tortura.

—Me alegro —responde ella—. Si vuelves a ocultarme algo tan importante, te cortaré con el filo de los patines. Te lo prometo.

—¿Se supone que eso tiene que disuadirme? Podrías arrancarme el corazón y aun así me arrastraría para estar contigo. —Sierra entrecierra los ojos—. Te prometo que no volveré a ocultarte nada. Lo sabes.

Asiente y se pone los pantalones cortísimos que he visto en mi vida.

—¿De verdad me vas a dejar aquí esposado mientras sales pavoneándote con eso puesto?

—¿Qué tiene de malo? —pregunta, mirándose.

—Si me quitas las esposas, te lo enseño.

—Buen intento —dice—. Considéralo tu casti…

Vuelvo a tirar con fuerza y las esposas rayan el marco de la cama hasta que la cadena se rompe. Sierra me mira boquiabierta. Con una sonrisa maliciosa me levanto y me lanzo sobre ella, que sigue mirando las esposas rotas colgando de mi muñeca.

—Decías algo de un castigo.

—¿Cómo has hecho eso? Summer me va a matar por romper sus esposas.

—Le echaremos la culpa a Kian —respondo, riendo. Le beso el pecho, como le gusta.

Cuando la alzo, suelta un grito ahogado.

—¡Tu tobillo! Bájame ahora mismo, Dylan.

—Vale —cedo. La dejo sobre el colchón y me fulmina con la mirada.

—Se supone que tienes que guardar reposo —me riñe—. Lidia no aprobaría esto.

—Lidia no aprobaría nada de lo que hacemos en mi habitación.

Sierra se ríe y siento como si el corazón me saliera del pecho. Recorro su torso y atrapo el elástico de su pantalón corto con los dientes cuando alguien llama a la puerta.

¿A quién se le ocurrió que vivir con más gente era buena idea? Cojo una almohada y tapo a Sierra, esperando que entren sin llamar. Pero pasa un momento y no ocurre nada.

—¿Kuzum? ¿Estás ahí?

Sierra jadea y me aparta de un empujón para ponerse una de mis sudaderas. Se arregla el pelo y abre.

—Leyla, Ada. ¡Hola! —las saluda, y mi madre y mi hermana la abrazan.

—Solo pasamos un momento. He preparado *börek* y un poco de *pide* con *sucuk* y *köfte*. Kian ya está comiendo, pero hay para todos.

Son mis platos favoritos.

—No hacía falta, mamá.

—Hemos visto tu nevera. Ese pan ya tiene su propio ecosistema —añade Ada—. Además, como te torciste el tobillo, mamá no piensa en otra cosa.

—¿Cuánto tiempo tiene que guardar reposo? Quiero ir a todas sus competiciones cuando se recupere —le dice mamá a Sierra. En lugar de preguntarme a mí, mi madre le escribe a Sierra y la madre de Sierra me escribe a mí. Se quedan poco; mamá está esperando que lleguen unos muebles nuevos. Me ofrezco a ayudar, pero las tres me callan con una sola mirada.

—Vuelve a la cama —me dice Sierra, dando dos palmadas. Los dos ponemos mala cara: las palmadas de Lidia nos han dejado marcados.

—¡Chicos, el *jacuzzi* se está incendiando! —grita Kian desde el patio.

Pongo los ojos en blanco. Solo le había pedido una cosa.

Sierra ahoga un grito y me empuja con cuidado hacia el porche. Hace un poco más de fresco, pero la luz del patio da sensación de calidez. Hay mantas y cojines sobre la tarima del porche frente a una sábana blanca con el proyector. Aiden está con Summer; Cole y Seb abrazan cojines; Scarlett tiene a Bigotes en brazos mientras Kian se mete palomitas en la boca.

Sierra me busca con la mirada.

—¿Qué es todo esto?

—Nunca vimos esa película. —La llevo al montón de cojines y me dejo caer. Sin perder un segundo, me coloca uno bajo la pierna.

—Ven aquí, Sierra —le digo, tirándole de la muñeca.

—Pero tu pierna…

—No pasa nada. Siéntate. —La hago caer sobre mi regazo. Kian nos manda callar cuando se enciende el proyector. En la pantalla aparece *Shrek: La colección completa.*

—¿Es broma? —protesta Sebastian.

—¿Quién le ha dejado elegir? —pregunta Cole—. Está vetado por hacernos ver el mismo montaje doce veces.

—Lamento informarte de que algunos tenemos estándares altos. —replica Kian.

—Te acabas de comer palomitas del suelo. ¿De qué estándares hablas? —le corta Summer.

—¿Del suelo? —Kian se queda helado.

—No quería desperdiciar comida —dice Scarlett con una sonrisa.

Kian escupe palomitas. Aiden pone la película. Mientras nuestros amigos discuten, cada risa de Sierra me acaricia el alma.

Se acurruca contra mí y respira hondo.

—Esto no significa que no siga enfadada contigo.

—Claro que no, cielo —sonrío, rodeándola.

—De verdad. Pero gracias —dice, arrugando la nariz.

—Por ti, lo que sea. —Nos tapo con la manta y hundo la cabeza en la curva de su cuello, respirando su olor a cereza.

Y esto, aquí mismo, es mi hogar.



EPÍLOGO

SIERRA

Siete años después

—¡Cierra la cortina! —protesto cuando la luz radiante de la mañana ataca mis ojos cansados.

Sin prestar la menor atención a mis palabras, Dylan me arranca de un tirón la manta con la que intento protegerme. El aire fresco de la mañana me golpea la piel y me hace estremecerme, pero enseguida me cubre con casi dos metros de su cuerpo cálido.

—Arriba, princesa —murmura contra mi pelo, con esa voz grave y profunda.

El único motivo por el que ha resucitado ese apodo después de años es que el televisor gigante de nuestra habitación está pausado

a mitad de una película, con el cartelito que pregunta: «¿Sigues ahí?». Anoche, Dylan y yo volvimos a casa tras un vuelo largo, y su brillante plan para superar el *jet lag* fue quedarnos despiertos hasta la hora a la que solemos irnos a dormir. Para eso tuvimos que ver cuatro películas seguidas, y una de ellas fue *Enredados*.

Cuando Dylan se aparta, no puedo evitar pensar que no ha cambiado nada desde la universidad. Sigue teniendo ese pelo ondulado de jugador de hockey, ese brillo pícaro en la mirada y ese cuerpo enorme y musculoso que no hace más que crecer con los años. A veces, cuando estamos en el gimnasio, me quedo mirándolo entrenar con esos pantalones cortísimos y se me olvida hacer mis ejercicios. Aunque el monitor cardiaco de mi reloj inteligente diga lo contrario.

Ahora, con el pelo peinado con gel y las gafas puestas, está de pie casi desnudo; solo lleva los interiores y, por supuesto, las dos medallas de oro que ganamos colgadas al cuello.

Después de ganar el Grand Prix hace unos meses pensé que ese había sido el mejor momento de nuestra carrera. Pero luego llegaron los Juegos Olímpicos. Juntos nos convertimos en medallistas de oro. Cuando subimos a lo más alto del podio para recibir las medallas y las flores, Dylan se volvió hacia mí y me dio el beso más dulce del mundo en el pelo. Luego se quitó su medalla y me la colgó a mí.

—Las dos son tuyas —susurró. Los *flashes* estallaron a nuestro alrededor y esa foto dio la vuelta al mundo.

Dylan ya era uno de los favoritos del público, sobre todo después de que alguien publicara un vídeo suyo jugando en una liga amateur en Toronto un fin de semana de Acción de Gracias. Los aficionados desenterraron sus vídeos de la universidad y los montaron junto a

los nuestros de patinaje. De pronto, ganamos un público completamente nuevo.

Yo ya estaba dispuesta a amenazar a más de uno con el filo oxidado de mi patín si miraban a mi marido demasiado tiempo. Él es mío, eso lo tengo claro, pero necesitaba que los demás también lo supieran. Lo que terminó de sacarme de quicio fue una chica que fue a vernos al Desert Ice USFS Open de Las Vegas con un cartel que decía: «Cásate conmigo».

Dylan aprovechó mi enfado (o «celos», como lo llamó él), porque cuando volvimos al hotel le dije: «¿Sabes qué? Si me amaras de verdad, ya tendría un anillo en el dedo».

Una hora después nos estábamos casando ante un pastor vestido de Elvis en una capilla, con tatuajes idénticos de caritas felices en el dedo anular. Dylan también se tatuó mi nombre en el pecho, justo donde apoyo la mano antes de cada actuación. Ni se lo pensó. Fue como si hubiera estado esperando pacientemente a que yo lo alcanzara, como siempre.

—¿Qué tal tienes la cabeza? —me pregunta, apoyándome una mano en la frente.

Por horrible que sea ponerse enferma después de una competición, no me molesta en absoluto dejar que mi marido me mime hasta que me recupere. Aunque no lo diga, sé que también le encanta. Es el único momento en que le dejo ocuparse de todo sin protestar.

—Me va a estallar.

—Ven aquí, cielo —susurra, y me envuelve con sus brazos fuertes. Deposita besos suaves en mi pelo y, meciéndome, me dice que todo irá bien y que él me va a cuidar. Siento el ligero roce de la lana

contra la mejilla: su anillo improvisado. Dylan me compró uno de verdad para usar fuera de la pista, de oro y delicado, pero yo le tejí uno de broma hasta que pudiera comprarle el suyo. Un aro sencillo de lana negra, en espiral perfecto. Él lo miró como si fuera de diamantes. Y todavía lo mira así.

Paso los pulgares bajo sus ojos.

—¿Dónde fuiste antes? No estabas en la cama.

—Fui a comprobar una cosa —responde sin concretar. Me está ocultando algo desde que hemos vuelto. Hoy todos van a venir a ver cómo ha quedado la casa tras la reforma, y pienso acorralar a Kian para que me cuente qué es.

Hace tres años, después de meses viajando de competición en competición, decidimos que queríamos un hogar de verdad. El diminuto apartamento que alquilamos al salir de la universidad se nos había quedado pequeño, pero ninguno quería marcharse de Connecticut. Aquí están nuestras familias, nuestros amigos, nuestros recuerdos.

Por eso, cuando su madre mencionó de pasada que había visto un cartel de «se vende» en su antigua casa, hicimos una oferta al día siguiente. La familia que vivía allí no pintó ninguna pared. En la puerta del baño siguen las marcas de altura de Dylan, Kian y Ada con los años. Yo estaba contemplando los recuerdos del pequeño Dylan cuando él me cargó al hombro y me llevó a su habitación de la infancia para inaugurarla. Estoy bastante segura de que inauguramos todas las habitaciones antes incluso de tener muebles.

—Estás muy misterioso. Te juro que si te has comprado un coche deportivo para ir a juego con Aiden y Kian…

—No me he comprado nada. Ya hablaremos de eso otro día —dice, al ver mi cara—. Quiero enseñarte algo, pero tendrás que vestirte.

—¿Adónde vamos?

—No te preocupes.

Dylan pasa los minutos siguientes abrigándome: me pone calcetines gruesos, el gorro que tejí y un abrigo antes de vestirse él. Su entusiasmo es lo único que me hace subirme a su espalda pese al dolor de los muslos al rodearle la cintura. Me alza un poco más y bajamos las escaleras.

Busco las medallas que cuelgan de su cuello y paso los dedos por la cinta que dice «Alpes Franceses 2030», con los cinco anillos. Llevo una hasta su boca y, cuando muerde el oro, sonrío.

—¿Cómo es que no estás dolorido?

—Anoche salí a correr. Si no me hubieras pedido que te llevara en brazos a los cinco minutos, tú también estarías menos dolorida.

—Podrías haberte negado.

—Ya sabes que no puedo decirte que no.

Al pasar por la cocina veo los lirios amarillos sobre la isla, pero él sigue hasta las puertas correderas; al otro lado, la nieve cubre nuestro patio de blanco. Dylan me calza las botas y me alza de nuevo antes de salir al frío. Entonces se me escapa un grito.

—Siempre dices que sientes que falta algo —dice Dylan—. Creo que era esto.

Es una pista de hielo completa, con vallas blancas, líneas de hockey y todas las marcas. Nuestras iniciales están pintadas bajo el hielo, en el centro.

El corazón me da un vuelco cuando abre la puerta y me baja. Mis botas tocan el hielo. Yo le había contado cuánto echaba de menos la que tenían mis padres, pero eso fue hace años.

—¿Cuándo hiciste esto? —le pregunto, y las lágrimas amenazan con escapar de mis ojos.

—La mandé construir cuando estábamos en Francia. Quería darte una sorpresa.

—¿Es para nosotros? —pregunto, mirando mis ojos ámbar favoritos.

—Es para ti. Siempre es para ti —susurra, apoyando los labios contra los míos. Le digo que ya no me siento mal y le pido que me lleve arriba. O podríamos empezar aquí mismo en el hielo; la verdad, me importa muy poco.

Antes de obtener el «sí» que estoy buscando, se dispara la alarma de la casa.

—¡Ha llegado papá!

Nos quedamos quietos bajo los focos.

—Lo voy a matar —murmura Dylan.

—Tú fuiste quien le dio la llave.

Kian nos llama; seguro que ya nos ha visto. Los demás llegan poco después con sus hijos y se deslizan por la pista. Nuestra pista.

Risas, niños tumbados en el hielo, alguien chocando contra la valla. La mano de Dylan encuentra la mía y lo entiendo: la calidez que nos faltaba llega de golpe, como un rayo de sol que se filtra por una ventana abierta. De pronto, siento total plenitud. Como si no estuviéramos en una casa.

Por fin estamos en casa.

AGRADECIMIENTOS

En el episodio de hoy de la vida de una autora: la chica que no habría podido lograrlo sin el apoyo emocional de sus mejores amigas. Dylan (y cierta persona que no nombraré, pero esa es una historia para otro día) es el personaje por el que más me preguntan. Por eso era aún más importante para mí escribir su historia y la de Sierra con el mayor cuidado posible. Estos personajes tienen algo que caló muy hondo en mí y, para mi sorpresa, la experiencia de escribir este libro acabó siendo terapéutica. Nunca he escrito tanto como con ellos dos; estoy bastante segura de que podría escribir un libro entero con todas las escenas que eliminé.

Queridos lectores, pensar en vosotros me llena de una alegría abrumadora. Siempre siento que no basta con daros las gracias, pero tendré que conformarme con eso hasta encontrar una forma mejor de mostraros cuánto significa vuestro apoyo para mí.

A mi hermana, gracias por compartir tus invaluables conocimientos de psicoterapia y farmacología, y por tratar a estos personajes como si fueran pacientes de verdad.

Nina, siempre serás mi primera lectora. No sé cuántas veces diré esto, pero sé que no habría podido terminar este libro sin ti. A

veces, un simple «tú puedes» por tu parte es todo lo que necesito. Gracias por no dejarme caer nunca, sobre todo después de que mi MacBook prehistórico borrara miles de palabras del libro. O cuando derramé té caliente sobre el teclado. Se cumplió tu deseo.

Peyton, mi consultora experta en angustia y la fan número uno de Dylan y Sierra (léase: Peyton). Gracias por mandarme ánimos siempre que te los pedía y por darme los mejores consejos cuando sentía que me había metido en un callejón sin salida. No habría sobrevivido a la Gran Crisis del Escritorio de Ikea sin ti. Tengo muchísima suerte de ser tu amiga.

Shayla, gracias por tu apoyo inquebrantable durante los últimos quince años.

Carlyn, ¿contenta? Ya sé qué partes vas a releer una y otra vez para luego mandarme tus reacciones. ¡Disfrútalo! Es lo que Dylan querría.

Leigh, Erica y mis lectores beta, gracias por leer a toda prisa cuando se me echaba encima la fecha de entrega. Joelle, gracias por ser una enviada de Dios y ayudarme a pulir la historia. A los increíbles patinadores artísticos que guiaron este libro justo adonde tenía que ir. A Leni, gracias por la portada espectacular. Os estaré eternamente agradecida a todos.

Kristine, Mary y todo el equipo de Berkley, gracias por dejarme cambiar un millón de cosas y aun así conseguir terminar a tiempo. Gracias a Darcy y al equipo de Bloomsbury, que no se cansan de decirme lo mucho que les entusiasman estos libros. Y a todos los que trabajan tan duro entre bambalinas para hacer llegar estos personajes a muchísimos lectores.

Por último, a la versión de mí que leerá esto algún día: estoy orgullosa de ti.

Índice

Playlist
Dedicatoria
Uno. Dylan
Dos. Sierra
Tres. Dylan
Cuatro. Sierra
Cinco. Dylan
Seis. Sierra
Siete. Dylan
Ocho. Sierra
Nueve. Dylan
Diez. Sierra
Once. Dylan
Doce. Sierra
Trece. Dylan
Catorce. Sierra
Quince. Sierra
Dieciséis. Dylan

Diecisiete. Sierra
Dieciocho. Dylan
Diecinueve. Sierra
Veinte. Dylan
Veintiuno. Sierra
Veintidós. Dylan
Veintitrés. Dylan
Veinticuatro. Sierra
Veinticinco. Dylan
Veintiséis. Dylan
Veintisiete. Sierra
Veintiocho. Dylan
Veintinueve. Sierra
Treinta. Sierra
Treinta y uno. Dylan
Treinta y dos. Sierra
Treinta y tres. Dylan
Treinta y cuatro. Sierra
Treinta y cinco. Dylan
Treinta y seis. Dylan
Treinta y siete. Sierra
Treinta y ocho. Dylan
Treinta y nueve. Sierra
Cuarenta. Dylan
Cuarenta y uno. Sierra
Cuarenta y dos. Sierra
Cuarenta y tres. Dylan
Cuarenta y cuatro. Sierra

Cuarenta y cinco. Dylan
Cuarenta y seis. Sierra
Cuarenta y siete. Dylan
Cuarenta y ocho. Dylan
Cuarenta y nueve. Sierra
Cincuenta. Dylan
Epílogo. Sierra
Agradecimientos

Título original: *Revolve*
Traducción del inglés: Martina Engelhardt
Arte de portada: Leni Kauffman
Diseño de portada: Lila Selle
Conversión a formato digital: Estudio eBook

Edición revisada y adaptada

Primera edición: abril de 2026

© 2025, Bal Khabra
© 2026, VR Europa, un sello de Editorial Entremares, S.L.
Balmes 188, 08006 Barcelona - **www.vreuropa.es**

Derechos de traducción gestionados por Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

Todos los derechos reservados.
Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de la editorial.

ISBN: 979-13-87601-97-3

EUROPA

Seguinos

VReuropa

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Bal Khabra
Portada
Playlist
Dedicatoria
Uno. Dylan
Dos. Sierra
Tres. Dylan
Cuatro. Sierra
Cinco. Dylan
Seis. Sierra
Siete. Dylan
Ocho. Sierra
Nueve. Dylan
Diez. Sierra
Once. Dylan
Doce. Sierra
Trece. Dylan
Catorce. Sierra
Quince. Sierra
Dieciséis. Dylan
Diecisiete. Sierra
Dieciocho. Dylan
Diecinueve. Sierra
Veinte. Dylan

Veintiuno. Sierra
Veintidós. Dylan
Veintitrés. Dylan
Veinticuatro. Sierra
Veinticinco. Dylan
Veintiséis. Dylan
Veintisiete. Sierra
Veintiocho. Dylan
Veintinueve. Sierra
Treinta. Sierra
Treinta y uno. Dylan
Treinta y dos. Sierra
Treinta y tres. Dylan
Treinta y cuatro. Sierra
Treinta y cinco. Dylan
Treinta y seis. Dylan
Treinta y siete. Sierra
Treinta y ocho. Dylan
Treinta y nueve. Sierra
Cuarenta. Dylan
Cuarenta y uno. Sierra
Cuarenta y dos. Sierra
Cuarenta y tres. Dylan
Cuarenta y cuatro. Sierra
Cuarenta y cinco. Dylan
Cuarenta y seis. Sierra
Cuarenta y siete. Dylan
Cuarenta y ocho. Dylan
Cuarenta y nueve. Sierra
Cincuenta. Dylan
Epílogo. Sierra
Agradecimientos
Índice
Créditos


Cubierta